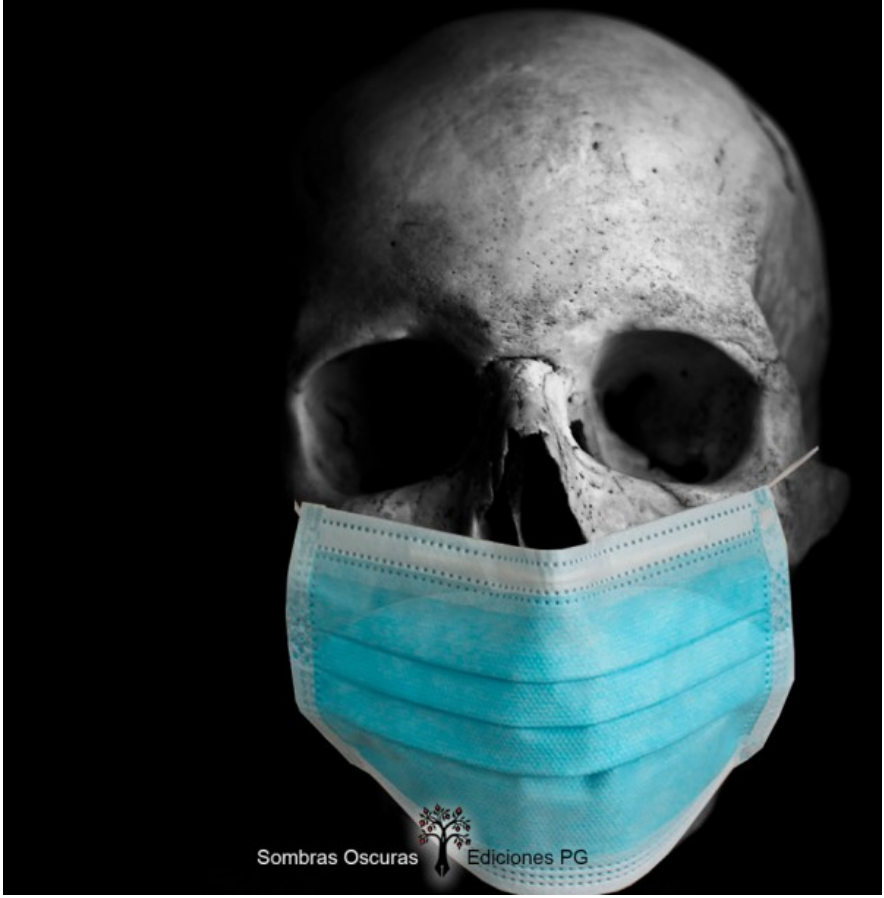
Osvaldo Reyes

El efecto Maquiavelo



Sombras Oscuras

Ediciones PG

EL EFECTO MAQUIAVELO

Osvaldo Reyes

EL EFECTO MAQUIAVELO

Osvaldo Reyes

Ediciones PG

Colección Sombras Oscuras

Marzo 2019
© 2019 Osvaldo Reyes

© 2019 de la presente edición en castellano para todo el mundo
EDICIONES PG Reconquista, 10 -18140 LA ZUBIA-GRANADA
Tf.: + 34 958 177 948
www.punica.es - info@punica.es
Diseño de cubierta: © 2018. Juan Carlos Rodríguez Torres

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-120134-0-5

Índice

Primera parte. Incertidumbre

- CAPITULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18

Segunda parte. Adversidad

- CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31

Tercera parte. Ira
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48

Primera parte

Incertidumbre

¿Qué es lo que sujeta a estas bestias devoradoras
que llamamos hombres?

Maurice Joly, Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu.

En general, los hombres juzgan más por los ojos que por la inteligencia,
pues todos pueden ver, pero pocos comprenden lo que ven.

Nicolás Maquiavelo
El Príncipe, Capítulo XVIII

CAPITULO 1

El resplandor. Luces y sombras.

Diferentes matices del espectro de colores se mezclaron en un torbellino de imágenes que lo golpearon como un martillo, enterrando figuras en un cerebro que no quería olvidar. Personas y lugares que mantenían su consistencia a pesar de los quince años transcurridos. Que generaban una sensación de placer tan intensa que su mente los buscaba con desesperación cada vez que dormía, rasgando pensamientos y recuerdos como un depredador famélico sobre su presa, hasta que las encontraba en un lugar profundo de su memoria y comenzaba a alimentarse.

Siempre era ese sueño.

La oscuridad, las luces iluminando el asfalto que, raudo, se deslizaba bajo las llantas; la curva, el alambre de acero que servía de barrera; el accidente...

El carro, un sedán azul oscuro con vidrios ahumados, balanceándose sobre el borde de la carretera; un cable partido en dos; un extremo atrapado entre las llantas traseras y el chasis; el otro, retorcido como una víbora dispuesta al ataque…

El risco alucinante, las agujas de los verdes pinos que se adivinaban en el fondo, el fuerte y gélido viento soplando en la noche…

Su llegada al auto. El pasajero. La mujer herida...

Debía tener unos 29 años. Bellos ojos azules esculpidos en un rostro manchado de sangre. Hermoso cabello negro. Hombros blancos marcados por decenas de pequeñas heridas que dejaban escapar minúsculas gotas rojo carmín. Una voz melodiosa que suplicaba por ayuda.

—No se preocupe —le dijo—. Voy a sacarla de allí.

Intentó abrir la puerta del carro, atorada por el choque, sin éxito. Necesitaría ayuda para conseguirlo, pero nadie usaba la carretera a esa hora de la noche.

Nadie, excepto ellos dos.

—Por favor, ayúdeme — suplicó desesperada—. Mis pies están atorados. No puedo salir y creo que acabo de romper fuente.

Un relámpago rasgó el cielo sin estrellas. Sintió su corazón latir con fuerza. Sus ojos se dirigieron hacia el reducido espacio detrás del timón. La mujer llevaba una holgada blusa de color verde. Su pronunciada barriga sobresalía por debajo del cinturón de seguridad.

En su mano izquierda relucía un anillo de boda.

Se alejó de la ventana sin decir palabra y se dirigió hacia la parte posterior del sedán. Se percató que ambas luces traseras estaban rotas y que decenas de fragmentos de vidrio y plástico cubrían la suave tierra del borde de la carretera.

No corrió. Caminó.

En sus oídos seguían vibrando las peticiones de ayuda, pero su cerebro ya no las procesaba. Estaba en otro lugar. Los recuerdos de días atrás reverberando en su cabeza. El dolor, tan exquisito como antes.

Apoyó su espalda contra el maletero del carro y empujó con todas sus fuerzas. Sintió cómo se deslizaba, mientras el peso del motor arrastraba el vehículo hacia el vacío. Escuchó piedras desprendiéndose, cayendo. Escuchó los truenos y el viento, las caricias de la capa de hojas y ramas que tapizaban la cañada, el canto de las aves nocturnas, pero no el grito de sorpresa de la mujer.

Las fuerzas de aceleración tomaron control de la máquina en cuestión de segundos. Una caída libre, un salto brusco y se detuvo. El auto quedó flotando como la esfera de un péndulo, pequeñas chispas saltando cuales hadas ígneas al rozar el metal con la rugosa pared de piedra del risco, para luego perderse en la oscuridad de la noche.

Se acercó al borde. El alambre de acero, atrapado entre las barras y muelles del eje posterior, mantenía al sedán en su lugar. Las dudas lo asaltaron por un instante, pero la mujer decidió su propio destino. En su desesperación comenzó a luchar con la puerta. Con cada movimiento el alambre se soltaba.

Él se quedó allí, inmóvil, esperando lo inevitable, a pocos centímetros del vacío. El peso del auto por fin venció la débil unión con el alambre.

Vio el carro desaparecer bajo un manto de sombras. Los ojos de la mujer clavados en los suyos.

Una llamarada iluminó el fondo de la cañada. Una gigantesca bola de fuego que siguió rodando hasta llegar a los límites del bosque, donde los árboles que detuvieron su caída comenzaron a arder. Las

llamaradas avivadas por el viento.

A través del fuego, un par de ojos lo observaban. En eso, escuchó en la lejanía una voz que lo separaba de su paraíso. La escena fue desvaneciéndose con lentitud. La voz sonaba cada vez con mayor fuerza. Comenzó a sentir que alguien lo empujaba. Entonces despertó.

—Disculpe, doctor —dijo la enfermera al verlo reaccionar—. La señora Arkin está a punto de dar a luz.

CAPÍTULO 2

Algo estaba mal.

El malestar iba en aumento, más en las últimas horas. Comenzó como una suave sensación de presión en la cintura, al nivel de los riñones. La presión pasó, pero fue reemplazada por un leve cólico abdominal. En otras circunstancias no le hubiera quitado el sueño, pero esa noche se sentía nerviosa en extremo.

Cortinas de seda italiana colgaban sobre las únicas dos ventanas de la habitación, apenas permitiendo la entrada de la luz de la luna. En las penumbras, su cuerpo reflejado en la plateada superficie de un espejo de tamaño natural, parecía casi delicado. Las curvas de los dorados ornamentos del marco, imitando las hojas y frutos de una exuberante vid, mostraban su imagen como una serie de líneas de variadas formas. Trazos delgados. Ilusiones incitadas por su frívola imaginación, tan solo para fastidiarla.

Se estiró tanto como pudo. La voluminosa masa que ocupaba su vientre pareció desaparecer con la maniobra, pero el espejo no la dejaba engañarse.

Apretó los dientes con fuerza hasta que sintió una corriente de dolor difundirse con rapidez por su labio. Rozó la tenue herida con la punta de los dedos. No estaba sangrando, pero eso no evitaba que le doliera.

Una patada en lo profundo de sus entrañas hizo que bajara la cabeza y la frustración de segundos antes se disipó como por arte de magia. Sus dedos se deslizaron sobre su vientre, siendo recibidos por una segunda patada.

Un mes. Tan solo faltaba un mes.

Treinta días, miles de interrogantes y un millón de dudas.

—Tranquila —escuchó en la cabeza la voz de su doctor—. Todo saldrá bien.

Allí, frente al espejo, no estaba tan segura. Sentía que algo iba mal.

Intentó liberarse de la extraña sensación. Caminó hasta el cuarto de baño y encendió una de las luces. Su esposo se encontraba en el trabajo; se hallaba sola en casa. Encendió la radio y subió el volumen

con la esperanza de que los altos decibeles la ayudaran a olvidar. Las notas de *Hotel California* se extendieron a su alrededor.

La ansiedad comenzó a disiparse.

Sintió que algo le corría por la pierna.

Su corazón casi se detuvo. Pequeñas gotas de sangre manchaban los brillantes azulejos color rosa, provenientes de un hilillo que corría por la cara interna de su muslo.

Su pulso se aceleró y la dominó el miedo. Respiró hondo, intentando controlarse. Siempre fue una mujer fuerte, inteligente. Ahora era el momento de ser práctica. De buscar ayuda.

Sin pensarlo dos veces, la señora Calvet tomó su cartera y las llaves del auto. Tenía que llegar al hospital y pronto.

Algo estaba mal. Muy mal.

***

Sus músculos rehusaban obedecer una simple orden.

Sentía el cuerpo sumergido en melaza. Cada movimiento, un esfuerzo en cámara lenta. A pesar de tener los ojos abiertos, apenas lograba distinguir unas manchas luminosas sin forma ni definición.

Quería gritar, pero ni siquiera eso podía conseguir.

Respiró fuerte y lento. Abrió y cerró los ojos varias veces. No era la primera vez que le ocurría. Sabía que era un asunto de tiempo y paciencia.

Tras unos pocos segundos empezó a recorrer su piel un suave hormigueo, primera señal de que su cuerpo volvía a pertenecerle. Apoyó las manos en el borde de la mesa y sin mucho esfuerzo logró enderezarse. Distinguía con nitidez la mesa sobre la que se quedó dormido. La luz que se filtraba a través de la puerta a medio cerrar bañaba el piso en un verde parpadeante.

Se levantó. Con paso titubeante salió de la habitación, la suave luz de los tubos fluorescentes marcando su camino. Una pequeña pulsación en un costado de su cabeza amenazaba con convertirse en un formidable dolor de cabeza.

Debía controlarse. Era lo que todos esperaban de él.

Sus propios pasos, casi de modo involuntario, lo fueron acercando a las puertas dobles de madera, pintadas de blanco. Por los pequeños vidrios de forma circular podía vislumbrar la sala de partos. Los gritos,

apagados ecos que aceleraron su pulso. Perladas gotas de sudor hicieron su aparición en su frente.

Se detuvo en la entrada y apoyó la espalda contra la pared. Deslizó las manos por encima de la ropa verde que llevaba puesta, sintiendo la humedad desaparecer de sus palmas. Los latidos del corazón comenzaron a disminuir. Su respiración se fue tornando profunda, rítmica.

Abrió la puerta con tranquilidad. En alguna parte, dentro de la sala de partos, la señora Arkin esperaba a su doctor entre gritos y rechinar de dientes.

***

El mensaje de la señora Calvet no tomó por sorpresa al doctor Diego Hatcher. Se lo esperaba desde hacía mucho tiempo. Mientras aceleraba para llegar al hospital, trataba de traer a sus recuerdos los detalles de ese embarazo.

Uno destacaba por encima de los demás. Un letrero en luces de neón.

—Este es el feto —se recordó diciéndole tres semanas antes, cuando le realizaba un ultrasonido de rutina—. No tiene ninguna malformación evidente y se mueve como todo un campeón.

—En eso estoy de acuerdo —le dijo la señora Calvet con una seductora sonrisa.

Hatcher desvió la mirada hacia la pantalla y se concentró en su trabajo. Algunas veces era muy difícil ser un hombre casado.

—Entonces —continuó diciendo la señora Calvet, en el recuerdo—. ¿No tengo qué preocuparme?

—Tranquila. Todo saldrá bien. Lo único que podría causarte algunos problemas es la placenta, pero no por el momento.

—¿La placenta? ¿Es algo malo?

—No, no. Solo que tienes una placenta previa marginal.

La expresión de asombro y miedo en su rostro fue tan súbita que Hatcher no pudo evitar reírse.

—Disculpa; te explico: la placenta está localizada muy cerca del cuello del útero. No lo tapa, por lo que no te impide tener un parto vaginal, pero puede asociarse a episodios inesperados de sangrado sin dolor. Si eso ocurre, debes buscar atención médica de inmediato.

Crónica de un sangrado anunciado.

Por fortuna, la señora Calvet asimiló bien la explicación y prometió seguir sus indicaciones al pie de la letra. Era el tipo de ciega confianza que se ganaba con el tiempo.

—¿Ya tiene nombre? —siguió preguntando en sus recuerdos, mientras maniobraba camino al hospital.

—Cristóbal.

En ese momento el bebé pateó con tanta fuerza que movió el cabezal del ultrasonido.

—¿Está segura de que le gusta el nombre?

—Eso espero. Es el nombre del abuelo de mi esposo. Una especie de conquistador moderno.

—Mientras no sea Colón.

La señora Calvet lo miró unos segundos sin comprender. Al captar la broma, puso cara de fingido enojo.

—No soy tan vieja —dijo con el ceño fruncido para luego relajarlo y exhibir una media sonrisa—. Aunque a veces me siento así.

—Deja que nazca y comience a llorar a las dos de la mañana. Ya sabrás lo que es cansancio.

María Calvet no dijo nada, pero sus ojos brillaban de la alegría.

—Es curioso que mencione a Colón —agregó sin quitar la mirada de la pantalla del ultrasonido—. Hasta ahora caigo en cuenta: Cristóbal, el abuelo, no el almirante, también era marino. Fue por eso que decidimos decorar su cuarto con detalles oceánicos.

Siguió hablando, detallando los pormenores de la futura habitación del anhelado vástago. Celeste claro alternando con blanco y crema. Pececitos sonrientes jugando con delicadas estrellas de mar. Conchas bailando con las olas y la arena.

Hatcher no entendió el propósito, considerando que pasarían meses hasta que Cristóbal reconociera lo que se plasmó en las paredes. Sonrió ante la idea de la señora Calvet toda manchada en pintura, cuando no pasaban ni dos años desde que, recién casada, le juró que no pensaba quedar embarazada, para no perder la figura que tanto ejercicio le costó conseguir.

Giró el timón y entró a los estacionamientos del sótano del hospital.

—Nunca digas de esta agua no he de beber —le advirtió en una ocasión—. Te lo voy a recordar el día que vengas con la prueba de embarazo en la mano.

Y lo hizo. Y la señora Calvet rio. Dos tenues hoyuelos se le marcaron en el rostro, fascinándolo con esa sonrisa que le hacía preguntarse para sus adentros por qué se casó tan joven.

—*Porque estabas enamorado, por eso.*

Era la voz de su esposa, contestándole en el recuerdo.

—*El bebé no tuvo nada que ver, ¿verdad?* —dijo otra voz desde las profundidades de su conciencia.

Dos años y todavía no se acostumbraba. Su cabeza parecía no pertenecerle del todo. La compartía con un amigo virtual.

Una voz imaginaria, impertinente y que muchas veces tenía la razón.

Estaba.

Esperaba.

Movió la cabeza de lado a lado, como si el gesto pudiera disolver el recuerdo de la voz. No era el mejor momento para un brote psicótico.

Se estacionó al lado del Jaguar rojo vino del doctor Mantovani. Apagó su carro y giró la muñeca para ver la hora. Era casi la una de la mañana. Nada fuera de una urgencia lo hubiera hecho ir al hospital a esa hora, aunque nunca se sabía. Los ricos y famosos tenían una forma muy particular de ver el mundo.

La señora Calvet debía estarse preguntando dónde estaba metido, olvidando que a esa hora de la noche las personas normales suelen dormir.

***

—¡Gracias al cielo que llegó, doctor! —gritó la señora Arkin al verlo —. ¡Ya no puedo más!

—Relájese —dijo el doctor Mantovani, acercándose a su camilla—. Todo saldrá bien. Ahora, respire hondo.

Las palabras salían por sí solas. Una poesía sin ritmo aprendida a través de los años, recitada a los oídos de alguien que no pensaba escuchar.

Poesía haiku. Prosa zen.

Se colocó los guantes y tomó la bata de tela verde que le era ofrecida por las temblorosas manos de una estudiante de enfermería. Se la colocó con un solo movimiento y se dio la vuelta para atender el parto. La cabeza del pequeño estaba a punto de salir. Empujó la suave

piel del periné para que no se desgarrara y la señora Arkin hizo el resto. Al segundo pujo la cabeza salió.

Debido a su posición, la señora Arkin no podía ver lo que hacía el doctor, pero sentía el fulgor de sus penetrantes ojos azules por encima de la máscara.

Eso era perfecto para él. Lo último que quería era que vieran su rostro.

Con una perilla aspiró las secreciones de la boca y nariz del bebé. Revisó que no trajera el cordón enrollado en el cuello y lo ayudó a salir con el último pujo de la señora Arkin.

Levantó la mirada hacia el reloj en la pared.

1:15 a.m.

Le pasó el bebé al pediatra y regresó su mirada al introito vaginal. Sin desgarros ni laceraciones. Un expulsivo perfecto.

A sus espaldas, el llanto del bebé resonó con fuerza.

La máscara ocultó la mueca de disgusto que se marcó en los labios. Entrecerró los ojos al extraer la placenta, mientras una tenue película de sudor empezaba a cubrir su frente.

Debía controlarse. La respuesta le llegaría sola.

El pediatra tomó al niño en sus brazos, envuelto en una sábana celeste, y se lo llevó a la madre. Ella lo abrazó, llorando de alegría.

—Gracias, doctor, no se imagina cuánto se lo agradezco.

—Para nada. Fue todo un placer

Al quitarse la mascarilla, exhibió una amplia sonrisa. Rascó la cabecita del bebé, como jugando, mientras reprimía el deseo de salir huyendo.

Una urgente necesidad crecía dentro de él. Una necesidad que pronto sería una obsesión. Se despidió de la señora Arkin y del pediatra, salió del expulsivo y se quitó los guantes de látex de un tirón, arrojándolos en un basurero cercano.

En frente suyo se alzaba un gran casillero de metal donde se colocaban las bolsas de hidratación endovenosa utilizadas en las pacientes durante la labor. Una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

Tomó una de las bolsas y sonrió.

La obsesión debía ser satisfecha.

***

A las dos de la mañana los únicos seres que deambulan por los pasillos de un hospital son los fantasmas y los médicos. A esa hora, casi no hay forma de diferenciarlos.

Una de estas sombras avanzó con sigilo, evitando ser visto. Sabía por dónde iba. Conocía cada uno de los pasillos, escaleras y recodos del hospital. Sabía cuáles eran las áreas menos iluminadas, los puestos de los guardias de seguridad, el nombre de los médicos que estaban de turno, los servicios que cubrían y, muy importante, sabía qué hacer en caso de que alguien lo viera. Cada posibilidad fue repasada decenas de veces y para cada una tenía una solución.

Siguiendo una ruta establecida desde hacía varios días, se dirigió al piso de especialidades quirúrgicas. Con paso sigiloso, dobló a su izquierda y se dirigió a la Sala de Neurocirugía.

Las luces de la sala estaban apagadas. La única fuente de iluminación provenía de la estación de enfermeras, a unos 100 metros, y que por su posición permitía un ángulo de visión extenso. Las enfermeras de turno estaban repartiendo medicamentos en el otro extremo de la sala. Nadie lo vio entrar y mucho menos lo verían salir.

Con suavidad abrió la puerta del primer cuarto a su izquierda.

Lo ocupaba sólo un paciente. Un pobre joven de 20 años que salió a trabajar y tuvo la mala suerte de cruzarse el camino de una serpiente. Su caballo reaccionó como era esperado y tiró a su jinete al suelo. El resultado final, una fractura a nivel de la cuarta vértebra cervical. Una cabeza con brazos y piernas que no volverían a moverse. En cierta forma, lo iba a liberar de su tormento. De años de sufrimiento y frustración atado a una cama.No es que le importara en verdad, pero lo liberaba.

Un cuerpo inmóvil, acostado sobre su lado izquierdo, le daba la espalda. El suave subir y bajar de las azules sábanas marcaba su respiración. Se paró a un lado, estudiando desde las alturas el frágil cuerpo. Sacó la almohada sobre la que descansaba su cabeza y viró el cuerpo de manera que se apoyara sobre su espalda, mirando al techo.

En ese momento, el paciente abrió los ojos.

Juan Francisco Moreno, conocido por sus amigos como Juanchi, se sorprendió de ver un rostro que no conocía. Negros ojos lo estudiaban con curiosidad y una mueca, que bien podía ser interpretado como una sonrisa a medio dibujar, trazaba su boca como un brochazo claro en la oscuridad.

Quiso preguntar. No tuvo tiempo.

La almohada cayó.

Los músculos de sus brazos se tensaron bajo la camisa al ir presionando. El cuerpo no se movía por la parálisis, pero sentía la cabeza luchar, intentando moverse, buscando el preciado elemento que le era negado. Pocos segundos después los movimientos se fueron haciendo débiles hasta ser imperceptibles.

Esperó un tiempo prudencial y quitó la almohada con lentitud, listo para colocarla de nuevo si se trataba de un truco, pero no fue necesario. Movió el cuerpo a su posición original y colocó la cabeza sobre el arma homicida. Tomó un marcador negro de su bolsillo y escribió el número 11 en el espacio entre el primero y segundo dedo del pie derecho. Verificó que no dejaba evidencias de su visita y regresó sobre sus pasos.

Ya fuera del hospital, al lado de su auto y lejos de miradas curiosas, sacó una libreta de su bolsillo y apuntó: *J.F.M. - Protocolo 11*.

CAPÍTULO 3

El sol se levantó por encima del horizonte, arrojando sus primeros rayos como un manto sobre la ciudad de Panamá y las doradas letras que formaban tres palabras: “Hospital San Marcos”. Como las gárgolas de una vetusta catedral, fueron las primeras en ser golpeadas por la luz del amanecer, destellando como inmóviles astros sobre el cenizo fondo de un gastado muro lleno de oscuras grietas y manchas de humedad.

Hatcher cerró la puerta de su auto y presionó a fondo el acelerador de su Cherokee Gran Laredo, esquivando un pequeño gato que atravesaba el estacionamiento en ese momento.

Estaba agotado y sentía los párpados como si estuvieran aumentando de peso, con paso lento y progresivo. Sin embargo, a pesar del cansancio, de necesitar con urgencia una buena ducha con agua caliente y recostarse en un suave colchón por unas 20 horas, debía hacer un alto momentáneo primero.

Corrección: no debía. Lo necesitaba.

Sin darse cuenta siquiera de cómo llegó hasta allí, se encontró penetrando en el tránsito de la Avenida Balboa. El mero tamaño del vehículo era suficiente para alejar a los autos pequeños que intentaban atravesarse en su camino, lo cual le venía de película. No se encontraba de ánimos como para enfrascarse en una pelea infantil.

—*¿Y cuándo lo has estado?* —le dijo su voz.

—Cállate— murmuró, sabiendo que hablaba consigo mismo.

Atravesó dos carriles y dio una vuelta en U. Tres bocinazos insistentes y el agudo chirrido de un frenar de llantas acompañaron la maniobra. Alguien debía estarlo maldiciendo en ese instante, pero lo tenía sin cuidado.

La estatua de Vasco Núñez de Balboa, heraldo del Mar del Sur en cuyo honor se nombró la avenida circundante, ocupaba el centro de un pequeño jardín cerca del mar. En una mano sostenía un estandarte, mientras que la otra alzaba una espada por la hoja. La empuñadura en forma de cruz bendecía el inmenso océano que se extendía ante sus ojos, mientras que la figura, parada sobre una esfera que representaba

al mundo, parecía mirar a Hatcher con desprecio.

—¿Lo puedes culpar?

Levantó la palanca de las direccionales y sin esperar que los que venían detrás la vieran, giró a la izquierda, adentrándose en un solitario estacionamiento. Era su ritual matutino, siempre que las primeras horas del día lo atrapaban despierto y trabajando.

—Un ritual que ya se torna muy frecuente, ¿no crees?

—Quizás, pero no es mi culpa.

—Ah, entiendo. Y la luna es de queso.

Se bajó del carro y atravesó la vía principal, obviando el paso elevado que a pocos metros permitía cruzar de forma segura. Ya del otro lado, se acercó al muro que lo separaba del mar. Espumosas olas golpeaban cientos de rocas, disparando gotas de agua salada al aire. Algunas lograron tocar su rostro. La sensación de humedad, combinada con la suave brisa que soplaba, lo hizo olvidar por unos pocos instantes que se encontraba en medio de la ciudad.

Se relajó y la pequeña línea que tendía a marcarse en el medio de su frente, desapareció. Respiró dos veces, cerró los ojos y levantó la cara para que el calor del sol lo tocara. Perdió la noción del tiempo. Un campanilleo cercano lo trajo de vuelta a la realidad, pero en lugar de molestarse sintió que llegaba en el momento exacto.

Siempre se podía contar con la puntualidad del señor Quintero.

—Doctor, ¿cómo se encuentra? —dijo el anciano vendedor.

Varias arrugas surcaban su piel como las huellas de un arado. Su blanco cabello apenas le cubría la calva, acrecentando la ilusión de un campo de cultivo mal cuidado. Por alguna razón tenía la impresión de que cada día que pasaba tenía menos pelo, pero nunca desaparecía del todo.

—Regular —respondió Hatcher sin desviar la mirada de un pelícano que flotaba con placidez a pocos metros de él—. He tenido días mejores.

—¿Día duro en el trabajo? —El vendedor se secó las primeras gotas de sudor.

—Nada que un buen vaso de helada agua de pipa no pueda curar.

Con estas palabras se metió la mano en el bolsillo para sacar un billete de un dólar. Para cuando lo tuvo afuera, ya su vaso se encontraba servido y esperándolo. Lo tomó con una suavidad casi religiosa. Ese era uno de los mejores momentos del día.

—*Patético* —le dijo su voz en tono burlón—. *Mejor te apuras. Te esperan en casa.*

Debía considerar una lobotomía.

***

Mantovani tarareaba en voz baja *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi, sus pasos marcando el ritmo al golpear con suavidad las baldosas color marrón y terracota de la sección de Patología Obstétrica. Podía sentir la música en su cabeza como si estuviera en una sala de conciertos. Su mente permanecía despejada y su corazón calmado al adentrarse en la sala.

Su coto de caza preferido.

Atravesó una puerta a su derecha y entró en el pequeño depósito de la sala. En los anaqueles se guardaban cajas con todo tipo de chuchería hospitalaria. De gasas a jeringuillas. De sondas uretrales a bolsas de hidratación intravenosa.

En su mano izquierda cargaba un maletín. Sin perder de vista la puerta lo abrió y sacó del interior la bolsa que sustrajo en la madrugada, durante el parto de la señora Arkin. Ya no era la misma, por supuesto. Era una versión modificada. En lugar de contener una solución de dextrosa en agua al 5%, ahora era en su mayoría cloruro de potasio.

La célebre inyección letal. Famosa entre algunos criminales que esperaban en sus celdas la pena de muerte. Desde un punto de vista teórico, sabía todo lo relacionado con la sustancia. Sin embargo, le faltaba la parte práctica, con excepción de unos cuantos experimentos llevados a cabos en los animales de su bioterio.

Dudaba que existiera literatura de su efecto en embarazadas.

Miró la bolsa un instante antes de colocarla entre las decenas de similares que llenaban el depósito.

Tantas preguntas. Tan poco tiempo.

CAPÍTULO 4

—Buenos días, Yeimi —dijo el doctor Mantovani entrando en el primero de los cuartos—. ¿Cómo está mi paciente favorita el día de hoy?

La mujer, de unos 30 años, se acomodó para quedar mejor sentada en su cama. Llevaba una bata de color rosa estampada con flores en lila. El cabello, recogido en una larga cola que se deslizaba por encima de su hombro derecho.

—Mejor que nunca, doctor —contestó, mientras su mano se deslizaba por encima de la bata, alisándola—. El problema es que el doctor Stromberg insiste en que…

—¿Insisto en qué? —preguntó una voz desde la puerta.

Un joven vestido de blanco con un estetoscopio al cuello entró en la habitación. Llevaba una larga bata de igual color, con el logo del hospital grabado en el bolsillo delantero, en rojo y azul.

—Dice Yeimi que se encuentra de maravillas y que tú la quieres dejar encerrada aquí, porque te gusta pasarle visita todos los días.

—Yo no dije eso —respondió ella con voz herida. Sin embargo, sus ojos parecían gritar que eso era en verdad lo que pensaba.

—Bueno —dijo Stromberg—. A menos que en la última reunión de la Sociedad de Obstetricia y Ginecología cambiaran los criterios de pre eclampsia y ahora 150/90 se considere normal…

Mantovani bajó la cabeza para evitar que se notara la sonrisa que se marcaba en sus labios. Stromberg era uno de sus mejores residentes y uno de los pocos que le caía bien. Por el lado negativo, se dejaba crecer un mechón de pelos en la quijada que lo hacían parecer un chivo psicótico. Stromberg, como si la imagen despertara una respuesta psíquica, empezó a rascársela. El áspero sonido crispó los nervios de Mantovani, si bien no podía darse el lujo de perder la paciencia. Tenía una imagen que mantener.

—Entonces, doctor —dijo Yeimi, mirándolo con fijeza a los ojos, mostrando una expresión de duda en ellos—. ¿Tengo salida?

Mantovani tomó una silla cercana y la levantó, colocándola al lado

de la cama. Se sentó, sujetando a la vez la mano de su paciente.

—Escucha bien, Yeimi. Es muy temprano todavía para interrumpir tu embarazo, y tu presión sigue alta. Además, faltan algunos exámenes. No lo hacemos para molestarte. Es por tu bien.

Sus ojos se aguaron. Pareció querer decir algo, pero no logró vocalizar su idea y solo asintió.

—*Quisiera agradecer a la Academia* —pensó, sonriendo para sus adentros. En el rostro, una expresión de absoluta empatía.

Se despidió de Yeimi y, tras indicarle a Stromberg que lo esperaba en la siguiente habitación, salió. Podía confiar en que colocaría las órdenes apropiadas y quería seguir pasando visita. Tenía mil cosas que hacer y mientras no terminara sus obligaciones estaba de manos atadas.

Miró su reloj. Las nueve de la mañana.

Tomó el siguiente expediente. Avisó su llegada con un suave golpe de nudillos sobre el vidrio, presionó el botón y abrió la puerta.

—Buenos días, Sheila —dijo con una amplia sonrisa—. ¿Cómo está mi paciente favorita el día de hoy?

***

El reloj de pared, diseñado como el tronco de un árbol seco, marcó las 9:30 cuando escuchó el golpe. La puerta se abrió y dos médicos entraron en su cuarto.

—¿Y entonces? —dijo el de mayor estatura—. ¿A quién tenemos aquí?No los conocía, pero al más pequeño lo llegó a ver en la madrugada, cuando la llevaban a su habitación. Lo recordaba por la barba. Por lo que pudo escuchar, era un residente de apellido Stromberg o algo así.

—La señora Calvet —dijo Stromberg, leyendo su expediente—. Paciente del doctor Hatcher. Embarazo de 32 semanas, placenta previa marginal y amenaza de parto pre término.

—Mi buen amigo, el doctor Hatcher —dijo tratando de recordar de quién hablaba. La imagen de un rostro venía a la memoria, pero sin lograr enfocarlo del todo—. Estás en buenas manos.

—Lo sé— le respondió, pasándose los dedos por sobre la barriga.

Una sonrisa involuntaria apareció en el rostro de la mujer y, por el delicado movimiento de su mano, asumió que el bebé debía de estar pateando en ese instante.

—Sin embargo— dijo Mantovani, levantando el brazo y tomando la bolsa casi vacía que colgaba de un atril—, algunas veces las órdenes se retrasan en ser ejecutadas. Stromberg —dijo sin siquiera mirarlo—por favor, dile a la enfermera Palacios que la señora Calvet necesita que le coloquen una nueva bolsa de lactato... No, espera... que sea de dextrosa 5%, con los medicamentos ordenados por el doctor Hatcher.

Cerró el expediente con un golpe seco y tras despedirse de la señora Calvet, salió del cuarto y se encaminó hacia las habitaciones que estaban del otro lado de la sala. Trataba de olvidar la sonrisa de felicidad de la señora Calvet al sentir a su hijo y, en realidad, no quería estar cerca en caso de que la suerte la favoreciera ese día. Ya era un asunto fuera de su control. Una bola de plata girando alrededor de un disco con números en rojo y negro.

***

—Buenos días, señora Calvet. Soy la enfermera Palacios— dijo la joven que abrió la puerta—. Vengo a ponerle sus medicamentos. ¿Cómo se siente?

—Mejor. No he vuelto a sangrar y casi no tengo dolores.

La joven sonrió y empezó a remover la envoltura protectora de una bolsa llena de líquido. Por lo visto, no tendría salida pronto. No estaba apurada y esperaría el tiempo que fuera necesario para que todo saliera bien, pero no pensaba pasar por todo eso de nuevo. Tenía que preguntarle a su médico si después del parto podía operarse. Cerrar la fábrica de una buena vez.

Una patada, como en desaprobación, hizo vibrar su lado derecho.

—¿Se mueve bien?

—¿Cómo? —preguntó la señora Calvet, percatándose de que la enfermera le dirigía la palabra. La nueva bolsa colgaba de un gancho.

—¿Se mueve el niño?

—Bastante —suspiró, levantando la mirada al cielo—. Parece un terremoto.

—Bueno, descanse ahora. No podrá volver a hacerlo por los próximos 18 años.

Le sonrió a la enfermera por pura cortesía. Ella recogió todas sus cosas y antes de irse presionó un botón en una pequeña caja azul con cifras digitales verdes, conectada a la bolsa que colgaba del atril.

El símbolo de una gota empezó a parpadear. Una señal digital que el líquido de la bolsa empezaba su recorrido hacia el interior de su organismo.

No sintió nada la primera vez, sino hasta minutos después, pero esta era diferente. Por alguna razón, le ardía el paso del líquido.

Y entonces comenzó a sentirse mal.

Muy mal.

***

El golpe de una botella partiéndose en el piso hizo que la enfermera Palacios mirará para atrás. Esperaba encontrarse a la señora Calvet sentada en la cama mirando un charco de agua en las baldosas, pero en su lugar, a través del vidrio, pudo verla tirada en la cama, con los ojos fijos y la mano caída a un lado, rozando con los dedos el piso. Le bastaron dos segundos para darse cuenta de que estaba en paro cardíaco.

Su grito de alerta paralizó a toda la sala.

Stromberg fue el primero en llegar, seguido de dos internos. Colocó sus dedos sobre el cuello, esperando en cualquier momento sentir la inconfundible onda de distensión de la arteria carótida, pero la carne, si bien permanecía caliente, no daba signos de vida.

Puso sus manos en el tórax de la señora Calvet y comenzó a comprimir, mientras uno de los internos revisaba su respiración. Los labios de la mujer estaban entreabiertos, pero no pudo percibir ni una mínima corriente de aire.

La puerta se abrió y entró el doctor Mantovani, acompañado de dos doctoras que pasaban visita en ese momento.

—Consíganme un laringoscopio y un tubo endotraqueal— dijo una de ellas a las enfermeras.

—¿Qué tamaño, doctora Palm?

—7.5. Que alguien escuche al feto y comencemos la epinefrina.

La enfermera Palacios no había perdido un segundo. Cuando la orden fue emitida, ya tenía la jeringuilla lista. Introdujo la aguja en la línea intravenosa e inyectó 10 cc de la solución diluida.

Un auxiliar apareció con una tabla gastada y vieja, con trazos de pintura que en algún momento fueron rojo y blanco. Stromberg agarró la tabla y entre él y el auxiliar movieron el cuerpo de la señora Calvet.

Colocaron la tabla sobre la cama, creando una superficie dura para el masaje. El otro doctor, de apellido Sierra, colocó el diafragma de su estetoscopio en el abdomen y comenzó a buscar cualquier signo de vida.

Palm se colocó detrás de la cabeza de la señora Calvet y deslizó el laringoscopio en su boca, profundizándolo hasta llegar a la garganta. Stromberg continuó con el masaje, pero con cada compresión, la cabeza saltaba.

—Sostén la cabeza. ¡Vamos! —le dijo Palm a uno de los internos.

Empujó el tubo con su mano libre y lo sintió entrar en la tráquea con facilidad. El interno ajustó una bolsa de respiración asistida y comenzó a ventilar. El tórax se elevó poco a poco.

—¿Cómo está el feto? —preguntó Mantovani

—No lo escucho —dijo Sierra removiendo las olivas de sus oídos. Una enfermera le trajo un monitor fetal y lo puso en la cama, al lado de su muslo. Sierra movió el transductor de un lado del abdomen al otro, pero todo lo que percibía era estática. Nada latía dentro de ese abdomen. Ningún bebé, corazón u aorta. Nada.

—¡Quiero un ultrasonido ahora! —gritó Mantovani—. ¡Traigan el equipo!Palm sabía que no tenía sentido, pero asintió con la cabeza, como si guardara la esperanza de que estuviera equivocada.

El otro interno apareció con una máquina de electrocardiograma y el auxiliar con la de ultrasonido. Sierra, por su lado, untó gel transparente en el abdomen de la señora Calvet y movió el transductor, buscando una imagen clara del feto. Cuando la consiguió, no dijo palabra.

El corazón del bebé era una imagen fija. Sin latidos.

Las luces del electrocardiograma se encendieron. Un punto amarillo apareció en la pantalla. No se movía de arriba a abajo, tan solo de derecha a izquierda.

Línea plana

—¡Asístole! ¡Atropina, 1 mg!

Continuaron por varios minutos. Los doctores blandiendo órdenes, los internos y las enfermeras cumpliéndolas. Repitieron la atropina y la epinefrina.

Línea plana.

Palm separó los párpados de la señora Calvet y miró en ellos. Las pupilas estaban aumentadas de tamaño. Usó una linterna de bolsillo y

la movió por encima de la córnea, sin observar respuesta. Palm miró a Mantovani, quien sacudió la cabeza.

—Déjenla — pronunció con sequedad el doctor Mantovani después de 20 minutos de observar la mortífera onda oscilar en la pantalla, sin cambio alguno, a pesar de todo lo realizado—. Hora de la muerte…

***

Mantovani estaba pasando visita cuando escuchó el grito de la enfermera Palacios.

Su mirada se desvió de forma casi automática hacia el cuarto de donde procedía el grito; a diferencia de los demás, sabía la causa. Poniendo cara de preocupación, corrió con todos los demás. Órdenes, gritos e instrumentos filosos reinaron en el cuarto de la señora Calvet durante todo el operativo, pero lo primero que hizo al entrar fue fijarse en la bolsa que colgaba del solitario atril.

El disco con números en rojo y negro giraba en cámara lenta en su cabeza. La esfera rebotaba de casilla en casilla.

Estuvo a la par de sus colegas tratando de salvarle la vida a la señora Calvet, pues sabía que todas las maniobras eran inútiles. Nadie pensaría jamás en que la muerte corría por sus venas; por supuesto a nadie se le ocurrió detener el goteo de la bolsa.

La bola plateada por fin aterrizó en la casilla de la señora Calvet.

Poco a poco todos fueron abandonando el cuerpo. Mantovani fue el último en alejarse. Se quedó mirando el blanco rostro de la joven señora Calvet y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

CAPÍTULO 5

Hatcher no se podía sacar de la cabeza a María Calvet.

El sonido de los carros, pasando a toda velocidad por la avenida, era ahogado por el fuerte viento que producía un constante zumbido en sus oídos. Fuertes olas se rasgaban en miles de pedazos al estrellarse con la orilla. Las hojas de las palmeras se mecían en una frenética danza al ritmo de los vientos, mientras que los lejanos barcos pesqueros y camaroneros que surcaban la bahía parecían no verse afectados por la terrible marejada que azotaba la costa.

Sin embargo, él no se percataba de lo que ocurría a su alrededor. No terminaba de asimilar lo ocurrido.

—*El amor duele*— le dijo su voz.

—*¿Amor de qué? Era una paciente.*

—*Ah, ya...*

Odiaba cuando su voz tenía la razón.

Había subido al sexto piso tan solo para visitarla. Aún no era hora de su turno, pero acostumbraba salir de su casa muy temprano y no porque fuera un ejemplar de cumplimiento. Se decía a sí mismo que su interés era solo profesional. En el fondo de su corazón, y recordado por la peculiar voz en su cabeza, sabía que eso no era lo único que lo impulsaba a visitarla.

—*¡Qué lindo! Cambias un amor real por uno platónico.*

—*¡Que no es amor!*

—*¿A cuál de los dos te refieres?*

Buena pregunta.

No bien hubo entrado se dio cuenta de que algo pasaba. Siguió caminando, una molesta sensación de preocupación creciendo en su interior, hasta que vio a Stromberg hablando con la doctora Palm, casi a la entrada de la habitación de la señora Calvet.

—¡Doctor Hatcher! —dijo en un susurro apremiante el residente—. ¿No recibió nuestros mensajes?

—¿Qué mensajes? —preguntó, sacando su celular. La pantalla

oscura y la falta de respuesta al tratar de encenderla le indicó que se había quedado sin carga.

—Su paciente. La señora Calvet.

No se atrevió a continuar. La doctora Palm lo tomó del brazo y se lo llevó, mientras le iba contando los detalles

Nadie sabía lo ocurrido. Un segundo estaba bien, animada, hablando. Al siguiente, sin pulso y sin respiración. No se conocían antecedentes en su pasado o en el de su familia que explicaran lo sucedido. Según el doctor Mantovani, una muerte tan súbita debía ser consecuencia de un infarto masivo u otra catástrofe de igual índole.

Por primera vez en mucho tiempo, la voz en su cabeza se quedó silenciosa. Se alejó de la doctora Palm balbuceando las gracias y abrió la puerta de la habitación número ocho. El cuerpo de la señora Calvet se encontraba tapado con una sábana blanca. Dos hombres vestidos de verde oscuro la levantaban en ese momento para colocarla en la camilla que la llevaría a la morgue.

El cuerpo cayó sobre la plancha como un solitario aplauso en un teatro vacío. El sonido se clavó en su corazón como una daga fría y una lágrima comenzó a formarse en su ojo.

—Lo siento —susurró, tocando con la punta de su dedo índice los pies cubiertos en lino blanco—. Te prometí que todo estaría bien.

Sin darse tiempo a pensar otra cosa, salió de la habitación y escapó de la sala.

Palm conversaba con Stromberg cerca de la estación de enfermería. Su cercanía y los bajos tonos hacían que pareciese desde lejos el penoso soliloquio de dos amantes ocultándose de la gente. Mantovani escribía en un expediente. Quizás cerraba el expediente y la vida de la señora María Calvet. En su mano, bajo las tenues luces de la sala, brillaba una pluma Montblanc negra. Su rostro sostenía una expresión extraña mientras se guardaba la pluma en el bolsillo, pero no le prestó mucha atención, pasando a su lado a toda velocidad.

No miró para atrás.

Podía sentir decenas de ojos sobre su espalda, pero poco le importaba. Estaba demasiado ocupado sintiéndose miserable.

***

El cuerpo de la señora Calvet, cubierto de pies a cabeza por una

blanca sábana, llegó a su destino treinta minutos después que el doctor Hatcher abandonara los predios del San Marcos.

La morgue se localizaba en un edificio cercano y su conexión con las salas del hospital era a través de un túnel. Era una edificación antigua en color crema de dos pisos, sin remodelaciones recientes y con el deterioro característico del tiempo y las inclemencias ambientales.

El señor Calvet no percibió nada de esto, caminando detrás de la camilla por el sombrío pasillo. Tuberías recubiertas de material aislante en blanco y gris corrían a lo largo del corredor. El suelo, de un color imperceptible bajo la pobre luz, mostraba las cicatrices del rodar de cientos y cientos de camillas.

El señor Calvet iba solo. Los padres de María murieron muchos años antes, al igual que los suyos. Vino del extranjero a los 20 años, para encargarse del negocio familiar, que su padre fundara al llegar a Panamá buscando hacer fortuna lejos de su patria. El hijo logró establecerse y aumentar el valor del negocio con el sudor de su frente. Su padre siempre pensó que tenía buen cerebro para los negocios.

Conoció a su esposa cuando ella aplicó para una de las posiciones en su empresa. El flechazo fue instantáneo y la boda se llevó a cabo quince meses después. Tenía que viajar con frecuencia, lo que jamás fue un problema. Fue durante una de esas estadías fuera de casa que recibió la llamada de su esposa, dándole las buenas noticias.

Sería padre.

¿Cómo olvidar esa llamada que, sin saberlo, marcó el principio del fin?

Ocho meses después, cuando su mayor preocupación era contar los días para la esperada fecha de parto, escuchó la voz de su esposa por última vez. De haberlo sabido habría dicho otras cosas. Debió ser una conversación más trascendental. Debió decirle todas las cosas que quedaba corto en expresar.

No lo hizo. Fue una sencilla llamada donde ella le decía que estaba hospitalizada. Que su doctor le aseguraba que tanto ella como el bebé estaban bien. Que la internaban para detener unas pocas contracciones que decidieron comenzar antes de tiempo. Le dijo que lo amaba mucho y se despidió.

A la mañana siguiente, cuando llegó a la sala para ver cómo se encontraba, no la pudo localizar. Le preguntó a una enfermera si sabía dónde estaba su esposa. Ella lo miró un par de segundos, que comenzaron a sembrar en él la extraña sensación de que algo malo

pasaba. Desechó esa idea. Nada malo podía pasarle a su esposa.

No a ella.

La enfermera le indicó que esperara un momento y fue a hablar con un doctor alto y delgado que salía en ese instante de un pequeño cuarto. Vio cómo el doctor lanzó una rápida mirada en su dirección para luego darse la vuelta y hablar con otros dos médicos que salían de la misma habitación. Los dos repitieron el movimiento, pero ninguno se acercaba a hablar con él.

Si su esposa estaba allí, ¿por qué no se lo decían y ya?

Por fin, el doctor alto comenzó a caminar en su dirección. La seriedad de su rostro no parecía indicar nada bueno, pero pensó que todo era el fruto de su imaginación. La ansiedad lo volvía muy paranoico.

El doctor, que se presentó como Mantovani, le pidió que lo acompañara. Él lo siguió sin la menor sospecha, pensando que lo llevaba a ver a su esposa. A su María.

Cuando entraron al cuarto no la vio. Solo una cama para examen, un escritorio y unos aparatos sobre cuyo uso no tenía la menor idea.

El doctor comenzó explicándole todo lo ocurrido, desde el principio, pero después de las primeras frases ya no estaba escuchando. Su esposa y su hijo murieron y nadie sabía la causa. Ninguna otra cosa que dijera tenía importancia.

El doctor Mantovani, después de expresarle sus condolencias, le solicitó permiso para realizar la autopsia. Se negó. Nadie iba a cortar a su esposa ni a su hijo en pedazos. Estaban muertos y nada se podía hacer.

El sonido de un timbre lo sacó de sus recuerdos. Estaban parados ante una puerta de madera, que se abrió casi de inmediato; un señor calvo, vestido de verde oscuro al igual que el camillero, salió y lo ayudó a empujar el cuerpo hacia el interior de la morgue.

Ya adentro, siguieron avanzando por un corto pasillo. Dieron dos vueltas y llegaron a una habitación con pequeñas puertas de metal. Decenas de ellas cubrían la pared. El hombre calvo abrió una y de su interior salió una nube blanca y un frío intenso lo abrazó.

En ese momento, otro hombre vestido de verde entró por una puerta a un lado del cuarto, empujando una camilla y un cuerpo sin envolver. Una gran cicatriz en forma de Y cruzaba su pecho. Un tiquete rectangular colgaba del dedo gordo de su pie izquierdo. No pudo evitar leer el nombre del cadáver: “Juan Francisco Moreno”.

—Aquí tienes a tu cliente de vuelta —dijo con tranquilidad el hombre que abrió la puerta.

—Perfecto —contestó el calvo—. Los familiares regresarán por la tarde para reclamarlo. ¿Llegaste a saber qué tenía?

—Según el doctor Hobt, la causa fue cardiovascular. Gran esfuerzo agónico. Cree que es probable que encuentre algún defecto cardíaco en los cortes microscópicos; por lo demás, todo está normal.

—El corazón. Increíble. Si era apenas un niño —dijo regresando su atención al cuerpo de la señora Calvet.

Parecían no darse cuenta de que él estaba allí. Tenía el cadáver de un desconocido a su izquierda, mudo testigo y compañero del momento en que levantaron el cuerpo de su querida esposa y lo metieron en el cubículo que parecía una refrigeradora. Luego, con un solo golpe, cerraron la puerta de metal.

***

El silencio era absoluto. La soledad abrumadora.

En su cabeza seguía resonando la puerta de metal cerrándose.

El señor Calvet entró a su casa y tiró las llaves encima de una mesita cercana a la puerta. Las llaves giraron en el aire y golpearon un pequeño caballo de cristal, que se tambaleó y cayó al piso partiéndose en cuatro pedazos. El hombre no se molestó en recogerlos. Nada tenía valor en ese momento.

Caminó hacia la cocina y abrió la refrigeradora. La comida de toda una semana llenaba los diferentes espacios; en la puerta, dos botellas de vino tinto destacaban entre envases de leche y jugos de todo tipo. Todas las comidas que a él le gustaban estaban allí.

Y estaban porque su esposa realizó las compras.

Sus ojos recorrieron cada una de las esquinas de la cocina; donde quiera que los pusiera algo le recordaba a su María. La vio lavando los platos después de una suculenta cena preparada por ella con esmero; sentada a la mesa mientras esperaba que él le trajera su postre favorito; sonriéndole con todo su amor, como siempre.

Sus ojos se empañaron. Abrió la puerta de hierro que permitía salir al patio de la casa. La vio jugando con el pequeño pequinés, su regalo de cumpleaños. Siempre adoró a los animales. pero el pobre cachorrito murió de una extraña forma de anemia un año atrás. Ella nunca lo

lloró. Así era ella.

Caminó por la verde grama del patio mirando las hojas de los árboles caer en silencio. Una incipiente sábana de hojas secas cubría el piso, como muestra del descuido de los últimos meses. Siempre fue un trabajo de los dos, pero el estado de su esposa ya no le dejaba esforzarse demasiado.

Ella quería. Él fue quien no se lo permitió.

Se apoyó en una rama y comenzó a llorar. Derramó todas las lágrimas contenidas hasta ese momento. Después de un tiempo comenzó a controlarse. La cabeza le dolía y sentía los ojos secos, como si no hubiera dormido en toda la noche. Estaba agotado, pero no tenía sueño.

Tenía que dormir. Necesitaba olvidar a su esposa, aunque fuera por unas horas.

Regresó por donde vino. Cerró la puerta de hierro con un candado y volvió a atravesar la cocina sin fijar la mirada en ningún lado. Al entrar en la sala lo volvió a asaltar la tormenta de imágenes.

Se vio cargándola en los brazos el día de su boda, cruzando el umbral de su nueva casa. Se veía tan hermosa ese día, como la princesa de un cuento de hadas. Sus ojos brillaban de alegría. Su sonrisa era contagiosa y daban ganas de reír y bailar con ella. De estar siempre a su lado. De sentirse dichoso de tenerla por esposa.

Esa noche hicieron el amor con la pasión de dos adolescentes, para terminar cubiertos de sudor a pesar del aire acondicionado. La suave música que flotaba en el aire los embriagaba y envolvía. Bajo la tenue luz de la luna que se escapaba por las persianas entreabiertas, el rostro de su esposa era el de un ángel. Estaba enamorado de su sonrisa, de esos ojos que parecían despedir rayos de luz, de esa boca pequeña y preciosa que apenas, del mechón de pelo que se deslizaba en su frente, de ese cuerpo escultural que tanto deseara desde el primer día que puso sus ojos en ella; de su sensibilidad, de su amor por la naturaleza y la vida, de su entusiasmo, de su ímpetu, de su casi inagotable energía.

Adoraba cada centímetro de su esposa. La amaba con todo el corazón y ya no estaba.

Se metió en el bar que tenían en la terraza y sacó una botella de Ron Abuelo. Desenroscó la tapa, lanzándola al piso y comenzó a tomar directo de la botella. Sintió el líquido entrar a su organismo como una cascada. Cuando miró de nuevo la botella, le faltaba una cuarta parte de su contenido.

Necesitaba dormir. Sacarse a María del pensamiento.

Un doctor se le acercó cuando estaba saliendo del hospital y, después de expresarle sus condolencias, le entregó una receta para que se comprara unos tranquilizantes. Por si los necesitaba.

Sacó de su bolsillo una pequeña bolsa con el medicamento ordenado y extrajo una de las pastillas. La giró varias veces en su mano, estudiándola. La metió en su boca y la tragó con ayuda del líquido.

Entró a su cuarto, la botella en una mano y las píldoras en la otra. Se sentó en la cama. Parecía muy grande, enorme. ¿Cuántas veces despertó allí con María en sus brazos, con su rostro cerca del suyo, con su respiración sobre su piel? ¿Cuántas veces lo primero que vio al abrir los ojos fue la sonrisa de su María, que lo estudiaba como si supiera algo que él no? ¿Cuántos años de soledad tendría que resistir en esta miserable tierra antes de volver a verla?

No tenía ninguna duda al respecto. Jamás habría otra mujer en su vida.

Tomó otras tres píldoras y las dejó caer en su boca. Las tragó con la ayuda del viejo abuelo.

Se acostó en la cama, como otras muchas veces, pero ahora nadie estaba a su lado. Extendió la mano y tocó con los dedos la suave superficie de la sábana donde tantas veces durmieron juntos. Se la imaginó a su lado. Cerró los ojos y giró la cabeza. Cuando los volvió a abrir, lo único que vio fueron los pliegues que hizo su mano al deslizarse por la tela.

Rasgó la bolsa de papel y vació todas las píldoras en su mano. Debían ser más de veinte. Una detrás de otra desaparecieron en su boca, empujadas por el licor. Cada vez que separaba los labios de la botella, sonreía.

Con algo de suerte, vería a María y a su hijo muy pronto.

CAPÍTULO 6

—*Mejor se daña* —pensó Mantovani al terminar de leer la noticia.

Se encontraba sentado en su oficina. El contenido de una taza despedía suaves nubecillas que revoloteaban en el aire y le daban a la habitación el peculiar aroma del café recién hecho. Varias columnas de expedientes esperaban su firma en una esquina del escritorio. Un periódico abierto en las páginas 2A y 3A ocupaba casi todo el resto del espacio físico.

En grandes letras negras se anunciaba la trágica muerte del empresario Eduardo Calvet, gerente general de varias cadenas de restaurantes. Según se informaba, el señor sufrió un gran golpe ante la sorpresiva muerte de su adorada esposa, María, quien tenía 8 meses de gestación y se encontraba hospitalizada por complicaciones de su embarazo. La nota, si bien no lo especificaba, dejaba entrever que la muerte fue secundaria a una excesiva ingesta de tranquilizantes y alcohol. Un amigo de la familia acudió a visitarlo. La puerta estaba abierta y al no responder a su llamado se preocupó y entró en la casa. Así se hizo el triste descubrimiento. No le sobrevivían familiares.

Mantovani volvió a leer cada palabra para estar seguro de que no se le escapaba detalle alguno.

Era un buen catador de las debilidades humanas. Las pocas palabras que cruzó con el devastado sujeto le llegaron impregnadas de un peculiar perfume alcohólico. Un tipo de whiskey que no logró identificar. Él no hizo más que aprovechar esa circunstancia para colocar el arma apropiada en las manos del ahora occiso. Le sugirió a Stromberg que el pobre hombre necesitaría ayuda farmacológica para conciliar el sueño. Lo vio alejarse con la receta en la mano, como si fuera su sentencia de muerte.

En cierta forma lo era.

La noticia iba acompañada de una foto de la familia Calvet, teniendo por fondo alguna fiesta o reunión social. Se veía en sus ojos que eran muy felices. Trató de imaginar el sufrimiento del señor Calvet al enterarse de la muerte de su esposa y el tormento que representó regresar a su casa, solo, asaltado por los recuerdos de una vida anterior

que jamás podría recuperar.

Digna competencia de una tragedia griega.

Sacó una navaja de su bolsillo y extrajo la hoja con mayor filo, extendiéndola con un chasquido. Apoyó la punta en el borde superior izquierdo de la noticia y comenzó a deslizar la hoja, separándola del resto de la página. Luego repitió el procedimiento con la foto de los Calvet. Con cuidado tomó ambos trozos de papel periódico y los dobló, guardándolos en su cartera.

Se tomó su café de un solo trago, tratando de controlar la descarga de adrenalina que circulaba por su sangre. A cada muerte procedía un periodo libre de estrés, pero esta vez no fue así. La muerte de María Calvet falló en calmar la necesidad por completo. Los residuos empezaron a germinar. A plantar raíces en su cerebro.

Eso era peligroso. Era demasiado pronto.

Cuando la necesidad surgía arrastraba a su paso todo lo que encontraba, como un gigantesco tsunami, hasta gobernar cada centímetro de su voluntad, cada célula nerviosa, cada deseo, cada pensamiento. Todo se volvía una obsesión.

Y solo había una manera de satisfacer las obsesiones.

***

Mantovani vivía en un lujoso apartamento con vista a la bahía. El edificio, *La Estrella del Sur*, era una belleza de cuarenta pisos. Una maravilla en cuanto a tecnología, comodidad y seguridad.

Era dueño del *penthouse*, el cual consiguió a un precio considerable. La vista era espectacular a cualquier hora del día. Los bermejos resplandores del ocaso sobre el océano Pacifico eran magníficos. Cuando la oscuridad cernía sus negras alas sobre la ciudad, el mar se convertía en un manto de colores brillantes. Los reflejos verdosos de las estrellas, la luna y la cautivadora fosforescencia de las inquietas olas se mezclaba con las luces de los edificios y pantallas publicitarias, todas meciéndose al ritmo de la suave brisa marina. Su apartamento era como el Monte Olimpo: un castillo celestial por encima de la polución terrena. Valía cada centavo.

Juan, el guardia de seguridad, lo saludó con un movimiento de cabeza al verlo llegar, mientras presionaba un botón. La colosal cerca de hierro que rodeaba el edificio comenzó a moverse. Cuando el espacio fue suficiente para dejar pasar su Jaguar Sovereign X16 sin

raspar la pintura, pisó el acelerador, regresándole el saludo a Juan al pasar al lado de la garita.

Un amplio pasillo lo recibió al abrirse las puertas del ascensor. Al fondo, una puerta de cristal blindado y ornamentos de bronce lo separaba de su hogar. Su refugio.

Varios mecanismos se accionaron al poner el pie en el vestíbulo; las luces se encendieron, en modo tenue y el aire acondicionado comenzó a funcionar. El médico se quitó el saco y lo colocó con cuidado en el perchero instalado cerca de la puerta.

En la cocina se tomó su tiempo. Abrió la puerta de su cámara de vinos y observó las botellas, hasta que una capturó su atención. Era una elección diferente, pero a Mantovani le gustaba experimentar y estimular sus papilas con nuevos sabores. *La Prohibición* era un vino español que prometía mucho. No se le ocurría una mejor noche que esa para dejarlo respirar.

Con la botella en la mano se dirigió a su estudio, alumbrado por los destellos que surgían de una pecera incrustada en la pared, cerca de su mesa de trabajo. Un par de *cola de espada* negros movían sus aletas caudales cerca del fondo de la pecera, buscando restos de comida. Tres ángeles negros parecían levitar junto a la superficie, por encima de una pequeña pirámide de cuarzo que adornaba el paisaje acuático de un blanco absoluto, mientras cinco *molly cola de lira* negros surcaban el agua de un extremo al otro, como involucrados en una danza frenética de significado desconocido.

Se sentó en un cómodo sillón reclinable, mientras observaba el constante movimiento de los peces en su mundo submarino. Se identificaba con ellos y los envidiaba en parte. Calmados, silenciosos, autoridades absolutas en un espacio limitado por invisibles barreras. Sin preocupaciones, sin presiones, sin tener que perseguir ningún objetivo en su vida. Solo dedicados a procrear, a alimentarse y a dormir de vez en cuando. Eran reyes en aquel cosmos de cristal.

Un recuerdo le llegó de forma tan inesperada que se sorprendió. La imagen fue tan vívida como un destello repentino en la oscuridad. Después de pensarlo algunos segundos se levantó del sillón y se acercó a su escritorio. Sacó su llavero del bolsillo, buscó una pequeña llave con tres dientes y la introdujo en la cerradura de uno de los dos cajones que ocupaban el lado derecho de la mesa.

El cajón se abrió y de su interior extrajo un álbum de fotografías de color negro brillante. La primera página estaba ocupada por la foto en colores de una joven. Tez clara, ojos azules, cabello negro y una

expresión seria en sus labios. Bajo la foto se veía un nombre y una noticia de periódico, con el característico tono amarillento generado por el pasar de los meses y los años.

El nombre era Marilyn Johana Alfaro. La noticia mencionaba la trágica muerte en un accidente automovilístico de la señora Alfaro. Una foto mostraba los restos de un auto en el fondo de una cañada. En los árboles cercanos se veían los estragos causados por el fuego. Varios voluntarios de los bomberos y la Cruz Roja exploraban el área, completando la extraña escena. Esa foto siempre le traía agradables recuerdos.

Imágenes de su primer asesinato.

¿O era el segundo? Dependía del punto de vista.

Pasó las páginas de prisa. Fotos, artículos de periódicos y tarjetas con ribetes negros llenaban las diferentes hojas del álbum, cada una señalizada con un pequeño rectángulo blanco en el que se indicaba una fecha. Otra vez volvió a pensar que las fechas cada vez estaban más cercanas unas de otras. Lo que antes eran lapsos de años eran ya espacios de unos cuantos meses. Asumía que era resultado de la experiencia y la práctica, pero en el fondo sabía que era una excusa. Lo suyo era una adicción. Una necesidad de creciente frecuencia, que no podía controlar.

Casi al final quedaban algunas hojas vacías. Separó la lámina de plástico que cubría la página y colocó en ellas el recorte y la foto que extrajo del periódico esa mañana. Dejó caer la lámina en su lugar y la alisó con la mano. Contempló por algunos segundos los ojos de la señora Calvet, para luego cerrar el libro con esa imagen en su mente. Luego lo volvió a colocar en el cajón.

Se empujó con los pies para hacer rodar la silla hasta un librero al lado de la pecera. Sacó varias revistas de una de las tablillas y se puso a revisarlas, buscando un artículo en particular. En su quinto intento lo encontró. Camino a casa se le ocurrió una idea y necesitaba repasar ciertos aspectos que no tenía muy claros. El éxito de sus acciones se basaba en que todo lo planeaba con sumo cuidado.

El cloruro de potasio en una venoclisis entre decenas de iguales. La elección de la afortunada dejada a la suerte, pero asegurándose de que no fuera ninguna de sus pacientes. Todo lo que debía hacer era evitar que las canalizaran con una bolsa de dextrosa.

El haberse ofrecido a darle la noticia al familiar le dio la oportunidad de exponer uno de sus mejores discursos. Al tomarse la

molestia de explicarle los detalles técnicos al esposo de cómo se realizaría la autopsia, se aseguró de que no aceptara el procedimiento.

El haberle sugerido a Stromberg la prescripción de barbitúricos al señor Calvet significaba que su firma no aparecería de por medio.

Nadie podía acusarlo de desaprovechar las oportunidades.

Sin embargo, la idea que ahora lo devoraba era brillante. Un toque de genialidad. Original, innovador, impredecible. Solo tenía que organizarse.

Y de paso, podía ser que aprendiera algo nuevo.

CAPÍTULO 7

Un joven de 13 años, con varias rosas rojas envueltas en celofán, estudiaba a las personas que caminaban por el parque. Quería terminar pronto e irse a casa, pero era una noche lenta. A esas alturas cualquiera era un blanco potencial y estaba listo para ponerse impertinente de ser necesario. No siempre funcionaba, pero la mayoría de las veces las personas caían. No por ayudarlo, claro estaba, sino para quitárselo de encima.

Sus ojos se deslizaron por las sombras del parque y entonces lo vio. Un hombre de aspecto serio mirando hacia la calle. Comenzó a caminar en su dirección, con la seguridad de un corredor de bolsa, pero el hombre desvió la mirada y clavó sus ojos en él.

No cruzaron palabras. El joven dio la media vuelta y se alejó. Las calles tenían su propia forma de impartir sabiduría. En sus ojos vio un dolor que auguraba perder el tiempo al desafortunado que tratara de venderle algo esa noche.

Hatcher sintió el viento golpear su rostro y luego levantar unas cuantas hojas secas que volvieron a caer al suelo a los pocos metros. Un gato gris con rayas negras sobre el lomo, agazapado cerca de un basurero, vigilaba los alrededores del parque buscando alimento; luego se arrastró cerca de la banca, rozando con la cola el pie de Hatcher, quien se apartó por puro reflejo. El animal, asustado, corrió a esconderse.

Sentado en la dura banca del parque sentía con agudeza el adormecimiento en el trasero, el cansancio en sus ojos y la contracción de los músculos por el afilado frío que provenía del océano. Sin embargo, estaba en otra parte, en otro plano, divagando por los innumerables corredores de un laberinto de ideas que no le daban un minuto de descanso.

Al menos, ya no se culpaba por la muerte de la señora Calvet.

—¿Estás seguro de que no fue tu culpa?

No se tomó la molestia de contestarle a la voz. A pesar de lo que hubiera podido sentir por María, nunca dejó de comportarse como un

profesional.

—Sobre todo porque sabías que no te iba a hacer caso, ¿verdad?

Ignoró el comentario, aunque en el fondo sabía que era cierto.

Cuando logró dejar de sentirse culpable, empezó la curiosidad. La gente no moría así por así.

—Sí lo hacen. Tú no quieres una explicación. Quieres una absolución.

Si tan solo el señor Calvet hubiera permitido la autopsia. Sabría la verdad y podría descansar.

—Lamento informarte que ya es muy tarde. Ambos están enterrados a tres metros, bajo la plácida tierra del Jardín de Paz, juntos. Ni la muerte los separó.

Se pasó la mano por la cabeza, destruyendo lo poco que le quedaba de peinado. La voz tenía la razón otra vez y, aunque la idea de efectuar una autopsia ilícita cruzó por su cabeza, prefería vivir con la duda que tentar al destino.

Con su suerte era probable que lo acusaran de haberla asesinado.

—Estamos melodramáticos hoy.

Un campanilleo cercano lo sacó de sus pensamientos. Su amigo, el anciano vendedor de agua de pipa, caminaba en su dirección. Se llamaba Jorge Quintero y debía tener unos 60 años. Dirigía su propio negocio, por lo que no lo regían calendarios. Podía trabajar a cualquier hora del día, pero prefería la mañana y la noche por razones de conveniencia.

A su edad, solía decir, uno debía alejarse del sol tanto como fuera posible.

—¿Cómo se encuentra, doctor? —preguntó al acercarse.

Y diciendo estas palabras abrió el pote de latón que llevaba sobre su carretilla y le sirvió un vaso repleto hasta el borde. Hatcher lo tomó con una sonrisa. Justo lo que necesitaba.

—He tenido días mejores —respondió después de saborear su primer sorbo.

—Menciónеme uno.

Se aproximó a la banca y con lentitud, apoyándose en el borde, se sentó. Tomó varios tragos con los ojos cerrados. Parecía disfrutar cada uno como si fuera el único placer a su alcance.

—Bueno, tienes razón —dijo Hatcher, bajando la cabeza y suspirando—. Debí hacerle caso a mi madre y estudiar finanzas. Estaría ahora en mi casa, con mi esposa, pensando dónde pasar las vacaciones

o en qué gastar el dinero, en vez de estar buscando el significado de la vida sentado en la banca de un parque.

—Casi me haces llorar de la emoción. Lo único es que ni así estarías con ella. Tampoco sería tu esposa. Te deja pensando, ¿cierto?

—Si ese es todo tu problema —dijo Quintero, interrumpiendo a la voz, cosa que agradeció Hatcher—, déjame liberarte del sufrimiento.

Levantó el vaso y lo movió en frente de su cara como un bastón.

—Este es el significado de la vida.

—¿Qué? ¿Estás tratando de decirme que la vida es como el agua de pipa?

—Algo así. La vida debe disfrutarse en sorbos. Cada minuto podría ser el último y debe vivirse intensamente.

—Si me permites decirlo, pienso que es una manera muy superficial de ver el mundo.

—Estoy muy viejo para dejar que la vida me complique la existencia. A mi edad aprendes a ver las cosas con ojos más simples. Por eso fue que dejé mi trabajo allá— y señaló con el dedo hacia una pequeña luz roja que parpadeaba en lo alto de una antena en la lejanía.

Hatcher conocía bien su origen.

—Espera un segundo— dijo sin comprender por completo lo que quería decir— ¿Trabajaste en el San Marcos?

—Fui uno de los tantos camilleros que surcaron los pasillos y salas del hospital, pero me cansé de recibir órdenes de todo el mundo y un buen día me largué.

—Sé a qué te refieres.

—Debería intentarlo. Fue una experiencia liberadora.

Hatcher bajó la mirada. Sus ojos se cerraron con fuerza.

—Creo que esa es su forma de decirme que no puede. No importa. Después de todo, nunca es demasiado tarde.

Quintero se levantó con dificultad de la dura silla. Desde la posición donde estaba parado hizo una pequeña bola con la servilleta y la lanzó hacia un tanque de metal cercano. Pintado en amarillo brillante, ostentaba el clásico mensaje: “Mantén limpia la ciudad”, mientras en el piso, a su alrededor, decenas de pedazos de papel o plástico parecían reírse del consejo. La bola describió un arco en el aire, golpeó el borde metálico del tanque y se perdió en las entrañas del recipiente.

—¡Dos puntos! —exclamó.

Viendo que el doctor seguía pensativo, le colocó una mano en el hombro.

—No deje que el hospital y sus inquilinos le quiten el sueño. La muerte es lo único de lo que no podemos escapar y, créame, ella lleva mucho más tiempo que usted paseando por los pasillos del San Marcos.

Se dio la vuelta, tomó su carretilla y la empujó, alejándose de un pensativo Hatcher.

***

—Se siente frío y pegajoso —dijo la paciente.

—Sí, lo sé. Es una sensación extraña; pronto se acostumbrará —comentó Mantovani con una sonrisa confiada.

La doctora Testa, una de las residentes de segundo año, apretaba con su mano izquierda un cilindro plástico de color blanco del cual salía un viscoso material transparente. Con movimientos circulares lo distribuyó en el abdomen de la paciente, como quien adorna un pastel de cumpleaños, y después colocó el cabezal del ultrasonido sobre la sustancia, deslizándolo con suavidad, sin quitar la vista del monitor a su lado. El médico, con los brazos cruzados, la estudiaba a sus espaldas.

Era buena residente, pero no podía verla y olvidar el potencial dentro de ella. Su capacidad de procreación. Por lo que sabía, no estaba casada. Solo esperaba que no fuera a salir embarazada durante la residencia.

La tentación sería demasiado grande y buenos residentes eran difíciles de encontrar.

Hacía dos meses de la muerte de la señora Calvet. Dos meses de lucha campal contra la necesidad que extendía sus raíces como una hiedra venenosa. Que lo consumía de una forma lenta, pero segura.

Era solo cuestión de tiempo.

Decidió desviar sus pensamientos del rumbo tomado y concentrarse en el trabajo frente a sus ojos. La pantalla mostraba, en diferentes escalas de grises, la imagen propia de un embarazo de 35 semanas. La cabeza del feto se dirigía hacia el segmento inferior del útero. Suaves movimientos de las extremidades parecían acompañar el silencioso baile del cuerpo flotando en el agua. Aislado del resto del mundo, no se daba cuenta que su privacidad era invadida por silenciosas ondas sónicas que develaban lo que ocurría en el interior de su morada.

Testa evaluó diversas posiciones, decidiéndose por una. El ultrasonido mostraba una bolsa con la adecuada cantidad de líquido amniótico que buscaba, lejos de la placenta y de otras partes fetales.

—Ahora —dijo Mantovani abriendo una bandeja que tenía desplegada a su derecha—, como ya le expliqué, voy a proceder a extraer una pequeña cantidad de líquido amniótico de su útero. Me guiaré con la ayuda de la doctora y el ultrasonido para efectuar la punción, la cual será lejos de su bebé, por lo que este corre un mínimo de riesgos. ¿Está bien?

—Seguro, doctor —dijo la joven con una resignada sonrisa. Negarse no era una opción. El examen era necesario para verificar si tenía una infección que pudiera poner en peligro a su hijo.

Varios días atrás sufrió un pequeño accidente al rodar por unas escaleras. Cuando la examinaron en el cuarto de urgencias, el médico que le hizo el ultrasonido le dijo que tenía unos grumos cerca del cuello del útero y que eso podía sugerir una infección intraamniótica. Palabras rimbombantes para insinuar que su bebé podía estar infectado, lo que lo ponía en peligro inminente. Una forma de estar seguro era por medio del estudio que la tenía cubierta de gel en ese momento.

Curiosas las vueltas que da el mundo. De no haberse caído, no se habrían dado cuenta del problema.

—*No hay mal que por bien no venga* —solía decir su abuela.

—Protégelo, abuelita —susurró. La imagen de la aguja fija en sus ojos.

—¿Disculpe? —preguntó Mantovani, levantando la ceja derecha. Era uno de los pocos gestos sobre los que no tenía control.

—Lo siento, doctor. Pensaba en voz alta.

Mantovani alzó los hombros de forma casi imperceptible y siguió con su trabajo. Limpió el área donde efectuaría la punción, tomó la aguja y con cuidado la apoyó sobre la piel de su paciente, para luego hundirla en el abdomen, guiado por el ultrasonido operado por Testa. Cuando llegó al punto que buscaba, aspiró con el émbolo de la jeringa.

Contrario a lo que esperaba, un líquido opalescente, salió uno verde espeso.

Meconio. Heces fetales.

—Considerando las características de este líquido amniótico, ¿qué piensas que debemos hacer? —le preguntó a su residente sin dejar de aspirar. Cuando la marca de 20 cc se ocultó ante la presencia del líquido, retiró la aguja con lentitud.

—Diría que estamos ante un sufrimiento fetal. Considerando los antecedentes y la edad gestacional, creo que deberíamos enviarla para

cesárea de inmediato.

—Buena chica —dijo él, con una sonrisa de aprobación, mientras colocaba la jeringuilla sobre la mesa.

Quince minutos después tenían todo listo. Mantovani dirigió algunas palabras de consuelo a la paciente, mientras se la llevaban al salón de operaciones. Testa la operaría, así que sabía que estaba en buenas manos.

Entró de nuevo al cuarto de ultrasonido. Tomó la jeringuilla y vació el contenido en un tubo de vidrio. Enroscó la tapa de color negro y silbando *El Titán* de Gustav Mahler, dejó caer el tubo en el fondo del bolsillo de su bata.

***

El aire acondicionado se encontraba al máximo y había movido todas las rejillas para que las corrientes confluyeran como un solo torrente majestuoso hacia su cara. Sentía el gélido golpe en su rostro, sobre todo a nivel de los pabellones de sus orejas y la punta de la nariz, que comenzaron a tornarse frías. Los vidrios ahumados que cubrían las ventanas de su auto impedían la entrada de luz al interior del vehículo.

Cerró los ojos mientras las notas de *El Moldavia*, de Bedrich Smetana lo envolvían. Era del tipo de música que le atraía. Música de fuertes contrastes. Con altos y bajos. Que iniciaban con tenues melodías que inspiraban sensaciones de amor y compasión, para luego detonar en una explosión de sonidos que parecían guiar los pasos de una violenta avanzada de conquista o el renacimiento de un ser sobrenatural. Piezas musicales que nacían en los bucólicos bosques o las serenas olas para luego trasladarse a las ardientes fraguas del Dios Vulcano o los oscuros y tenebrosos umbrales de los pantanos y dunas.

Tchaikovski, Ravel, Brahms, Dvorak, Rimsky-Korsakov, Mozart, Mussorgsky, Handel, Wagner, Bizet, Beethoven.

Fantasie Impromptu, Danza Macabra, Danza Húngara, Carmen, Obertura William Tell, El Lago de los Cisnes, Obertura 1812, La Quinta Sinfonía.

Todas despertaban en él emociones contradictorias, conflictivas. Violencia y paz, tranquilidad y desasosiego, odio y amor. Luz y oscuridad.

No importaba la música que oyera o el momento en que la escuchara, siempre iría de acuerdo con su estado de ánimo.

Se hallaba estacionado bajo un frondoso árbol de almendras, en una calle aledaña al hospital. A su derecha, al otro lado, se elevaba la morgue como un monolito digno de admiración. Su mirada recorrió cada una de sus esquinas, sus adornos arquitectónicos, sus paredes desgastadas. En la entrada, dos carrozas fúnebres esperaban a sus inquilinos. La primera era del clásico color negro. La que estaba detrás era de un dorado brillante, con vidrios tan oscuros como los de su propio auto. Tenía la portezuela trasera abierta. Dos hombres, parados al lado, conversaban de forma apacible, hasta que la puerta de la morgue se abrió y otros dos salieron con un ataúd a cuestas. Con la ayuda de los otros, lo metieron en el carro fúnebre y cerraron la puerta de un solo golpe.

Se hubiera quedado ensimismado presenciando la salida de la carroza, pero desvió la mirada hacia su izquierda, al ver acercarse por el vidrio retrovisor una figura femenina. Al ver quién era, sonrió, se estiró y abrió la puerta del lado del pasajero.

A través del umbral pasaron primero unas finas y blancas piernas, cubiertas por una elegante media de nylon color carne. Siguió una falda blanca con pliegues que caían como una cascada que llegaba hasta una cintura estilizada por un delgado cinturón de cuero tejido. Una blusa adornada por botones dorados apoyó su espalda sobre el asiento. Un delgado cuello se inclinó y unos labios rojos se plantaron sobre su mejilla dejando su marca como una huella digital. Mantovani no se pudo resistir. Se acercó y colocó sus labios sobre los de ella. No se percató del correr del tiempo, pero fueron varios minutos.

—Estás muy contento hoy, por lo visto —dijo Ibeth cuando lograron separarse. Su voz resonaba con un tono musical y alegre, mientras contorsionaba el tronco buscando el extremo de su cinturón de seguridad.

—Se puede decir que sí. Ha sido un buen día.

En el piso del asiento trasero descansaba una hielera de foam. En su interior, un tubo de vidrio con una tapa de rosca negra, apoyado contra decenas de cristalinos cubos de hielo, esperaría con paciencia su momento.

***

Hatcher giró la llave del auto y el motor se apagó con un ronco suspiro.

A través del vidrio frontal podía ver la sólida puerta de madera que separaba el interior de su casa del mundo exterior. El cansancio lo estaba venciendo y quería acostarse, pero no pretendía cerrar los ojos tan solo para soñar con María Calvet, quien parecía dominar sus pensamientos a pesar de haber pasado ya dos meses desde su muerte.

—*Eso no es lo único que te retiene, ¿verdad?* —dijo la voz en tono burlón.

No tenía respuesta para un comentario así, por lo que prefirió no responder. Abrió la puerta del carro y caminó hacia su casa.

Lo primero que escuchó al abrir la puerta fue la música electrónica. Su esposa debía estar despierta y haciendo ejercicio, su rutina de 90 minutos de todas las mañanas.

Trató de no hacer ruido. A través de la puerta de vidrio y madera pudo verla pedaleando con todas sus fuerzas sobre una bicicleta estática. Llevaba puesto un leotardo morado oscuro y el cabello recogido en una cola que parecía bailar sobre su cabeza al ritmo de la música.

Era en contemplaciones como esta, por efímeros segundos, que recordaba todas las razones por las que se había casado con ella. Sabía que su corazón no estaba del todo seco. Que sí, que todavía la amaba.

Pero ya no era igual. No desde el accidente. No desde ese fatídico 14 de noviembre de dos años antes.

Algunas heridas ni el tiempo las podía curar.

Se dio la vuelta y, sin saludarla, se dirigió a su cuarto a dormir. A sus espaldas, la música electrónica siguió sonando sin parar.

CAPÍTULO 8

Una campana sonó al iluminarse la pantalla digital del ascensor con el número tres. La puerta se abrió para dar paso a un pasillo vacío, iluminado por la luz blanca procedente de varias láminas de plástico transparente que cubrían el techo. Miró hacia ambos lados. Varias sillas vacías se apostaban a lo largo de la pared. Lo tomó como una buena señal.

El hombre vestido con una larga bata blanca y un estetoscopio alrededor del cuello entró en la Sala de Cirugía Maxilofacial. El silencio que reinaba en la sala era absoluto. La estación de enfermeras estaba vacía en ese momento, pero él sabía dónde estaban. Las vio en uno de los cuartos, hablando con un paciente que acababa de ingresar. Ambas le daban la espalda, oportunidad que aprovechó para pasar sin ser visto.

Nada le preocupaba. Sabía que tenía tiempo suficiente.

Tomó un expediente y se dirigió con paso seguro hacia el último cuarto, inspeccionando con el extremo del ojo la presencia de alguien que estuviera despierto.

Todos dormían. Abrió la puerta del cuarto y entró.

La señorita Cecibel Jacqueline Osorio era una joven de 17 años que se vio involucrada en un accidente automovilístico hacía varias semanas. Tenía múltiples lesiones faciales y una fractura de los cartílagos tiroides y cricoides del cuello, que obligaron a una intubación temprana y posterior traqueotomía.

El cuerpo de una joven que dejaba de ser bella. Que tendría que pasar el resto de sus días llevando una faz por siempre marcada. Sintiendo el rechazo y la soledad que eso conllevaba. La sensación de impotencia que la avasallaría cada vez que se mirara en un espejo o cuando, como sin querer, la gente le clavara los ojos para luego retirarlos, apenados y agradecidos de que no ser ella.

Una vida larga llena de tristezas y sufrimientos, de la cual estaba a punto de ser liberada.

No que en verdad le importara.

Metió la mano en el bolsillo de su bata y extrajo un pequeño vial, con tapa de color gris. Leyó el papel que lo rotulaba. En letras negras se leía: Cloruro de Succinilcolina.

Llenó una jeringuilla con el contenido del frasco. Un líquido claro que a esa distancia parecía agua común y corriente. Nada más lejos de la realidad, pensó al introducir la aguja en la línea intravenosa que lo distribuiría por todo su cuerpo.

El efecto inicial se manifestó por pequeñas fasciculaciones musculares a nivel del tórax y el abdomen. El efecto final, una parálisis muscular generalizada que se inició en sus brazos, cuello y piernas, afectando en menor grado a los músculos de la faringe y de la cara. Poco después los músculos respiratorios se detuvieron.

Todo en menos de un minuto.

Cuando se percató de que el cuerpo ya no respiraba, guardó el vial de succinilcolina en su bolsillo, junto a la jeringuilla utilizada. Sacó un marcador negro y escribió el número 7 entre dos dedos del pie derecho. Abandonó el cuarto tal como entró. Volvió a colocar el expediente en su lugar y salió de la sala.

Se dirigió a la cafetería del hospital. Pidió una soda y un dulce y se sentó a comer. A esa hora solo estaban otras dos personas en el lugar. Un anciano que dormía en una de las mesas del fondo y un médico que se tomaba una taza de café, mientras leía el periódico.

Le dio una ojeada a su reloj. Ya habían pasado casi 10 minutos. Sacó un celular y marcó un número.

—Está pendiente— dijo al escuchar la adormecida voz del otro lado de la línea— Tu paciente está lista.

Colocó el teléfono sobre la mesa y sacó una libreta negra de su bolsillo. Pasó las páginas y luego escribió en una de ellas: *C.J.O.- Protocolo 7*.

***

La jeringuilla latía en su bolsillo como un ser vivo, pidiendo ser liberado. Le colocó la mano encima con cariño, cuidándola, calmándola.

Su llegada a la sala pasó inadvertida. Las enfermeras de turno estaban canalizando una paciente. No prestaron atención a los pasos sigilosos de Mantovani al atravesar el pasillo y abrir una puerta a su derecha. El ir y venir del personal era frecuente a cualquier hora y no

le pusieron cuidado.

Estaba vestido de verde, la clásica ropa del salón de operaciones. Una gorra quirúrgica cubría sus cabellos y una mascarilla, el rostro. Su apariencia, sabía muy bien, no llamaría la atención y le impediría ser reconocido, en caso de que alguien lo viera.

Eso no le preocupaba. Nadie se daría siquiera cuenta de su llegada.

Las luces estaban apagadas en la habitación escogida. La ocupaban dos pacientes que dormían con placidez. Hacía frío, por el efecto del poderoso aire acondicionado que utilizaba la sala, pero no le desagradaba en absoluto. El repetitivo sonido de un monitor fetal se escuchaba en la lejanía. Sonaba fuerte y rítmico. Saludable.

Ya pensaría qué hacer al respecto, en otro momento. Tenía un plan que ejecutar.

Miró a su alrededor para asegurarse de que las dos estaban dormidas. Eran admisiones del día, así que no conocía a ninguna, pero eso no era importante. Revisó sus expedientes antes de irse. Tenía que verificar que no estuvieran a su cargo.

Una era paciente de la doctora Palm. La otra, de Hatcher.

Las dos con embarazos a término.

Caminó hacia la cama más alejada. Una jovencita, le calculó unos 15 años, dormía tapada con una sábana hasta el cuello. Tenía ambas manos ocultas.

Consideró las posibilidades y rechazó la idea. No valía la pena correr el riesgo.

Desvió la mirada hacia la otra cama. La ocupaba una señora un poco mayor, como de unos 30 años, con un camisón color perla. Tenía la manta corrida hasta el nivel del ombligo. Un pezón se asomaba por el borde frontal del escote. Su mano derecha descansaba sobre el colchón, encima de la manta.

En su muñeca se vislumbraba un pequeño tatuaje en forma de una mariposa sobre una llama. Un sello de heparina, una línea directa con su vena, sobresalía por debajo de una delgada cinta de esparadrapo.

La comisura de su labio se elevó hasta formar una sonrisa. Era lo que buscaba.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una jeringuilla llena de un líquido verdoso, proveniente de un tubo de vidrio con tapa de rosca negra. Introdujo la aguja en el blando caucho del sello de heparina. La paciente movió un poco la mano, pero se quedó inmóvil

casi enseguida. La aguja siguió en su lugar.

Con la mano en el émbolo, miró sobre sus espaldas. Todo seguía igual. Nadie despierto, y las enfermeras, se imaginó, todavía debían seguir escribiendo.

Todo bajo control.

Concentró de nuevo su atención en lo que estaba haciendo. Con lentitud fue empujando el émbolo. El líquido atravesó el metálico conducto que formaba la aguja y salió a la vena cefálica, que atravesaba la cara externa del antebrazo.

La mezcla de sangre y líquido fue movilizada por las válvulas venosas y llevada hacia vasos cada vez mayores. Se fue dividiendo por los diferentes ramales en sentido ascendente, hasta llegar a la vena subclavia y de allí al corazón, que no se percató del silencioso conspirador que acababa de entrar. Siguió haciendo el trabajo para el cual fue creado. Sus fibras se contrajeron con fuerza y las células sanguíneas que provenían de ese pequeño punto en su muñeca pasaron a los pulmones para recibir el oxígeno que, se suponía, deberían llevar al resto del cuerpo.

Solo que ahora los acompañaban unas células extrañas. Células, detritus y meconio que no debían estar allí.

Cuando llegaron al delicado tejido pulmonar comenzó la devastación.

Y mientras la vasculatura pulmonar se empezaba a contraer como respuesta inicial a su presencia, Mantovani ya iba llegando a la puerta del ascensor.

Diez minutos después estaba sentado en una de las sillas de la cafetería del hospital. Una taza de café caliente en sus manos. Se sentía tranquilo. Su corazón latía con normalidad. La necesidad fue satisfecha de nuevo. La pregunta era, ¿por cuánto tiempo?

Tomó la taza y se llevó el cálido líquido a los labios. A pocos metros de él un médico vestido de blanco, con un estetoscopio al cuello, abría una libreta negra y apuntaba algo en ella. Tras cerrarla, la colocó en el bolsillo de su bata y, tomando la soda que tenía en la mano, se la llevó a los labios, sintiendo correr el frío líquido por su garganta.

CAPÍTULO 9

Hatcher llegó al hospital una hora antes del inicio de su turno. Su voz trató de recordarle el motivo, pero él decidió ignorarla. Se abotonó la bata que llevaba puesta hasta el último botón, metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la entrada del hospital. Un cielo cargado de negras nubes auguraba una de esas tormentas que parecían predecir el fin del mundo.

La sala de espera del cuarto de urgencias estaba vacía, lo cual no era menos que un milagro. Abrió la puerta de los consultorios para confirmar que era cierto. Los monitores fetales estaban apagados, las camas vacías. En una de las sillas, recostada contra una vieja refrigeradora, dormitaba una de las auxiliares de enfermería.

Debía tener un sueño ligero, pues el chirrido que hicieron las bisagras al abrirse la puerta la despertó. Se restregó los ojos con la mano derecha. Parecía no estar enfocando muy bien. Se le quedó mirando una milésima de segundo con los ojos entornados, hasta que lo reconoció.

—Buenas, doctor —dijo levantándose—. ¿Cómo sigue la paciente?

—¿Qué paciente?

—¿No estaba usted allá arriba? —preguntó, extrañada y frunciendo el entrecejo. Luego pareció comprender lo que sucedía, pues las arrugas de su frente desaparecieron—. Espere un segundo. Usted no estaba de turno ayer.

—Pues no. ¿Por qué?

—Es que una paciente se complicó en la sala y pensé que venía de verla.

—¿Quién se complicó? —Era inevitable sentir ese cosquilleo en la boca del estómago.

—Bueno, no sé. Escuché al doctor Ochoa mencionar el apellido Ellis y algo acerca de un embolismo, pero no se quedaron hablando aquí mucho tiempo. Se fueron casi corriendo para la sala. Eso fue hace como una hora.

El cosquilleo se convirtió en un temblor perceptible.

Evangélica. Evangélica Ellis.

***

Evangélica quedó a su cargo el día anterior.

Según le refirió, iba caminando por una calle cuando escuchó un campanilleo a sus espaldas. No tuvo tiempo de reaccionar y sintió el impacto de la llanta de una bicicleta en su pierna derecha. El golpe la hizo perder el equilibrio y cayó al piso. Tenía 36 semanas de embarazo. Al levantarse, a pesar de sentirse bien, decidió acudir al hospital para asegurarse de que su hijo no corría riesgos. Él la atendió y consideró que lo mejor era dejarla hospitalizada en observación por 24 horas.

Se dirigió a la sala para ver qué pasaba. Cuando la puerta del ascensor se abrió, no pudo salir. Seis personas bloqueaban la salida, rodeando una camilla como si fuera un velorio. Uno de ellos sostenía una esfera de color negro en la mano. Cada vez que la apretaba, el tórax de la mujer acostada en la camilla se elevaba, gracias al aire que entraba por el tubo que se perdía en su boca.

Reconoció el rostro de Evangélica.

—¿Qué pasó? —preguntó asombrado ante el marcado deterioro de alguien que hacía pocas horas estaba hablando con él.

—No sabemos —contestó Testa apresurada, las dos palabras sonando como si fuera una sola—. La enfermera la encontró, así como está, a las 5:00 a.m. Estaba pálida, sudorosa, fría, con evidente dificultad respiratoria. Tenía una presión de 80/40, frecuencia de 110, saturación de oxígeno del 75%—Entraron como un tornado en el ascensor, la camilla en el medio. Alguien presionó el botón marcado con el número 8 y la puerta se cerró—. La paciente tuvo un paro cardiorrespiratorio a los pocos minutos —continuó diciendo Testa—. Se le intubó y se iniciaron las maniobras de resucitación básicas. Por fortuna respondió. Hablamos con el intensivista de turno y nos dijo que se la lleváramos tan pronto pudiéramos. Se desocupó una cama y la esperan.

Hatcher prefirió no pensar demasiado en las razones que motivaron que una cama de la Unidad de Cuidados Intensivos se desocupara. En su lugar, se enfocó en la realidad presente.

—¿El bebé?

—Realizamos un monitoreo rápido del feto. Está vivo y parece no haber sido afectado.

Hatcher colocó sus dedos sobre la muñeca de la joven buscando el pulso. Se sentía débil, pero constante. Justo por debajo vio el curioso tatuaje en forma de mariposa.

—*Cuando la entrevistaste ayer, te prometiste preguntarle el significado del tatuaje. Promesas, promesas sin cumplir. Se está haciendo un hábito.*

—¿Se le pudo efectuar algún examen? —preguntó, ignorando la voz a propósito.

—*Eso también se está haciendo un hábito* —comentó la voz con sarcasmo.

—Se le tomó muestras para un hemograma completo —respondió Testa—, química sanguínea, perfil de coagulación y gases arteriales.

La puerta se abrió en el piso 7, pero nadie esperaba. El encargado del turno nocturno, de apellido Ochoa, resopló con rabia y apretó el botón para cerrar el ascensor.

—¿No tenía alguna alteración en los exámenes previos? —preguntó colocándose las olivas de su estetoscopio en los oídos y el pequeño disco en el pecho de la paciente.

—Todo normal —escuchó decir a la doctora Fuentes, otra de las residentes de turno, por encima del latido cardíaco. Se escuchaba a un ritmo normal, pero apagado, como si los estuviera escuchando a través de un muro. Corrió el diafragma del estetoscopio hacia los lados del tórax, intentando escuchar los campos pulmonares. Fuertes crepitos los dominaban, con algunas sibilancias.

En ese momento se percató de la mancha color vino que crecía sobre la sábana, a nivel de la muñeca. Levantó la tela y se encontró que una de las venas canalizadas sangraba de manera activa.

—Muchachas— dijo Hatcher señalando la sangre que fluía—¿No me acaban de decir que los laboratorios estaban normales?

—Los de ingreso sí. Los que tomamos ahora deben estar llegando al laboratorio.

—¿Un trastorno de la coagulación? —preguntó Testa—. ¿Por qué? No hay signos de desprendimiento placentario...

—Hay muchas causas de coagulopatía —contestó Ochoa—. Sin embargo, en vista de eso, creo que debemos cambiar nuestro diagnóstico, ¿no creen?

Testa y Fuentes se miraron con la duda reflejada en el rostro, pero la campana del ascensor las salvó de contestar.

El octavo piso se materializó ante ellos con el deslizar de la puerta.

Empujaron la camilla hacia el pasillo y a su izquierda, donde ya los estaban esperando.

Una enfermera abrió la puerta y metieron a Evangélica en la Unidad de Cuidados Intensivos. Apenas vio las gotas de sangre correr por la muñeca sacó una cinta de esparadrapo y la colocó encima, apretando el sitio.

La cinta cubrió la mariposa, cual ceniza niebla. Hatcher solo pudo desear que otras cosas no se esfumaran con igual rapidez antes de que terminara el día.

—Diego —dijo el doctor Serrano, el intensivista, sacándolo de su ensimismamiento—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Mi suerte, Hermes. Mi suerte. —contestó, ayudando a pasar a Evangélica a la cama.

—Siempre tuviste un mal karma —dijo Serrano, quien lo conocía de sus años en la escuela de medicina—. Los espíritus malignos te persiguen.

—No me lo recuerdes. Creo que está desarrollando una coagulopatía —le dijo, señalando el sangrado de la muñeca.

—Consíganme plasma fresco y crioprecipitados— gritó el doctor Serrano, sin especificar a quién iba dirigida la orden. —Embarazada, hipotensión súbita, hipoxia severa y ahora una coagulopatía. ¿Una embolia de líquido amniótico?

—Es una posibilidad —dijo Hatcher, convencido de que era la opción más lógica.

—¿No se supone que se dan durante la labor? —preguntó su colega, mientras ajustaba los parámetros del ventilador.

—Esas cosas pasan.

El teléfono sonó en ese momento y la voz de una enfermera le informó que era la doctora Palm, preguntando qué pasaba. Hatcher tomó el teléfono y le explicó con brevedad lo que ocurría. Escuchó la voz de la doctora hablando con el doctor Mantovani y el doctor Martel, otro de los funcionarios de la sala. Luego respondió que todos iban para allá y colgó.

Miró su reloj. Eran casi las 7:30 a.m. Con razón ya todos se encontraban allí. Se sintió un poco mejor. Evangélica tenía ahora mayores probabilidades de lograrlo.

O por lo menos, eso esperaba.

***

Se tomó la decisión de llevarla al salón de operaciones para una cesárea de urgencia. Su corazón se detuvo por segunda ocasión justo antes de llegar.

La camilla, con el cuerpo de Evangélica, entró precedido por el restallar y crujir de las puertas de madera. Entre todos la pasaron a una de las camas de cirugía e iniciaron las maniobras básicas de resucitación.

Seis minutos después salió del paro, pero el trastorno de la coagulación parecía haber empeorado, a pesar de todos los elíxires y pociones aplicados. Durante la cesárea, una sonora alarma avisó el tercer paro. Lograron sacar al bebé poco después. El pediatra recibió un recién nacido de 7 libras que, a pesar de tener frecuencia cardíaca, no hizo el menor esfuerzo por respirar o moverse.

Mantovani apuntó el haz luminoso de su linterna de bolsillo hacia los ojos de Evangélica. Apenas respondieron al estímulo.

Su corazón latía con lentitud, y parecía ir perdiendo fuerzas de forma inexorable. Decenas de cables salían de su cuerpo en un intento superfluo de conocer sus condiciones hemodinámicas y mantener así un mejor control de lo que pasaba dentro de su organismo.

Mantovani sabía qué era lo que acontecía y que no había solución. Lo mejor era que todos los demás también lo sabían, aunque no quisieran admitirlo.

Un sonido similar a un fuelle al trabajar se escuchaba cada vez que el ventilador empujaba aire hacia los pulmones de Evangélica. Un monitor por encima de su cabeza marcaba en brillantes números amarillos todo tipo de valores, cada uno con su propio significado.

Anunciando a gritos que no se podía hacer nada.

A pocos metros de él todos discutían la radiografía de tórax tomada minutos antes. Los campos pulmonares, los cuales en una radiografía normal se ven de color negro por la presencia de aire, y atravesados por finas líneas de color blanquecino que eran los vasos pulmonares, ahora se veían casi blancos. Manchas algodonosas cubrían los dos pulmones. El dedo del doctor Serrano señaló dos de las manchas, a las cuales respondió Fuentes con palabras que no pudo escuchar.

Era una lástima no poderles explicar lo que sucedía en realidad. Sacarlos de sus dudas o, inclusive, escribir algún artículo al respecto. Una revisión sobre el efecto del líquido amniótico meconial en el

pulmón humano.

Sonaba bien. Debería considerarlo un poco. Quizás algún día.

Junto con el del cloruro de potasio.

—Solo el 40% de las pacientes presentan la fase hemorrágica —escuchó decir a Martel mientras revisaba un papel color rosa, con los valores de los tiempos de coagulación.

—Eso es porque solo el 40% sobrevive lo suficiente como para manifestarla —comentó Mantovani, casi al lado de la oreja de Fuentes. Ella reaccionó con un movimiento rápido de sorpresa de su cabeza, pues no lo escuchó acercarse.

Sus palabras tuvieron el efecto del anuncio de una sentencia. El sonido de una alarma comenzó a elevarse en el aire desde uno de los monitores al lado de su cama. Dos cifras de color azul parpadeaban con rapidez.

—La presión volvió a caer —comentó Hatcher dirigiendo su mirada hacia la bomba de infusión.

—Ya tenemos la dopamina a dosis máxima y la presión sigue cayendo. Si incrementamos el volumen la sobrecarga será demasiada. El corazón no está respondiendo. Creo que solo nos queda esperar —dijo Mantovani con seriedad. Sabía que el tiempo estaba de su parte.

Se sentía orgulloso de su obra, aunque no del todo satisfecho. Una pequeña arista no dejaba de molestarlo.

Era la segunda paciente de Hatcher que moría. No conocía a su colega lo suficiente como para adivinar su reacción, pero Mantovani no se confiaba. La elección fue hecha por la paciente, al ser la única disponible para su aguja. Sin embargo, hubiera preferido evitar la repetición. Las coincidencias atraían preguntas. Además, había algo en él. Una veta de ira que, si bien no estaba excavada, brillaba cual un río de plata sobre una oscura roca.

Por el momento, no lo afectaba demasiado. Si le hacían la autopsia a Evangélica lo único que encontrarían sería células fetales y meconio en los vasos pulmonares, propios de una embolia de líquido amniótico. Una complicación no muy frecuente, mas no imposible.

Hatcher, por su parte, no tenía dudas acerca del diagnóstico y tomó muestras de sangre de la arteria pulmonar con el fin de hacer estudios con tinciones especiales para demostrar la presencia de dichos elementos en la sangre materna. Si bien tenía claro que muchas veces las tinciones de tejidos no eran suficientes, no pensaba quedarse con la duda en ese caso. Quería una constancia escrita de que no era su culpa.

Con dos muertes en su haber, era mejor ir con pies de plomo. Lo último que necesitaba en ese momento era una demanda.

Cinco horas después el corazón de Evangélica Ellis volvió a detenerse. Intentaron sacarla del paro, pero a los treinta minutos se dieron por vencidos. Hatcher escribió en el certificado de defunción las 3:30 p.m. como la hora de la muerte.

Mantovani pondría la misma hora en una cinta de papel que colocaría en la esquina superior derecha de una página de su álbum privado. En ella también pensaba colocar un dibujo de la peculiar mariposa en llamas que llamó su atención. Ese tatuaje que resultaba invisible ahora, debajo del brazalete de esparadrapos.

La página contendría el obituario de Evangélica Ellis, tal vez de su hijo y, si tenía suerte, de alguno de sus familiares.

Era solo cuestión de esperar.

***

El timbre sonó con fuerza, como siempre lo hacía.

Nelio Pinilla caminó hacia la puerta y tomó el pomo con ambas manos. La puerta era demasiado pesada y el paso del tiempo gastó las viejas bisagras que, según recordaba, nunca fueron cambiadas en los 30 años que llevaba trabajando en la morgue.

En la entrada lo aguardaba el clásico espectáculo tantas veces visto: una camilla y un cuerpo envuelto en una sábana blanca, amarrado por una soga de igual color. El empleado que estaba de turno y a quien le tocó la glamorosa labor de empujar el cadáver, no dejaba de vigilarlo, como si en cualquier momento fuera a saltar a morderle el cuello.

Le asombraba la fascinación que tenía la gente por la muerte. Para él, era como hablar de viejos amigos separados por la distancia. Era imposible trabajar tanto tiempo con la negra sombra y no sentirse, aunque fuera un poco, atraído por su lóbrega presencia.

Pronunció un rápido saludo y extendió la mano para agarrar la camilla. Haló con fuerza, mientras el empleado empujaba. Nadie sabía lo pesado que podía ser un cuerpo humano.

El deslizar de las llantas en el piso de mármol producía un característico ruido que Nelio asociaba con la muerte. Había ruidos similares, como las llantas de los carritos de metal de los supermercados o las sillas con ruedas que tenían las secretarias de las oficinas. Ninguna tenía ese matiz en particular.

Siguieron empujando la camilla hasta que quedó al lado de las frías puertas de metal. Nelio se sabía de memoria cuáles estaban vacías y cuáles ocupadas; quiénes llegaron en las últimas horas, de dónde venían y por qué.

Era su obligación como buen anfitrión

El empleado sacó una caja de cigarrillos del bolsillo y se colocó uno en los labios. Luego, recordando a Nelio, extendió la mano y le ofreció uno. Este se negó con la cabeza y masculló una excusa acerca de que ya no fumaba. Su cerebro le jugaba pesado, pues en las nubes de humo veía revolotear las garras de los demonios de la muerte lenta.

Cerró los ojos y se concentró en su trabajo.

El humo lo incitaba, pero aprendió a mantener el vicio a raya. Fue un fumador empedernido, rayando casi en la obsesión. En un día, asumiendo que no estuviera nervioso, solía fumarse de 2 a 3 cajas de cigarrillos. Y así fue durante casi 5 años, hasta que comenzó a trabajar en la morgue.

No. Hasta que vio la primera autopsia de un fumador.

Después de ese día, cada vez que abría una caja de cigarrillos, las imágenes de la autopsia saltaban de su memoria como fogonazos y era tal el temor que eso despertaba que no volvió a colocarse un cigarrillo en sus labios desde entonces.

El empleado que le hizo el ofrecimiento volvió a guardar la caja con un movimiento de hombros, como diciendo “Tú te lo pierdes”.

—*Así es*— pensó Nelio—. *Me pierdo una muerte lenta y dolorosa.*

Los demonios en el humo acariciando su rostro. Riéndose de Nelio.

Abrió una de las refrigeradoras vacías. Colocaron la camilla paralela a la fría plancha y entre los dos pasaron el cuerpo a su morada temporal. Revisó el pie derecho de la difunta. Una tarjeta de cartulina anunciaba el nombre de la paciente y la hora de defunción.

Evangélica Ellis. 3:30 p.m.

Lanzó una rápida mirada a los papeles que le extendía el empleado, solo para estar seguro de que todo estaba en orden. Terminada su misión, el otro se despidió y salió del recinto, no sin antes mirar una última vez el cuerpo que dejaba en sus manos. Para estar seguro que no se fuera a levantar mientras le daba la espalda.

Nelio caminó unos pasos detrás y lo vio alejarse. Los demonios daban vueltas alrededor de su cabeza y podía jurar que escuchaba sus risas en la lejanía.

Cerró la puerta.

Lanzó los papeles en un escritorio cercano y se acercó al cuerpo. Destapó el pie derecho y revisó la planta y el espacio entre los diferentes dedos.

No vio ninguna marca.

***

La mamá de Evangélica sollozaba en silencio, con la cara enterrada entre las manos. Su hermana, detrás de ella, la abrazaba brindándole, y a la vez buscando, algún tipo de consuelo.

Hatcher bajó la mirada. Siempre detestó dar ese tipo de noticias, en particular cuando eran tan inesperadas. No lo dejaban prepararse a cabalidad y siempre dejaban huella. Una desagradable sensación que no podía quitarse de encima por muchos meses, a pesar de que no fuese su culpa.

Era su paciente y eso bastaba.

Mantovani, sentado en una silla a su lado, tenía la mano sobre el mentón en actitud pensativa. Se sentía un poco molesto, pues Hatcher insistió en darles la noticia a los familiares, cosa que él disfrutaba mucho. Aceptó para no despertar sospechas.

Evangélica solo tenía dos familiares en el mundo; su madre y su hermana. El padre de su hijo la abandonó al enterarse de que estaba embarazada. Según la madre, una vez que Evangélica tomaba una decisión no se apartaba de ella por nada del mundo y decidió criar a su hijo por sus propios medios. No necesitaba a un hombre para eso.

Una enfermera les informó que el doctor Hatcher deseaba hablar con ellos. Como les aseguraron la noche anterior que el bebé no corría ningún peligro, no se preocuparon demasiado y pensaron que era para resolver algún problema administrativo. Al entrar a la oficina presintieron que no se trataba de eso. Hubieran pagado cualquier precio con tal de equivocarse, pero Hatcher les confirmó sus sospechas en pocas palabras.

Eva, la mamá de Evangélica, no entendía lo ocurrido, tampoco le importaba.

Su hija estaba muerta.

No prestó mayor atención a los comentarios del médico hasta que escuchó mencionar “autopsia”. Esa palabra resonó en su cabeza y la

obligó a levantar la mirada. Su visión, nublada por la espesa cortina de lágrimas, solo distinguió la figura borrosa sentada delante de ella. Le ardía la mirada y comenzaba a dolerle la cabeza.

—Sí, quiero una autopsia —contestó con firmeza a la petición apenas esbozada por Hatcher.

La hermana, Iris se llamaba, se separó de ella un tanto y le clavó la mirada enrojecida; una línea oscura de maquillaje se desbordaba desde sus párpados hasta la mejilla.

—¿Qué?

Eva no la miró ni contestó a su pregunta. Se secó los ojos con la mano izquierda y repitió:

—Quiero la autopsia. Quiero saber por qué murió mi hija. Quiero la verdad.

—Mari está muerta, mamá —dijo Iris con sequedad—. No hay nada que puedas hacer, nada.

—Es verdad. No puedo hacer nada —dijo mirándola por primera vez desde que se sentara—, pero quiero saber qué pasó.

Iris bajó la cabeza ante la severa mirada de su madre. Hatcher asintió como si comprendiera lo que ella sentía. Mantovani notó el movimiento, pero dudaba que estuvieran hablando en los mismos términos.

Hatcher deseaba saber la verdad para aplacar a su conciencia.

Eva deseaba la verdad porque era lo único que le quedaba.

Mantovani dudaba que fuera la única razón. Algo en la mirada de la anciana señora indicaba que los estaba culpando. No le extrañaría que apareciera un abogado en el transcurso de los próximos días y pidiera los resultados de la autopsia para iniciar algún tipo de proceso legal en contra de ellos. Mantovani jamás estuvo involucrado en una investigación judicial, por lo que sentía una aversión natural hacia cualquier persona vinculada con la práctica de las leyes.

Por fortuna, las demandas no eran tan frecuentes como en otros países y raras veces procedían, pero no por eso se sentía muy seguro. Después de todo, siempre hay una primera vez.

No se preocupó demasiado. Sabía el resultado de la autopsia por adelantado. Nadie pondría en duda el diagnóstico final y todo se sumiría en el pozo del olvido. La madre sabría la verdad, una verdad tan cierta como un espejismo, y se iría a casa, frustrada e inconforme. No tendría a quien culpar por la muerte de su hija y se sumiría en una

oscura depresión.

Mantovani tenía una pregunta.

—Disculpe que la moleste —dijo Mantovani dirigiéndose a Iris—, pero ¿se refería a la señora Evangélica cuando utilizó el apodo de Mari?

Iris lo miró y una tenue sonrisa apareció en sus labios.

—Así la llamábamos. Era una fanática de las mariposas y casi todas las cosas que poseía tenían el diseño de una mariposa en alguna parte. Jamás le gustó su nombre, desde pequeña hacía que la llamáramos Mari. Eso la hacía feliz.

—Eso explica el tatuaje —comentó Mantovani, sin quitarle la vista de encima.

Iris asintió. La alegría de unos segundos se transformó en bilis al recordar que ya nunca estaría con ellos. Que ya no vería las mariposas volar por los campos. La sonrisa ahora era una mueca de dolor y sus ojos volvieron a humedecerse.

Mantovani saboreó su dolor como si disfrutase de una buena copa de vino. De haber estado solo con ellas se hubiera atrevido a presionar un poco más su suerte y las hubiera obligado a recordar a la extraviada mariposa, pero la presencia del otro médico en el cuarto lo hizo cambiar de parecer.

No importaba. Quedaban muchas formas para divertirse.

La señora Eva no parecía del tipo suicida. La hermana tampoco. Era obvio que ese acto solo cobraría una víctima, pero tenía otros motivos de consolación.

La madre jamás olvidaría a su hija y dejaría de ser la persona alegre que siempre debía haber sido, como lo indicaban pequeñas arrugas a nivel de las comisuras de sus labios, para convertirse en una amargada que pasaría el resto de sus días en soledad con sus recuerdos.

La hermana no se derrumbaría con facilidad, pero eso tenía arreglo. Unas cuantas palabras apropiadas y por siempre viviría con el temor inconsciente de morir igual que su hermana. La sola idea de quedar embarazada le traería recuerdos tan vívidos que le imprimirían para siempre una mella. Ese tipo de complejo afectaba cualquier relación; tendría muchos problemas para mantener una pareja estable, en particular si mencionaban el tema de los hijos.

El rumbo de tres vidas alterado con el simple toque de sus dedos.

O de cuatro si consideraba al bebé que, conectado a un ventilador,

luchaba entre la vida y la muerte.

CAPÍTULO 10

Nelio ya tenía el cadáver colocado en la mesa de autopsias cuando escuchó las voces que se acercaban. Un reloj de pared anunciaba que eran las 7:43 a.m. Afuera, el ruido de los buses y carros al circular por las calles circundantes formaban un murmullo que apenas se oía por encima del motor del viejo aire acondicionado encargado de mantener la agradable temperatura de la sala.

Una puerta a su derecha se abrió y entraron dos personas. Uno iba vestido con una larga bata blanca. No lo conocía. El otro usaba un uniforme verde con un delantal de cuero colgándole del cuello. Era el doctor Hobt, jefe del Servicio de Patología, y quien lo saludó con afecto, mientras presentaba a su acompañante como el doctor Hatcher, que estaría presente durante la autopsia de la señora Ellis.

Nelio le saludó con un breve movimiento de la cabeza y continuó con los preparativos necesarios.

Colocó en una mesa cercana los instrumentos que necesitaría el doctor Hobt para realizar la autopsia. Dos mangos de bisturí, varias tijeras, pinzas y una pequeña sierra eléctrica adornaban la parte superior de un verde mantel. En otra mesa, un poco más apartada, descansaban varios frascos de vidrio llenos de formalina, usados para colocar trozos de los diferentes órganos para su posterior preparación y estudio microscópico. Al lado de los frascos estaba montada una cámara, sobre un trípode. El lente apuntaba en dirección a la mesa, enfocando en ese momento una regla de metal colocada para medir las estructuras fotografiadas, y una pequeña cinta de cartulina verde que tenía escrito los números 037-11, indicando el número de la autopsia y el año en que se efectuaba. Otra cámara colgaba de un gancho en la pared. Hobt la tomó y se la puso al cuello.

Se acercó al cuerpo y lo miró por unos instantes. Nelio tomó una grabadora que tenía colocada sobre la mesa y presionó el botón de grabar, antes de comenzar a describir:

—Tenemos el cuerpo de E.E, femenina, 31 años de edad. Sin lesiones externas evidentes. Abdomen globoso por útero puerperal de unos 20 centímetros.

Se colocó un par de guantes de látex y tomó al cuerpo por los hombros. Lo viró de lado para observar la parte posterior, no encontrando ningún hallazgo de importancia. Lo volvió a colocar en su posición. Sus palabras fluían sin parar, describiendo el exterior del cadáver. Hatcher trató de seguirlo, pero las palabras se mezclaban en su cabeza como las piezas de un rompecabezas recién sacado de su caja.

Si bien estuvo presente en un sinfín de autopsias a lo largo de su carrera, era la primera vez que le correspondía presenciar la de alguien conocido.

—*Imagínate si a María le hubieran hecho la autopsia.*

—*Gracias al cielo no la hicieron.*

—*Saber o no saber.*

Hatcher trató de concentrarse en el procedimiento, pero era como ver una vieja película clase B, monocromática.

Las escenas deslizándose. Una delicada lluvia en gris, surcada por manchas y líneas rasgadas en negro.

La brillante hoja del bisturí y la mano enguantada. El filoso metal acariciando la marmórea piel. La limpia incisión en forma de Y. Tejidos internos expuestos. Los colores comenzaron a cobrar vida. Diferentes tonos de morado. Punteados en rojo vino, salpicando como granos de arena.

Hobt seguía cortando y sacando órganos, mientras no cesaba de describir lo que veía y hacía. Las piezas extraídas eran llevadas de inmediato a la mesa, pesadas y fotografiadas. Luego envasadas, rotuladas y archivadas.

—Bueno —dijo Hobt, y con un movimiento de la cabeza le indicó a Nelio que apagara la grabadora—. De manera extraoficial, la causa de muerte fue un shock hipovolémico secundario a una coagulación intravascular diseminada. Causa por determinar. Considerando que la sospecha clínica es una embolia de líquido amniótico, haremos tinciones especiales de ser necesario para descartar la presencia de elementos fetales en la circulación pulmonar materna.

Al final, todo lo que quedó de Evangélica Ellis, de todo lo que fue en vida, fue un caparazón vacío.

El inerte capullo del gusano transformado en mariposa.

Su voz estuvo a punto de decirle algo, pero tuvo misericordia y se quedó callada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hobt. Hatcher se percató en ese momento de que el doctor lo estaba mirando con una expresión de curiosidad.

—Sí —dijo con un suspiro—. Gracias.

Hobt parecía no estar muy convencido, pero no insistió. Volvió a tomar las tijeras y continuó con la autopsia.

CAPÍTULO 11

Hatcher hizo girar las perillas a ambos lados del microscopio y el mundo de cristal que se extendía frente a sus ojos se deslizó en silencio. Varias células, que reconoció como glóbulos rojos, por su aspecto de disco biconvexo sin núcleo, llenaban algunos de los espacios libres de la platina. Pequeñas estructuras de color celeste o lila, no estaba seguro, se veían de forma esporádica al ir moviendo el paisaje, al igual que grupos de células, algunas con gránulos y otras casi limpias. Todas formaban parte del diminuto mundo de los componentes de la sangre normal y estaba familiarizado con ellos.

Sin embargo, su vista identificó de inmediato algunas intrusas. Grupos de células poliédricas, nucleadas, a veces con sus bordes plegados sobre sí, como sobres, se veían por doquier. Muchos años atrás vio células semejantes, pero entonces era apenas un estudiante de medicina en la cátedra de histología. Eran elementos epiteliales, de los que se ven por lo general a nivel de la piel. La cantidad era increíble. De vez en cuando distinguía un trozo de cabello, algo bastante inusual.

Separó los ojos de los dos oculares del microscopio. La limitación visual impuesta por los lentes se expandió al brillante mundo de luces y colores que lo rodeaba y de forma involuntaria tuvo que cerrar los ojos. Al irse acostumbrando, dirigió la mirada hacia el doctor Hobt, quien leía una revista a su derecha.

—¿La causa de la muerte fue una embolia de líquido amniótico? —preguntó, girando en su silla hasta quedar de frente al patólogo.

—Creo que es obvio —contestó Hobt, cerrando la revista—. Ahora, yo la llamaría una embolia de meconio. Un poco después que usted abandonará la autopsia procedí a realizar los primeros cortes de órganos. Soy patólogo desde hace casi 40 años y he visto muchas cosas. La embolia de líquido amniótico es rara, pero después de mi rodar por el mundo he topado con alguna en el camino. Sin embargo, jamás vi un cuadro tan aparatoso. Los capilares pulmonares, por lo menos los que estudie, estaban saturados de elementos fetales y meconio.

—Curioso.

—No tienes idea de cuánto —dijo levantándose de la silla y

caminando hacia una mesa a sus espaldas. Abrió un cajón y extrajo una cajita de madera de unos 10 centímetros. La llevó de vuelta al escritorio y la abrió. En su interior se acomodaban 20 láminas de vidrio, cada una con una porción de tejido diferente. Hobt tomó la tercera y la colocó en el microscopio.

—Mira —fue todo lo que le dijo, acomodándose en la silla.

Hatcher se sumergió de nuevo en el mundo de luz. Un círculo de contornos irregulares, rodeado de cientos de fibras tisulares dispuestas como una maraña de hilos sin distribución definida, flotaba sobre la luz blanca que parecía proceder de las entrañas de un profundo foso. Un glóbulo rojo en la luz del círculo lo ayudó a identificar la figura como una arteria de mediano calibre. Movió la platina en todas direcciones buscando la causa por la que debía estarla mirando, pero no encontró nada. Cansado, levantó la mirada.

—Lo único que puedo decirte es que es un vaso.

—Correcto —dijo Hobt con seriedad—. Ese es solo uno entre las decenas de cortes que hice de la vena uterina.

—¿Y bien? —preguntó Hatcher ante el silencio de Hobt, que se prolongó por varios segundos.

—Pues, lo que viste. En ninguno de los cortes que efectué encontré un mínimo vestigio del paso de las células, de líquido amniótico o de meconio. Los vasos uterinos estaban limpios.

—Eso no es del todo extraño, ¿verdad?

—Cierto. Al igual que la presencia de células fetales en la arteria pulmonar no es indicativa de una embolia de líquido amniótico, si no se da en contexto con una clínica compatible, la ausencia de elementos fetales no la descarta por completo. Sin embargo —dio vuelta a la silla buscando en la caja una platina en particular—para poder que se dé una embolia de líquido amniótico, tiene que haber una ruptura de las membranas fetales y una vía de entrada a la circulación materna.

Mientras decía esto iba sacando placas y colocándolas sobre la mesa en fila. Hatcher, por un momento, se sintió jugador de una morbosa partida de póker.

—Las vías que suelen constituirse como entrada —seguía diciendo Hobt sin levantar la mirada —son las venas endocervicales y el área retroplacentaria. En este caso no hallé evidencia de desprendimiento placentario y tampoco un solo rastro de meconio o, en su defecto, de cualquier otro elemento fetal en los cortes de los vasos cervicouterinos.

Hatcher miró las placas en exhibición sobre la mesa y luego a Hobt,

que lo miraba con una expresión seria.

—Sigo sin entender. Encontramos meconio en los vasos pulmonares. Eso ya es suficiente.

—Bueno —dijo Hobt cruzando los brazos y mirando al techo—, también está el asunto de las membranas y el meconio.

—Por favor, explícate.

—El meconio es como un tinte. Si existe por un cierto período, todo lo que estuvo en contacto directo se pone del color de la rana René. No sé cómo habrá salido el bebé, pero las membranas amnióticas, la placenta y el pedazo de cordón unido a su superficie estaba limpio. No encontré evidencia de meconio.

—No podría ser —dijo Hatcher, actuando de abogado del diablo— que la rapidez del problema permitiera la liberación de tan solo...

—¿Una pequeña cantidad de meconio y que tuvo la mala suerte de embolizarla por completo? —teorizó Hobt, entrecerrando los ojos—. Bromea, ¿cierto?

—No —respondió Hatcher con sequedad, un poco molesto. Sabía que sonaba ilógico, pero trataba de encontrar asidero donde parecía no haberlo.

—Bueno, vamos un paso a la vez. La presencia de meconio en los vasos pulmonares de la señora Ellis, junto con el cuadro clínico que presentó, indican una embolia de líquido amniótico. ¿Hasta aquí vamos de acuerdo?

Hatcher asintió en silencio.

—Bien, de haber meconio en el líquido amniótico al momento del problema, eso quiere decir que el producto ya estaba en sufrimiento.

—Tenemos un monitoreo previo a su ingreso y estaba normal. Sin evidencia de sufrimiento fetal.

—El líquido amniótico tenía que tener meconio al momento de la embolia.

—Digamos que tienes la razón. ¿Cuál es la importancia?

—Mucha—y al decir esto se levantó de la silla y guardó las placas que tenía en la mesa—, porque entre el momento de la embolia y su muerte pasaron unas 10 horas. ¿Estuviste presente durante la cesárea?

—No la operé, pero estuve presente.

—¿Recuerdas cómo nació el bebé?

—Mal. Flácido, sin fuerzas…

—¿El color? —sacó otra caja.

—Casi azul. No recuperó color hasta después de que lo intubaron.

Hobt tomó una placa y la colocó en el microscopio. Se asomó por encima de los lentes para asegurarse de que tenía la correcta.

—No te he escuchado mencionar la palabra meconio —apuntó, ajustando la placa.

Hatcher hizo memoria. Luces brillantes. Sábanas verdes. Guantes crema. Sangre en abundancia. Un bebé flácido.Cubierto de algo de vérmix, pero por lo demás limpio, como si lo hubieran bañado.

—No vi meconio —reconoció—. Sangró bastante, pero…

—¿Estás insinuando que un feto sumergido en meconio por varias horas no salió teñido de verde? ¿Qué hubo una embolia de meconio, pero que el líquido amniótico de la paciente no lo tenía? Mira —tomó una de las placas y la colocó en el microscopio—, este es un corte de las membranas amnióticas y esta—puso una segunda placa en otro microscopio— es de la placenta, lado fetal.

Hatcher miró primero por uno y luego por el otro. Distinguió los tejidos con facilidad, pero no veía nada anormal.

—¿Qué se supone que estoy buscando?

—No es lo que hay. Es lo que no hay. No hay meconio.

La realidad lo golpeó como una bofetada al rostro.

Meconio en la madre, pero no en el feto.

—Eso es imposible.

—Debería serlo y no es así. Las tinciones normales pueden equivocarse en el diagnóstico de la embolia de líquido amniótico, por lo que usé técnicas especiales. Tinciones inmunohistoquímicas, como la TKH-2, que reaccionan con proteínas presentes en el meconio y el líquido amniótico. En los pulmones había meconio. No hay dudas.

—Tiene que haber una explicación.

—Si se te ocurre, me avisas —dijo Hobt, entrelazando los dedos. La luz del microscopio proyectando sombras en su cara.

***

Hatcher empujó la puerta lo suficiente como para asomarse por la hendidura y ver en el interior del cuarto. Sentado en una silla reclinable, con el codo derecho apoyado en la mesa y con el auricular

de un teléfono atrapado entre el hombro y la mejilla, se encontraba la persona que venía a visitar. Al verlo, sus ojos se abrieron como dos antenas parabólicas. No esperaba verlo, pero se recuperó con rapidez. Con un ademán lo invitó a pasar, mientras seguía hablando por teléfono.

Hatcher se sentó en un cómodo sofá color marrón que se ubicaba casi enfrente del escritorio. Tomó el ejemplar de una revista especializada en vinos que reposaba en una mesa cercana, pero apenas pudo ojear la primera página. Un chasquido anunció el fin de la llamada. Al levantar la mirada, su amigo lo estudiaba a través de los gruesos lentes que llevaba puestos desde el primer día en que se conocieron.

—Es bueno ver —dijo Hatcher colocando la revista de nuevo en su lugar—que algunas cosas no cambian.

—¿Qué? ¿Mi adicción al vino?

—No. Que sigues usando esos espantosos lentes. ¿Todavía los tienes amarrados con un hilo?

De forma casi inconsciente levantó los dedos hasta tocar el aro. Podía sentir los cabos que sostenían la pata izquierda en su lugar.

Con una sonrisa se quitó los lentes y los giró. El hilo era apenas visible.

—Si no se ve, no existe. Tú me conoces.

Claro que lo conocía, pensó Hatcher. Rimsky Teller. Neurólogo, pediatra, compañero, amigo y excuñado por decisión del destino.

—¿Qué te trae por estos rumbos? —preguntó mientras se colocaba los lentes—. Asumo que no por placer. Hace años que no me visitas.

—*¿Le extraña?* —cuestionó su voz. Prefirió ignorarla e ir directo al grano—. Quería saber cómo le iba al hijo de una paciente mía.

—¿Quién?

—Evangélica Ellis.

Su amigo era capaz de ocultar sus emociones con la facilidad de un jugador de póker, pero el casi imperceptible movimiento de los labios le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Siendo muy, pero muy benévolo, diría que su condición es delicada.

—¿Qué tan delicada?

—Como a dos o tres neuronas de la muerte cerebral.

—Dos pacientes en unos pocos meses. Te vas a llevar un premio este año

si sigues así— le dijo su voz desde lo profundo.

—*Esta vez no fue mi culpa*— pensó.

—*¿Esta vez?*

Rimsky seguía hablando, aislado del hecho de que Hatcher parecía no estarle prestando atención.

—No responde a estímulos dolorosos. Tono muscular ausente. Lo tenemos con fenobarbital para control de las convulsiones. Si sobrevive quedará con secuelas neurológicas severas. La madre falleció, ¿no es así?

Hatcher se esperaba la pregunta, pero no pudo evitar que lo tomara por sorpresa. Rimsky no tenía la culpa. No podía saber cuánto lo afectaba el tema.

Pensándolo bien, Rimsky le hubiera hecho la pregunta de todos modos. La diplomacia jamás fue uno de sus fuertes.

—*Rimsky hubiera provocado una guerra en el Vaticano, de haber estado trabajando allí.*

—*Tal vez, pero es un buen amigo.*

—*Y su hermano, por supuesto…*

La voz se detuvo en mitad de la frase. Existían ciertos temas en los que su propio cerebro sabía que era mejor no explorar.

—*¿Quién dijo algo acerca de la falta de tacto?*— le recriminó a su propia voz. Luego, le contestó a Rimsky:

—Sí. Falleció poco después de la cesárea.

—¿Y cuál fue el veredicto de la autopsia?

—Embolia de líquido amniótico.

—Pensé que se daban durante el parto.

—Sí, ya me lo han dicho. Sin embargo, existe el antecedente de un trauma. De todas formas, no es un caso típico. El feto tenía un monitoreo de ingreso perfecto. Buena frecuencia, ascensos. Nada que hiciera sospechar un sufrimiento fetal crónico.

—Espera un segundo— dijo Rimsky acomodando en su silla— ¿Cómo podía tener un sufrimiento fetal crónico y un monitoreo fetal normal?

—La embolia contenía una gran cantidad de meconio. El meconio es…

—Sé lo que es el meconio. Lo que me cuentas es imposible.

Hatcher se echó para atrás en su asiento. Rimsky no usaba el

término imposible a no ser que estuviera seguro.

—¿Por qué lo dices? El meconio indica sufrimiento.

—De eso yo no sé. Ese no es mi campo. Lo que te puedo garantizar es que te equivocas en cuanto al meconio.

Las dudas de Hobt comenzaron a resonar en su cabeza. Era la segunda persona que parecía encontrar rara la presencia del meconio.

—El patólogo usó tinciones especiales.

—¿Quién es el patólogo? ¿Gilligan? ¿Homero Simpson?

—El doctor Hobt.

Tuvo el placer de ver a Rimsky quedarse sin palabras.

—En ese caso, dile de mi parte que revise la fecha de expiración de los reactivos. Tienen que estar vencidos.

—Me quieres explicar de una buena vez, ¿por qué es imposible la idea de una embolia de meconio?

—Porque tuvimos que operar al niño poco después de recibirlo.

—Operarlo. Eso no lo sabía. ¿De qué?

Rimsky agachó la cabeza y lo miró por encima de los aros de los lentes.

—Ano imperforado.

Hatcher se quedó en silencio. Su cerebro no procesó la información de inmediato, pero al hacerlo resonó como una alarma contra incendios.

—Eso es imposible.

—Es lo que te decía. Hobt tiene que estar equivocado.

—No estoy seguro. Él me dijo que el meconio era visible casi a simple vista; y para confirmar, efectuó tinciones especiales, que también marcaron positivas.

—Entonces, explícame, oh fuente de toda sabiduría y conocimiento, ¿cómo fue que la materia fecal pasó del intestino fetal a la circulación materna sin que hubiera ano u otra vía de salida?

—Sé que el sarcasmo es inherente a tu personalidad como lo es para otros respirar, pero créeme que no lo necesito ahora.

Rimsky esbozó una media sonrisa y su tono perdió la arrogancia de segundos antes.

—Vas a tener que hablar con Hobt y decirle que verifique.

—Ya lo hizo. No tenía dudas acerca de la presencia de meconio en el pulmón de la madre. Sin embargo, tenía algunas otras dudas.

Hatcher procedió a relatarle con todo lujo de detalles su conversación con Hobt. Rimsky se mantuvo callado e inexpresivo hasta la última palabra.

—¿Recuerdas mi casa? —preguntó después de diez segundos de silencio adicional.

Contestó que sí con la cabeza. Durmió muchas veces en esa casa por un lapso de casi dos años.

—¿Te acuerdas de mí librero? Siempre dijiste que mis hábitos literarios eran muy fáciles de satisfacer. Todos mis libros eran de vino, historia o crímenes.

—Me acuerdo.

—Bueno, la razón por la que te pregunto es para asegurarme de que no vayas a pensar que estoy delirando, porque existe una teoría que no parecen haber tomado en cuenta.

Hatcher se quedó perplejo, sin saber hacia dónde se dirigía la conversación.

—Si aceptamos el hecho definitivo de que no podía haber meconio en el útero por el ano imperforado fetal, y que sin meconio en el líquido amniótico no podía haber una embolia de meconio, y si también aceptamos el hecho definitivo de que apareció meconio en los pulmones de la madre, solo existe una explicación razonable.

—¿Cuál?

—Alguien lo puso allí.

Hatcher se echó a reír.

—Vamos, Rimsky. Yo sé que te gusta el misterio, pero estás abusando. Eso es imposible.

—Improbable, tal vez. Imposible, no creo.

—¡Vamos! Piensa por un segundo lo que estás diciendo. Sugieres que alguien mató a Evangélica con una... ¿Qué?... ¿Una inyección de líquido amniótico?

—Son tus palabras. No las mías. Te deja pensando. De ser verdad, ¿dónde consiguió el líquido amniótico con meconio? Por pura curiosidad académica, ¿recuerdas alguna otra muerte sin explicación en los últimos meses?

CAPÍTULO 12

Mantovani hizo girar una llave, retirando el candado que mantenía cerrada la puerta. La guardó en su bolsillo y con la mano derecha levantó el interruptor de la luz. Rayos perlados salieron al instante de varias lámparas del techo, iluminando el recinto.

En el cuarto no se veían muebles ni adornos. Solo algunas mesas de diferentes tamaños, ocupadas por matrices de metal con paredes de vidrio. Objetos de variadas formas y colores se movían dentro de ellas. Una colección, fruto de décadas de esfuerzos. Arañas, serpientes, lagartijas, sapos e insectos se arrastraban, saltaban o corrían de un lado a otro de las grandes prisiones de cristal.

Se quitó la mochila y sacó cinco frascos. Tres de ellos contenían sapos. Echó dos en sus correspondientes cajas. Al tercero, un ejemplar inofensivo del género *rana*, lo dejó caer con cuidado en una caja cuyo interior parecía un desierto en miniatura.

La rana saltó, intentando escapar de las invisibles paredes, pero a los pocos minutos se dio cuenta de que no tenía escape. De repente, dejó de moverse. Sus ojos giraron en sus órbitas, buscando alrededor suyo, hasta que fue muy tarde. Nunca vio la serpiente que se acurrucaba detrás de ella, y que de un solo impulso clavó sus colmillos en la suave piel de la rana. La criatura saltó con fuerza y chocó con una pared. Intentó brincar otra vez, pero sus miembros comenzaron a fallar y sus saltos se hicieron cortos, menos potentes. Su respiración se hizo superficial.

La serpiente se acercó, desarticuló su mandíbula y procedió a engullir las patas traseras de la rana, que ya no podía moverse ni alejarse de la envolvente muerte que venía por ella.

Mantovani se alejó, pues esta parte no le interesaba. Lo único que lo atraía era la cacería. El acecho.

Dos o tres veces al año se escapaba a la selva durante el fin de semana. Le encantaba la vida al aire libre, pero esos días eran de trabajo. Era una misión de recolección: la captura de los animales e insectos que llenaban su bioterio personal.

Los otros dos frascos también contenían anfibios. Dos pequeñas ranas de color dorado, ejemplares de *Phyllobates terribilis,* lo miraban a través del vidrio. Los colocó en una pequeña piscina cerrada, donde ya nadaban otras quince y se dio la vuelta.

Cerca de allí, en el mismo cuarto, tenía montado un laboratorio. Un Erlenmeyer en el centro, rodeado de vasos químicos de todo tamaño, balones de destilación y botellas llenas de polvos, cristales o líquidos de colores diversos. La pared estaba adornada por carteles con fórmulas químicas, ciclos bioquímicos o reacciones moleculares. En conjunto, la escena parecía sacada del laboratorio de un alquimista o un científico loco. Una imagen que le resultaba en extremo placentera a Mantovani.

Se cambió de ropa y se colocó una bata blanca. Se calzó un par de lentes de plástico transparente y unos guantes de látex. Abrió un pequeño estuche de disección y lo colocó sobre la mesa.

Regresó al bioterio con las pequeñas ranas doradas. Tomó una y la llevó de vuelta a la mesa. La agarró con fuerza y le enterró una gruesa aguja en la base del cráneo. Las patas traseras se extendieron y dejaron de moverse, quedando flácidas y sin vida. Mantovani la sostuvo unos segundos en su mano y luego la colocó sobre una tabla de disección.

Con la ayuda de un bisturí procedió a quitarle la piel a la rana, desechando el resto del cuerpo. Levantó la piel y la puso en un vaso químico. Regresó al bioterio, tomó otra rana y repitió el procedimiento. Esto lo hizo varias veces.

Al colocar la piel número diez en el frasco, se detuvo. Guardó el bisturí y cerró el estuche de disección.

Levantó el recipiente con la mano y contempló las pieles que allí yacían. Tomó una solución de metanol y la vació sobre las pieles. Se sabía el procedimiento por haberlo realizado en varias ocasiones, pero nunca dejaba de maravillarle la pureza de la química estructural y orgánica. Un diploma que colgaba encima de una caja donde la arena, rocas y algunas pocas ramas secas servían de casa a varios escorpiones que a esa hora yacían inmóviles, lo acreditaba como Licenciado en Química. Un título que obtuvo dos años antes de entrar a la Facultad de Medicina.

Sus profesores siempre vieron en él las dotes de un gran científico. Su cerebro procesaba cualquier tipo de reacción con una rapidez asombrosa y era muy imaginativo a la hora de deducir la estructura molecular de un compuesto extraño o desconocido. Sin embargo, algo en su interior lo impulsó a buscar su destino en otra carrera. De preferencia, una que involucrara interactuar con seres humanos a un

nivel más personal. El tiempo se encargó de mostrarle el motivo.

El reino de la química orgánica nunca estuvo lejos de su vida. Por eso decidió un día estudiar los alcaloides esteroideos que se podían extraer de los diferentes miembros del reino anfibio. Así comenzó su fascinación con la *Phyllobates terribilis,* mejor conocida como "rana colombiana de flechas venenosas".

En su piel escondían cuatro compuestos primordiales. El principal de todos era la *batracotoxina*, una toxina cardíaca muy activa a la temperatura corporal y que interfería con la conducción eléctrica en el corazón, produciendo extrasístoles, fibrilaciones ventriculares y la muerte de la víctima. Eso, por supuesto, era lo que decían los estudios hechos en animales.

Se moría por saber cuál sería su efecto en humanos.

Ya la mayoría del principio activo debía estar concentrado en la solución. Agregó cloroformo y agua. Luego, usando ácido clorhídrico, hidróxido de amonio y de nuevo cloroformo, terminó de extraer la letal sustancia, y la guardó en un minúsculo vial de color azul oscuro, que colocó en una refrigeradora que se elevaba como una torre entre las transparentes paredes de vidrio.

Se quitó con cuidado toda su indumentaria y la colocó en una bolsa negra que llevaría de inmediato a la lavandería. Alimentó a sus animales y luego de verificar que todo estaba bajo control, salió del local, apagó la luz y cerró la puerta. Hizo girar la llave y un sonido seco indicó que el cerrojo yacía en su lugar. Un mecanismo automático encendió los calentadores y las tenues luces de cada uno de los mundos de cristal.

La serpiente terminó de introducir la cabeza de la rana en su boca. Colocó la mandíbula en su lugar y dejó que sus líquidos digestivos se encargaran del resto.

***

—¿Estás bromeando? —preguntó Daisy mirando a los ojos de su esposo.

Su expresión era de verdadera preocupación, aunque dos pequeñas bolsas debajo de sus ojos le daban un toque de cansancio a su mirada. Él la escuchó estornudar varias veces en la noche, incipiente señal del virus que estaba incubando.

Resfriado. Una de esas cosas que no se podían evitar por lo menos

una vez en la vida.

—*Eso, la muerte y la culpa* —dijo su voz.

Era un experto en no permitirse olvidar. Desde hacía dos años no descansaba. Ni un minuto de verdadera paz mental. Se sentía agotado y sabía que su esposa recibía de forma tangencial la estela dejada por su culpa.

—*A pesar de todo* —dijo su voz, casi saboreando las palabras—*ella sigue aquí.*

Los matrimonios eran como las fotos tomadas en una fiesta. A veces salían bien, otras mal y algunas eran un desastre. Lo importante era seleccionar las mejores y ponerlas de primera en la pila. Si podían regresar a ser lo que fueron, no lo sabía.De lo que sí estaba seguro es que, sin importar lo que estuviera pasando, necesitaba ayuda y buenos consejos.

Daisy nunca le falló en el pasado. Lo que los distanciaba no era la falta de confianza. Era un problema de comunicación extendido a lo largo de dos años.

Desde ese 14 de noviembre.

—Eso quisiera yo —fue su única respuesta.

Daisy se quedó quieta mientras asimilaba la información que acababa de recibir. Aspiró con fuerza, en un intento de aliviar su congestión nasal, pero sin dejar de considerar las implicaciones del hecho.

Por un lado, estaba la muerte de la señora Ellis, a todas luces el resultado de una mano criminal o de un fenómeno inexplicable. Del otro estaba el hecho de que su esposo, por primera vez en mucho tiempo, buscaba su ayuda.

Quedaba por ver si eran buenas o malas noticias.

Mientras decidía, su cabeza se movía en silencio, como si el suave balanceo fuera parte de un ritual mágico. Se levantó de la silla donde estaba sentada y se acercó a la refrigeradora. Tomó una botella de vino y sirvió dos copas. Podía estar resfriada y sentirse de la patada, pero no por eso se tenía que dejar llevar al abandono.

Regresó a la mesa, le extendió una copa a su esposo y volvió a sentarse. Aprovechó y tomó una servilleta.

Por si acaso.

—Bueno —dijo sorbiendo una porción del rojo líquido—, tienes que contárselo a alguien.

Hatcher se quedó mudo del asombro. Se hallaba preparado para todo tipo de dudas o protestas por parte de su esposa, pero nunca consideró la posibilidad de que le creyera a la primera.

—¿Seguro que no te la cambiaron mientras dormías? ¿La invasión de los usurpadores de cuerpos o algo así?

—¿No estaremos exagerando? — se contestó—. *Daisy siempre tuvo la cabeza muy bien puesta sobre los hombros. De repente estamos predispuestos.*

—Claro. Una predisposición que ha durado dos años.

Daisy notó la duda reflejada en el rostro de su esposo. Parecía haber estado esperando otra respuesta.

¿Qué pensaba? ¿Qué iba a poner en duda una historia como aquella? ¿Qué ganaría con inventarse un cuento así?

De un tiempo para acá no sabía que pensar. Fueron tantos cambios en los últimos años que casi se sentía casada con otra persona. Su esposo se rehusaba a avanzar. Ya habían pasado ¿qué?... ¿dos años? A veces, Diego le daba demasiada importancia al accidente.

Hatcher inclinó su silla hacia atrás hasta que se sostuvo apenas en sus dos patas traseras

—Muy bien —dijo al fin—. Estamos de acuerdo en que hay que contárselo a alguien. La pregunta es, ¿en quién podemos confiar?

—Mi primera opción sería el Director Médico. Él debe ser la persona encargada de decidir cómo manejar todo este asunto. Dudo mucho que sea culpable, pues su presencia en el hospital a altas horas de la noche sería muy notoria como para que alguien no se diera cuenta. Además, en caso de que hubiera que dar alguna declaración, ese sería su trabajo. Como último punto, y no por eso menos importante, tu posición podría verse en peligro si tomas una acción unilateral sin consultar primero con las esferas administrativas. Después de todo, por muy seguro que estés, mientras no agarres al culpable *in fraganti* no dejan de ser especulaciones.

—Y creo que no pasará de allí. El culpable fue muy cuidadoso y metódico. A la fecha todavía no sé cómo logró matar a la señora Calvet.

—¿Estás seguro que ella fue una víctima? Podría ser solo lo que siempre pensaste. Una muerte no esperada. — Se sonó la nariz.

—Lo tengo en cuenta, no te preocupes. No me termina de convencer. Su muerte fue demasiado súbita. Inesperada.

—Bueno, no pierdas la perspectiva. Un error de ese tipo podría

alejarnos de la realidad.

—Lo sé.

Hatcher bajó la mirada. De forma automática, casi sin pensarlo, se levantó de la mesa, plantó un beso en la mejilla de su esposa y, tomando la copa vacía de sus manos, se la llevó sin otras palabras.

La suerte estaba echada.

CAPÍTULO 13

Grandes gotas de sudor caían de su frente. Las pocas que tocaban sus labios tenían un delicado sabor salado.

Tenía el cabello pegado a la piel. Sabía que un simple cabeceo no sería suficiente para liberarlo, así que se lo quitó con un delicado movimiento de la mano.

Lo importante era que se sentía bien. La debilidad que la aquejaba en los últimos días pareció mejorar con el ejercicio. No se sentía del todo sana, pero por lo menos estaba mejor que antes. Los músculos del muslo le dolían mucho y sentía la garganta seca por respirar con la boca abierta. Sin embargo, valía la pena. La aguda punzada que sentía en su costado derecho con cada paso que daba era tan satisfactoria como el dulce sabor de la miel en su boca.

El sol apenas comenzaba a levantarse, por lo que no se veía un alma. Sus únicos compañeros eran la pista de cemento que pisaba, los mangos, acacias, palmeras y otros árboles en flor que crecían a ambos lados y unas pocas aves y mariposas que, volando de un lado a otro, le daban una cierta virtud de movilidad al pacífico escenario.

Las suelas de sus zapatillas producían un peculiar sonido al pisar la fina grava de la pista. En un principio fue un hecho molesto pues le recordaba una bolsa de papas fritas al ser apretada varias veces. Después, aprendió a usarlo en su beneficio. Le servía para mantener el ritmo y un paso constante durante todo el recorrido.

Unas pisadas detrás de ella la hicieron perder el ritmo. Se acercaban con rapidez. Intentó darse la vuelta, pero el giro fue detenido en seco. Una mano enguantada la golpeó en un lado de la cara, cerca de la sien. Su vista se nubló y la realidad pareció desdoblarse frente a ella.

Las rodillas fueron las primeras en golpear el piso. Luego, sus manos. Estaba segura de haberse cortado la pierna con la caída, pero no podía darle importancia en ese momento. El mareo estaba pasando. Quiso gritar, pero solo pudo emitir un débil gemido.

Un nuevo golpe en la cabeza casi la hizo perder el conocimiento. Cientos de estrellas brillaron en sus ojos y el mundo empezó a girar con

fuerza. Se sentía mal y no quería abrir los ojos. No quería ver lo que iba a pasar.

De repente sintió un terrible dolor. Un relámpago en la parte baja de su pierna que pareció quemar sin piedad todas las fibras y tejidos circundantes. Cuando los impulsos nerviosos lanzados desde su pierna saturaron el cerebro de dolor, se generó una misericordiosa reacción vagal. Su presión bajó, la circulación a su cerebro disminuyó y por fin su conciencia se fue perdiendo en el vacío interminable.

***

—Puede pasar, doctor Hatcher— escuchó decir a la joven parada en el umbral de la Dirección Médica, quien mantenía la puerta abierta con su cuerpo. Tan entretenido estaba que no se percató de su regreso.

Al pasar a su lado se sintió desfasado por completo. La sala de espera estaba pintada de un pálido color rosado, cuyos únicos adornos eran las fotos en blanco y negro de los primeros días del hospital y unos pocos afiches prensados con tachuelas a un mural colocado en la pared. La antesala al despacho del director era amplia, de un color verde agua. Pinturas abstractas, basadas en series de puntos, rayas, manchas y figuras geométricas, llenaban las paredes. Logró distinguir dos puertas. Una pequeña a su derecha, sin letrero alguno que identificara su función, y una en frente suyo, que ostentaba un letrero a imitación del mármol, en el cual se veía inscrito en letras negras: “Dirección Médica”.

La secretaria le indicó con un gesto de la mano que pasara. Dio unos golpes con los nudillos en la oscura madera y una voz desde el otro lado lo invitó a entrar.

El despacho tenía el mismo color que el cuarto anterior, pero sin pinturas ni fotos. Varios estantes con libros y un escritorio eran los únicos muebles de la austera oficina. Detrás del bufete lo esperaba el doctor Araujo.

Un incipiente bigote se perfilaba en su labio superior. Los ojos, de un color verde claro, brillaban detrás de un par de lentes. Su voz era profunda, con un tono que iba acorde con la de un locutor de radio. Su sola mirada parecía penetrar por debajo de la piel y Hatcher se sintió incómodo al estar en su presencia, sensación que, por fortuna, pasó rápido.

—Siéntese, doctor —le dijo al estrechar su mano—. Disculpe la

burocracia, pero he estado ocupado toda la mañana.

—Sí, lo imagino. Supe que hay un brote de hepatitis en una de las salas.

—Nunca deja de sorprenderme cómo vuelan las noticias en este hospital. ¿Cómo se enteró?

—Por los residentes. Tienen una red de información que sería la envidia de la Interpol.

—Sin lugar a dudas. En fin, es verdad. Ya se han reportado 5 casos, así que me he pasado la mitad de la mañana discutiendo con el servicio de Medicina Interna. Quiero evitar que esto se convierta en una epidemia, pero el interés de ellos parecer ser... —Se detuvo en seco y sonrió como un niño pequeño al ser atrapado en la mitad de una travesura—. Lo siento. Me dejé llevar por la emoción. Cambiemos de tema. ¿A qué se debe el honor de esta inesperada visita?

—En verdad, no sé cómo empezar —murmuró bajando la mirada. Era el momento de la verdad—. Es algo de suma gravedad y que requiere su inmediata atención.

Empezó a relatarle cada uno de los detalles de lo acaecido en las últimas semanas. El rostro del doctor Araujo no mostró asombro; su expresión facial se mantuvo imperturbable durante todo el relato.

—Muy interesante —dijo al cabo de un rato—, pero creo que exagera.

Hatcher sintió como si le hubieran dado con un mazo en la cabeza. Perdió la capacidad de hablar por unos segundos. Cuando abrió la boca tuvo que contenerse para no decirle algo de lo que después se fuera a arrepentir. Logró controlarse:

—¿Que yo exagero? Le parece una exageración el hecho de que un asesino…

—Error número uno. No es un hecho; es una sospecha —cortó el doctor Araujo, tajante. Su rostro se veía endurecido.

—A la evidencia me remito.

—Error número dos. Todo es circunstancial, a lo sumo. Alguna explicación lógica debe haber.

—Si usted tiene alguna, me gustaría escucharla —lo retó Hatcher, con una sonrisa sarcástica.

Araujo no respondió. Se recostó en la silla y cruzó los brazos sobre

el pecho.

—No tengo por qué hacerlo, pero digamos que decida aceptar que todo lo que me ha contado es verdad y que tenemos un asesino suelto en el hospital. ¿Qué espera que yo haga? ¿Qué haría usted en mi lugar?

—No sé. Actuar. Informar a las enfermeras o, inclusive, a las pacientes.

—No nos precipitemos. Tiene mi solemne promesa de que investigaré esto a fondo, pero no podemos ir difundiendo una noticia de este tipo sin pensar en las consecuencias. La reputación del hospital estaría en juego.

—¿Reputación? ¿A quién le interesa la reputación? —dijo Hatcher un poco molesto —. Estamos hablando de vidas humanas.

—Exacto. Eso incluye las vidas de todos nosotros, tanto en lo personal como en lo profesional. ¿Sabe cómo afectaría eso su práctica privada, por ejemplo?

—Creo tener una buena idea, pero estoy dispuesto a correr el riesgo.

—Sí. Un riesgo innecesario. ¿Se da cuenta que está sugiriendo que uno de los miembros de este hospital es un asesino?

—Por supuesto que me doy cuenta —dijo Hatcher levantándose de la silla y apoyando la mano sobre el borde del escritorio.

Araujo lo miró a los ojos algunos segundos.

—Voy a tener que pedirle —dijo con lentitud—que no repita estos comentarios a ninguna otra persona.

—¿Cómo?

—Lo que escuchó. Todo lo que me contó puede tener mil y una explicaciones. Sé que le duele la muerte de sus pacientes, pero echarle la culpa a un fantasma no es la solución.

—No es…

—No he terminado. Esta conversación nunca tuvo lugar y voy a asumir que jamás lo he visto en esta oficina. Le sugiero que guarde sus suposiciones para usted y que se abstenga de manifestarlas en público.

—¿Y cree que eso va a detenerme? —dijo Hatcher con rabia contenida—. Me encargaré de contar la verdad.

—Si me entero —dijo Araujo como si no lo hubiera escuchado—de que intenta alarmar a la población con noticias sensacionalistas, propias de una novela, me veré obligado a tomar medidas y su futuro, tanto en este hospital como afuera, se verá muy, pero muy afectado. ¿Comprendió?

—Disculpe si me parece no comprenderlo, pero ¿me está amenazando?

—Considérelo como mejor le convenga.

—¡Es increíble! ¿Cómo puede no importarle lo que ocurre en el hospital?

—¡Jamás se atreva a decir que no me importa! —dijo Araujo levantándose de su silla y señalándole con el dedo. Una expresión de furia brillaba en sus ojos—. Puedo decir que crecí en este hospital. Todas mis rotaciones de estudiante las hice aquí, al igual que mi internado. Conocí a mi esposa en estas salas y los mejores recuerdos que tengo, por extraño que le parezca, se relacionan con este lugar. Contra viento y marea voy a hacer de este hospital el mejor y más moderno de la región y no permitiré que sus falacias lo destruyan. ¡Buenas tardes!

Hatcher no supo qué decir, así que optó por alejarse de la oficina. La puerta se cerró con fuerza detrás de él.

Adentro, Araujo se quedó quieto un instante; luego se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó su celular. Marcó un número y esperó la respuesta del otro lado.

***

Hatcher sentía olas de calor desprenderse de su piel al salir de la oficina de Araujo. El director no solo no le prestó atención a lo que él consideraba un asunto de suma importancia, sino que además lo regañó como a un chiquillo y, para colmo de males, terminó amenazándolo de manera humillante.

Se sentía molesto, frustrado e impotente, aunque no acabado. Nunca pensó que el problema fuera a tomar ese rumbo. Su decepción era grande, pero crecía su determinación de salirse con la suya. No tenía el menor propósito de dejarse vencer por un burócrata cuyo máximo interés estaba en los números, en lugar de la vida humana.

Y ya que la salud de las personas estaba en peligro era su obligación, como médico, hacer todo lo que estuviera a su alcance para salvaguardar su seguridad. Sin importar las consecuencias.

Habiendo tomado una determinación, se encaminó hacia la morgue. Iba a necesitar el apoyo del doctor Hobt.

Cuando llegó a su oficina lo encontró hablando por teléfono. Con un gesto le indicó que pasara y lo esperara mientras terminaba. A los

pocos segundos colgó.

—Vengo de hablar con el doctor Araujo.

Hobt se quedó en silencio, como si esperara alguna aclaración.

—No comprendo —dijo por fin, arrugando la frente.

—Le dije sobre la muerte de la señora Ellis.

—Sigo sin comprender, ¿Qué le dijo al doctor Araujo?

—Le conté sobre las discrepancias en la autopsia. Es lamentable, pero el burócrata de Araujo piensa que estamos mintiendo o exagerando los hechos. Es de la opinión que hay una explicación para todo.

—No sé cómo decírselo —susurró Hobt, arreglándose el nudo de la corbata—, pero tiene razón.

—¡¿Cómo?!

—Después de que se fue, decidí revisar nuevos cortes, solo para estar seguro. Procesé de nuevo todas las muestras. Encontré células fetales en varios vasos pélvicos…

—¿Qué? —Hatcher se levantó de la silla—. Me dijo que solo estaban presentes en los vasos pulmonares.

—Tuvimos mala suerte. No las vimos en los primeros cortes, pero allí estaban.

—¿Qué pasó entonces con el meconio? ¿Lo encontró también?

—Nunca hubo meconio. —Tenía la expresión de alguien que quiere que se lo trague la tierra.

—¿Cómo? Usted lo vio. Usó tinciones especiales.

—Lo sé —dijo llevándose las manos a la cabeza—. Fue un terrible error por parte del técnico. Preparó mal la tinción y lo que vi no era otra cosa que un artefacto. Yo preparé los cortes esta vez. Cero meconio. Me equivoqué al sacar conclusiones sin pensar. ¿Se imagina lo que hubiera pasado si doy un informe preliminar y luego se enteran de que el niño no podía expulsar meconio? Hubiera sido el hazmerreír del hospital por décadas.

Hatcher se sentó, sintiendo el peso de quien ha construido las paredes de su casa con ladrillos de goma. Los vientos del destino estaban destruyendo todas sus teorías de una manera sistemática.

—Creo que me va a dar un dolor de cabeza —fue todo lo que dijo.

En ese momento lo único que quería era salir de allí.

—Comprendo cómo se siente, pero es lógico. Lo único que puedo

decir es que Dios me acaba de dar una importante lección. A mantener la boca cerrada hasta estar bien seguro.

—Dios santo, el doctor Araujo...

—No se preocupe. Es mi culpa y me haré responsable. Hablaré con él y le diré que todo fue resultado de mis errores. Usted solo se dejó llevar por mis explicaciones.

Hatcher se levantó sin saber que decir. En cuestión de minutos pasó de sentirse como un cruzado al más ínfimo de los seres. Se despidió de Hobt y salió de su oficina.

Afuera el sol brillaba en todo su esplendor, mientras una tormenta de dudas arrasaba su corazón.

CAPÍTULO 14

—Véalo desde un punto de vista positivo señorita Molina— dijo el joven residente de Ortopedia que la evaluaba en el cuarto de urgencias — le pudo haber ido mucho peor. El maleante que la atacó lo hizo con fuerza. Un golpe de esos puede ser fatal.

—¡Oh! Lo sé, doctor. No crea que no estoy contenta de estar viva, pero... ¡demonios, acabo de salir! ¡Odio los hospitales!

Decir que odiaba los hospitales era una manera gentil de poner lo que sentía. Los conocía mejor que muchos médicos y lo último que quería en el mundo era tener que visitarlos, menos tener que ser internada de nuevo.

Esta vez no tenía escapatoria. Colgadas sobre una lámpara estaban sus radiografías. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que no iría a ninguna parte por algún tiempo. Los dos huesos de su pierna derecha estaban partidos. La tibia en dos pedazos. El peroné en tres.

Según le explicaron, la fractura de la tibia seguía una línea en espiral. Eso la convertía en una fractura inestable y por tanto requería su hospitalización para una adecuada corrección.

El mundo se le vino encima. El dolor se aplacó con la última inyección, pero el mínimo movimiento que intentaba despertaba una ola de puro tormento que le hacía apretar los dientes para no gritar. Debía quedarse tranquila.

El problema era que no podía. La idea de pasar quién sabe cuántos días en el hospital la molestaba más que el propio dolor.

Desde pequeña sufría de asma bronquial. Un mal karma que la golpeaba sin cesar en cualquier momento. Conocía todas las bellezas de las inhaloterapias, de las xantinas y corticoides intravenosos, de las máscaras de oxígeno y de los cuidados intensivos.

Su última crisis ocurrió apenas un mes antes. No requirió mucho tiempo en cama, pero si pasar esos días en el hospital. Una semana después desarrolló una fiebre, que por fortuna resultó ser por un pequeño resfriado. La dejaron recluida dos días más de lo esperado, le dieron algo de acetaminofén, la vigilaron, le hicieron perder la

paciencia un par de veces y por fin la dejaron irse. A su salida se sentía una nueva persona e hizo el firme propósito de cuidar de sí misma como nunca antes. No quería regresar a un hospital jamás.

Limpió su casa; en realidad la esterilizó, cambió su dieta de carbohidratos y grasas por una rica en fibras y vegetales e inició un programa de ejercicios. Sabía que la actividad física excesiva podía precipitarle una crisis, por lo que procuraba no excederse y tomaba todas las precauciones.

Nunca esperó que le sucediera lo que le pasó.

El residente quitó las radiografías y apagó la lámpara. Se disponía a salir cuando se le quedó mirando.

—¿Pasa algo? —preguntó ella ante la curiosa mirada del médico.

Se le acercó y, con cuidado, puso un dedo sobre sus párpados y los empujó hacia abajo.

—No se nota mucho, pero tiene un leve tinte ictérico en las escleras.

—¿Escleras? ¿Ictérico? —preguntó desconcertada. Pese al tiempo pasado en los hospitales, esas dos palabras eran nuevas.

—Disculpe. Quiero decir que le noto un pequeño color amarillo en los ojos. ¿Ha tenido alguna molestia hace poco?

—No —dijo sin saber que significaban sus palabras—. Me he sentido un poco débil, pero eso es todo.

El médico se quedó quieto un segundo, como si pensara qué hacer. Parpadeó un par de veces y luego sonrió.

—No creo que sea motivo de preocupación, pero cuando ya esté en sala pediré una consulta al servicio de medicina. Ellos ordenarán los estudios necesarios.

Tras dedicarle unas últimas palabras de aliento y asegurarse de que el yeso no estaba muy apretado, salió de la habitación, dejándola sola en el cuarto. A pesar de no haber tenido nunca problema alguno con la soledad, no pudo evitar cierta aprehensión. Después de lo ocurrido, no podía ser para menos.

La atacaron sin motivo alguno. Le fracturaron una pierna por pura maldad o locura.

La policía le prometió que haría todo lo posible por atrapar al culpable, pero sabía que le mentían. No lo vio ni por un instante y, por tanto, no podía identificarlo. El desgraciado no dejó una sola pista y sus huellas, la única prueba rastreable, desaparecieron entre las de los corredores que la encontraron y la llevaron al hospital.

Lo único que recordaba era su mano y el sonido de sus pisadas. Ninguna de las dos era útil, pero ambas resultaban aterradoras.

La puerta se corrió y entró un hombre con pantalón de mezclilla y una camisa celeste claro. Llevaba una bata de laboratorio y una placa prensada a su bolsillo que lo identificaba como Oliver Hurtado. Técnico de Laboratorio.

—Buenos días, señorita Molina —dijo con una contagiosa sonrisa mientras sacaba unos tubos de vidrio, una banda de goma y una jeringuilla—. Tenemos que sacarle una muestra de sangre, así que, por favor, estire el brazo.

Conocía la rutina y, a pesar de que la experiencia nunca fue de su agrado, tampoco la molestaba demasiado. Era algo a lo que uno se acostumbra. La banda de goma atada en su brazo hizo resaltar dos venas. La aguja de la jeringuilla perforó la más gruesa y le sacaron lo que a ella le pareció una cantidad excesiva de sangre.

Sin embargo, le daba igual.

Hurtado vació la sangre en los tubos y salió del cuarto justo cuando venían a buscarla para llevársela a la sala. Al llegar al laboratorio, los dejó en una caja, con otras decenas de tubos y frascos similares. En pocos minutos serían llevados a las secciones encargadas de su procesamiento, ya fuera Hematología General, Química Sanguínea, Bacteriología o Parasitología. Las opciones eras muchas.

El último de los tubos no lo dejó en la caja. Caminó hacia una puerta rotulada *Exámenes Especiales* y entró.

Cientos de aparatos zumbaban y sus luces centelleaban como en un árbol de Navidad. Dos técnicos trabajaban en ese momento. Una señora mayor, con el cabello recogido en un moño detrás de la cabeza, vaciaba con lentitud una pipeta con gotas de un líquido amarillo en una muestra de suero y un muchacho de unos 28 años leía los resultados de alguna prueba en la pequeña pantalla azul de uno de los aparatos.

Hurtado se dirigió hacia el último, de nombre Javier, y le tocó el hombro para llamar su atención. Éste se viró y, al reconocerlo, no pudo evitar lanzar una rápida mirada a su compañera, quien permanecía abstraída en lo que hacía.

Sin cruzar palabras, Hurtado le dio el tubo de sangre y salió del lugar.

Javier leyó el rótulo. Decía el nombre de la paciente y el número de sala y cama. En lápiz, Hurtado agregó las palabras: Protocolo 9.

Lo guardó con cuidado en su bolsillo. Tenía que esperar a estar solo.

Por otra parte, debía apresurarse. Esperaban los resultados tan pronto como fuera posible.

CAPÍTULO 15

La pálida luz proveniente de dos velas rojas se proyectó sobre el rostro de Ibeth quien, por estar mirando el menú que acababa de recibir, no se percató de que su novio la estaba observando.

Al resguardo de las penumbras que dominaban el lugar, un restaurante ubicado en el último piso de un prestigioso hotel, Mantovani la estudiaba. Sus ojos recorrieron cada pliegue, curva y depresión que dibujaba la luz de la vela al bailar en la piel de Ibeth. Su expresión de fija determinación marcaba con energía ciertas sombras que por lo general no se veían y que la embellecían ante sus ojos.

Se estaba enamorando. Pensó que era algo imposible.

—¿Qué estás viendo? —le preguntó Ibeth, sacándolo de sus cavilaciones.

—A ti —contestó sin quitarle la vista de encima—y me preguntaba qué gran obra pude haber realizado en una vida anterior para que me concedieran ser premiado de esta manera.

—Adulador —contestó Ibeth, bajando la mirada. Su rostro lucía enrojecido y una tenue sonrisa se movía en sus labios.

—No son adulaciones; son verdades. Hay una gran diferencia.

—Te amo —dijo poco después—. Feliz aniversario.

—Feliz aniversario —contestó él, mientras tomaba su mano recordando la primera vez que la viera. Un día como cualquier otro, mientras cumplía con la visita. Ella pasó a su lado. Una nueva enfermera asignada a la sala, que consiguió que terminara la ronda en tiempo récord para poder darle la bienvenida.

La atracción fue inmediata. A los pocos días estaban saliendo juntos.

Levantó la copa de cristal llena de vino. Sus ojos, que jamás descansaban y estudiaban sus alrededores de una manera ordenada y específica, percibieron algo que lo obligó a concentrarse. A pocos metros, en una mesa diagonal a la de ellos, cenaban dos personas. Las sonrisas y caricias indicaban su calidad de esposos o amantes. Debían estar celebrando una ocasión muy especial, pues la alegría parecía desbordarse de esa mesa.

Su campo visual se centró, como la mira de un arma de alto poder, en el rostro de la joven. Tendría unos 30 años, cabello oscuro, piel blanca. Ojos de un color marrón claro. Labios delgados que apenas se marcaban.

Sus neuronas se aceleraron a un ritmo sorprendente. La visión provocó una secuencia de mensajes eléctricos y químicos que viajaron por su cerebro, siguiendo vías ya establecidas después de años de evolución, buscando un recuerdo olvidado en las tinieblas del pasado.

Olvidado, pero no destruido.

Cuando el recuerdo acudió, el rostro de otra persona se materializó. Mantovani sintió que su piel se tornaba fría. Un dolor opresivo en el pecho acompañó el aumento de la frecuencia cardíaca y su frente se perló con minúsculas gotas de sudor. Sin darse cuenta su mano derecha se aferró a la servilleta que llevaba sobre el regazo, apretándola con firmeza.

—¿Te pasa algo? —preguntó Ibeth, al notar el cambio en su rostro.

Él hizo un esfuerzo supremo por mantener la calma. Murmuró algo acerca de que no se sentía muy bien y que necesitaba ir al sanitario. Se excusó y, levantándose de la mesa, se alejó arrastrando los pies.

Pasó al lado de la joven. Verla de cerca descargó nuevas explosiones neuronales que golpearon su cerebro como un batallón de artillería en mitad de un combate. Aceleró el ritmo y llegó hasta la puerta del sanitario.

La abrió con una violencia que lo sorprendió. Por fortuna nadie estaba usándolo, nadie que le reprochara esa forma de entrar, pues hubiera sido un problema muy serio. No se encontraba en condiciones de razonar.

Ni siquiera consigo mismo.

Abrió uno de los grifos y dejó correr el agua. Metió las manos en el chorro y se mojó el rostro.

—Dios Santo — pensó, mirándose en el espejo—. Amelia.

***

—*El pollo con salsa de hongos parece una muy buena elección* —pensó Ibeth al leer el menú.

Sin embargo, no pudo poner sus ideas en palabras, pues al levantar la mirada vio a un extraño sentado en frente suyo.

Sus ojos estaban fijos. Los párpados, apenas entornados, dejaban que las pupilas brillaran como dos gemas diabólicas en el fondo del pétreo nicho de algún monolito pagano. Su expresión no era de seriedad o molestia. No era de tristeza o nostalgia.

Odio. Puro odio.

Carlo era una persona calmada y racional. Podía, como solía decir él en son de broma, atender tres paros cardíacos, dos partos y un politraumatismo al mismo tiempo, mientras repasaba en su cabeza la lista del supermercado.

Siempre en control.

Un control que ahora parecía no pertenecerle.

Siguió su línea de visión, intentado descifrar cuál era la causa. Lo único que logró distinguir fue una pareja de jóvenes celebrando y dos camareros que, atareados, se movían de mesa en mesa buscando platos y llevando órdenes.

—¿Te pasa algo?

No logró distinguir la respuesta. Después de pronunciar algunas palabras que sonaron como que necesitaba hacer algo, se levantó y caminó hacia los sanitarios. Si hubiera ocurrido en otras circunstancias ella lo hubiera dejado pasar como un incidente menor.

Si no fuera por la mirada de sus ojos.

Lo observó hasta que llegó al baño. Su paso era inseguro, en particular al pasar al lado de la mesa de la pareja. Su cabeza efectuó un movimiento rápido, casi imperceptible para el observador casual, pero que ella distinguió pues esperaba ver esa reacción.

Sus ojos se clavaron en ella un instante, para luego apartarse como si su sola presencia le quemara la vista. Su paso se aceleró y su brazo tembló al empujar la puerta del sanitario, que se abrió con la fuerza de una barrena.

No sabía quienes ocupaban la mesa contigua, pero estaba casi segura de que era ella la causa de la extraña reacción de su novio. Buscó y buscó, procurando establecer una conexión mental entre sus rasgos y algún evento pasado, pero fue inútil.

Pasaron los minutos y la puerta permanecía cerrada. Ibeth comenzó a preocuparse. No era su conducta habitual. No era normal.

Se levantó y caminó hacia el sanitario.

***

Mantovani observó las gotas de agua caer de sus manos y deslizarse por su muñeca hacia el antebrazo. La sensación era agradable, pero vacía como una sombra. No lo aplacaba.

Cerró los ojos en un vano intento de abstraerse, pero fue inútil. La herida era vieja, pero nunca cicatrizó. Su mero recuerdo cortó los puntos que la mantenían. Ahora, expuesta y abierta, era una realidad demasiado dolorosa para ignorarla.

¿Por qué se estaba complicando? La persona que vio sentada no podía ser Amelia. Era imposible.

Amelia estaba muerta. Era parte de su pasado.

Para su mala fortuna, el pasado siempre encontraba la manera de clavarle las garras, sin importar el tiempo o el espacio. Su brazo era largo. Su vista aguda.

—Deja de torturarte. Amelia no puede tocarte. Murió en tus brazos, ¿recuerdas? Hace más de 15 años. Cuando todo empezó.

¿De veras fue ella el principio? No estaba seguro. Lo olvidó porque quería olvidarlo. Porque era necesario. Ella señalaba una frontera. Un evento que marcaba la historia y que separaba las épocas.

Antes de Amelia.

Después de Amelia.

Podía sentir la adrenalina correr por sus venas. Su mente se estaba cerrando a todo pensamiento racional y una idea fija crecía como una enredadera sin control. Una idea que pronto se convirtió en obsesión.

Y las obsesiones se satisfacen de un solo modo.

Sin embargo, este no era el clásico escenario. Estaba acostumbrado a escoger las reglas y el procedimiento. A estar en control de cada acto de la obra. Ahora, pisaba un teatro desconocido, no conocía a los actores y no contaba con un libreto. Las condiciones le eran adversas desde cualquier ángulo.

Era hora de improvisar.

Comenzaba a dolerle la cabeza, pero la perspectiva de tener que adaptarse a las circunstancias tenía un cierto atractivo que hacia la situación apetecible, y sus molestias menos severas.

—Y el riesgo mayor. Estás volviéndote loco, ¿lo sabías? Esa es la única explicación. Nadie en su sano juicio lo pensaría siquiera.

Abrió de nuevo el grifo y dejó que el preciado líquido corriera por sus dedos.

—Qué más da. A la carga.

***

Ibeth se acercó a la puerta, pero ningún sonido salía de su interior. A lo lejos se escuchaba el agua correr, proveniente de algún grifo abierto. No sabía qué pensar al respecto.

¿Era el silencio presagio de lo que se avecinaba? ¿La calma antes de la tormenta? ¿Qué oscuro recuerdo atormentaba su pensamiento al punto de trastornarlo? De despojarlo de su humanidad esencial y convertirlo en la palpable fuente de odio que se escapó a través de esos fríos ojos.

El atávico y primitivo temor a lo desconocido.

Pegó el oído. El correr del agua ya no se oía. El silencio continuaba, pesado y denso como niebla. Tocó con los nudillos la fría superficie, primero suave y después con mayor fuerza. Con la suficiente intensidad para no llamar la atención.

Sin respuesta.

El silencio dejó de ser intolerable para convertirse en desquiciante. La incertidumbre la agobiaba y la llenaba de preguntas sin respuesta.

Acercó los labios a la puerta.

Estuvo a punto de mencionar su nombre, pero en el instante en que su cerebro mandaba la orden y la lengua empezaba los movimientos necesarios para pronunciarlo, la puerta se abrió.

En el umbral apareció su novio, tal como lo conocía. Sus ojos sin aquel brillo demoniaco, fuente de sus dudas, y en sus labios flotaba la sonrisa medio pícara de la cual se enamoró tres años atrás.

—¿Ibeth? —preguntó arrugando la frente en señal de duda—. ¿Qué haces parada en la puerta? ¿No me vayas a decir que ahora te gusta espiar a los hombres cuando entran en el baño?

—Claro que no —contestó a la defensiva, percatándose de la extraña situación en que se encontraba—. Me asusté y temía que algo te hubiera pasado.

—¿De dónde sacaste esa idea?

—No sé —dijo decidiendo ser sincera—. Un presentimiento. Algo que vi en tus ojos.

Él sonrió, pero estaba sorprendido. Ibeth lo conocía mejor de lo que se imaginaba. Sus ojos lo delataron y ella percibió el cambio en su persona. Él tenía problemas para distinguir la diferencia, pero ella enseguida vio en sus ojos la verdad.

La otra cara de la moneda. La verdadera, no la que usaba para enfrentarse al mundo.

Cortó sus pensamientos de forma tajante. Sabía que estaba divagando y eso era algo que no se podía permitir, mucho menos en ese momento.

Tenía trabajo que hacer.

—Espero que no hayas visto algo malo —contestó Mantovani—. Por un momento me sentí mal, pero ya estoy mucho mejor. Te lo garantizo.

El rostro del hombre era de absoluta sinceridad. Ella no tenía razón para dudar de su palabra, por lo que la aceptó de buen grado. Intentó borrar el episodio vivido, calificando de infantiles todos sus temores, para continuar la velada como si nada hubiera pasado.

—Te amo— dijo ella tomando su mano.

Él le echó el brazo por la espalda, a nivel de la cintura, acercándola. Cuando la tuvo a su lado besó su cabellera. Luego le dio la vuelta y la colocó frente a él.

Su estatura, un poco menor, la obligó a levantar la vista para poder mirarlo a los ojos, o a alzarse en la punta de los pies cuando quería besarlo. En esta ocasión se decidió por lo primero. Sus ojos volvían a ser dulces. No se veía en ellos una mínima traza de maldad, y se sintió una tonta por haber pensado que él fuera capaz de albergar algo que no fuera bondad y compasión.

—Yo también te amo —dijo sonriendo—. No empiezas a tener idea de todo lo que representas para mí. Eres mi vida. Mi musa.

La muchacha se apoyó en la punta de sus zapatos para alzarse y rozó con sus labios los de su amado. Luego los colocó al lado de su oído.

—Sí, claro que tengo idea —murmuró.

Las vibraciones y el susurrante sonido de las palabras lo hubieran excitado en cualquier otro momento, menos en ese. Desde que salió del baño solo tenía una idea en la cabeza y era hora de ponerse en acción.

Todas las palabras y frases pronunciadas hasta ese momento eran solo palabras, parte de una actuación.

Amaba a Ibeth, pero en ese particular momento ella no tenía valor alguno para él. Una sola cosa importaba. El resto era pura escenografía.

Se puso a caminar en dirección a su mesa, con Ibeth tomada de la cintura. La mano libre la metió en el bolsillo de su saco y palpó un recipiente de vidrio. Un frasco azul oscuro igual al que tenía guardado

en el refrigerador de su pequeño zoológico. Un frasco con el líquido proveniente de varias decenas de *Phyllobates terribilis*.

***

—*Nunca intentes salir de casa sin ella*—pensó mientras acariciaba la lustrosa superficie del recipiente.

La suerte trabajaba de formas muy misteriosas.

Llevaba el frasco con la sustancia depurada en su bolsillo porque lo puso allí con el fin de poder cerrar la puerta del bioterio. Una llamada de Ibeth hizo que lo olvidara.

Cuando se secaba las manos en el baño se metió la mano en el bolsillo y sintió el frasco. Al ver qué era, lo aceptó por lo que era. Una señal.

Si Amelia murió una vez, podía hacerlo de nuevo.

Iba lento, porque cumplía sus propósitos. Necesitaba ordenar en su mente los pasos que debía dar. Cada movimiento debía ser coordinado a la perfección. Cada expresión, mirada y gesto tendría que acomodarse al plan. Un solo desliz fuera del sendero trazado tendría resultados catastróficos.

Causa. Efecto.

Si lo atrapaban vaciando el contenido del frasco en la comida de Amelia, tendría muchas explicaciones que dar y ninguna sería convincente.

—*Deja de llamarla así. Ella no es Amelia.*

El parecido era hechizante. A la distancia impresionaba ser más alta y la nariz menos respingada, pero era asombroso el parecido.

—*Concéntrate. Enfoca tus pensamientos en el ensayo. Te estás acercando.*

Mantovani destapó la botella con la mano, pero sin sacarla de su bolsillo. Se vio caminando cerca de la mesa, abrazado a Ibeth, resbalando y cayendo sobre el acompañante de la seudo Amelia. Aprovechando la confusión para mezclar el contenido con la comida.

Ese era el punto de mayor dificultad. Tenía que ubicarse de manera que el cuerpo de los tres ocultara la superficie de la mesa de los ojos vecinos. El ruido interrumpiría toda conversación en el restaurante y todos los ojos de moverían en su dirección, como la luz de una torre de guardia al detectar una fuga masiva de reos. Si no era cuidadoso,

alguien podría verlo y recordarlo después.

También debía usar su propio cuerpo. Si bien confiaba en que el ojo humano no podía fijarse en dos eventos a la vez, y que estarían tan preocupados en levantarlo y ayudarlo que no se darían cuenta de lo que hacía, también era cierto que un movimiento suyo podía desviar el centro de atención hacia sus manos. Y sería su ruina.

Ya estaba casi a la par de la mesa. Amelia enterró su tenedor en una solitaria rodaja de pepino, bañada en una salsa rosada, y se la llevó a la boca. Su pareja limpiaba sus labios con una servilleta. Delante de Amelia lucía un plato de macarrones cubierto de abundante queso parmesano. El vapor caliente que se elevaba indicaba por qué no empezaba a comérselo.

El líquido del vial azul podía desaparecer con facilidad en la ensalada o en el plato de macarrones. Después de todo, en teoría, necesitaba solo unas gotas.

Repasó sus movimientos al acercarse el momento cumbre, pero a medida que se aproximaba, las dudas lo empezaron a asaltar.

—Vas a terminar en un cuarto acolchado, envuelto en una camisa sin mangas. ¿Qué crees que va a pasar cuando ella muera? Van a iniciar una investigación. Descubrirán la causa de la muerte y tú serás el primer sospechoso, pues fuiste una de las pocas personas que se acercó a ella antes de que emprendiera el viaje eterno.

La ausencia de motivos. Esa era la clave.

—Claro. Cavarán en tu pasado como una expedición arqueológica y tarde o temprano descubrirán tu sarcófago. Alguien encontrará a Amelia en un recóndito pasillo de tu historia y eso será todo lo que necesitarán.

—No pueden culpar a nadie basándose en suposiciones. Necesitan pruebas.

—¿Pruebas? Solo tienen que registrar tu casa y encontrar el cuarto oculto, o el álbum.

Era hora de actuar. A unos pocos metros.

—¿Estás loco? No es tarde para detenerte. Aún puedes escapar.

Sabía que era inútil todo intento de raciocinio. Aunque quisiera no podía detenerse. Era capaz de pensar, pero su cuerpo obedecía una sola idea. Una obsesión.

Tenía que eliminar a Amelia de una vez por todas.

Sacó el frasco de su bolsillo y lo ocultó en la mano.

Tres pasos. Dos pasos. Un paso...

—¿Carlo? —escuchó una voz decir a sus espaldas.

El sonido de una voz tan familiar lo tomó desprevenido. Esperaba cualquier cosa. Estaba listo para cualquier eventualidad, excepto para eso.

Se dio la vuelta. Detrás de él estaba parada la doctora Palm.

***

Ibeth no estaba convencida. Podía parecer normal. Podía actuar normal. A ella no la engañaba. Al ir caminando en dirección a la mesa se dio cuenta del énfasis con el que miraba hacia la pareja. En particular a ella.

Pero, ¿por qué? ¿Quién era?

Iban a un paso lento. Ibeth, al principio, no le puso importancia al asunto, pero ahora se sentía molesta. ¡Se estaba demorando a propósito para poder admirarla!

¿Atracción física? ¿Eso era lo que sentía?

Lo puso en duda. La mirada que vio en sus ojos era todo lo contrario al deseo, o a cualquier tipo de sentimiento afectivo.

También notó el detalle de la mano dentro del bolsillo. Una mirada rápida confirmó su sospecha. Estaba frotando algo.

¿Qué?

Las mismas preguntas una y otra vez la rondaban, la ausencia de una explicación exacerbaba su intención de averiguar la verdad. A cualquier precio.

Consideró intentar el acercamiento directo, pero eso no garantizaba que le dijera la verdad. Lo negaría y la dejaría en ascuas, pues no tenía evidencia alguna para sustentar sus dudas.

Podía intentar la ley del frío. La indiferencia. Comportarse enojada con él, de forma que fuera su decisión abordar el tema. Obligarlo así a afrontar la verdad. Pero sabía que no funcionaría. Era imposible mantenerse dos minutos molesta con él. En lo que se refería a hacer sentir mejor a las personas, era un experto.

Ya estaba casi al lado de la mesa. Los músculos de su brazo se tensaron. El movimiento de la mano se detuvo y la sacó del bolsillo.

Ocultaba algo en su mano. Un objeto azul.

La mirada de sus ojos era dura. Su expresión seria. Ninguna emoción se despedía de ese rostro. La cara del jugador de póker antes

de una acción suicida.

Una voz a sus espaldas detuvo el tiempo.

Al darse la vuelta vio a la doctora Palm. Ataviada con un traje negro largo, con una abertura a la derecha que llegaba a mitad del muslo y un escote bastante revelador, no parecía la misma persona que todos los días veía ir y venir por las salas del hospital. Era en casos como ese en que recordaba que los médicos también tenían una vida privada.

O, por lo menos, la gran mayoría.

—Qué increíble sorpresa —dijo con una sonrisa amplia y franca—. Nunca esperé encontrarlos aquí.

—Rosa — dijo Mantovani—. Qué coincidencia. ¿Qué haces aquí?

—Nada en particular. Mi hermana cumple años y le prometí que lo celebraríamos a lo grande.

Una jovencita de 20 años estaba parada detrás de ella. Pequeña y delgada, parecía una frágil estatua de porcelana. Recordó que los padres de la doctora Palm habían muerto hacía varios años y que el único familiar que tenía en el mundo era su hermana. Ibeth las conocía a ambas y siempre sintió lástima por ellas, pero en ese momento solo pudo verlas como una respuesta a sus plegarias.

Una luz en el horizonte.

—Oigan —dijo actuando por puro instinto—. Ya que es una ocasión tan especial, ¿por qué no nos acompañan a cenar? Nosotros también estamos celebrando.

Él no la miró. No era necesario. Eso era lo último que él quería y, por eso, era lo que ella deseaba hacer.

—No sé —vaciló Palm mirando a su hermana, quien parecía estar muy de acuerdo con la idea.

—No se hable más —dijo Ibeth tomándola del brazo—. Esta noche cenarán con nosotros. Insistimos.

Ella sabía que era la única solución. No sabía por qué se sentía tan aprehensiva, pero temía lo que pudiera pasar si no separaba a su novio de la misteriosa joven de la mesa contigua.

La mirada en sus ojos.

***

Mantovani se sintió atrapado. Arrastrado por una corriente de fuerzas elementales que lo llevaban sin rumbo fijo, alejándolo de su

destino.

Con cada paso que daba del brazo de Ibeth, mayor era la distancia que lo separaba de Amelia y más fuerte la desesperación que lo embargaba. Sentía la cabeza bullir como si fuera una olla de presión. Tenía que controlarse. Su deseo arrasaba su alma como una plaga.

La necesidad era ya una obsesión.

El médico tomó dos sillas y las acercó a su propia mesa a petición de su novia. Luego, aprovechando que debía arreglarlas para que cupieran, movió la suya de forma que quedara en línea recta de la misteriosa Amelia. No pensaba perderla de vista ni un segundo.

Debía buscar una solución. Pronto.

—Sentémonos —dijo Ibeth llamando a un mesero con la mano—. Pidan lo que quieran. Nosotros invitamos.

—Oh, no por favor.

—No discutan. Está decidido —dijo sonriéndole a su novio, quien le devolvió la sonrisa.

Con un movimiento casi inocente, que a Mantovani le pareció premeditado, empujó la silla un poco, apenas lo necesario para bloquear por completo su línea de visión.

Mantovani sintió acelerarse su corazón. Su cabeza comenzó a dolerle y su mano a temblar. Los sonidos a su alrededor se mezclaron en un solo barullo sin sentido que le hacía dar vueltas. Los aromas que despedían los alimentos servidos penetraban en su nariz y se confundían unos con otros. Lo ácido olía a dulce, lo amargo a rancio.

Estaba teniendo un cortocircuito cerebral.

—¿Se siente bien? —preguntó la cumpleañera, tocando con la punta de los dedos su manga.

Mantovani sintió una marea de fuego correr por su brazo, originándose en ese único punto de contacto. Sentía la espalda húmeda por el sudor.

—Sí —respondió con calma y mucho esfuerzo—. Solo un poco mareado, eso es todo.

Ibeth lo miraba con preocupación, sin decir palabra.

El mesero se hallaba frente a la mesa contigua, entregando la cuenta.

Percibió el giro del brazo derecho del acompañante de Amelia, mas no se atrevió a buscarla con la vista. Sospechaba que sus movimientos estaban siendo demasiado obvios y no necesitaba que se dieran cuenta

de su interés en la joven pareja.

Por lo menos aún no.

Oía las voces de Ibeth y las hermanas a través de una barrera, donde los cambios de densidad alteraban la dirección y calidad de las ondas vibratorias. Era como escuchar una conversación bajo el agua. Su cabeza se sentía tan vacía como el espacio infinito y el aire pesaba diez veces más sobre su pobre cerebro. De vez en cuando se percataba de que algunos de esos sonidos se dirigían a su persona. En ese instante toda su concentración se enfocaba en la difícil tarea de responder, para luego desligarse de nuevo del mundo real.

Era un animal enjaulado. Impotente.

El acompañante colocó la propina debajo de una servilleta. Se dijeron algo, levantándose al unísono. Mantovani los vio alejarse hasta desaparecer en una esquina.

Lejos de su nociva influencia, se fue recuperando poco a poco. Al terminar la velada era el de siempre.

En apariencias. Esperaría a estar solo para ajustar cuentas. No pensaba olvidar por un segundo a Amelia.

Ni dejarla escapar la próxima vez.

***

Ibeth se despidió desde la puerta de su casa lanzándole un beso. Los dedos índice y medio de la mano derecha tocaron sus labios para luego alejarse unos centímetros en su dirección. Él sonrió ante el gesto y, con un movimiento silencioso de su boca, le dijo que la amaba. Se quedó mirándola hasta que cerró la puerta. En el preciso instante en que el borde de madera de la puerta encajaba en su marco, la sonrisa desapareció. Una expresión de abandono y perturbación la reemplazó.

La noche era un manto de oscuridad sobre la ciudad, apenas iluminada por unas pocas lámparas. Unas gruesas nubes negras, presagios de una inminente tormenta, ocultaban la luna y las pocas estrellas que intentaban lanzar sus brillantes rayos sobre el mundo. Las luces provenientes de los poderosos focos delanteros de su auto alumbraron la carretera y las casas aledañas en varios cientos de metros, sin lograr perforar las marismas de su propia alma.

Pisó el acelerador y el auto salió despedido como un proyectil desde una catapulta invisible. A medida que los objetos pasaban al lado suyo, así fue aumentando la velocidad que alcanzaba. Las sombras vecinas se

sucedieron con menor tiempo de separación hasta convertirse casi en una sola mancha borrosa donde ninguna forma definida era posible de distinguir, y el espacio era un mero elemento supeditado a las decisiones caprichosas de las fuerzas de aceleración.

La velocidad era lo único que podía calmarlo en ese momento. Su torrente sanguíneo estaba saturado de cantidades masivas de adrenalina, lo único capaz de neutralizar y sellar las múltiples fugas producidas por la necesidad.

No se dejaba engañar. La sensación de alivio que sentía era solo temporal y tendría que conformarse con eso. La solución definitiva estaba fuera de sus manos en ese momento. Su estado de euforia podría llevarlo a actuar con precipitación, terminando sus días en una cómoda habitación de ladrillos, con barrotes en las ventanas y servicio al cuarto por agradables camareros vestidos de guardias penitenciarios que no recibían propina, sino que la daban.

No es que fuera pretencioso, pero la imagen que le daba esa idea no terminaba de agradarle del todo.

Las llantas del auto chirriaron al tomar una curva bastante pronunciada, a casi 120 kilómetros por hora. Giró el timón de modo brusco y el auto realizó un movimiento en paralelo. La parte frontal giró sobre su eje, como el pivote de una palanca. Las llantas traseras se deslizaron sobre el pavimento dejando una marca de caucho quemado al describir un giro de casi 90 grados. Sin detenerse por completo en ningún momento, pisó el pedal hasta el fondo y el vehículo se lanzó por una carretera mejor iluminada.

Apagó el aire acondicionado y bajó la ventana de su auto. La brisa marina invadió el interior del vehículo y sintió su vitalidad aumentar con su sola aspiración. A su izquierda el mar se mecía por los vientos que soplaban. A la derecha, en la distancia, se erguía el Hospital San Marcos.

CAPÍTULO 16

El ángel de la muerte se paró en la entrada, esperando el momento exacto.

La esfera de su reloj pulsera emitía una luminosa brillantez fantasmal. Las agujas se movían con un ritmo decisivo, sin perdonar una milésima de segundo. Cada una parecía el bastón de mando de un comandante demente que obligaba a sus soldados a marcar el paso de forma inexorable, sabiendo que los llevaba a un fatídico destino.

Cuando las agujas ocuparon la posición que ya tenía planeada, inhaló y abrió la puerta de la Sala de Cardiología.

Le encantaba trabajar de madrugada. El silencio que reinaba en el aire era subyugante. Las respiraciones de los pacientes formaban una melodía espectral que se elevaba en la soledad del lugar. Sus zapatos no hacían el menor ruido. Con paso ligero movió una cortina y entró en uno de los cubículos. Dos camas estaban ocupadas. Una con una señora con todos los años del mundo y que estaba viva en virtud de los múltiples cables conectados a su piel, que penetraban por sus orificios naturales o que la perforaban. De haber tenido tiempo, habría considerado la posibilidad de salirse de la rutina y sacarla de su suplicio, pero eso era lo que no tenía.

Además, no le importaba en realidad.

En la otra cama descansaba una jovencita de unos 20 años, llamada Carmela Molina Rivera. Su problema de fondo era de tipo ortopédico. Fractura inestable de la tibia. En el momento de su hospitalización todas las camas del Servicio de Ortopedia estaban ocupadas y se vieron obligados a darle residencia temporal en la única sala con camas disponibles.

Dormía sin sobresaltos. Su pecho apenas se elevaba bajo las sábanas. Su piel, de un color canela claro, tenía un leve tinte amarillento.

Con razón lo llamaron con tanta premura. Una visita al médico y toda la operación se pudo ir al piso. Ese era un caso que de verdad ameritaba que se “internara”.

Y, por supuesto, a él le dejaban el trabajo sucio.

Sacó una jeringa del bolsillo de su bata. Diez mililitros de un líquido claro reposaban en el cilindro de plástico. Con sumo cuidado, para no despertar a la paciente, metió la aguja en el sello de heparina que salía de una de las múltiples venas de su muñeca derecha. El líquido entró con facilidad y su efecto no se hizo esperar.

Retiró la aguja de su lugar y miró a su alrededor. A través de la pared de vidrio pudo ver cómo la enfermera a cargo de la sala lo observaba.

Metió la jeringa en su bolsillo. Tomó el marcador de piel que llevaba en la camisa y dibujó una estrella con un nueve en el centro en el espacio entre el dedo gordo y el segundo dedo del pie derecho de la paciente. Luego salió del cubículo. La enfermera lo siguió con la mirada. A los cinco segundos la escuchó levantar el auricular del teléfono.

Aceleró el paso y metió las manos en los bolsillos. Desistió de usar el ascensor y tomó las escaleras. Saltó los escalones de dos en dos y al poco tiempo estuvo en la planta baja. Al llegar a la entrada principal se percató de la presencia, en la distancia, de un médico que caminaba en su dirección.

Tenía la vista clavada en un libro, el cual iba leyendo sin dejar de caminar. De vez en cuando aminoraba el paso y con la mano pasaba las páginas, para luego recuperar el ritmo. Lo franqueó sin levantar la mirada del texto y sus pisadas resonaron hasta perderse en la lejanía. El abrir y cerrar de la puerta del ascensor fue el último sonido que escuchó.

Era bueno en su trabajo, de eso no le cabía la menor duda. Actuó como se esperaba. Ligero, casual y en ningún momento hizo el menor gesto de reconocimiento.

También era inteligente. Tomó la muy sabia decisión de nunca mirar su rostro. Lástima que no podía expresarse de la misma forma de la enfermera de la sala. Mientras fuera de utilidad, tendría que olvidar la osadía que tuvo de dirigirle la mirada. Apenas alguien fuese capaz de tomar su lugar sería historia. Se encargaría de lidiar con ella en persona, de una forma rápida, sencilla y definitiva.

Al llegar al estacionamiento sacó su llavero y presionó el botón que desconectaba la alarma de su auto, un Citroën Xantia Prestige verde olivo. Un pitido de aviso le indicó que su petición estaba cumplida. Abrió la puerta y de un salto se montó en su asiento. Encendió el motor, prendió el aire acondicionado y se inclinó para abrir la guantera. Sacó una libreta negra de cuero y la abrió en una página

marcada por una cinta de color rojo.

Tomó una pluma de su bolsillo y escribió: *C.M.R - Protocolo 9.*

***

Mantovani se bajó del auto y se quitó el saco que llevaba puesto. Tomó una bata blanca que siempre llevaba doblada en el asiento trasero y se la puso sobre la camisa. Colocó su estetoscopio alrededor del cuello y empezó a caminar hacia el hospital.

Entró sin mayores problemas y se metió en el ascensor. Al empezar a subir, sacó el frasco azul y lo estudió bajo la luz blanca. Jamás se imaginó que esa noche lo usaría.

Por supuesto, tampoco pensó en volver a ver a Amelia, así que ¿por qué se extrañaba?

La puerta se abrió y ocultó el frasco en su bolsillo.

Su único propósito esa noche era usar el veneno. Debía hacer algo para calmar la necesidad y Amelia estaba fuera de su alcance. En esos casos, alguien debía cargar con la culpa. No importaba quién.

A lo lejos pudo ver a varias personas bajando a una paciente de la camilla. Iban vestidos de blanco y entre ellos pudo distinguir a dos internos. La paciente parecía estar bien, pero la acostaron en la sección de cuidados semi intensivos. Eso quería decir que los internos tendrían que pasar toda la noche tomándole la presión cada hora hasta que amaneciera o empeorara su condición.

En lo que a él se refería la paciente podía caer en coma en ese instante y no se hubiera inmutado. Lo malo era que, por culpa de ella, no podría tener libre acceso esa noche a sus pacientes. Tendría que posponer la cacería para otro momento.

La obsesión le estaba carcomiendo las entrañas. Un pulsátil cincel en las sienes aumentaba en intensidad y el frasco en su bolsillo parecía arder y moverse como un ser vivo. Regresó sobre sus propios pasos, pero al acercarse al ascensor escuchó unas pisadas y unas voces conversando. Alguien subía.

No tenía qué temer. Tenía todo el derecho de estar en el hospital a la hora que quisiera, pero disfrutaba de contar con el anonimato absoluto. Tomó la decisión de alejarse sin que lo vieran y bajó por la escalera.

Al llegar al cuarto piso se detuvo. El resonar de unos pasos le avisó

de la proximidad de alguien que subía por la escalera. Si lo descubrían, ya inventaría algo, pero prefería no tentar a su suerte. Estaba siendo una noche particularmente agitada en el hospital.

Abrió la puerta de acceso y entró al piso. Un letrero en verde con letras blancas le indicó que estaba cerca de la sala de cardiología.

Caminó sin prisa y con la mirada baja. La obsesión lo estaba ofuscando. El no haber podido hacer lo que tenía planeado le molestaba y un constante dolor de cabeza le recordaba su falla.

Una puerta gruñó a sus espaldas. Mantovani no lo pensó dos veces y entró en la sala de cardiología. Cuando el camino se despejara regresaría a la escalera y saldría de una vez por todas del hospital.

Por fortuna, la enfermera no estaba en su estación en ese momento. Abrió la puerta del primer cuarto, que para su suerte estaba vacío y, sumergiéndose en la oscuridad, cerró la puerta. Escuchó unas pisadas pasar frente a él. Cuando dejó de oírlas asomó la cabeza. Desde allí pudo ver la espalda del médico que entró. Pero no su rostro.

Se encontraba de pie, al lado de una paciente que dormía. Lo vio manipular una jeringuilla con su mano e insertar la aguja en el brazo de la paciente o en un sello de heparina, lo que era más probable. Después guardó la jeringa en su bolsillo y se dio la vuelta.

Mantovani regresó a las sombras y esperó a que saliera. Cuando lo vio cerrar la puerta volvió a asomarse. La enfermera apareció, pero le daba la espalda a la salida y estaba ocupada haciendo una llamada de teléfono.

Aprovechó el momento y salió.

Siguió caminando hacia las escaleras, como tenía planeado, pero ya la obsesión estaba aplacada.

Sabía bien de que había sido testigo. Los movimientos, los gestos, la meticulosidad de cada acto. Lo sabía porque era un experto en cada uno de ellos.

No conocía su identidad y quizás no lo sabría nunca. Solo pudo ver su espalda, su mano y su rostro de perfil por una fracción de segundo, pero su presencia, aun sin saber su nombre, era suficiente incentivo.

Tenía un hermano de armas.

Y por curioso que pareciera, le agradaba la idea.

CAPÍTULO 17

—¿Cómo pudiste ser tan ingenuo? —preguntó Daisy con seriedad.

De verdad, no estaba molesta, sino sorprendida. Después de muchos años creyó que lo conocía. La facilidad con la que se tragó un anzuelo tan evidente la hacía preguntarse si ella misma no habría sido un poco inocente en lo que a su esposo se refería.

—No veo por qué te enojas —dijo Hatcher un poco sentido ante el tono de reproche en su voz.

—Primero que nada, no me siento bien. —Una tos seca la detuvo. Su resfriado no mejoraba y la congestión nasal la hacía sentir miserable —. Segundo, no estoy enojada. Es que me parece extraño que te hayas dejado embaucar con una historia tan sólida como un castillo de naipes.

—A mí me pareció bastante convincente.

—¡Vamos, Diego! —Ella levantó la mano en un gesto de desesperación y usando su nombre como quien blande un puñal—. ¿Me vas a decir que solo porque Hobt lo dijo tiene que ser cierto? ¿No se te ha ocurrido la posibilidad de que, tal vez, él esté mintiendo?

—Estás comenzando a sonar paranoica. No hay motivos para eso.

—No lo sabemos, a menos que hayas descubierto una manera de leer la mente. Y, de veras, no te creo capaz.

—El que estés enferma no te da el derecho a ser sarcástica.

—Lo siento.

Se acercó a él y lo tomó por la mano. Lo conocía mejor de lo que él pensaba y sabía lo cerca que estaba de hacerlo enojar. Si eso sucedía se cerraría como una ostra a cualquier comentario de ella y sería el fin de toda ayuda que pudiera brindarle. Con ese simple gesto de sumisión evitó la catástrofe, pero en el fondo sabía que tenía todo el derecho de ser sarcástica.

—Tienes razón. Tú no tienes la culpa de mi gripe, pero creo que debes analizarlo mejor. Los hechos, no las palabras.

Justo en ese instante recordó el por qué se enamoró de su esposa.

—*Creo recordar que esa es una de las razones por las que te enamoraste de Daisy* —dijo su voz—. *Lástima que no puedas olvidar todo lo demás.*

Hatcher bajó la frente. Tenía que tomar una decisión. Era verdad que muchas cosas llenaban su cabeza, pero esto era importante.

Más grande que ellos mismos.

Más importante que el recuerdo de aquellos que ya partieron.

—Tienes razón —dijo con voz queda—. El problema es que yo no estoy siendo objetivo en este momento.

—Bueno —dijo Daisy como si estuviera pensando qué decir, cuando en realidad llevaba procesado el asunto decenas de veces en su cerebro —, sabemos que tu paciente falleció por una embolia. Sabemos que la presencia de meconio es imposible debido al defecto del bebé. Por tanto, la presencia de meconio en la madre es imposible, a no ser que alguien la pusiera allí.

—Ya te dije, las placas estaban equivocadas. Las tinciones vencidas.

—¡Por favor! ¿Me vas a decir que todavía crees ese cuento? —Se limpió la nariz y continuó—. ¿No te parece muy conveniente que justo después de tu discusión resulte que hubo un error técnico?

Hatcher se quedó petrificado. La máscara de incredulidad empezó a quebrarse y la realidad a asentarse. Una que lo dejaba sintiéndose como un tonto.

—Puede ser, pero… —se resistía a ceder terreno.

—El detalle de las células fetales fue exagerado —continuó Daisy presionando y aprovechando la ventaja estratégica que disfrutaba—. No los vieron en los primeros cortes y por milagro aparecen después. No, amor. Hobt está intentando encajar una pieza redonda en un espacio cuadrado. Es el Director del Departamento de Patología. Su informe oficial dirá que la causa de muerte de la señora Ellis fue una embolia de líquido amniótico. Simple y sencillo. La tinta de su firma todavía no está seca y la madre ya está enterrada y archivada. El informe del doctor Hobt es el único documento oficial en relación con su muerte. La dirección del hospital estará feliz con ese informe y ninguna autoridad judicial iniciaría una investigación basándose en afirmaciones infundadas.

—No son infundadas. Recuerda el meconio.

—Según Hobt nunca existió y su palabra es ley. Además, te garantizo que cuenta con el apoyo de Araujo. Lamento decirte que tienes las manos atadas.

Hatcher no respondió. La ira se dispersaba por sus músculos faciales, contorsionando su rostro en un rictus de rabia.

—Ese miserable —fue todo lo que logró mascullar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Daisy.

—Fui un estúpido. ¿Cómo no me di cuenta? —dijo llevándose las manos al rostro.

—¿Podrías explicarte, por favor?

—Después de que Hobt me contó lo del supuesto error —se pasaba las manos por el cabello al hablar—suspiró con alivio. Pensaba en lo que le pudo haber hecho a su reputación el que se llegara a saber que vio meconio proveniente de un niño que no podía expulsarlo.

—No entiendo.

—¿Cómo sabía eso? Cuando fui a hablar con él ya tenía conocimiento del ano imperforado. ¡Yo nunca se lo dije!

Daisy sonrió al darse cuenta de las implicaciones que acarreaba esa revelación.

—Sin duda te darás cuenta de que eso origina una pregunta muy importante.

—Sí. ¿Cómo se enteró?

—¿Rimsky? —preguntó tan solo para molestarlo. Ya comenzaba a sentir los efectos de la píldora multisíntomas ingerida hacía poco y se sentía de mejor humor.

—No lo creo, pero puedo confirmarlo. Sin embargo, mis apuestas van en otra dirección.

Daisy asintió con la cabeza, sabiendo de antemano que ambos opinaban igual. Solo una persona conocía esa información. Alguien con un interés muy particular de mantener todo ese problema bajo el tapete. Alguien con la autoridad suficiente para conseguirlo.

Araujo.

***

Nelio dormía a pierna suelta cuando escuchó el musical llamado de un timbre en la lejanía. Rodeado de un silencio sepulcral, en una oscuridad casi absoluta, el sonido discordaba tanto como una botella de ron en una reunión de alcohólicos anónimos.

Estiró sus adoloridos músculos y cuando se consideró bastante

consciente como para no caerse en el camino, enfiló sus pasos hacia el timbre que, insistente, repicaba en las sombras.

Cerca de la puerta, realizó un movimiento brusco para levantar de un golpe el interruptor de la luz. Los largos tubos fluorescente se iluminaron, primero en sus extremos, luego parpadearon un par de veces hasta que se llenaron de luz, iniciando un apenas perceptible zumbido.

Movió el pestillo de la puerta hacia un lado y luego retiró el cerrojo. La humedad de la noche entró por el umbral al abrirse la puerta, acompañado del crujido de la madera y el chirriar de las bisagras. A la entrada, un hombre vestido con una bata azul desgastada por el tiempo y con las manos en los bolsillos lo saludó con una inclinación de la cabeza. Entre ambos metieron la camilla con el cuerpo de Carmela Molina dentro de la morgue.

Nelio revisó los papeles, los cuales parecían estar en orden. Abrió una de las refrigeradoras y sacó la plancha. Colocaron sobre ella el cuerpo. Cuando terminaron, le indicó al camillero que podía retirarse. Le gustaba encargarse en persona de sus huéspedes.

Al cerrarse la puerta, Nelio colocó los papeles sobre una mesa y se acercó al cadáver. Le destapó los pies y empezó a revisar entre los dedos, uno por uno. Cuando examinó el espacio entre el dedo gordo y el segundo dedo del pie derecho encontró el dibujo de la estrella y el nueve.

Se sabía el procedimiento de memoria. Destapó por completo el cuerpo, tirando la sábana al suelo. Tomó entonces la muñeca derecha y palpó con las yemas de sus dedos. A los pocos segundos sintió el movimiento pulsante de una arteria.

—Bien —murmuró con alivio—. Sigue viva.

Un leve movimiento de la mujer lo hizo percatarse de que el efecto del paralizante estaba pasando. Abrió la primera refrigeradora en la esquina superior y sacó un maletín médico que tenía reservado para los “casos estrella”. De allí sacó una ampolla de Midazolam y la vació con una jeringuilla de 5 cc. Con cuidado localizó una de las tantas venas del brazo e inyectó su contenido.

Buscó una de sus propias camillas y la colocó al lado del cuerpo. Pasó ambos brazos por debajo de Carmela y la levantó en peso. Con cierto esfuerzo logró acomodarla.

Regresó a su maletín y sacó una jeringuilla de 60 cc. Parecía un pequeño biberón y la aguja brillaba como un estilete. Tomó un

torniquete y lo envolvió alrededor del brazo de la mujer. Una vena resaltó casi de inmediato y Nelio procedió a extraer una muestra. Vació el contenido total en varios tubos de ensayo y repitió el procedimiento otras dos veces. Para cuando terminó, varios tubos con sangre de Carmela Molina ocupaban su escritorio. Los guardó en una pequeña refrigeradora en la oficina de su jefe.

Faltaba una última cosa por hacer. Tal vez la de mayor importancia. Una llamada de teléfono.

CAPÍTULO 18

Mantovani abrió los ojos a la mañana siguiente, sintiendo que su cabeza iba a estallar.

La luz del sol apenas se filtraba a través de las persianas; la intensidad de los rayos indicaba que ya era bastante tarde. Por fortuna era sábado y no estaba de turno ese fin de semana. Se sentó en el borde de la cama unos minutos y colocó la cabeza entre las manos. Poco a poco el dolor fue cediendo, pero persistía una sensación de pesadez en lo profundo de su cerebro que no lo dejaba descansar.

Sabía la causa.

La necesidad no satisfecha, cual alado reptil, salía de su cueva y exigía que se ofreciera un sacrificio en su nombre. La víctima fue escogida desde el momento en que clavó sus verticales pupilas en ella. La pira ritual reclamaba su ofrenda y él había fallado en cumplir su parte del trato.

La necesidad podía ser muy cruel con sus seguidores si consideraba que la engañaban. Le encantaba recordarle quién mandaba dentro de su cabeza.

La velocidad, el riesgo, el peligro. Todo no fue otra cosa que un intento barato de tapar el sol con la mano. La necesidad se calmaría tan solo por unas horas. Luego regresaría con la fuerza impetuosa de un volcán en erupción, consumiéndolo sin piedad. Sentía su insaciable voracidad roer en lo profundo de su ser, buscando lo que tanto anhelaba.

Se levantó de la cama y caminó descalzó hasta el cuarto de baño. Abrió la pluma del agua fría del lavamanos y metió la cabeza en el chorro. Se quitó el pijama de color azul marino que llevaba y lo colocó doblado sobre la tapa del inodoro. Se metió a la ducha, dejando que el mágico líquido hiciera efecto. Cada gota que caía sobre su piel lo purificaba. Lo invadía una sensación de ligereza cercana a la levitación mística.

A los quince minutos cerró la llave y el fuerte chorro pasó a ser apenas un goteo. Se secó con una toalla, también azul marino como el

pijama. El dolor de cabeza ya no lo agobiaba y nuevos ánimos inundaban su ser.

Encendió su equipo de sonido y empezó a peinarse el cabello al ritmo de la obertura *Caballería Ligera* de Francesco Ezechiele Ermenegildo Cavaliere Suppé Demelli, o Franz Von Suppé para sus seguidores.

La estallante fanfarria y los marciales toques de la pintoresca obertura eran lo único que perduraba de la opereta escrita por los alrededores de 1866, pero eso era suficiente en lo que a él se refería. Las resonantes notas le llegaban en el tiempo con un efecto energizante. Cuando sonaron los últimos acordes estaba despierto del todo, y sin el menor vestigio de dolor de cabeza.

La melodía fue reemplazada por las suaves notas iniciales de *La Danza de las Horas* de Amilcare Ponchielli. Mantovani colocó el cepillo al lado de una foto de Ibeth, que descansaba en su mesa de noche.

Recordó la historia alrededor de la cual giraba el ballet que deleitaba sus oídos. Ibeth hubiera sido perfecta en el papel de Laura, la esposa del Conde Alvise, de quien estaba enamorado el noble caballero genovés Enzo, quien a su vez era el amor no correspondido de Gioconda, la cantante. La trama de La Gioconda era demasiada complicada para sus gustos. Aceptable para una novela, como lo era “El Tirano de Padua”, de Víctor Hugo, y en la cual se basaba la larga ópera, pero no para una obra musical

Por supuesto, si Ibeth hacía el papel de Laura, entonces él sería el Conde Alvise. Eso implicaba que, en un arranque de celos, al enterarse de la traición, envenenaría a su esposa y luego divertiría a sus invitados ofreciéndoles un ballet. Un ballet que en ese momento estaba llegando a su final.

La idea era extraña. Por alguna razón no se imaginaba haciéndole daño. Eso le preocupaba. No podía dejar de preguntarse si, bajo las circunstancias apropiadas, su cariño por ella sería suficiente para controlar, o al menos domar, a la bestia interna que vagaba en su alma.

Lo dudaba.

Recordaba bien el día de la muerte de sus padres. Tenía 16 años y estaba estudiando en su cuarto para un examen de matemáticas, cuando vio llegar desde la ventana de su cuarto el carro de sus tíos. Bajó las escaleras al escuchar el timbre y les abrió la puerta. Los ojos de su tía Sandra estaban rojos e hinchados. Su tío tenía grabado en el rostro una expresión de tristeza solemne y él se encargó de darle la

noticia.

Al terminar de contarle cómo el avión de sus padres se estrelló en el mar, sin dejar sobrevivientes, lo abrazó con fuerza para reconfortarlo. Él se lo permitió, pero no estaba triste.

Se sintió aliviado

No pasó hambre. Sus padres eran ricos y, siendo hijo único, toda la herencia pasó a sus manos al llegar a la mayoría de edad. Mientras tanto, sus tíos se encargaron de educarlo como si fuera su propio hijo y jamás le faltó nada.

Durante los días subsiguientes al funeral tuvo mucho tiempo para meditar. Al inicio se sintió preocupado y varias veces fue asaltado por múltiples dudas acerca de su persona. Sabía que no era normal lo que sentía. Se suponía que debía estar triste, llorando a lágrima viva, y por el contrario se sentía liberado. Nunca lo demostró en público. En la soledad de su cuarto, podría descansar con una sonrisa en el rostro.

Con el correr del tiempo dejó de hacerse preguntas y aceptó el hecho de que era incapaz de relacionarse de la forma en que lo hacían otros seres humanos. Podía aparentar para conseguir lo que quería, pero hasta allí. Ibeth era lo más cercano que estaría de un sentimiento verdadero, como el que tantas veces llegó a ver reflejado en otras personas. Sin embargo, hasta con ella sentía que algo hacía falta. Algo dentro de él.

Algo que, al fin de cuentas, nunca echaba de menos.

***

El sol apenas se elevaba sobre la línea que el océano Pacífico dibujaba en el horizonte. La superficie del mar, serena y tranquila como un espejo y haciendo honor a su nombre, refulgía con los destellos rojos y naranjas que el naciente astro reflejaba en su superficie. Una suave brisa, originada en las profundidades remotas de la bahía, se movió entre los árboles y edificios. Su fría caricia tocó el rostro de Nelio al abrir la puerta de la morgue y se perdió entre las grietas y telarañas que decoraban los oscuros rincones.

Nadie a la vista. Los médicos de turno brillaban por su ausencia a esa hora, puesto que los que no estaban ocupados con algún paciente dormían, se bañaban o preparaban para iniciar el nuevo día. Sabiendo que nadie llegaría todavía, regresó a sus labores cotidianas.

Habiendo transcurrido tan solo 20 minutos, escuchó ecos de pasos

resonar a lo lejos, que se fueron haciendo penetrantes y fuertes. Cuando terminaba de colocar el primer cadáver del día en la mesa de autopsias, a sus espaldas reverberó la voz del doctor Hobt.

—Buenos días, Nelio —dijo palmeándolo en el hombro—. ¿Cómo te fue anoche?

—Bien, diría yo —explicó sin dejar de acomodar el cuerpo de forma que quedara en posición adecuada—. Tres defunciones anoche. Dos fueron traídos por la policía. El tercero murió aquí, en el hospital.

—Es verdad, fue bastante tranquila la noche. ¿Alguna autopsia programada para hoy? —preguntó, quitándose el saco y colocándolo en un perchero cerca de la puerta.

—Dos. Sin embargo —dijo caminando hacia una silla cercana y tomando un bloque de hojas de papel—, tenemos un caso especial. —Acompañó estas palabras con un tono de voz muy particular que no se le escapó a Hobt.

Tomó el informe que Nelio le ofrecía y lo leyó muy por encima.

—Mis amigos no descansan, ¿verdad? —dijo pasando las páginas—. Bien, creo que lo más conveniente sería comenzar por ese caso. ¿No te parece?

—Claro, doctor —contestó Nelio tomando el reporte de manos de su jefe y colocándolo de nuevo en la silla—. Me adelanté a sus deseos y ya le tengo todo preparado.

Con la mano señaló el cadáver de una mujer que yacía en la fría superficie de metal.—Asombroso, Nelio —dijo Hobt, riendo de buena gana—. Pronto te voy a tener que dejar encargado de todo. Casi salgo sobrando aquí.

—Eso nunca, jefe —dijo Nelio con firmeza.

Hobt sonrió ante la lealtad de su empleado. Se colocó un delantal de caucho color marrón para dar inicio a las autopsias, mientras Nelio salía del cuarto para ir a buscar los instrumentos necesarios.

Durante su ausencia, Hobt se acercó al cuerpo y lo estudió con cuidado. Una bella joven, sin duda. Qué lastimoso era ver la juventud truncada en la raíz de su vida.

Un pequeño tiquete de cartón, colgando del dedo gordo de su pie derecho, señalaba a gritos el único vestigio remanente de lo que alguna vez fue. De su esencia. Su personalidad.

Su nombre.

Carmela Molina Rivera.

***

Hatcher estaba furioso con Araujo por su totalitarismo, con Hobt por su traición y consigo por su estupidez. Era claro lo que pasaba, ahora que lo analizaba desde un punto de vista objetivo.

Araujo tuvo acceso a toda la información. Él la puso en sus manos. Tras dejar su oficina ese día, debió llamar a Hobt contándole todo lo ocurrido. Ya que solo le tomó cinco minutos llegar desde la Dirección Médica hasta la morgue, Hobt no tuvo tiempo de elucubrar demasiado y la teoría del error fue lo primero que le debió venir a la cabeza. Luego cometió el desliz de hablar demasiado. Solo una persona pudo haberle dado esa información y tenía que ser Araujo.

Debía admitir que estaba sorprendido ante la actitud de Hobt. Al inicio pareció dispuesto a ayudar. Es más, recordó Hatcher, fue él quien sugirió por primera vez la posibilidad de una mano criminal involucrada en la muerte de la señora Ellis. Sacó una copia de su informe para que se lo diera a Araujo y le garantizó su apoyo incondicional en caso de que lo necesitara para alguna otra pregunta en relación a todo el asunto.

En menos de 48 horas su posición dio un giro de 180 grados con una sola llamada del jefe. ¿Qué pudo haberle dicho Araujo que lo hiciera cambiar de opinión de esa manera? Salvaguardar el prestigio del hospital no era la razón. De ser así no hubiera hecho comentario alguno en primer lugar o, por lo menos, habría optado por una mayor discreción.

¿Qué quedaba entonces? ¿Dinero? ¿Chantaje? ¿Araujo sabría algo de Hobt que lo tenía agarrado por los testículos y lo obligaba a cumplir todas sus órdenes sin protestar?

Por más que exprimiera sus pobres neuronas, desconocía la respuesta. Solo una persona sabía toda la verdad y era Hobt.

Pisó los escalones de la morgue; a pesar de estar el sol apenas elevándose en el cielo matutino, sus puertas ya estaban abiertas de par en par. Avanzó por el penumbroso pasillo con un poco de aprehensión ante el pesado silencio que flotaba en el aire como húmeda neblina. Casi al final, comenzó a escuchar un par de voces.

—Tenemos un caso especial —logró captar.

Escuchó un rápido pasar de páginas, seguido de la voz de Hobt.

Al entrar vio a Hobt colocándose un delantal, tras lo cual se perdió de su vista, detrás de una columna. Hatcher se quedó estático por unos

minutos, indeciso de qué hacer, pero al final optó por quedarse en silencio. Algo raro estaba pasando. Era demasiado temprano para estar haciendo una autopsia.

—Mira el color de su piel —escuchó a Hobt decir con un pequeño tono de asombro—. ¿Cuántos casos van con este? ¿Siete?

—Once para ser exactos —dijo Nelio—. Creo que sería sensato terminar con el Protocolo 9 antes de que esto empeore.

—No te preocupes, Nelio —la voz de Hobt sonaba divertida—. Ya lo hicimos.

Nelio se quedó en silencio un segundo.

—Si ese es el caso —dijo—, ¿para que la necesitábamos a ella?

—Datos, amigo mío. Datos.

Un ruido a su derecha hizo que Hatcher desviara su atención. Una de las secretarias acababa de llegar e intentaba entrar en su oficina. Eso quería decir que las demás no demorarían en llegar. No podía correr riesgos y dejar que lo atraparan escuchando, así que decidió entrar al salón de autopsias.

—¡Doctor Hobt! —dijo con un tono de voz seco y algo molesto—. Necesito hablarle.

Hobt se dio la vuelta, sorprendido de verlo. Hatcher hubiera jurado que estaba asustado, pero la ilusión desapareció ante sus ojos. De una vez recuperó la compostura y se le acercó con una amplia sonrisa.

Detrás de él yacía, sobre la mesa de autopsias, el cuerpo de una joven. A su lado brillaban los instrumentos necesarios, muy bien ordenados.

Por fortuna para su salud mental, el cadáver no era de una embarazada. De haberlo estado, hubiera sufrido una crisis nerviosa. Pudo distinguir lo que Hobt quiso decir con el color de la piel. Parecía que la hubieran retocado con un tinte amarillo claro. Una cicatriz en forma de Y rasgaba su piel de los hombros a unos centímetros por debajo del ombligo.

—Dígame en que puedo ayudarlo —Hobt le estrechó la mano con firmeza.

—¿Por qué me mintió?

—¿Mentir? No le comprendo.

—Sabe muy bien a qué me refiero —alzó la voz y frunció el ceño con una expresión de hastío al decirlo—. La autopsia de la señora Ellis.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó Hobt sin modificar la expresión

de su cara.

—Sé que todo fue un engaño.

Hobt lo miró muy atento.

—Me va a disculpar, doctor Hatcher, pero sigo sin comprender.

—Entonces, respóndame una pregunta. ¿Se acuerda cuando vine a hablar con usted después de mi funesta conversación con Araujo?

—Creo que sí.

—Usted dijo ese día que el feto Ellis era incapaz de expulsar meconio. Que de no haberse dado cuenta habría sido la burla del hospital.

—*El término correcto fue "hazmerreír"*.

Hobt no le contestó. A Hatcher le pareció que estaba pensando qué le convenía responder.

—Bueno... me parece que eso fue lo que dije... sí.

—¿Cómo lo supo?

—¿Qué? —la duda comenzó a florecer.

—Usted me oyó. Yo no sabía del ano imperforado hasta que fui a averiguar. No se lo dije a nadie. ¿Usted cómo se enteró?

Formuló su pregunta mirándolo fijo a los ojos. Quería ver en ellos cuando se diera cuenta de que estaba acorralado en su propia trampa.

Hobt se quedó inmóvil. Su rostro se transformó en una máscara sin expresión.

—No sabe qué responderme, ¿verdad? —presionó Hatcher acercándose en su dirección—. Ahora, quiero saber qué pudo haberle dicho Araujo para que me mintiera en relación a un asunto de esta gravedad.

—No meta a Araujo en esto — respondió, tajante—y creo que no tengo que justificar mis acciones ante usted.

Nelio salió del cuarto donde estaba trabajando, atraído por la acalorada discusión. En su mano derecha brillaba un objeto.

Hatcher dio un paso atrás, hacia la puerta, al verlo aparecer. Con lentitud, sin quitarle la vista de encima a ninguno de los dos. La mirada de Nelio era de clara advertencia para que no siguiera acosando a su jefe.

En la mano llevaba un grueso cuchillo de acero.

—Esto no termina aquí —dijo Hatcher, desde el umbral—. Conseguiré una orden de exhumación de ser necesario.

—Lo dudo mucho —dijo Hobt en tono casual—. A petición de los familiares, el cuerpo de la señora Evangélica Ellis y su hijo fueron cremados ayer No hay nada que desenterrar.

A Hatcher la noticia lo tomó por sorpresa.

—El niño murió hace tres días —dijo Hobt, con un gesto maligno en los labios.

Si hubiera podido se habría sentado, pero no pensaba derrumbarse. No delante de Hobt.

—Ya veremos —dijo, señalándolo con el dedo.

Con esas palabras salió del cuarto de autopsias.

Hobt se quedó mirando el espacio dejado por el ausente visitante. Luego indicó a Nelio, con un ademán, que guardara el cuchillo antes de que fuera a aparecer otra persona.

Se acercó a la ventana y se asomó por uno de los vidrios.

—No sabes en qué te has metido, muchacho —murmuró Hobt.

Segunda parte

Adversidad

El mejor de los proyectos es el que permanece oculto
para el enemigo hasta el momento de ejecutarlo.

Nicolás Maquiavelo
Del Arte de la Guerra

Una parte del arte del bien hablar es
saber mentir con gracia.

Erasmo de Rotterdam

CAPÍTULO 19

Todo era su culpa.

Si hubiera pensado mejor las cosas, si no hubiera actuado con el tacto de un rinoceronte salvaje, quizás el resultado habría sido distinto. Ahora, ya era demasiado tarde. Toda esa actitud de completa ignorancia era una farsa. Lo malo era que no sabía cómo se las iba a arreglar para hacerlo confesar.

Además, ¿qué fue toda esa locura que oyó, mientras Hobt y el tal Nelio pensaban que estaban solos? Logró vislumbrar el cuerpo en la mesa de autopsias. Con el color de su piel, el brote de hepatitis y lo de los once casos reportados, era lógico suponer que el cadáver pertenecía a una de las pacientes afectadas. Sin embargo, ¿qué era el protocolo 9? No sabía si tenía relación con las mentiras de Hobt, pero pensaba averiguarlo.

Se sentó en un muro cerca de la orilla del mar. Del otro lado, sobre unas rocas humedecidas por la marea que se retiraba de la costa, un par de gatitos retozaban sin apremios. Sus pequeñas patas resbalaban con frecuencia, cayendo y girando sobre las piedras, pero esto no los amilanaba. Por el contrario, se levantaban y volvían a intentarlo.

Hatcher estuvo tentado a saltar el muro y rescatar a los indefensos retoños. Justo cuando intentaba subir los pies, una mano cayó sobre su hombro. La sorpresa detuvo su movimiento en el aire y su cabeza dio un giro. A pocos centímetros, el señor Quintero miraba por encima de sus hombros a los gatos.

—No se debe preocupar por esos dos rufianes —dijo lanzándoles un pedazo de carne que llevaba en la otra mano—. Su madre los vigila sin descanso, escondida entre las rocas. Aunque no lo parezca tienen recursos de sobra para sobrevivir.

El más pequeño, un gato pintado en negro y blanco, dio unos precavidos pasos en dirección de la carne que cayó a una roca de distancia. Logró dar tres pasos, pero al cuarto resbaló y cayó sobre su hermano. Ambos rodaron y terminaron casi encima del suculento manjar. Lo comenzaron a devorar enseguida.

—¿Ve a qué me refiero? —dijo Quintero, regresando a su carretilla —. Los he alimentado toda la semana y hasta ahora no los he visto pasar problemas para movilizarse o conseguir alimentos. Los bauticé como “Avalancha” y “León”.

—Extraños nombres —dijo Hatcher—. Me imagino que hay una razón.

—Sin duda.

Quintero se acercó a Hatcher llevando dos vasos de agua de pipa. Hatcher lo miró distraído y tomó el de la derecha. Luego volvió a dirigir su atención a los felinos, mientras Quintero hablaba a su lado.

—El pequeño es “Avalancha”. Tiene la conocida curiosidad del gato. La que mata. Siempre anda por allí, investigando y olisqueando lugares y aromas desconocidos. Sin embargo, es muy joven y tiende a perder el equilibrio con frecuencia. El problema es que cuando esto ocurre, se lleva a su hermano por delante.

—Como una avalancha.

—Exacto.

—Me parece muy apropiado el nombre.

El médico sorbió su agua mientras dirigía sus ojos hacia el otro gato, un poco más grande, de color gris. Tenues líneas negras rayaban su lomo.

—¿Y “León”? —preguntó señalándolo.

—¡Ah! El nombre también le va como anillo al dedo. De la camada, es el cazador por excelencia. Siempre que los he visto juntos, es el primero en comer y en contadas ocasiones se le escapa una presa. Podría decirse que es el líder del grupo, o lo sería en caso de que se comportaran como tal.

—¿Es que acaso hay otros?

—¡Pues claro! La camada es de unos ocho gatos, pero los otros son hogareños, muy apegados a la madre y no se le separan. Estos dos, sin embargo, son inquisitivos e independientes. Verdaderos baluartes del espíritu investigador en el reino animal.

“Avalancha” engulló la última tira de carne y levantó la cabeza hacia la cima de la piedra donde estuvo parado en un principio. Sus mandíbulas se movían con ritmo, mientras parecía estar pensando en cómo regresar arriba.

—Sé cómo te sientes —dijo Hatcher sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿Disculpe?

—¿Mmmm? Oh, lo siento. Nada importante. A veces no soy muy dueño de mis pensamientos.

Quintero se acercó y se sentó en el muro. Metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de carne; se lo entregó a Hatcher para que lo lanzara. Su rostro denotaba una casi paternal preocupación.

—¿Puedo ayudar? —inquirió nervioso.

—No creo, a menos que sepas cómo atrapar a un asesino— al decir eso arrojó la carne.

En ese momento no le importaba si el mundo averiguaba la verdad o no.

La carne describió un arco en el aire y antes de que chocara con el piso, León saltó y lo atrapó.

—¿Un asesino? Esa es una pregunta difícil. Creo que todo depende de a quién quiera atrapar. ¿Hobt o Araujo?

***

Hobt estampó su rúbrica en la línea punteada al final de la página. Con un suspiro de alivio cerró el fólder con un solo movimiento de su mano derecha.

Era el último informe del día. Estuvo varios minutos mirando, a través del sistema de lentes de su microscopio de luz, un mundo resplandeciente de células de suaves colores rosados y lilas; de formas poliédricas, cuboides, cilíndricas o deformadas por completo dado el proceso de preparación de la muestra. Las imágenes casi hablaban por sí mismas y la conclusión final era evidente.

Las placas pertenecían a una paciente de 39 años de edad, con un carcinoma papilar seroso quístico maligno metastásico de ovario, lo que solo era otra forma de decir que la señora tenía cáncer, que estaba diseminado y que era poco probable que llegara a los 40.

Justo lo que necesitaba para culminar otro agotador día de trabajo.

En otros tiempos habría pasado días enteros en un estado de depresión extrema, sin poderse sacar la silenciosa cara de la muerte que circulaba por el cuerpo de la insospechada víctima. Por suerte, aunque todavía no estaba seguro de poder garantizar si era buena o mala suerte, estaba muy ocupado en problemas de mayor envergadura y el destino de una persona, por muy trágico que pudiera ser, perdía toda

importancia cuando era su propia serenidad la que estaba en juego.

Metió la pata y con P mayúscula. La llamada de Araujo lo tomó por sorpresa y solo le dio unos minutos para pensar una salida del problema en que se hallaba metido. Todavía estaba hablando con su jefe cuando escuchó el golpear de la puerta de su oficina y al doctor Hatcher entrar con una expresión furiosa en el rostro. Cuando cerró el teléfono una idea cobró forma en su cabeza. Sabía que era descabellada, una estupidez, pero fue lo único que se le ocurrió y tan solo necesitaba ganar tiempo. Después tendría otras oportunidades de atar cabos y encargarse de sepultar todo el asunto bajo las sombras del olvido.

En ese sentido le sonrió su buena estrella. Hatcher se tragó la carnada con todo y el anzuelo. El problema fue que eso le brindó una sensación de falsa seguridad. Se creyó protegido por su agudeza de ingenio y clara inteligencia y lo único que consiguió fue enterrarse en el lodo del que ya casi salía.

Haciendo una recopilación mental de lo ocurrido, se daba cuenta de que las acusaciones eran ciertas. Araujo le contó por teléfono la información recopilada por Hatcher y no se percató de que parte de la misma le era desconocida a él también. Lo que al principio consideró un toque de genialidad de su parte dio la vuelta, regresó y le dio de lleno en la cara. No pudo hacer nada para detenerlo. Tan solo recibir el golpe.

Por supuesto, la pregunta de los quinientos pesos era, ¿qué hacer?

Se levantó de su escritorio y apagó el microscopio. Lo desconectó y tapó con una cubierta de felpa color gris. Tomó las placas y luego de rotularlas las guardó en pequeñas cajas de madera.

Presionó el botón de apagado. La luz del cuarto pareció ser succionada por el fluorescente tubo en el techo y todo se sumió en la oscuridad absoluta.

Cerró la puerta de su oficina con llave, mientras pensaba en las posibilidades que tenía a su disposición. Una por una las fue desechando por imprácticas, ilógicas o inútiles. Llegó a la conclusión de que solo existía una salida al problema y estaba fuera de sus manos.

Caminó en las penumbras. Sus propios pasos resonaban en su cabeza como martillazos en un gastado y viejo yunque. Cuando llegó al área de refrigeración encontró a Nelio sentado en una silla, leyendo distraído la edición vespertina de un periódico local.

—Buenas noches, doctor —dijo Nelio, parándose de su silla.

Hobt no dejaba de recordarle que él no era Dios ni Rey para que cada vez que lo viera se levantara, pero el mensaje jamás entró en el entendimiento de su fiel empleado. De vez en cuando lo dejaba pasar por estar muy cansado o porque no se daba cuenta. En esta ocasión no fue por ninguna de las dos.

En realidad, no le importaba si Nelio decidía de arrodillarse a sus pies y adorarlo.

—Buenas noches. Cuida el fuerte por mí, ¿está bien?

—Como siempre —respondió, llevándose los dedos índice y medio a la frente en un saludo militar.

Hobt llegó hasta la puerta y se detuvo. Sabía que tenía algo que hacer, pero no se atrevía. Conocía bien las implicaciones. Sin embargo, el no hacerlo ponía en peligro todo por lo que había trabajado. Era una situación de costo-beneficio.

Fuera de la morgue sacó su celular e hizo la llamada que no quería, pero tenía que hacer. Sus dedos bailaron sobre la pantalla táctil. Cuando alguien respondió del otro lado, no perdió tiempo. Una sola persona respondería ese teléfono.

—Aquí, Hobt —informó a la voz al otro lado de la línea—. Tenemos un problema.

***

Hatcher casi se ahoga con el sorbo de agua de pipa que tenía en la boca.

—¿Que dijiste?

—Cuando mencionaste la palabra asesino —dijo Quintero—fue lo primero que pensé. Eso es todo.

—¿Puedes ser un poco más explícito? Recuerdo que dijiste haber trabajado en el San Marcos. No sabía que conocías a Araujo o a Hobt. ¿Por qué crees que son unos asesinos?

—No lo creo. Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿A qué te refieres?

Quintero miró alrededor suyo, como si temiera oídos ocultos en las sombras de los árboles.

—Esto es entre tú y yo —susurró cerca del oído de Hatcher—. Hobt y Araujo son vampiros.

Hatcher volvió a quedar en silencio y, de repente, se echó a reír. El

sol debía haberle tostado el cerebro.

—Te garantizo que no se me llenó de agua la azotea, si es lo que estás pensando— dijo con sorna como si leyera sus pensamientos—. Esa es una conclusión a la que llegué después de mucho meditar y analizar. Es lo lógico.

—¿Llamas a eso lógica?

—Después de lo que yo vi, sí.

Con estas palabras calló y lanzó su mirada al mar.

—Lo siento —dijo Hatcher—. No pretendía reírme. ¿Qué fue lo que viste? Necesito saberlo.

El viejo aspiró, bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Déjame contarte una historia.

CAPÍTULO 20

Mantovani colocó el expediente sobre la mesa y tamborileó sobre la metálica superficie con la punta de sus dedos.

La elección estaba hecha.

La señora Silvia Marionetta tenía 34 años. El diagnóstico de admisión indicaba una ruptura prematura de las membranas. El problema con la señora Marionetta era que su embarazo era de tan solo 26 semanas de gestación. En esos casos, la conducta era expectante, mientras no hubiera signos de infección.

Era perfecta. No era su paciente, tenía una línea intravenosa permanente y tendría que estar hospitalizada por varios días. Eso le daba tiempo de sobra para planificar lo que iba a hacer.

Y no podía ser cualquier cosa. Tenía que ser especial.

Algo artístico. Diferente.

Venía considerando muchas posibilidades. A pesar de que todas le resultaban igual de atractivas, siempre regresaba al frasco azul. Era lo correcto, puesto que no tuvo oportunidad de probar su efectividad y casi la desperdicia por dejarse llevar por sus emociones.

No se conocía el efecto del veneno en el ser humano. Tenía que procurar estar cerca cuando todo ocurriera, para así poder tomar apuntes y sentarse a escribir un artículo acerca del tema. Los dejaría como regalos para la ciencia en su testamento, para que todos aprovecharan sus hallazgos. Ya tenía casi listo uno acerca del efecto del líquido amniótico en dosis masivas, y estaba resultando ser un artículo muy interesante. Lástima que tendrían que esperar hasta el día de su muerte para que alguien pudiera sacarles algún provecho.

Y pensar que casi desperdicia una oportunidad dorada por querer utilizar su preciado veneno en una desconocida que, por pura casualidad, se parecía a Amelia.

¡Otra vez! No existía manera de que pasaran dos minutos sin que su nombre saltara en su memoria como un resorte.

Todavía recordaba el efecto que tuvo en él la extraña visión, y la sola idea de que pudiera volverla a sentir lo agobiaba en demasía. La

experiencia resultó abrumadora, para no decir espeluznante, y sintió sus efectos secundarios por varias horas. Incluso, en ese momento, después de 72 horas, su recuerdo era claro y fuerte como lo fue la primera vez que puso sus ojos en ella.

Así de intenso era su deseo de volverla a ver. De disfrutar del calor de su piel, la suave textura de sus labios o la oscilante danza de sus cabellos. Se sintió como la Dama Justicia. Con una venda cubriendo sus ojos y con una balanza en su mano, sopesando qué era mejor. Vivir con Amelia o sin ella.

Las dos opciones ejercían igual magnetismo y repulsión, pero sabía que no podría continuar su vida con Amelia dentro de su pensamiento como un parásito enquistado en su cerebro, esperando la etapa de su ciclo vital en que despertaría para alimentarse de su sustancia gris. La única solución sensata era sacársela de ahí.

Ya una vez lo hizo. Podía hacerlo de nuevo.

Tomó el expediente de la señora Marionetta y lo colocó sobre los demás, con un resonar metálico.

—Puedes esperar.

***

La vida era buena.

Así pensaba el hombre que, sentado en una silla playera de rayas multicolores, a la orilla de una piscina de transparentes aguas, miraba el mundo a través de un grueso par de lentes oscuros.

En el borde de la piscina, pintada de un celeste claro, cuyos colores atravesaban el agua, pero se tergiversaban ante los infinitesimales movimientos de su masa, una niña de apenas seis años jugueteaba con un cachorro de King Charles Spaniel. A su lado, flotando sobre un colchón inflable, descansaba una joven mujer de 24 años, con largos cabellos color miel. Llevaba un vestido de baño color blanco de una sola pieza, abierto a los lados con la ayuda de pequeñas argollas plásticas de igual color. Sus ojos, a pesar de parecer estar cerrados, no perdían uno solo de los movimientos de los dos retoños. El humano y el animal.

Los ojos del hombre recorrieron sus terrenos cual rey que, después de una larga y agotadora campaña contra un enemigo numeroso e implacable, se para en las almenas del castillo recién conquistado para admirar la magnitud de su victoria y la extensión de su nuevo reino.

Detrás de la piscina se extendían varios cientos de metros cuadrados de jardines tropicales. El piso estaba cubierto de una fina grama japonesa, cuidada con esmero y mantenida a un nivel de crecimiento apropiado. Enredaderas de color verde oscuro reptaban por los muros y ocultaban detrás de sus hojas los grises bloques de cemento que limitaban su mundo.

Plantas de todos los tipos crecían en sus tierras. Sus favoritas eran las veraneras, de flores blancas, lilas, naranjas, rojas y rosadas; rosales de un muy variado espectro de colores y aromas adornaban las esquinas del jardín. Delicadas orquídeas floreaban desde pequeñas macetas colgadas de los troncos de los árboles o en agujeros cubiertos de tierra. Grandes helechos tropicales, palmas rojas enanas, geranios, lirios y azucenas crecían por doquier, pero en una distribución perfecta, establecida y planeada desde el momento en que se les permitió plantar raíz en esos terrenos.

En la parte superior del edén destacaba un círculo de piedras. En su interior decenas de criaturas se movían en busca de alimento. Peces de finas aletas, mariposas de un líquido elemento, flotaban en las corrientes del estanque. A su lado bailaban otros más pequeños y menos llamativos, aunque si más veloces y ágiles, que como proyectiles vivientes iban de un lado a otro en busca de las minúsculas partículas de comida que no fueron ingeridas por sus hermanos mayores.

En el centro del estanque sobresalía una única piedra, lisa y pulida. En su superficie tomaba el sol una pareja de pequeñas tortugas que masticaban con parsimonia las hojas de lechuga dejadas allí para su alimentación personal.

Todo esto veía el hombre de los lentes oscuros y su cabeza se balanceó en obvia aprobación. Costó tiempo, esfuerzos y riesgos, pero tenía todo lo que podía desear. Una bella esposa con quien compartir su soledad, una encantadora hija a quien moldear y enseñar las bellezas de la vida y un oasis privado donde las tribulaciones del mundo exterior desaparecían y solo reinaba la paz y la tranquilidad.

Su santuario.

Su esposa salió del agua y, sentada bajo un gigantesco parasol, secaba el cabello de su pequeña hija, quien se reía ante los comentarios de su madre. El perrito saltaba de un lado a otro a su lado, escapando de las gotas de agua que caían de la cabeza de la niña.

Cerró los ojos. Trató de poner la mente en blanco.

Un conocido sonido lo sacó de su concentración. El canto de un

pájaro, imitado por los circuitos electrónicos de un teléfono, surcó el aire. Abrió los ojos y dirigió la mirada hacia su esposa, quien contestaba.

—¡Cariño! —le gritó desde el otro lado de la piscina—. ¡Llamada para ti!

El hombre se levantó y en unas cuantas zancadas llegó al lado de su esposa. Tomó el teléfono, le dio un beso en la frente a su compañera y se llevó el aparato a la oreja.

—Santos — dijo de forma casi automática. Contestaba las llamadas de la misma manera desde que tenía memoria.

—Tenemos un trabajo para ti —dijo una voz que no se tomó la molestia de presentarse.

No era necesario de todas formas. La reconoció en el acto.

—¿Qué necesitas ahora?

La voz comenzó a contarle lo que sucedía. Para cuando cerró el teléfono su cerebro ya estaba trabajando a toda velocidad. Tenía que actuar rápido.

Colocó el auricular en la mesa; sonrió a su esposa, como asegurándole que todo estaba bien, y cargó a su hija en los brazos. La niña reía con una cristalina voz que le encantaba. Nada le gustaba más en el mundo que escuchar esa risa.

Después de un par de minutos la colocó en el piso y enfiló sus pasos hacia la casa. Ya tenía una idea bastante específica de lo que podía hacer. Requeriría planeación y ayuda, pero nunca pudo resistirse a un buen reto.

Santos creía con firmeza que existían dos formas de resolver los problemas. En la primera, los problemas en verdad no desaparecían. Solo se ocultaban detrás de una ilusión. Un acto de magia que los hacía invisible al ojo corriente. El resultado era similar, y conllevaba muchos menos riesgos que recurrir a la forma más definitiva. Erradicar el problema más allá de toda capacidad de recuperación.

Santos no conocía al tal doctor Hatcher, pero le parecía que unas cuantas sospechas y preguntas sin fundamentos ni pruebas, raras veces presentaban un problema serio. Sin embargo, querían una solución y ese era su trabajo.

Le daría al tal Hatcher una oportunidad. Era hora de volver invisible al molesto médico con un suave movimiento de su varita mágica. Dejaba en sus manos quedarse inmóvil o tratar de hacerse el listo. De ser así, se vería en la penosa necesidad de sacarlo del plano corpóreo y

elevarlo a un nivel mucho más espiritual, donde sería muy feliz, libre de las esclavitudes que imponía el mundo material.

No es que le importara en verdad.

CAPÍTULO 21

El vibrar de una aspiradora resonó en alguna parte, sofocado por el correr del agua y el chocar de platos que surgía detrás de la puerta de la cocina. El movimiento del personal era mínimo. Un empleado limpiaba las rojas cortinas, mientras que otro ordenaba las mesas y sillas que movieron con el fin de limpiar el alfombrado piso.

Mantovani se paró a la entrada del restaurante. El ambiente ahora era muy diferente. El sol entraba a raudales por los amplios ventanales y el incipiente aroma de comida recién hecha se dispersaba en el aire. No se escuchaba el susurro de las conversaciones, el tintineo de los cubiertos al raspar cerámicas superficies o el apagado roce de las vestimentas con los manteles de mesa. Solo las vibraciones de aparatos de limpieza y de cocina.

Era demasiado temprano como para que llegara cliente alguno, así que nadie salió a recibirlo. El personal que pasaba a su lado no le prestaba atención, ocupados cada uno en su propio mundo de tribulaciones.

Mantovani no tenía apuro. Sabía tener paciencia y esperar el momento justo. Buenas cosas le llegaban a aquel que sabía esperar.

No se percató del correr del tiempo. Vio rostros ir y venir, entrar y salir, pero ninguno era el que estaba buscando. Fue una voz la que lo hizo darse la vuelta. En la entrada del restaurante, un hombre acababa de abrir la puerta. Mantovani lo reconoció de inmediato como el mesero que atendió a “Amelia”.

El hombre conversaba alegre, con una de las muchachas encargadas de la limpieza. Un brillo lascivo refulgía en sus ojos. Su porte, tono de voz y comportamiento era el de un experto cazador acercándose a su presa. Acorralándola. Acechándola. Esperando dar el golpe de gracia.

A Mantovani le cayó bien. Era un ferviente admirador de los grandes carnívoros y este joven tenía todas las aptitudes necesarias de un perfecto depredador.

Esperó hasta que lo vio conseguir el número de teléfono de su víctima. El camarero se quedó parado en el umbral viendo alejarse a la

muchacha y luego, con un suspiro de satisfacción, entró al restaurante.

Le salió al paso, lo que sobresaltó al joven que no se lo esperaba, ocupado en otras cosas como andaba. Tuvo que levantar la vista, pues le faltaban cinco centímetros para igualar en estatura a Mantovani.

—Disculpe —dijo con timidez—. No lo vi.

—No se disculpe. Estaba esperándolo.

Los músculos del cuello se le tensaron bajo la camisa y su manzana de Adán subió y bajó varias veces en cuestión de segundos. El nerviosismo era evidente.

Quizás se trataba del padre de la muchacha, o algún esposo celoso que al fin lo localizaba.

—Necesito cierta información.

—¿De qué me habla?

—Anoche atendió a una pareja. Un señor de tez clara de cabello castaño cortado al rape y una joven de igual color de piel, largos cabellos negros y ojos color marrón claro. Llevaba un traje blanco...

—Atiendo mucha gente cada noche —dijo más tranquilo al darse cuenta de que su vida no corría peligro—. Dejé de fijarme en los clientes años atrás; a menos que dejen una buena propina, lo que hoy es raro.

—Necesito que haga memoria. Me urge localizarla.

—Bueno —dijo mirando su reloj en evidente señal de que estaba apurado y necesitaba irse—. Me encantaría ayudarlo, pero no la recuerdo y aunque lo hiciera no sé en qué podría servirle eso.

—Yo he cenado aquí en otras ocasiones y sé que solicitan el número de teléfono para verificar las reservaciones. Necesito ese número.

—Eso sí va a estar difícil —dijo con una sonrisa cansada—. Es política del restaurante mantener esa información como confidencial.

Mantovani se metió la mano en el bolsillo y sacó un crujiente billete de 100 dólares.

Los ojos del mesero se abrieron y su boca se congeló por la sorpresa. El encanto y la seducción solo les servían a los grandes cazadores de las planicies. En la selva de asfalto y cristal eran necesarios, pero no suficientes. Se requerían recursos financieros y eso era algo que el salario de un mesero no cubría.

En particular cuando tienen planeada una cita con una nueva conquista.

El mesero miró a su interlocutor, luego al billete, enseguida

alrededor suyo para asegurarse que nadie veía la transacción y, tomando el dinero, lo escondió en un bolsillo de su pantalón.

—¿En qué mesa estaban sentados? —preguntó, arreglándose el cuello de la camisa.

—En esa —dijo Mantovani señalando la mesa correspondiente.

El mesero miró en la dirección que señalaba con el dedo y, sin decir palabra, se alejó. Lo vio entrar a un cuarto y cerrar la puerta. A los pocos minutos salió y caminó en su dirección. Llevaba un pedazo de papel en la mano.

—Aquí tiene su cuenta— dijo extendiéndole el papel.

Mantovani lo tomó. Era una de las hojas de factura del restaurante. En la línea donde debía estar el precio aparecía un número de ocho cifras y un nombre.

—Gracias —dijo Mantovani guardándose el papel—, fue un placer hacer negocios con usted.

—Igual. Buenas tardes.

—Ah, y feliz cacería.

El mesero se le quedó mirando sin comprender en un principio. Luego, la luz del entendimiento lo guio al deducir que el extraño visitante quizás llevaba varios minutos observándolo antes de abordarlo.

—Puede apostar su vida a que así será —dijo golpeando con la mano donde se guardó el billete de cien dólares.

El doctor sonrió satisfecho. Ya tenía lo que buscaba. Era hora de iniciar su propio safari.

***

Thomas Becket era uno de los tantos médicos que trabajaban en el servicio de Medicina Interna del hospital, pero era uno de los pocos que Hatcher consideraba como amigo y eso era justo lo que necesitaba en ese momento. Además, para su buena fortuna, era jefe del Departamento de Docencia e Investigación.

Si alguien tenía conocimiento de qué cosa era el *Protocolo 9*, era Becket.

—Becket. Rimsky. Serrano. Has hablado o pensado en ellos más en estos meses que en muchos años.

—He estado ocupado.

—Ya veo. Tanto que si has cruzado tres palabras con Rimsky desde el día del entierro es mucho.

—Eso no es cierto y no toquemos ese tema.

—¿Cuál? ¿Rimsky o su hermana?

—Cáustico— dijo Hatcher cerrándose al comentario. Ese era un terreno que prefería mantener en el olvido.

Massiel. La hermana de Rimsky.

La que casi se convirtió en su esposa.

Sacudió la cabeza, alejando los recuerdos como si fueran hojas secas que cayeran en sus cabellos.

Daisy era suficiente recordatorio, sin necesidad de refuerzos.

La puerta del ascensor se abrió en el primer piso y Hatcher, con paso resoluto, se dirigió hacia su derecha. A esa hora hubiera sido lógico buscarlo en su oficina o en la sala de descanso, pero conocía a Becket. Estaría en la sala.

No bien hubo traspasado el umbral cuando distinguió su macilento semblante hablando con una de las enfermeras. Thomas nunca fue una persona saludable. Su cuerpo siempre pareció estar al borde de un desplome estructural, sostenido apenas por unas pocas tiras de piel y ligamentos. Su cabello lacio, de un color grisáceo, parecía pintado sobre su cabeza por los brochazos de un niño. Su piel era de un color blanco lustroso, permitiendo ver los pequeños vasos sanguíneos que corrían por debajo de ella. Sus ojos parecían incrustarse en lo profundo de sus órbitas, mirando al mundo desde su oscuro escondite.

En fin, todo lo que no debía ser la imagen de un proveedor de salud.

—Diego —dijo al verlo acercarse. Sus labios se torcieron en una sonrisa que, a sus espaldas, todos conocían como sonrisa de yunque—. Me alegro de verte. ¿Qué te pudo sacar de tus lares para traerte a este rincón olvidado del mundo?

—Siempre tan poético —dijo Hatcher regresándole la sonrisa y propinándole un amistoso golpe en la espalda—. Tendremos que dejar las clases de poesía para otro día. ¿Tienes tiempo?

Algo en la mirada de Hatcher lo hizo arrugar la frente y la famosa sonrisa desapareció de su rostro. Con un gesto de la mano le indicó que lo siguiera a una oficina cercana.

El local no era mayor que un baño, pero contaba con un par de sillas y un escritorio. Sobre su superficie, varias revistas y libros se amontonaban junto a panfletos y fólderes anunciando diversos

productos médicos y drogas nuevas. Una mancha en forma de medio arco, de color chocolate entre claro y oscuro, destacaba sobre la superficie del escritorio en las pocas áreas libres de papeles. Una taza de café vacía lo ayudó a identificar la fuente del arco.

—Entonces, amigo —dijo Becket tomando la taza de poliespán y lanzándola en un tinaco cercano—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Hatcher tomó asiento en una de las carcomidas sillas y la reclinó hacia atrás, balanceándola sobre las dos patas traseras, pero luego de recordar el estado en que estaban, desistió y volvió a colocar las cuatro patas en el suelo.

—Es una historia larga, difícil de explicar o de resumir. Antes de comenzar necesito saber si sabes lo que significa, o qué es, o si existe un estudio llamado *Protocolo 9*.

Becket levantó las cejas, una expresión de duda reflejada en el rostro. Giró en su silla y sacó una libreta espiral escondida debajo de las decenas de papeles que tapizaban el escritorio. Desde su posición, Hatcher no podía ver qué estaba escrito en ellas, pero Becket pasó las páginas hasta llegar a la mitad de la libreta, donde comenzaba una serie de páginas en blanco. Becket cabeceó en sentido dubitativo y dejó caer la libreta sobre el escritorio.

—Lo siento, amigo —dijo Becket colocando su mano sobre la libreta —. Tenemos varios estudios efectuándose en este momento, pero ninguno con ese nombre. No es correcto ponerle un nombre tan inespecífico a un estudio de investigación, pero pensé que te referías a un producto o fármaco en evaluación.

—Espera, no entiendo. Pensé que “Protocolo 9” se refería a un estudio, por lo menos suena como uno.

—Como ya te dije, el nombre no corresponde con ningún estudio que se esté efectuando en este momento en ninguno de los servicios del hospital. Sin embargo, a veces las drogas o inclusive los procedimientos usados se rotulan con nombres especiales que nos permiten hacer referencia a ellos, sin comprometer el resultado final. Después de todo, una persona puede decir sentirse mejor si sabe que está recibiendo una droga nueva y no tan solo un placebo.

—Así que *Protocolo 9* tampoco es el nombre de ninguna de estas drogas.

—No, lo lamento. Ahora, ¿me puedes decir por qué estás preguntando acerca de un protocolo que no existe?

—Oh, por nada. Escuché a alguien mencionar ese nombre y me dio

curiosidad. Eso es todo.

Becket lo estudió por unos segundos, pero luego decidió dejarlo así. Estaba seguro de que su amigo le escondía algo, pero si no quería decírselo, por algo sería.

—Oye, ¿cómo va el brote de hepatitis? —preguntó Hatcher.

Él sabía que su amigo sospechaba de sus intenciones y esperaba que la pregunta tan fuera de lugar sonara como un vano intento de cambiar de tema.

—Gracias al Cielo, está bajo control.

—Entonces, ¿no debo preocuparme? —Él tenía puestas sus vacunas contra el virus de la hepatitis A y B, pero eso no lo sabía Becket.

—Cualquier médico que no tenga puestas sus vacunas debe preocuparse —le dijo su amigo con una mirada recriminatoria—, pero para tu tranquilidad, hoy recibimos los resultados del laboratorio. El brote fue de hepatitis A. Ninguno de los afectados tendrá problemas de cronicidad y todos se recuperarán en las próximas semanas.

—¿Y la paciente que murió? —preguntó, recordando el amarillento cuerpo de un joven cadáver.

—Nadie ha muerto de eso. Hubo diez casos y los diez están vivos. 6 hombres y 4 mujeres. Créeme. Si hubiera muerto alguien, yo sería el primero en saberlo. Este fue un inofensivo brote, sin consecuencias, excepto las asociadas al hecho de que debemos tomar algunas medidas de seguridad.

—¿A qué te refieres?

—Un loco de la Sala de Psiquiatría fue el culpable. Venía a tomar agua en una de las fuentes de la Sala de Medicina y la contaminaba. ¿Puedes creerlo? ¡Se rascaba las uñas en la salida de agua! Y lo peor es que sufre de esquizofrenia, así que nada de lo que le digamos hará peso. Una enfermera lo atrapó *in fraganti* y con todo eso lo negó una y otra vez. Tendremos que mantenerlo vigilado mientras esté en el hospital.

Hatcher escuchó la historia, pero seguía en blanco. Sentía las preguntas golpear su cabeza. Estaba seguro de haber oído a Hobt y a Nelio hablar de once casos y de que estaban relacionados con el dichoso *Protocolo 9*. Cabía la posibilidad de que ellos hubieran calculado mal y fueran diez casos, como Becket decía, pero en ese caso, ¿quién era la mujer en la plancha de autopsias de Hobt, cuando lo encontró hablando con su ayudante? ¿Por qué la consideraban uno de los casos, cuando se decía que nadie murió?

¿Qué demonios era el *Protocolo 9*?

—Te ves cansado —le dijo Becket entrecerrando los ojos y estudiándolo con detenimiento.

No pudo evitar sonreír ante el comentario. Si tan solo supiera la verdad.

—Un poco y me duele la cabeza.

—Para eso se inventó la farmacología—dijo Becket, guardando el listado de estudios—. ¿Te acuerdas dónde queda el salón de conferencias?

—¿Por la puerta de vidrio cerca de la entrada a la sala?

—Ahí mismo... poco después de pasarla vas a ver la puerta que da al depósito. Antes de irte, toma un par de acetaminofén de allí. Por tu cara, las necesitas.

—Gracias —dijo estrechando su mano.

Salió de la oficina sin otra palabra.

Diez minutos después entró al depósito de la sala. Varios anaqueles, saturados de cajas y botellas se distribuían por el área. Cada sección estaba rotulada, señalando en letras negras sobre cartulina blanca, el nombre del medicamento o agente activo. Por fortuna, estaban en orden alfabético. No le costó mucho trabajo encontrar lo que buscaba. Tres frascos de tapa verde llenas de tabletas redondas.

“Acetaminofén”. Justo lo que necesitaba.

Tomó dos tabletas y las guardó en su bolsillo. Al lado de los frascos de acetaminofén vio otros medicamentos. Alfametildopa, atenolol, amoxicilina...

Amoxicilina. Un antibiótico.

Tomó uno de los frascos y también lo guardó en su bolsillo.

A Becket le daría un ataque si supiera que le llevaba antibióticos a Daisy para tratar una gripe común y corriente. Sin embargo, se las iba a dar. Se sentiría más tranquilo y, algunas veces, aunque la evidencia dijera lo contrario era lo único que se podía hacer.

Tratar de encontrar la paz.

***

Una de las ventajas de ser médico era que se conocía a una gran cantidad de personas. Si uno era bastante diplomático y amable, la

gente lo recordaba con admiración y gratitud, en particular cuando la vida de un ser querido estuvo en juego.

Mantovani era un experto en ese sentido.

Todavía recordaba a la señora de 40 años. Tuvo cuatro abortos previos y ya se le agotaban las esperanzas de concebir cuando quedó embarazada. Una amiga suya le recomendó que se fuera a controlar el embarazo con él y la señora Elba López pasó a ser su paciente.

El embarazo transcurrió sin mayores complicaciones, hasta que llegó a la semana 37. Cuando acudió a la cita de control encontró que la frecuencia cardíaca del feto estaba muy disminuida. Le realizó varios exámenes y decidió practicarle una cesárea de urgencia. La cirugía fue todo un éxito y la señora López trajo al mundo un varón que pesó ocho libras y doce onzas.

El niño se salvó de puro milagro. El cordón umbilical tenía un nudo que se mantuvo flojo hasta el momento del parto. De haberse apretado un día antes, el desenlace habría sido muy diferente.

Mantovani reconocía para sus adentros que no fue su pericia la que le salvó la vida el pequeño. Fue cuestión de pura suerte. El nudo se formó en el momento apropiado, justo antes de una cita de control. Sin embargo, a los ojos del ansioso padre, Mantovani estaba un escalón por debajo de Dios (y bien le valía a Dios cuidarse, si no quería que lo sacaran de su pedestal).

Este evento tuvo dos consecuencias importantes. El primero fue que el llanto de ese bebé que decidió no morir fue un gatillo en su psique. La necesidad germinó a partir de ese segundo. Una madre tuvo que pagar el precio dos meses después para calmar la obsesión. Una hemorragia posparto que nadie pudo detener.

La otra consecuencia fue que consiguió un contacto en la compañía de teléfonos, donde trabajaba el señor López.

Era el momento de cobrar el favor.

Caminó por los pasillos del edificio, preguntándole a todo el que se encontraba dónde podía localizarlo. Tras mucho preguntar e importunar, lo ubicó en una pequeña oficina del primer piso. Un letrero que decía “COBROS” colgaba de la puerta.

Mantovani entró. No le costó mucho trabajo localizar al señor López que, sentado en un escritorio cerca de la ventana, miraba su reloj.

Levantó la cabeza al escuchar la puerta abrirse. No reconoció a la persona parada en la puerta, pero siendo miope era de esperarse. La silueta tenía un parecido familiar, así que sacó los anteojos de su

estuche y se los colocó.

—¡Doctor! —casi gritó desde su escritorio al reconocerlo—. ¿Cómo se encuentra?

Se levantó de su silla y se le acercó. Estrechó su mano con fuerza y estaba seguro de que lo hubiera abrazado de no haber tanta gente a su alrededor.

Mantovani lo saludó con igual efusividad, le preguntó por la salud de su esposa e hijo y, poco a poco, lo logró sacar de la oficina. Cuando estuvieron en el pasillo, Mantovani se sintió con mayor libertad para hablar.

—Disculpe que lo moleste, señor López, pero necesito su ayuda.

El señor López lo miró asombrado. Era una persona humilde, feliz de ser padre y jefe de familia. Las personas como el doctor eran para él seres superiores. Que uno de ellos, justo quien tuvo un papel de indescriptible valor en su vida, lo necesitara era algo que no se esperaba.

—¿Mi ayuda? —preguntó sin estar seguro de haber entendido bien.

—Correcto. Verá, hace unos meses le presté una cantidad considerable de dinero a alguien que pensé era una persona honrada. Esa persona, cuyo nombre me reservaré por razones evidentes, escapó y así perdí todo rastro de él y mi dinero.

—Basura hay en todas partes.

—Cierto. Ya me había resignado, pero cuál no sería mi sorpresa al verlo salir de un restaurante ayer por la tarde. Conseguí su número de teléfono con algunas dificultades y ahora quiero atraparlo. Necesito su ayuda para conseguir la dirección que va con ese teléfono, antes de ponerme en contacto con la policía.

Mantovani sabía que su historia estaba muy diluida, pero esperaba que mantuviera la consistencia suficiente como para engañarlo.

No se equivocó. López le sonrió como si ese fuera un problema de fácil solución y le dijo que lo esperara, tomando de su mano la factura con el número de teléfono. Se perdió detrás de una esquina, en alguna oficina que no pudo ver.

Demoró tres minutos, según el reloj de Mantovani. Al estar de regreso traía la dirección apuntada en el reverso de la factura. Era a unas cuadras de su propia casa.

—Gracias —dijo colocando su mano en el hombro de López—. No lo olvidaré.

—No hay de qué —contestó el hombrecillo sonrojándose de pura alegría.

Mantovani se quedó hablando un poco, pero lo hizo por pura actuación. No quería aparentar descortesía o premura. Debía mantenerse ecuánime.

Como siempre.

Además, tenía todo el tiempo del mundo.

Tenía una dirección.

***

—Aquí tiene doctor Hatcher —dijo la secretaria con una sonrisa—. El archivo que solicitó.

Le regresó la sonrisa al tomar el viejo cartapacio de sus manos. En una esquina destacaban varios números y un código de colores. Por debajo de ellos, el nombre de una persona.

El nombre no resultó difícil de encontrar. Tan solo regresó a la morgue, tomando las debidas precauciones para que Hobt o Nelio no lo fueran a ver, y averiguó de quién fue la primera autopsia realizada el día de su confrontación con Hobt. Como lo esperaba, correspondía a una mujer.

Carmela Molina Rivera.

Ya con el nombre en su poder, fue fácil acudir a los archivos del hospital y solicitar el expediente anterior de la señora Rivera. Aunque Becket estuviera seguro de que la paciente no era parte de ningún estudio y que no murió víctima de la epidemia de hepatitis, él sentía que quedaba algo pendiente.

Le comentó a Becket del cuerpo en la morgue, omitiendo la parte de la confrontación con Hobt. Becket se sorprendió de la noticia y prometió averiguar si el cadáver era una víctima no conocida de la epidemia. Alguien a quien le hubieran dado salida antes de que los síntomas se hicieran evidentes.

Todo le pareció muy bien a Hatcher, pero esta vez no estaba dispuesto a quedarse sentado esperando. Quería saber qué pasó y, ante todo, ver por sí mismo que no hubiera la mínima mención en el expediente del escurridizo *Protocolo 9*. Con ese pensamiento, lo primero que hizo dos días después fue ir al Departamento de Archivos Clínicos.

Los gastados bordes del fólder eran clara señal de que ese

expediente pasó por múltiples manos antes de ese momento. Era más grueso de lo que se esperaba. Podía reunir sin problemas unas 50 o 60 páginas.

—¿Pasa algo, doctor? —preguntó la joven con una mirada curiosa. Su nariz era pequeña, pero algo respingada y sus labios parecían congelados en una permanente sonrisa.

—No, nada —dijo él con rapidez. No se percataba de que miraba al expediente como si fuera un objeto extraño, sacado de algún cajón oscuro y tenebroso—. Tan solo me sorprendió el tamaño del expediente. Pensé que iba a ser pequeño, eso es todo.

—Eso sería imposible. La señora Molina era ultra conocida en el hospital. Sufría de asma bronquial y sus hospitalizaciones eran tan frecuentes que una vez le recomendé al doctor Becket que le construyera su propio cuarto. La pobre pasaba…

—Espera un segundo —dijo Hatcher, abriendo el fólder en la primera página—. ¿Becket conocía a la señora Molina?

—¿Conocerla? Claro que sí. Él siempre quedaba a cargo de ella cuando era internada con una de sus crisis, que como ya le dije eran bastante frecuentes. Recuerdo una vez que…

La joven siguió hablando, pero él apenas le prestaba atención. El expediente estaba lleno de anotaciones de cada una de sus múltiples hospitalizaciones, pero él centró su atención en las dos finales. La penúltima tenía fecha de un mes atrás. Según las notas, llegó con una crisis asmática que no respondió al tratamiento convencional del cuarto de urgencias y requirió su hospitalización por casi 7 días. Durante ese tiempo atrapó un pequeño resfriado que fue tratado con acetaminofén y abundantes líquidos hasta que le dieron salida, sana.

Lo normal es que la hubiesen visto de modo ambulatorio, pero antes de su cita fue atacada por un desconocido que le partió la pierna, razón por la que fue hospitalizada menos de una semana antes, a cargo del servicio de ortopedia. Debido a que no contaban con camas en ese momento, la paciente fue admitida en el servicio de cardiología. La admisión fue en horas de la tarde. Quince horas después, estaba muerta.

Eso no era lo que se esperaba de una fractura. Sin embargo, leyendo con un poco de cuidado, descubrió algo que le puso la piel de gallina.

—Muy interesante —dijo Hatcher, que en todo ese tiempo no escuchó ni cinco palabras de las que dijo la joven secretaria—, pero hay algo que me llama la atención en este expediente. La nota de

admisión del residente de ortopedia menciona que la señora Molina a su ingreso tenía un leve tinte ictérico y hay una petición de una evaluación por Medicina Interna, pero no veo la respuesta a esa consulta.

—Quizás porque nadie fue —dijo con un gesto que sugería que era algo muy natural—. Las interconsultas nunca son contestadas de inmediato, a menos que sean pedidas con carácter de urgencia, y esta no fue tramitada de esa manera.

—¿Por qué dice eso?

—No tiene idea del pandemónium que se desató ayer cuando el doctor Becket se enteró de que la señora Molina murió y que se le pidió una consulta al servicio de Medicina Interna por la ictericia. Casi se come vivo al residente de ortopedia por no pedir la consulta de inmediato. Todos sabemos que esa no fue la causa de la muerte, pero el problema es que la señora Molina estaba muerta y creo que el doctor Becket se sentía un poco culpable.

—Ya veo — dijo él, sin mucho convencimiento.

Estaba en la primera página, donde se encontraban anotadas en negro y blanco las últimas horas de vida de la señora Molina. Sintió un poco de escalofríos al pensar que la vida y muerte de una persona pudieran plasmarse con tanta facilidad en las líneas de un papel.

—De todas formas —siguió diciendo la joven—si alguien es responsable, fue el que la asaltó. El informe de la autopsia ya llegó y la causa fue ortopédica.

—¿Ortopédica?

—Sí, o por lo menos eso fue lo que entendí. Déjeme ver—dijo pasando unas hojas de papel que tenía tiradas sobre el escritorio—. Muchos documentos acaban de llegar y no he tenido tiempo de archivarlos, pero…aquí está: según el doctor Hobt, la causa de la muerte fue un embolismo graso, sea lo que sea eso.

—Secundario a la fractura, parte de la grasa del hueso alcanzó la circulación y se dispararon émbolos de grasa a todo el cuerpo. Eso en verdad explica la muerte en tan corto tiempo desde su admisión —dijo, bajando la voz un poco—, pero no explica la ictericia. Sea cual fuera la causa, ella ya venía con el cuadro. Un momento—y golpeó su frente como si hubiera tenido una revelación. Quería saber qué opinaba Becket de todo el asunto—. ¿No han considerado que la señora Molina fuera otra víctima de la epidemia de hepatitis? Después de todo, estuvo hospitalizada antes del brote.

—El doctor Becket pensó eso. El laboratorio lo confirmó. Los resultados de los exámenes de sangre que le hicieron a su ingreso, que incluyeron las pruebas de hepatitis, marcaron positivas por hepatitis A. Con eso el número de afectados sube a once. La muerte, una coincidencia desafortunada.

Lo que ella decía era cierto. Pegado en el borde superior del fólder se veía un papel azul con los resultados de los antígenos de la hepatitis.

Positivo para hepatitis A.

La señora Molina se convirtió en un caleidoscopio de infortunios. Un ataque de asma para iniciar; seguido de un asalto, una fractura en medio de una epidemia de hepatitis A y, como la cereza del pastel maldito, una embolia grasa.

No sabía por qué no le cuadraba. Eran demasiadas coincidencias.

Se tomó su tiempo revisando cada página del expediente. Cada párrafo, oración y palabra y en ninguna parte se hacía mención al *Protocolo 9*. Desilusionado de no haber encontrado la pista que buscaba cerró el fólder y se lo regresó a la secretaria.

Salió de la oficina de archivos, que se encontraba en el noveno piso, y comenzó a bajar las escaleras. Por algún motivo no quería estar encerrado en un ascensor.

Iba llegando a la planta baja cuando un grito y una decena de exclamaciones ansiosas lo hicieron apurar el paso.

Al abrir la puerta una señora, caminando de espaldas, chocó con él y lo empujó contra la pared. Casi perdió el equilibrio, pero logro reponerse. Obviando a la mujer, que parecía no haberse dado cuenta de lo que hacía, miró hacia el origen de todo el barullo.

En mitad de la sala, una mujer desnuda.

La mujer sostenía una pistola con su mano derecha. El cañón apuntaba a su cabeza.

Varias decenas de personas, todas agrupadas en un círculo a su alrededor, veían el espectáculo. Personas cuya fascinación por la mórbida función sobrepasaba sus instintos de supervivencia, al olvidarse del pequeño hecho de que el cañón de la pistola podía movilizarse con rapidez en otra dirección y comenzar a disparar.

En lo profundo de su ser, guiado apenas por sus instintos básicos, no los podía culpar del todo. La mujer era hermosa. De piel blanca, cintura delgada y formas redondeadas. Su cabello era negro y lo llevaba sobre los hombros. No estaba seco o despeinado. Todo lo contrario. En su rostro apenas se reflejaban las huellas de un maquillaje aplicado con

moderación, pero estilo. Tenía las marcas del cuidado y esmero que se dedicó por mucho tiempo. Ni una sola estría o cicatriz. Sus piernas, recién afeitadas, brillaban por los efectos de alguna crema o polvo de piel. Era el cuerpo de una mujer que se levantó en la mañana y se arregló para salir y verse presentable. No era el cuerpo de una demente, o por lo menos no lo que se esperaba.

Desde su posición pudo distinguir en la lejanía, pero acercándose a la perturbada mujer, a varios de los psiquiatras y psicólogos del hospital, acompañados de dos de los auxiliares del Departamento. Figuras gigantescas, llenas de músculos y mal carácter, capaces de inmovilizar a un toro en embestida con una mano atada a la espalda.

En sus ojos brillaba un destello de cuidado y reflexión al aproximarse al lugar. Estaba seguro de que eran conscientes de no estar construidos a pruebas de balas.

Hatcher decidió quedarse donde estaba. Él tampoco se hallaba protegido ante la letal fuerza de un proyectil, pero su conciencia le impedía alejarse del lugar como si nada estuviera pasando. Si su ayuda era necesaria en algún momento, cosa que dudaba, pero podía acontecer, estaría disponible. Por otra parte, si la situación se salía de control, siempre tenía a sus espaldas la escalera, una rápida ruta de escape.

La policía del hospital ya estaba en el lugar y tomaron control de la situación. Unos pocos se encargaron de alejar a todos los curiosos de la sala de espera, mientras otros se dedicaban a vigilar a la mujer, sus armas alzadas, dedos cerca de los gatillos.

La mujer parecía no darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Sus ojos se movían de un lado al otro, como un animal atrapado, mientras su cabeza se balanceaba sin separarse un centímetro del cañón del revólver.

—¿Cómo se llama? —escuchó decir a uno de los psiquiatras, de apellido Shelton, preguntarle a su vecino. Al dirigir la mirada en su dirección vio que Becket y Araujo llegaban también.

—Cora Rogieri —dijo Becket, sin quitar los ojos del revólver—. Estaba hospitalizada en la Sala de Nefrología. Se auto medicó unas amoxicilinas para una supuesta infección urinaria y desarrolló una insuficiencia renal aguda, razón por la que lleva hospitalizada una semana.

—¿Por el uso de amoxicilina? —preguntó Shelton sorprendido.

Era una de los antibióticos de mayor uso en todo el mundo y rara

vez producía efectos tan catastróficos.

—Una vil y vulgar reacción alérgica, si puedes creerlo. En fin —dijo Becket con un suspiro—, estaba mejorando. Inclusive, estaban considerando darle salida esta semana y, de repente, esta mañana enloqueció.

—Lo que yo quiero saber es —dijo Araujo molesto—¿de dónde demonios sacó el revólver?

—Ah, eso —dijo Becket pasándose la mano por la nuca—. Según la enfermera, Cora se levantó esta mañana y se arregló como siempre hacía. Es una persona muy ordenada y fina y le gustaba verse bien. La enfermera de turno sí la notaba un poco distraída, pero no le dio mayor importancia. Eso fue hasta el desayuno. Sin motivo aparente, después de comer, Cora se levantó de su cama, se quitó la bata del hospital que llevaba puesta y salió de la sala como Dios la trajo al mundo. La enfermera llamó a uno de los guardias de seguridad del hospital, para que le ayudara a traerla de vuelta a la sala y…

—Déjame adivinar —dijo Araujo con una sonrisa sarcástica— ¿Incapacitó a un guardia armado? No se ve tan fuerte.

—Yo tampoco lo creí al principio, pero la enfermera lo vio todo. Cora iba caminando por el pasillo y el guardia se le acercó. Trató de convencerla de que regresara a la sala. De súbito, ella saltó sobre él como un tigre. El guardia intentó quitársela de encima, pero Cora fue rápida y le quitó el arma de la funda. Luego le disparó a quemarropa.

—¿Qué? ¿Mató al guardia? Nadie me dijo eso.

—Tranquilo. El guardia está bien. La bala le rozó la pierna, eso fue todo. De cualquier manera, Cora siguió caminando hasta aquí, donde logramos sitiarla. Al ver a la policía, se puso el revólver en la cabeza y ha permanecido así desde entonces.

—Estamos hablando de un fondo metabólico, entonces —dijo Shelton mirando a Cora—. ¿Psicosis secundaria a la retención de productos nitrogenados por la insuficiencia renal?

—Tal vez —dijo Becket—, pero creo que podemos dejar eso para después. Ahora, ¿puedes evitar que presione el gatillo?

Shelton no respondió. Se acercó a sus dos auxiliares y a un segundo psiquiatra, llamado Marengo. Hatcher no pudo escuchar de lo que hablaban, pero dos minutos después lo vio, junto a Marengo, acercarse a una asustada Cora. Los dos gigantes iban justo detrás de ellos.

—Cora —dijo Shelton con un suave tono de voz—. Estoy aquí para ayudarte.

Si ella escuchó una sola de las palabras no lo manifestó. Su mirada siguió perdida en el infinito, el cañón de la pistola deslizándose una y otra vez sobre su sien.

—Cora —insistió él, con un tono de voz más autoritario—. Si quieres algo, solo tienes que pedírmelo. Estoy aquí para ayudar.

Ella seguía sin decir nada, pero su mirada se orientaba hacia la voz de Shelton.

—*Como un girasol buscando la luz un día nublado* —dijo su voz— *como tú, en realidad.*

—*Yo no busco nada*— pensó sin quitarle los ojos al catatónico rostro.

—*Buscas respuestas.*

Aunque Hatcher sabía que la voz en su cabeza no era otra cosa que su propia mente jugando con él, recordándole lo que de manera consciente quería olvidar o ignorar, le extrañó lo calmada que sonaba. Un suave eco que apenas reverberaba.

—*Tal vez ella también quiere respuestas*— concluyó la voz—*solo que no sabe las preguntas.*

Su monólogo fue interrumpido por un grito ronco, cargado de dudas y miedo.

—¡Cora!, ¿qué estás haciendo?

—¡Demonios! —exclamó Becket entre dientes—. Lo que nos faltaba. Llegó el marido.

Un joven de unos 30 años miraba a Cora. Sus ojos ni siquiera parecían parpadear y la boca permanecía abierta en un rictus doloroso. A Hatcher le recordó a una figura de cera.

—¿Por qué me parece conocido? — preguntó a Becket.

—Es el doctor Triana — contestó—. Residente de Medicina Interna, tercer año.

—¿El esposo es uno de nuestros residentes? —preguntó Araujo molesto—. ¿Por qué no se me informó? ¿Alguien me quiere dar la información completa?

—Yo se lo dije —ripostó Becket—. Quizás no me escuchó.

—Eso se está volviendo un hábito —dijo Hatcher, mirándolo de reojo.

—*¡Auch!* —exclamó la voz en su cabeza—. ¿Y dices que soy cáustico?

Becket seguía concentrado en la escena, pero Araujo giró la cabeza

con tal rapidez que a Hatcher le pareció que se desprendía de su columna. Clavó sus ojos en los suyos, un odio palpable que cortaba el espacio entre los dos. Hatcher no le quitó los ojos de encima. La escena duró unos segundos, pero al final Araujo regresó su atención al problema presente.

Hatcher no se hacía ilusiones. Araujo no iba a olvidar el comentario.

Triana no paraba de hablar y suplicar todo ese tiempo. Hatcher podía ver las lágrimas correr por su rostro, mientras le rogaba a su esposa que soltara el arma.

Marengo se acercó a Triana y comenzó a hablarle. El joven residente no le prestó atención. Sus palabras siguieron su curso sin llegar a penetrar la mente de su esposa que miraba con sus vacuos ojos al espacio, la pistola danzando en pausadas oscilaciones sobre su rostro.

A pesar del caos, Hatcher se percató de los sutiles movimientos del personal en la periferia.

Shelton mantenía la atención de Cora. Su voz tomaba un ritmo pausado, amigable. El cañón ya no bailaba, pero permanecía a centímetros de la blanca sien. Los dos auxiliares que le recordaban a luchadores profesionales ya no estaban a la vista. Hatcher los ubicó a espaldas de Cora, músculos tensos, ojos fijos en la espera de un momento que no terminaba de llegar.

En la mano de uno de ellos brillaba la aguja de una jeringuilla.

El angustiado esposo pareció captar lo que estaba pasando y, escuchando las palabras de Marengo, se alejó de la vista periférica de su esposa.

El brazo de Cora, bajo las hipnóticas palabras de Shelton, parecía relajado.

El cañón ya iba por el cuello.

—Vamos, muchacha —murmuró Becket con tanta suavidad que a Hatcher le costó escuchar las palabras—. Termina de bajar el arma de una vez.

Como si sus palabras tuvieran un efecto mágico, Cora bajó el arma. Su brazo perdió fuerza y cayó a su lado, el arma apuntando al piso.

Eso era todo lo que necesitaban las dos figuras silenciosas. De un salto, el auxiliar a su derecha inmovilizó el brazo con el arma. El de la izquierda, clavó la aguja en su brazo.

Cora no ofreció resistencia. El auxiliar le quitó el arma de los dedos con facilidad y entre los dos se la llevaron. Shelton, acercándose, la

cubrió con una sábana del hospital y siguió conversando con ella. La llevaron a una camilla con restringidores y una vez la acostaron e inmovilizaron, Araujo se dio el placer de soltar un soplo de alivio. Sus hombros se relajaron y dejó caer la cabeza.

—Gracias al cielo, la pesadilla terminó.

—Por fortuna —dijo Becket—, pero ¿fue eso una buena idea?

—¿A qué te refieres? — preguntó, un dejo de ira en su voz.

—La fase final, el desarme. ¿No debió hacerlo mejor la policía?

Araujo se volvió a relajar y sonrió.

—El auxiliar que le quitó el arma era un policía de civil. El otro sí era uno de los auxiliares de la sala de psiquiatría, pero está certificado en varias técnicas de artes marciales. Ambos llevaban chalecos a prueba de balas.

Becket asintió con la cabeza. Era obvio que estaba impresionado con la rapidez que coordinó todo el escenario.

—A diferencia de algunos —dijo sacudiendo una partícula caída en el hombro del saco negro que llevaba—. Sé lo que hago.

Sus ojos se deslizaron sobre los de Hatcher y se alejó para hablar con el sargento de policía encargado de la parte militar de la operación.

—*Touché* — dijo su voz—, *pero tú lo hiciste con estilo.*

Hatcher vio a Araujo alejarse.

En verdad, no estaba dicha la última palabra de todo ese asunto.

CAPÍTULO 22

El cielo tenía un color azul oscuro, amalgama de la oscuridad absoluta de la noche que se alejaba y los primeros pincelazos de luz del naciente día. Las pocas estrellas que parpadeaban en el celestial lienzo comenzaban a palidecer ante la claridad matutina. La luna seguía visible a la vista del mundo, dispuesta a no desaparecer con tanta facilidad.

Santos veía todo esto desde el interior de su auto, estacionado a pocos metros de la entrada a los estacionamientos del hospital. Una posición estratégica que le permitía asegurarse de la llegada del doctor Hatcher en el momento exacto que ocurriera. Tenía la desquiciante costumbre de llegar antes de lo esperado, por lo que Santos se vio forzado a estacionarse a la sombra de un árbol desde las cinco de la mañana. Nunca llegaba antes de esa hora, así que contaba con un apropiado margen de seguridad para poner los engranajes de su plan en movimiento.

Santos adoraba el silencio. Mantenía las ventanas del auto cerradas para aislarse en la medida de sus posibilidades de los molestos ruidos del mundo exterior. El único sonido en el interior del auto era el soplar del aire acondicionado y esto era porque, así como sentía una atracción especial por los vacíos acústicos, sentía una aversión casi patológica al calor. Su propio corazón latía a un ritmo lento y pausado para no alterar su metabolismo.

Por suerte, no tuvo que esperar mucho. Iban a ser las seis de la mañana cuando el Jeep Gran Laredo de Hatcher pasó enfrente de él y se adentró en los terrenos del hospital.

Santos tomó un teléfono celular que descansaba a su lado. Presionó algunas teclas y esperó.

—Es hora de la función —fue todo lo que dijo.

Colocó de nuevo el teléfono en su posición. Miró la esfera de su reloj y dejó que las manecillas dieran algunas vueltas. Tenía calculado a la milésima de segundo el tiempo que le tomaría a Hatcher estacionar el auto, bajarse y llegar al cuarto de urgencias.

Cuando el segundero dio su tercera vuelta, Santos miró por el espejo retrovisor. En el asiento trasero descansaba un hombre vestido con una bata blanca. En el bolsillo de la bata llevaba una tarjeta de identificación con el logo del hospital. A su lado, una gradilla de metal y varios tubos de laboratorio.

La puerta del carro se abrió.

***

Mantovani se estacionó del otro lado de la calle.

La casa despedía un aura de solemnidad. Una cerca de hierro, creada con largas barras negras estilizadas en intrincadas curvas y figuras de origen italiano, marroquí y gótico, se levantaba a la usanza de las grandes mansiones reales de siglos pasados. Un camino de piedra se extendía desde la puerta de hierro hasta la entrada de la casa, en suave pendiente y gentiles curvas. Al final se ampliaba como el delta de un majestuoso río para formar un estacionamiento, diseñado alrededor de lo que a la distancia parecía una fuente.

Tomó los binoculares que llevaba sobre el regazo y dirigió la mirada a la parte superior de la casa. A través del campo visual limitado por los lentes pudo percibir las imágenes con mayor claridad.

Confirmó su visión original. Una fuente esculpida en piedra, similar al granito, se erguía en medio de una plaza. La figura de un cisne, con el cuello elevado al cielo en silenciosa plegaria, flotaba inmóvil entre las tranquilas aguas. Una suave corriente fluía de su pico y caía por la fuerza de gravedad, iniciando una cadena de círculos concéntricos que se perdían al chocar con los límites impuestos por el círculo de piedra.

En la plaza, que servía como estacionamiento, logró distinguir dos vehículos. Un Lexus LS 400, cuya áurea carrocería destellaba bajo los primeros rayos del amanecer, y un Yukon SLT negro, pulido como la superficie de un espejo.

Detrás de ellos se erguía la casa, aunque el concepto se quedaba corto para describirla. Una estructura de dos pisos diseñada en su mayor parte en ladrillo, madera y vidrio. Amplios balcones con transparentes puertas, cuyo interior se ocultaba a la vista de extraños por gruesas cortinas colgantes. Finos barandales de madera lijados con esmero, hasta adquirir la suavidad de la piel de un niño, marcaban los linderos de estos balcones. Columnas y filas de rojos ladrillos surgían de las paredes, invisibles en algunos puntos por la exuberante

vegetación que crecía en los alrededores.

Mientras admiraba un pequeño petirrojo que bebía agua de la fuente, la puerta principal se abrió. Por allí salió el acompañante, vestido en un elegante traje de saco y corbata, llevando un maletín de cuero en la mano derecha. Sus pasos acelerados indicaban que era tarde. Abrió la puerta del Yukon, saltó a su interior y cerró la puerta. A los pocos segundos se encendieron las luces traseras y el auto empezó a retroceder en la plaza.

Un movimiento que percibió en el extremo de visión periférica de sus binoculares lo hizo desviar su centro de atención. La puerta principal se volvió a abrir y en el umbral apareció la inmaculada figura de la desaparecida Amelia.

Sintió la respiración trabarse en su garganta.

Llevaba un traje que terminaba un poco por encima de su rodilla, en cuadros blancos y negros, con una elegante chaqueta oscura que estilizaba su figura. En una mano llevaba una cartera, en la otra un llavero.

El cabello le caía como cascada sobre el traje, lanzando sutiles destellos al reflejar los rayos del sol. No llevaba maquillaje, o por lo menos eso le pareció. En realidad no lo necesitaba. Tenía uno de esos rostros que despedían una belleza natural, donde el uso de polvos o cosméticos estaba de sobra. Un cuerpo largo y delgado, digno de una modelo de pasarela, que se movilizaba con la agilidad de una bailarina de ballet en el escenario.

Se imaginó la música del *Lago de los Cisnes* tocada en el fondo, y a ella como la princesa Odette. No estaba seguro de cuál sería su papel. El del demonio o del príncipe Sigfrido, cuyo amor y perseverancia debía, por lo menos eso contaba la obra, desencantarla.

La problemática pregunta de siempre. ¿Qué era mejor? ¿Vivir con Amelia o sin ella?

La misteriosa joven respondía al nombre de Danibeth Luciani, esposa del arquitecto Raúl Luciani. Su parecido con Amelia era simple coincidencia, pero no por eso iba a dejar que se escapara. Ya era demasiado tarde para ella. Llamó su atención.

Era una obsesión.

Y las obsesiones solo desaparecían de una forma.

Danibeth se subió al Lexus y arrancó el auto. Dio la vuelta alrededor de la profética fuente del cisne y encaminó las ruedas por la vereda de salida. Al irse acercando a la puerta, esta se abrió de manera

automática. El auto se detuvo antes de lanzarse a la calle y tras asegurarse de que no venía ningún otro vehículo, giró el timón y pisó el acelerador.

Mantovani la vio perderse detrás de una curva. Encendió su auto y se dirigió al trabajo.

***

Su caminar era pausado. Sin apuros ni aspavientos. Con la seguridad de aquel que se siente protegido por el medio ambiente, fusionado con sus alrededores en virtud de las capacidades miméticas proporcionadas por su indumentaria, que lo hacían invisible.

Era consciente de esto. La bata blanca que llevaba sobre los hombros le cubría desde las muñecas hasta la mitad del muslo. Era tan efectiva como el algodonoso pelambre de la liebre ártica. La diferencia radicaba en que él no la necesitaba para escapar de las filosas garras de un zorro, sino para acercarse con sigilo a su presa. Para tenerla en su radio de alcance. En el momento que revelara su presencia, se lanzaría con un solo propósito. Cualquier intento de huida sería inútil.

Era un lobo con piel de cordero.

El movimiento en el Cuarto de Urgencias era el mínimo, con unas cuantas personas paradas en la puerta esperando oír de sus familiares o amigos, y otros que transponían el umbral y se perdían de vista en algunos de los cubículos de su interior.

Esa era la peor parte en su opinión. El no saber qué ocurría dentro de ese recinto. El no tener control sobre la situación.

Conocía la sensación. Su madre sufrió un derrame hacía muchos años. La encontró tirada en el piso de la sala. No respondía a ninguna de sus preguntas. La cargó en brazos y la llevó a una clínica cercana. Entró al cuarto de urgencias gritando que lo ayudaran, que su madre se moría. Un médico, sentado sobre un taburete redondo de metal, le lanzó una mirada cansada y le pidió que la colocara sobre una camilla. Le hizo unas cuantas preguntas rápidas y le pidió que esperara afuera. No quería dejar a su madre sola, pero se sentía demasiado alterado para discutir y se dejó llevar por la sugerencia. Lo tuvieron en ascuas durante casi seis horas. Seis horas en la que no escuchó una sola noticia sobre la salud de su madre. Tres veces salieron a hablar con él, pero para pedirle que fuera a arreglar los pagos para unos exámenes de laboratorio, un CAT y, al final, para su admisión al hospital. Cuando les preguntaba qué pasaba, le decían que era muy temprano para hacer

especulaciones.

Por fortuna, a pesar de la molesta experiencia, su madre se recuperó. Con fisioterapia logró recobrar parte de la fuerza y movilidad de la parte derecha de su cuerpo y, aunque no volvió a ser la misma de antes, al menos podía movilizarse por sus propios medios con ayuda de una andadera.

Murió diez años después al caerse por una escalera, cuando intentaba bajarla sin ayuda de su bastón.

La gradilla era una agradable sensación en su mano. Era el toque final de su disfraz. Varios tubos de vidrio en su interior repicaban al chocar con el enrejado de metal, pero lejos de llamar la atención lo ocultaban. La gente levantaba la vista ante el sonido, pero tras una rápida mirada regresaban a lo que estaban haciendo. Un técnico de laboratorio no era algo que llamara mucho la atención en el interior de un hospital, menos si sus rasgos físicos eran bastante típicos. No era ni alto ni muy bajo. Ni gordo ni flaco. Ni hermoso ni horrible.

Era, en fin, invisible mucho antes de haberse puesto la bata. En la puerta del hospital un hombre vendía periódicos. Se le acercó y, depositando 35 centavos en su mano, tomó un ejemplar. Hizo unos pocos comentarios de las noticias de la primera plana con el vendedor y después de escuchar sus ideas con fingido interés, se despidió y se alejó rumbo a los ascensores. Al ir caminando iba leyendo el periódico.

No estaba descuidando su trabajo. Compró el periódico a propósito. Quería ser recordado de ser necesario.

Ningún asesino en su sano juicio se detendría a leer el periódico treinta segundos antes de atacar a su víctima. Su comportamiento sería visto como la conducta natural de alguien que iba a cumplir sus labores habituales y decide detenerse a charlar o a leer las noticias. Igual beneficio hubiera conseguido de haberse metido en la cafetería a tomarse un vaso de jugo o una caliente taza de té, mientras conversaba con una de las empleadas. Se decidió por la primera técnica porque quería leer luego la sección de clasificados. Su sobrinita le pidió de regalo de cumpleaños una mascota y solo tenía una semana para conseguirlo. Siempre aparecía gente vendiendo cachorros de todo tipo. La cuestión era buscar.

La puerta del ascensor se abrió. Un hombre vestido con ropa del salón de operaciones salió apurado. Lo miró con curiosidad y luego entró.

Al cerrarse la puerta palpó en el interior de uno de los bolsillos de

su bata. Quería estar seguro de que no le faltaba nada.

Sintió con satisfacción la jeringuilla en el fondo.

***

Mantovani entró en la cafetería y aspiró con todas las fuerzas de sus pulmones el aroma que flotaba en el aire. Adoraba el olor a café recién hecho.

La encargada sonrió al verlo y se acercó a la cafetera. Giró la llave y un chorro de un líquido chocolate oscuro comenzó a llenar la taza de cartón, despidiendo blancas volutas de humo desde su interior. Cuando el nivel llegó casi al borde cerró la llave y colocó la taza en el mostrador. Tomó la azucarera y colocó dos cucharaditas en el café.

—Buenos días, doctor —dijo revolviendo la infusión—. Asumo que viene por su taza de tonificante.

—Así es, Doris —dijo, acercándose a la caja y sacando cincuenta centavos, que se los dio a la mujer en la mano.

El café solo costaba 30 centavos, pero siempre le regalaba los otros veinte por el servicio, aunque ella no los cobrara. Elevó el envase hasta su nariz y cerró los ojos. Dejó que la esencia penetrara y lo impregnara, como haría un catador al acercarse el corcho de una botella de vino antes de degustarlo. Percibía el olor de los granos de café molidos y filtrados múltiples veces, de las flores que fueron su origen, de los cafetales que fueron su refugio, de las plantaciones donde crecieron. Las sensaciones eran tan fuertes que los demás olores desaparecían sin dejar rastro.

Tomó un pequeño sorbo. El líquido se posó sobre sus glándulas gustativas y lo saboreó con suavidad. Era un café colombiano. Fuerte, pero sin llegar a ser amargo. El azúcar lo endulzaba un poco, sin quitarle personalidad a la bebida.

—¿Y bien? —preguntó la encargada al verlo abrir los ojos.

—Casi excelente, Doris —contestó, con un gesto de aprobación—. Te quedó un poco puro. No es perfecto, pero te estás acercando.

—Se hace lo que se puede —respondió, apuntando en su cabeza que debía recordarse al día siguiente diluir el café un poquito más. Llevaba cosa de un año perfeccionando la “receta del café del doctor”, como decían en general las empleadas del lugar. Encontraron la marca de su agrado, el tipo de grano, el grado de cocción y hasta la cantidad de cristales de azúcar. Solo le faltaban detalles de carpintería. Sería todo

un logro encontrar las proporciones exactas para satisfacer el exigente paladar de su médico favorito.

Mantovani solo hacia café en su casa. Una reglamentaria taza al despertar y otra antes de dormir de Café Geisha de la Hacienda Esmeralda. Sin embargo, era para su placer personal. Ni siquiera le ofrecía a Ibeth, cuando iba a su casa. Algunas cosas merecían ser egoísta. El resto del día sobrevivía con cafés de menor calidad y para eso prefería que se lo sirvieran.

Mantovani se tomó el brebaje hasta la última gota y lanzó el envase a la basura. Miró su reloj. Casi las siete de la mañana. Era hora de pasar visita.

Y de asegurarse que no se le diera salida a la señora Marionetta.

***

Hatcher palpó con los dedos índice y medio de su mano derecha el cérvix. Se sentía como un cilindro acortado, blando. En el centro, un orificio por el cual apenas entraba uno de sus dedos. Con la punta sintió la dura superficie de los huesos del cráneo del feto al otro extremo.

—Bien —dijo Hatcher tomando el guante y sacándoselo de un tirón —, me dice que es su primer hijo, ¿verdad?

—Sí, doctor —respondió la paciente, una mujer de unos 35 años con acento dominicano.

—¿A qué hora empezaron los dolores?

—Alrededor de las cuatro de la mañana, cuando me levantaba para ir a preparar el desayuno de mi esposo.

—Bueno, todavía le falta un poco para dar a luz. El cuello, por donde tiene que salir el bebé, está empezando a abrirse, pero falta todavía.

Hatcher siguió recitando algunas instrucciones. Las decía cada vez que enviaba una paciente a su casa. Le regresó su tarjeta de control prenatal y comenzó a escribir en la hoja de atención. La paciente recogió su maleta, que llevaba a todas partes como si fuera su cédula, en espera de que le iniciaran los dolores de parto, y salió del consultorio.

Terminó de anotar los datos pertinentes y colocó la hoja en una esquina del escritorio. Era la primera paciente del turno, aunque no

sería la única. Se levantó de su silla y abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. Todas las sillas se erguían silenciosas, como las misteriosas cabezas de la Isla de Pascua.

Caminó hasta afuera. La sala de espera estaba igual de solitaria. Una máquina de sodas en una esquina era la única fuente de sonido, donde un pertinaz zumbido eléctrico surgía de la parte posterior del aparato.

—¡Doctor! —escuchó decir una voz a sus espaldas. Se dio la vuelta. En la puerta de uno de los consultorios estaba parada la enfermera de turno. Se llevó la mano al lado de la cara como si sostuviera un invisible teléfono, con el meñique apuntando a su boca, el pulgar a la oreja y los otros tres dedos doblados sobre la palma.

Hatcher regresó sobre sus pasos, captando el mensaje de que tenía una llamada. Entró al consultorio y se acercó al teléfono que sostenía la enfermera en la mano.

—Buenos días —comenzó a decir, pero lo interrumpieron casi en el acto.

—No tengo tiempo que perder —dijo una voz que reconoció como la de Hobt—. La vida de alguien corre peligro.

—¿Qué cosa?

—¡Tenía razón, está bien! —dijo Hobt exasperado. Se escuchaba nervioso y su respiración estaba cerca de la hiperventilación.

—¿Razón acerca de qué? —preguntó Hatcher, si bien estaba seguro de saber la respuesta.

—De todo. La señora Ellis, el feto, la autopsia, Araujo... y el asesino. Por Dios, el asesino.

—Me está diciendo que…

—¡Silencio! ¡El asesino va a atacar hoy!

Hatcher se quedó estupefacto ante la revelación. Mil ideas agobiaron su cerebro, pero una perseveró sobre todas las demás.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En la Sala de Patología Obstétrica. Temprano en la mañana. Casi seguro en este mismo instante.

—Pero ¿quién es? ¿Cómo sabe todo esto?

—Sé tanto como usted acerca de su identidad. Lo que descubrí lo hice por puro accidente. Araujo lo tenía oculto como información confidencial. Debemos detenerlo ahora, antes de que alguien más muera.

—¿Cómo?

Hatcher parecía haber perdido la capacidad de conversación. Las únicas palabras que salían de sus labios eran preguntas.

—¿Qué se yo? —casi gritó Hobt—, pero debe correr y detenerlo antes de que actúe. Ya debe de estar en la sala.

—¿Cómo lo reconoceré?

—Busque a cualquier persona en actitud sospechosa, vestido de personal médico o de enfermería. Es el escudo que usa para acercarse a sus víctimas. ¡Ahora apúrese, apúrese!

Hatcher cerró el teléfono dejándolo caer sobre la horquilla y saltó hasta la puerta. La abrió de un empujón y corrió por el pasillo hacia la escalera. No tenía tiempo para esperar por un ascensor.

Debía llegar al sexto piso y pronto.

***

El hombre vestido de blanco frotaba la jeringuilla en el fondo de su bolsillo cuando el sonido de un timbre y el mecánico deslizar de la puerta del ascensor lo sacó de su estupor mental.

Todo permanecía desierto. Un par de enfermeras conversaban en sus puestos, esperando la llegada de los relevos matutinos. El sonido del agua corriendo a la distancia, proveniente de una ducha, era signo inequívoco de que algunas pacientes estaban levantadas. Otras, un poco más perezosas o menos apuradas, dormían en sus camas arropadas bajo varias sábanas, aislándose del frío que cortaba el aire.

Solo avanzó un par de pasos cuando la puerta se cerró detrás de él. El sonido del ventilador que giraba en el techo del ascensor se perdió detrás de la silenciosa caja al ir bajando.

Siguió avanzando sin temor y entró en la sala. Su vista se movió de izquierda a derecha. Algunos rostros estaban ocultos en las sombras o debajo de las frazadas, pero no lo engañaban. Podría reconocerla estuviera donde estuviera.

No la distinguió en ninguna de las primeras camas, así que continuó caminando. Se detenía ante cada nuevo cubículo y estudiaba a las pacientes a través de las paredes de vidrio.

El proceso se fue repitiendo hasta que llegó casi al final de la sala. Ahí la encontró.

Dormía con la cara mirando hacia el cielo, apoyada sobre una mullida almohada. La sábana de color celeste claro la cubría hasta nivel

de la cintura. Sus brazos descansaban a los lados del cuerpo.

Presionó el botón que abría la puerta, que se deslizó en silencio. Entró en la habitación y en pocos pasos quedó al lado de la cama y apoyó la pequeña caja de alambres metálicos sobre el colchón.

Sacó dos tubos de vidrio con tapa morada de la gradilla. Unas gotas de líquido transparente llenaban el fondo. Su propósito era evitar la coagulación de las muestras de sangre que se vaciaran en su interior. Para él no tenían ninguna función como tal, pero el conjunto servía de señuelo.

Un detalle dentro de su disfraz.

Se colocó dos guantes de látex y retiró la tapa de la jeringuilla. La aguja brilló como un puñal a la luz del sol.

***

Mantovani llegó a la entrada del ascensor y presionó el botón de llamado. Los números comenzaron a disminuir hasta llegar a la planta baja.

Entró en el interior y presionó el seis. Apoyó la espalda contra una de las paredes y cerró los ojos. Empezó a vagar sin rumbo fijo, como un merodeador errante en las dunas de su memoria.

Una sensación de inercia lo hizo despegar los ojos. Las puertas se abrieron y obligó a su cuerpo a salir. No quería hacerlo. Hubiera preferido quedarse encerrado en la cripta de metal, dejando que sus pensamientos le brindaran placeres mucho más intensos. Sin embargo, su sentido común le decía que el mundo real era igual de necesario. Era la fuente de imágenes para su mundo de sueños. Sin uno no podía existir el otro.

Eso lo sabía bien. Pronto también lo sabría Amelia/Luciani y poco después la señora Marionetta.

Se sentía como un niño pequeño al saber que ya es diciembre, el ansiado día de Navidad a la vuelta de la esquina. La Sala de Patología Obstétrica era su arbolito y la señora Marionetta uno de los tantos regalos que le traería Santa Claus. Uno de esos grandes paquetes envueltos en llamativos papeles, con vistosos lazos de múltiples colores y que no muestran pista alguna de su contenido. La espera era dulce, pues todo en su interior le decía que valía la pena. En particular la señora Marionetta.

Mantovani entró a la sala y saludó a las enfermeras que salían del

turno. Las pacientes, sentadas en sus camas, veían en la televisión las noticias o se peinaban el cabello. Otras seguían dormidas. Uno de los internos movía el transductor de un monitor sobre el abdomen de una paciente, buscando un elusivo foco fetal. Lo encontró pronto y lo fijó en posición con una cinta que le daba la vuelta por detrás de la cintura. Presionó un botón y una tira cuadriculada de papel comenzó a correr, graficando la frecuencia cardíaca.

Tenía buenos internos a su cargo, así que sabía que no tenía que preocuparse en supervisarlo. Si encontraba algo raro lo buscarían y le presentarían el caso, como debía ser. Si no, esperarían hasta el momento de la visita.

Era agradable trabajar con personas que sabían hacer su trabajo.

La señora Marionetta todavía dormía. Estaba acostada sobre su lado izquierdo, con las manos debajo de la cara. Fue al carro de expedientes y tomó el de ella. Lo estudió con cuidado. No aparecían evidencias de infección aún, así que podía mantener la conducta expectante por el momento.

Necesitaba tiempo. El problema Amelia/Luciani era una piedra preciosa en bruto y requería pulir algunas asperezas. Mientras no solucionara ese problema, no podía encargarse de la señora Marionetta. Caminó hacia su habitación, expediente en mano, para hablar con ella en persona. En alguna parte de su percepción consciente escuchó, a lo lejos, la puerta de la sala abrirse.

Llegaba ya a la entrada del cuarto cuando escuchó un sonido casi detrás de él.

—¡Deténgase! —la orden era un grito.

Sintió una mano sacándolo del paso, empujándolo hacia un lado. Se enredó con su propio pie y perdió el equilibrio. Al ir cayendo logró distinguir al doctor Hatcher saltando sobre un técnico de laboratorio que trabajaba en una cama cercana.

—¿Qué demonios se le metió? —fue todo lo que pudo pensar antes de caer al piso.

***

Hatcher subió los escalones con todas las fuerzas que le permitían sus pobres piernas. Las empujaba por delante de él como si fueran lanzas. Las clavaba en el piso y se apoyaba en ellas para empujarse hacia arriba, contra las fuerzas de gravedad, saltando los escalones de

dos o tres a la vez. Su corazón latía tan rápido que creyó que sufriría una arritmia cardíaca fatal, pero su cerebro no era muy receptivo ni lógico en esos momentos. El cansancio de sus músculos y la demanda de oxígeno generalizada no le permitían sostener una misma idea más que por uno o dos segundos.

Tenía que llegar al sexto piso a toda costa.

La escalera era un túnel sin fin. Estando cerca del agotamiento absoluto, apoyándose en el barandal para no dejar caer su cuerpo, vislumbró la puerta de la Sala.

La visión fue como una explosión. Un chispazo en un tanque de gasolina casi vacío. De los últimos vapores obtuvo la energía necesaria para el esfuerzo final. No calculó bien y la punta de su zapato se topó con el último escalón. Su cuerpo se vio frenado y el pie, sirviendo de pivote, lo hizo irse contra el piso. Metió las manos por delante para frenar el aterrizaje, lográndolo de una forma muy precaria. Sintió un dolor lancinante que se irradió por toda su mano como una llamarada de fuego.

No se percató del dolor mientras estuvo en el suelo, pero al intentar levantarse se apoyó sobre esa mano. La mínima presión contra el piso inició una descarga de impulsos nerviosos que lo hicieron irse contra el pavimento de nuevo, con dolor.

No podía derrumbarse ahora. Sintiendo que una cuchilla al rojo vivo desgarraba sus músculos por dentro del antebrazo se ayudó con las piernas para girar sobre su lado derecho. Colocó las rodillas en el suelo y con las fuerzas que le quedaban se levantó, hasta quedar parado frente a la puerta y empezó a correr de nuevo.

El sudor corría por su frente y empapaba su camisa. Llevaba la mano lastimada pegada al cuerpo, procurando protegerla lo mejor posible. El dolor se aplacó, pero una nueva ola podía incapacitarlo por preciosos segundos, de los que no disponía.

Atravesó la sala en un santiamén, atrayendo sin querer curiosas miradas de las pacientes y enfermeras de la sala. Avanzaba de cuarto en cuarto, mirando hacia ambos lados en busca del sospechoso. Pasó la estación de enfermería y otros dos cuartos. Pacientes, camas, médicos, enfermeras, pacientes, camas. Uno de los funcionarios de la sala caminaba con un expediente en la mano. a pocos pasos delante de él. Nadie sospechoso.

Al llegar al final de la sala y creyendo que Hobt le había tomado el pelo, su corazón dio un vuelco. Dándole la espalda, cerca de la cama de

una paciente, un hombre vestido de blanco. No lo reconoció como ninguno de los médicos de la sala. A su lado descansaba una gradilla de metal y varios tubos de vidrio.

Sostenía una jeringuilla en la mano.

Los recuerdos de los últimos días lo golpearon desde puntos desconocidos de su cerebro. En su cabeza resonaron las palabras del patólogo.

—Busque a cualquier persona en actitud sospechosa, vestido de personal médico o de enfermería. Es el escudo que usa para acercarse a sus víctimas.

Dio un paso indeciso en su dirección. No lograba distinguir ningún rasgo particular de su persona. Cabello corto, castaño claro. Una bata blanca, bastante común. Pantalones de mezclilla de un azul oscuro.

Acercando la aguja al brazo de la paciente. Entonces se percató de algo: la paciente no estaba despierta. Dormía.

¿Qué pensaba hacer? ¿Sacarle la sangre sin despertarla? Él se hubiera despertado con solo sentirlo a su lado o, en última instancia, al ponerle el torniquete.

¿Dónde estaba el torniquete? Su brazo estaba libre de aditamentos de cualquier tipo, con excepción de un pequeño sello que salía de alguna vena de su muñeca.

Y la punta de la aguja estaba sobre la superficie del sello.

—¡Deténgase! —se escuchó gritar.

Todo pensamiento racional lo abandonó. Se lanzó contra el hombre de la bata blanca.

Empujó con la mano a alguien que se interponía en su camino. El laboratorista miró hacia atrás, con la jeringa en la mano. Sus ojos no mostraron la mínima sorpresa.

Hatcher se le fue con todo su peso encima. El extraño soltó la jeringuilla ante el impacto y cayó encima de la paciente, quien lanzó un grito y con ambas manos empujó el cuerpo que la aplastaba. Hatcher recuperó el equilibrio, apoyando la mano sobre el colchón. Agarró al laboratorista por la bata y lo lanzó al piso. La gradilla se resbaló y se fue con sus tubos al suelo. Los pedazos de vidrio saltaron, pequeñas criaturas sin vida de cortante filo, dispersándose por los mosaicos.

El laboratorista no se defendió, ni se levantó. Se encogió como un ovillo, asumiendo una posición fetal, cubriéndose la cabeza con la mano.

—¡No me lastimes, por favor! —repetía como en una letanía.

Su tono de voz era plañidero, patético. Sincero.

Algo estaba mal. Esa no era la actitud de un frío asesino.

Hatcher se congeló al lado del suplicante cuerpo. Comenzó a retomar conciencia del dolor que surgía de su mano izquierda. Empezó a frotársela en silencio.

—¿Qué cree que está haciendo? —gritó la paciente. Se levantó de la cama y, para su sorpresa, se acercó al caído. Arrodillándose a su lado alzó su cabeza y la colocó sobre su regazo, susurrándole que todo estaba bien.

—¿Lo conoce? —preguntó Hatcher alejándose de ellos. No le gustaba el cariz que estaba tomando todo.

—¡Claro que sí! Es mi primo. Vino a sacarme unos exámenes de laboratorio. ¿Por qué lo atacó?

Hatcher no pudo hablar. No tenía excusas y lo sabía.

—No lo sabemos, pero le garantizo que lo averiguaré.

Hatcher se dio la vuelta al escuchar la voz. Se percató por primera vez de que tenía una multitud de personas paradas detrás, atraídos por la conmoción y los gritos. Varios de los funcionarios lo miraban con extrañeza, uno de los cuales se daba manotazos en la bata para limpiarse el polvo recogido en el piso con su caída, tras el empujón recibido.

Sin embargo, ninguno de ellos fue quien habló.

Araujo lo miraba con severidad a la entrada del cuarto.

—Doctor Hatcher. ¿Le importaría decirme qué pasó aquí?

No quería discutir sus emociones en público, pero era evidente que Araujo no se lo iba a permitir. Era el Gran Juez Inquisidor y quería un juicio público y, de ser posible, una ejecución sumaria.

Lo que no sabía era que Hatcher no iba a quedarse callado. Si quería que hablara, eso era justo lo que iba a hacer.

Después de todo, fue él quien lo pidió.

—Fue un error, lo admito. Pero mis intenciones distaban de ser fruto de un ataque de locura. Pensé que era el asesino, eso es todo.

El silencio fue absoluto. Un brillo maligno refulgió en los ojos de Araujo, pero no hizo nada para detenerlo. Poco a poco fue apareciendo una sonrisa en su rostro.

—¿Asesino? ¿De qué está hablando?

—Usted lo sabe muy bien. No se haga el inocente. Hay un asesino suelto entre nosotros y usted es en parte responsable de que permanezca libre.

Araujo miró alrededor suyo, a los otros médicos y enfermeras.

—Me va a disculpar, pero que yo sepa nadie ha sido asesinado en ninguna parte de este hospital, y de haber sido así, yo hubiera sido la primera persona en tomar cartas en el asunto.

—¡Por favor! Deje de actuar. La señora Calvet y la señora Ellis fueron víctimas de un desalmado asesino y las autopsias lo demuestran.

Araujo lo miró como si fuera un loco sin remedio.

—La señora Calvet fue enterrada sin autopsia y la señora Ellis murió de una embolia de líquido amniótico. Si usted se siente culpable porque ambas eran pacientes suyas, debería preocuparse por hacerse un examen de conciencia, en vez de echarle la culpa a otros, ¿no cree?

—*¡Auch! Eso me dolió* —dijo su voz. No le dio tiempo de enterrar el puñal más profundo. Siguió hablando:

—Nada que hacer. El asesino parece ser muy listo y cuidadoso. Sin embargo, la autopsia que el doctor Hobt efectuó en el cuerpo de la señora Ellis muestra lo contrario.

—Creo que el doctor Hobt ya le dijo que no existió evidencia de mano criminal en la muerte de la señora Ellis.

Era hora de usar su as bajo la manga.

—Tal vez antes, cuando lo tenía bajo su control. Ahora no debería estar tan tranquilo. Hobt descubrió la verdad y cómo usted encubría las actividades de ese miserable. Fue él quien me llamó para avisarme que debía actuar pronto.

—Así que —dijo Araujo pronunciando cada palabra, como si las pesara—¿Hobt lo llamó y le dijo que el asesino estaba en la sala y que debía correr a detenerlo? ¿Y usted corrió y atacó a un pobre laboratorista que solo hacía su trabajo?

—*Soy solo yo o algo raro está pasando.*

—Puede decir lo que quiera, pero él apoyará mis palabras —dijo Hatcher.

—Llevo varios minutos escuchando —dijo la voz del doctor Hobt, casi oculto detrás del cuerpo de la doctora Palm—y lamento decirle que no sé de qué habla. Es más —dio un paso al frente—, creo que debe ir a buscar ayuda psiquiátrica. Su obsesión con la muerte de sus pacientes se está convirtiendo en un problema que comienza a afectar su juicio

profesional y tal vez hasta mental. De veras, ya estoy cansado de decirle que la muerte de la señora Ellis fue natural. Además, jamás lo llamé y mucho menos para cambiar de opinión.

Hatcher sintió como si le tiraran un balde de agua fría. Casi podía sentir su voz gruñendo, repitiendo: *Lo sabía, lo sabía.*

A Araujo no le importó ventilar el tema porque eso era lo que quería. Dejarlo en ridículo, como si fuera candidato para iniciar tratamiento con litio o para una terapia de electroshock. Lo dejaron y terminó ahorcándose con su propia soga.

Hobt estaba involucrado en todo hasta el cuello. Se dejó engañar y llevaba todas las de perder. Era su palabra contra la del Director Médico y el Jefe del Servicio de Patología, quien a su vez realizó la autopsia y afirmaba que las muertes fueron naturales. Defunciones de pacientes bajo su cargo.

Datos que gracias a su pequeño espectáculo eran de conocimiento público. Justo lo que Araujo quería.

La ira lo invadió y sintió cómo su cuerpo se lanzaba contra Hobt, con las manos extendidas. Veía el rostro a pocos metros de él. Intentó alcanzarlo, sin llegar nunca a tocarlo. Poco a poco recuperó el control. Las manos que lo tenían agarrado por los hombros para detenerlo se aflojaron.

Araujo lo miró con una expresión de triunfo. Bajó los ojos hacia su mano, ya bastante hinchada y de un ligero tinte azulado.

—Vaya al cuarto de urgencias para que le atiendan esa mano. Luego espero verlo en mi oficina. ¡Hoy!

Araujo se acercó al laboratorista, que parecía recuperado del trauma emocional del ataque.

Hatcher decidió que era mejor alejarse. Cabizbajo, atravesó el muro de gente que lo rodeaba y salió de la sala.

***

Mantovani terminaba de limpiar su bata cuando escuchó a Hatcher mencionar la palabra “asesino”.

Levantó la mirada de forma casi automática hacia el rostro de Hatcher. Este no lo miraba, pues toda su atención estaba enfocada en Araujo. Se veía el desafío brillar en sus ojos.

Su primera reacción fue de pánico. El terror se extendió por su

cuerpo con la potencia de una onda expansiva, congelando todos sus miembros en un espasmo doloroso que lo petrificó en su sitio. Los músculos de su cuello se tensaron como vigas de suspensión a ambos lados de su cara. Miró a su alrededor, esperando ver los ojos de la concurrencia dirigidos sobre su persona.

No fue así. Nadie le prestaba atención. Todos miraban en silencio a Hatcher.

Poco a poco se fue tranquilizando. Sus músculos se relajaron y su corazón recuperó el ritmo habitual. Al parecer nadie sabía de qué estaba hablando. El miedo fue dando lugar a una sensación de alivio similar, pensó, a lo que debía sentir la presa que se escapaba por pocos milímetros de las acerinas fauces de una trampa. Era tan intensa y embriagadora que tuvo que hacer un esfuerzo para no reír de la pura alegría.

Hatcher no sabía la verdad, pero tenía sospechas. No se dejó engañar, como los demás, por las aparentes causas naturales que rodearon cada una de las muertes.

Se guio por sus instintos y se adentró en la oscuridad perpetua que flota en el reino de las medias verdades. No pudo dejar de sentir un destello de admiración por su adversario, que desconocía cuán cerca estaba de lo que buscaba.

Sus dedos rozaban la verdad, pero fallaba en poder agarrarla. Estaba tanteando en la oscuridad, manteniendo la mano extendida.

Tarde o temprano podía atrapar algo. Para sorpresa suya, le agradó la idea de que alguien ya lo supiera, aunque no estuviera tan bien enterado de la realidad. Muchas veces lo asaltó la tentación de contarle a alguien, a quien fuera, lo que era capaz de hacer; su misión, sus antecedentes, su verdadero origen.

Un prudente instinto de auto conservación lo mantenía a raya y procuraba tenerle la boca cerrada. Sin embargo, la situación era a veces desesperante.

Recordaba la muerte de la señora Ellis. Su cuerpo casi sin vida, luchando por vencer la cataclísmica respuesta de su propio organismo a un extraño invasor. Los latidos electrónicos que se elevaban desde los monitores de la unidad de cuidados intensivos. El soplido que se originaba con el subir y bajar del fuelle que, dentro de un cilindro de plástico transparente, empujaba el oxígeno a unos pulmones congestionados.

Ajeno a todos estos factores, que eran guardados en su memoria con

una precisión casi automática y que servían para ilustrar un florido mundo de colores e imágenes, sonidos y olores, sensaciones y texturas, Mantovani se moría por decirles dónde se equivocaban.

Quería guiarlos en su ignorancia por los caminos de la sabiduría y el entendimiento, pero sabía que no podía hacerlo. Se mantenía callado. Se daba el lujo de una tenue sonrisa cuando alguien decía algo que estaba cercano a la realidad o un movimiento dubitativo de su cabeza cuando ocurría lo contrario.

Si alguien preguntaba su opinión, él la expresaba de manera concisa y clara, sin ahondar mucho en detalles y sin mentir. Cuando alguno de sus colegas le intentaba refutar un diagnóstico, cerraba los ojos y decía que el tiempo diría la verdad.

Hasta ese momento, las autopsias siempre le dieron la razón. Era un poco difícil equivocarse cuando uno se sabía las respuestas de antemano.

Y ahora que alguien sabía por fin la verdad, seguían sin reconocer su potencial artístico. Hatcher descubrió la obra de arte escondida detrás del corriente lienzo, pero desconocía la mano que portaba el pincel.

Era lo mejor para su seguridad personal. El simple hecho de que ya no fuera un secreto abría todo un espectro de posibilidades.

Hatcher pasó a su lado sin mirarlo siquiera, cabizbajo y con la mano apoyada al cuerpo. Lo miró alejarse, mientras una curiosa idea tomaba forma.

A la vida del doctor Hatcher le faltaba un poco de emoción y él estaba dispuesto a brindársela.

El laboratorista se levantó, apoyado en su prima. Araujo no paraba de hablar, disculpándose por la conducta irresponsable de Hatcher y asegurándole que no se volvería a repetir.

Hobt, a su lado, estudiaba toda la escena en silencio.

Dejaron a la paciente en su cama y luego de despedirse de ella y pedirle nuevas disculpas, acompañaron al laboratorista fuera de la sala. Desde algunos metros de distancia pudo percibir el aroma del perfume que llevaba encima. Era una esencia fuerte que le recordó a su padre. Lo vio en sus recuerdos parado en el baño, echándose cantidades ingentes del contenido del frasco color verde. En dorado, la imagen de un hombre a caballo.

Polo de Ralph Lauren.

Une huella mnémica que no podía olvidar y que le dieron ganas de

estrangular al portador. En el bolsillo ostentaba un distintivo plastificado, con el emblema del Hospital y una foto. Al pasar a su lado leyó el nombre.

Roberto Duval.

Algo no estaba bien dentro de esa cabeza. Nadie que es atacado se tira al suelo y deja que le entren a golpes. Ya averiguaría. Había entrado en su zona de atención y después de entrar era casi imposible salir.

Más difícil que mantener un secreto por mucho tiempo.

Hatcher le demostró que era así.

CAPÍTULO 23

—¡Usted y sus fantasías ya me tienen cansado! ¿Qué demonios creía que estaba haciendo?

Hatcher no contestó. Miró su mano izquierda que, envuelta en una férula de yeso, descansaba sobre un cabestrillo que le colgaba del cuello. Ya no le dolía, gracias a la inyección que le pusieron en el cuarto de urgencias y a los analgésicos que estaba tomando, pero persistía una molesta sensación punzante en los tejidos profundos, que se agudizaba al intentar moverla.

—Usted lo sabe mejor que yo —respondió por fin con un dejo de cansancio.

—Le advertí desde el principio que quería que dejara todo tranquilo y usted decidió no escuchar. Prefirió pasar por encima de mi autoridad y consejos, lanzándose a una cacería de brujas. Allí tiene el resultado —y le señaló la mano lastimada.

—Le agradezco la preocupación, pero me queda otra. Además, cargar este brazo me va desarrollar los músculos del cuello

—No es necesario ser sarcástico.

Araujo estaba molesto y lo demostraba golpeando su escritorio, mientras aspiraba hondo, como si procurara que el aire al entrar a sus pulmones lo ayudara a controlarse. Después de su tercera inspiración retomó la palabra.

—¿Tiene alguna idea de quién era la persona a la que atacó?

—Creo que no. Pensé que era el asesino, pero cometí... perdón, me hicieron cometer un error.

—¡Deje la tontería del asesino! —gritó Araujo exasperado, haciendo sonar el puño sobre la mesa con violencia.

Su pulcra cabellera lucía despeinada y un mechón de blancos filamentos le caía sobre la frente. Hatcher sonrió para sí al verlo tan molesto. Por lo menos podía hacerle la vida miserable.

—El hombre al que atacó comenzó a trabajar la semana pasada. Según su propia prima, ya sabe... *la que iba a ser asesinada*... tuvo una

infancia muy desdichada, que involucró períodos de hospitalización por traumas a repetición y una extensa asesoría psicológica por el abuso al que fue sometido por sus padres.

—¿Abuso infantil? —preguntó Hatcher al recordar el cuerpo tirado en el piso.

Un ovillo humano que se cubría la cabeza con las manos y que no cesaba de pedir que no lo golpearan.

—Dio en el clavo. El señor Duval fue atacado por sus padres en múltiples ocasiones siendo niño. Uno de los peores casos de abuso infantil de los que he escuchado y le aseguro que he presenciado muchos. Duval se fue a vivir con una tía, que logró brindarle el afecto que nunca tuvo. Pero su personalidad se vio afectada por lo sucedido. Estoy seguro de que usted se dio cuenta.

Hatcher se quedó en silencio, pero ya no se sentía tan bien como antes. Una molesta sensación de culpa le oprimía el corazón y le comenzaba a molestar tanto como el dolor de su muñeca.

—Fue un brillante estudiante durante toda su vida, pero con una introversión marcada. Pudo haber sido un excelente médico, pero su personalidad no iba con la competitividad del campo y decidió escoger una rama alternativa, impersonal quizás. Quería tratar con pacientes, pero sin las presiones que esto involucraba. Consiguió empleo en el hospital sin mayores problemas. ¡Lo último que necesitaba era que alguien lo atacara cuando realizaba su trabajo!

No se le escapaba a Hatcher las sutiles razones que impulsaban a Araujo. Se tomó la molestia de relatarle todos los pormenores de la vida del señor Duval con el único propósito de hacerlo sentir culpable.

—*Y lo consiguió* —dijo su voz con resignación—. *Una maldita obra de arte.*

Hatcher no pensaba pedir disculpas, menos a Araujo. En lo que a él se refería, no se equivocó. Un asesino merodeaba los predios del hospital; parecía tener una predilección muy particular por las mujeres embarazadas, y tanto Araujo como Hobt eran unos imbéciles. Lo que todavía no dilucidaba era si querían hacerse o lo eran en verdad.

Todo era tan evidente a sus ojos que no comprendía cómo no se daban cuenta de lo que estaban haciendo. Sin embargo, como solía decir un profesor suyo de Química: “lo obvio no aclarado pasa inadvertido”.

También cabía la posibilidad de que sí supieran la verdad. Que solo quisiesen ocultarla o, inclusive, encubrirla. Eso sería peor. Existía una

gran diferencia entre ser simples ignorantes a cómplices de homicidio.

Araujo se quedó en silencio a propósito, dejando que las ideas expuestas hicieran suficiente mella en su objetivo. Transcurrido el tiempo apropiado, tomó un fólder amarillo que tenía a su lado y golpeó la superficie de la mesa con el canto, varias veces, sin quitarle la vista un segundo. Luego, lo dejó caer.

—Mi intención original era suspenderlo por tiempo indefinido e iniciar una investigación del caso, pero he reconsiderado mi posición. La muerte de un paciente siempre es traumática para un médico, sobre todo en su rama de trabajo. Tomando eso en consideración, voy a darle una última oportunidad. ¡Una sola! Aprovéchela al máximo.

El golpe de gracia.

No solo lo ignoraron, atacaron, embaucaron y dejaron en ridículo ante todo el personal del hospital, sino que ahora debía estar agradecido porque no lo despidieran. No podía caer más bajo.

Y el asesino seguía suelto.

***

Santos miraba el mundo a través de los opacos vidrios del auto y los lentes que llevaba puestos. A sus espaldas escuchó un chasquido y una súbita corriente de aire caliente y luz entró a su santuario. La molesta sensación pasó de una vez, acompañada del seco golpe de una puerta al cerrarse.

No se molestó en darse la vuelta. Levantó la cabeza y miró hacia el asiento trasero a través del espejo retrovisor.

El cambio era evidente y reconoció que su compañero era bueno. No se parecía en nada al laboratorista que saliera del auto en las primeras horas de la mañana.

Llevaba el cabello peinado hacia atrás y un par de anteojos de lente circular descansaban sobre el puente de su nariz. El bigote ya no estaba, al igual que la bata y la gradilla. Toda su ropa era diferente.

A su lado colocó una bolsa de gimnasia que debía esconder los utensilios utilizados para su representación. Si lo conocía bien, debía llevar puestas un par de botas vaqueras de tacón interno, para hacerlo ver un poco más alto de lo que en realidad era. Nadie reconocería en él al insignificante laboratorista que debió haberle causado tantos problemas al doctor Hatcher.

—¿Y bien? — preguntó Santos, abriendo la guantera y sacando dos latas de soda de su interior. Lanzó una al asiento de atrás y abrió la otra. El solo correr del líquido por su boca lo hizo sentirse mejor.

—Divertido, como siempre —dijo Duval, después de tomarse más de la mitad de la lata.

—¿Hatcher?

—Predecible como una cuenta bancaria. Entró a la sala hecho una furia, con la mano lastimada.

—¿Se lastimó?

—Sí; parece ser que en el apuro se cayó en las escaleras y se golpeó la mano. De cualquier forma, apenas me vio con la aguja se lanzó sobre mí y me tiró al piso. Por cierto, apunta que me deben los cinco tubos de laboratorio que se quebraron en la caída…

—Está apuntado.

—En eso llegó Araujo y me levantó del piso con la ayuda de Irene... lo que me recuerda, ¿tienes su número de teléfono?

Santos se dio la vuelta y lo miró por encima de los anteojos sin decir palabra.

—Está bien —dijo Duval echándose hacia atrás y colocando una mano por detrás de su cabeza—. Tenía que preguntar y ella de verdad que valía el riesgo. En fin, sucedió como esperabas. Mencionó muy ufano que existía un asesino en el hospital y que Hobt lo apoyaría. Debiste ver su cara cuando apareció Hobt y le dijo que estaba loco.

—¿Eso le dijo?

—No tan exacto, pero fue el concepto general que quedó flotando en el aire. Hatcher se enfureció y casi le salta encima. Si no hubiera sido porque dos de los médicos lo detuvieron, hubiéramos tenido que apuntar los gastos de hospitalización de Hobt en la cuenta. Luego Araujo lo mandó a curarse la mano como si fuera un chiquillo regañado y yo salí de la sala bajo la patética mirada de lástima de todos. Me atrevería a asegurar que nadie le hará caso a una sola palabra del doctor Hatcher por mucho tiempo.

—¿Así que su credibilidad quedó destruida?

—Destruida es un término que se le queda corto. Pulverizada, desintegrada, exterminada. Escoge tu favorito.

Santos volvió a tomar su posición en el asiento. Todo salió como fue planeado. Las acusaciones de Hatcher no serían otra cosa que ecos en la oscuridad para quien quisiera prestarle oídos por un segundo, si es que

alguien se tomaba la molestia.

—¿Alguna indicación de Araujo?

—Bueno —dijo Duval bajando la ventana y lanzando la lata de soda a un tinaco cercano—, me hizo jurar que…

—Sí, ya sé. Tenemos un encargo para la semana que viene. Me gustaría recordarle que no sufro de amnesia ni soy un retrasado mental.

—Si me formé una adecuada imagen de él en la conversación que tuvimos, estoy casi seguro de que antes del fin de semana tendrás oportunidad de decírselo en persona. No creo que vaya a quedarse tranquilo así por así.

Santos se dio la vuelta y torció los ojos en respuesta.

—Tienes razón, no lo hará.

—¿Ves? Debes tener cuidado con lo que pides. Se puede hacer realidad.

—No creo tener tan buena suerte. ¿Qué te dijo de Irene?

—Como era de esperar, pidió salida voluntaria. Después de todo, una amenaza de aborto no es causa de hospitalización. El único tratamiento que le recomendaron fue reposo, ¿puedes creerlo? Por cierto, según Araujo, ella espera su pago tan pronto como sea posible.

—Ese no es asunto nuestro —dijo Santos encendiendo el motor del auto—. Es trabajo de Hobt. Deja que él se encargue.

***

Mantovani terminó de pasar visita y de firmar expedientes alrededor de las 11 de la mañana. Sin otra cosa que hacer, decidió que necesitaba el impulso químico de una buena taza de café.

Era muy temprano para almorzar y muy tarde para desayunar, así que solo unas cuantas sillas estaban ocupadas. La encargada de la cafetería lo saludó y le preparó su taza de café correspondiente, pero sorbió el líquido sin grandes expectativas. La única persona que se preocupaba por mejorar la calidad de su café era Doris, así que ni siquiera se importunó en hacer comentario alguno. Pagó y se llevó la taza a medio llenar, deteniéndose en el camino para comprar el periódico del día. Con movimientos frutos de la experiencia, logró desdoblar el periódico con una sola mano, pues en la otra seguía sosteniendo la taza de café. No bien empezó a leer la primera plana, algo distrajo su atención.

Un hombre pasó a su lado. Llevaba puesta una camisa blanca manga larga y un pantalón negro. Un par de lentes redondos, a lo John Lennon, marcaban su rostro. El cabello, peinado hacia atrás y brilloso por la vaselina. Sus pasos resonaban en el piso de cemento por el golpear de los gruesos tacones de sus botas. En conjunto, parecía más un artista, y su presencia estaba fuera de lugar en ese ambiente.

Eso, sin embargo, no fue lo que llamó su atención, sino el aroma que lo envolvía como una segunda piel.

Polo.

No era un perfume común. Recordar a su padre dos veces el mismo día, cuando llevaba años sin pensar en él y todo por culpa de su perfume, casi logra que el periódico y el café se le escaparan de los dedos. Lo vio entrar en un carro verde estacionado al lado de un pequeño kiosco. Mantovani se acercó y pidió unas mentas. Mientras tanto no dejó de estudiar el carro. Presentía que había algo raro en todo el asunto.

Los vidrios del auto eran tan oscuros que no podía ver que ocurría en el interior. Esperó paciente para ver que ocurría y por suerte, cuando ya empezaba a perder la paciencia, la ventana del auto bajó y se asomó una persona, que lanzó una lata de soda a un tinaco de metal pintado de azul

El señor Duval, sin su bigote, con ropa distinta y el cabello peinado de manera diferente parecía otra persona. De no haber sido por el olor, jamás lo habría reconocido.

Tal vez esa era la idea. Después de todo, estaba saliendo de los predios del hospital en horas de trabajo.

Con su taza de café en la mano se fue acercando a la ventana abierta, mientras aparentaba leer el periódico. El conductor se dio la vuelta para hablar con Duval y por un instante pudo verlo con bastante claridad. Ese rostro también lo intrigó, pues le parecía haberlo visto en otra parte, en circunstancias muy distintas. Tenía memoria fotográfica para los rostros y estaba seguro de haberlo visto en otra parte.

La ventana subió, el motor del auto se encendió y salió con suavidad. Poco después se perdió de vista detrás de una curva. Terminó su café y lanzó la taza de cartón en un basurero cercano. Desenvolvió una de las mentas y la introdujo en su boca, procurando borrar el aliento a cafeína de su paladar.

Ibeth era muy quisquillosa al respecto y tenía que ir a buscarla para almorzar.

Regresó a la cafetería para buscar una mesa. Sacó su pluma y escribió en el borde del periódico el número de placa del auto. Luego, algunos detalles del vehículo. Debió tomarle una foto con su celular, pero pensar en su padre lo hacía perder la concentración. No reconoció la marca, pero con algo de investigación podía averiguarlo y presentía que era importante.

Al guardar la pluma fue que recordó dónde había visto al conductor. En ese instante estaba sentado en la mesa que él ocupó. Lo vio vestido de blanco, con un estetoscopio al cuello, escribiendo en una libreta y tomándose un refresco la mañana que se hizo cargo de la señora Ellis. Lo tomó por un médico interno nuevo.

Ahora lo veía en un día de trabajo, escapando del hospital en compañía de un extraño laboratorista que se tomó demasiadas molestias para no ser reconocido.

Mantovani, como raras veces le ocurría en su vida, no supo qué pensar.

CAPÍTULO 24

Hatcher apagó el motor, pero no se bajó del auto. Se quedó en su interior mirando hacia el oscuro cielo que se posaba sobre las copas de los árboles. A Daisy la tenía sin cuidado la noche. Sus ojos estaban centrados en él. El cariño y la preocupación que la embargaban eran patentes.

No estaba seguro de qué le molestaba más. El hecho de que lo engañaran o el haber sido tan ingenuo como para caer en sus redes. Por alguna razón, estaba seguro de que eso era algo que no hubiera podido evitar. Araujo no era ningún tonto y ese fue su error. Lo subestimó.

Se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del auto. Una fresca corriente de aire cargado de humedad golpeó su cara. El susurrar de las hojas movidas por el viento era a la vez tranquilizante y amenazador.

Hizo girar su llavero varias veces en la mano derecha, pues la izquierda seguía colgando de un cabestrillo. Tenía decenas de llaves, algunas ni recordaba para qué servían, sujetas por un aro de metal del que pendía un adorno en forma de *Ojo de Wadjet*. Un regalo que ni recordaba cuanto tiempo llevaba con él.

—*No exageres* —dijo su voz con sorna—. *Tres años para ser exactos. Fue Massiel, ¿verdad?*

Massiel. Massiel Teller.

La que iba a ser su esposa y la madre de su hijo.

Daisy no conocía el origen del llavero. Nunca preguntó.

—*La culpa no es de ella* —dijo la voz, acusadora—. *Tú no se lo hubieras dicho de todos modos*

Tenía razón. Su esposa no conoció a Massiel. Desconocía esa parte de su pasado y él no estaba apurado en darle esa información.

—*¿Alguna vez has pensado que todos tus problemas con Daisy radican en eso?*

—*No te me pongas freudiano* —le contestó a su voz—. *No necesito que me psicoanalices.*

—*No te me pongas pinochiano* —*satirizó* la voz—. *Tienes tantos problemas que ya ni te das cuenta que estas hundido en ellos.*

Eso era cierto, lo sabía, pero no quería aceptarlo. Daisy no era el problema.

—¿En qué piensas? —le preguntó su esposa. El resfriado mejoraba y, aunque la oía estornudar de vez en cuando, la tos ya no era tan estruendosa.

Se percató de que ella lo miraba y una onda carmesí se extendió por su rostro.

—*Por suerte no sabe leer la mente* —comentó su voz, casi riéndose en el fondo. Siempre le gustaba tener la última palabra y no con el propósito de dejarlo pensar en paz.

—No quieres saber— le contestó a Daisy.

No le estaba mintiendo. A pesar de estar casados desde hacía dos años, no se atrevía a contarle sobre esa parte de su vida. Se moría por decirle todo. Desahogarse en ella y pedirle su consejo. Era su confidente y le constaba que poseía mejor sentido común que él.

Y él, hecho un enredo. Como siempre.

El llavero giraba en su mano como las aspas de un molino. Las figuras dentadas se sucedían una tras otra, sin que diera con la que abriría la puerta principal. Su desesperación escaló y la rabia cegó su buen juicio, convirtiendo el llavero en un enemigo implacable. Empezó a sacudirlo con fuerza, hasta que sintió un toque frío en el brazo y todo se congeló. Su brazo dejó de moverse y las llaves se detuvieron con un sonido metálico. Giró y se encontró con la mirada fija de Daisy.

Ella, sin decir palabra, tomó el *Ojo de Wadjet* y buscó con calma. Localizó una llave y la introdujo en la cerradura.

—Ahora que ya resolvimos este problema —adujo, soltando la llave —, tal vez sería buena idea que me contaras qué te está comiendo por dentro.

Estuvo a punto de responderle que nada, en un tono sarcástico o despectivo con la idea de herirla. Se contuvo a tiempo. No se lo merecía.

—Es una historia muy larga —fue todo lo que le respondió abriendo la puerta.

—Bueno —contestó ella entrando a la casa, sin dejar de mirarlo—. Ya me siento mejor y no tengo nada mejor que hacer. ¿Y tú?

Hatcher no le respondió. Se fue al dormitorio y, sin quitarse la ropa,

se tiró en la cama y cerró los ojos. Escuchó los pasos de Daisy en el cuarto y sintió como el colchón se hundía a su izquierda. El calor que despedía su cuerpo era una sensación agradable y de forma casi involuntaria se acercó un poco.

Se quedaron en silencio, uno al lado del otro, por varios minutos. Después, sin darse cuenta, empezó a contarle lo que le sucedió.

Sintió un leve movimiento de su esposa al mencionar la llamada de Hobt y el cariñoso roce de sus dedos sobre su mano lastimada al relatarle su aparatosa caída.

Cuando llegó a la parte de la conversación con Araujo, el colchón regresó a su posición original. Al abrir los ojos, Daisy estaba parada al lado de la cama. Una furia tensa se reflejaba en su rostro. Los brazos cruzados sobre el pecho, con un ligero temblor.

—Malditos, desgraciados —farfulló entre dientes.

—Si te refieres a Araujo, te acompaño en el sentimiento.

—No solo a Araujo. ¡A todos los incluyo en la misma maldita categoría!

—Eso suena a mucha gente. Por ahora incluye a Araujo y a Hobt.

—Voy a asumir que por culpa del golpe no estás pensando bien —dijo, enfocando su rabia en él.

Tenía los párpados entrecerrados y sus ojos parecían despedir rayos detrás de esas largas pestañas. Hatcher se enderezó en la cama ante la fuerte mirada y por un breve instante temió que ella perdiera el control.

La sensación duró poco. Conocía bien a su esposa. Tenía el temperamento un poco volátil y soltaba todas sus frustraciones en la persona que tuviera cerca, que casi siempre era él. Por fortuna, sabía manejarla.

O por lo menos seguía intentándolo.

—Han sido demasiadas cosas para un solo día —y al decir esto cerró los ojos otra vez—. Estoy cansado de sus juegos.

La rabia de Daisy pasó tan rápido como vino. Le dio la vuelta a la cama y se sentó a su lado. Tomó su mano entre las suyas y apretó con fuerza.

—Mira —la voz femenina sonaba muy civilizada—, a mi parecer fuiste víctima de una bien planificada mascarada. Para comenzar, Hobt te llamó antes de tu hora de entrada a trabajar, así que sabían que andabas por ahí. Eso indica que, o te estaban vigilando o estaban

pendientes de tu llegada para poner en funcionamiento su plan.

Por alguna razón, desconozco cuál, pero me atrevería a asegurar que por un problema de comunicación con su jefe, Hobt te hizo caer en cuenta de la presencia de una mano criminal en la muerte de la señora Ellis. Cuando hablaste con Araujo, él se dio cuenta de la metida de pata de Hobt y le avisó que debía cambiar su posición.

Sabían que la única persona que te haría reaccionar ahora como ellos querían era el propio Hobt. A Araujo lo habrías ignorado y un informante anónimo te hubiera puesto en guardia, pero jamás habrías actuado con la celeridad que lo hiciste. En cambio, una llamada de él retractándose y solicitándote ayuda era demasiado. Lamento decirte que tu reacción fue muy predecible.

—Gracias.

—No tiene sentido ser amable en este momento. La verdad es una cruda realidad. De cualquier manera —expuso ella, volviendo a cambiar el tono de voz casual—, actuaste como se esperaba y entraste a la sala buscando a un presunto asesino. El punto es, ¿por qué se tomaron la molestia?

—Querían que hiciera el ridículo.

—Es probable, pero ¿cómo conseguirlo? La llamada no era suficiente. Necesitaban que hicieras algo, así que crearon la situación ideal.

—Bienvenido al mundo de la realidad virtual —murmuró él. Por un momento se sintió viejo y cansado.

—Exacto, *mon cher*. Entraste a la sala buscando a un asesino y te encontraste con un laboratorista.

—La paciente estaba dormida y él tenía la aguja apoyada sobre el sello, no sobre la vena.

—A eso me refería cuando dije *todos*. Para que esto funcionara, y de por sí ya es una trama bastante complicada, el laboratorista y la paciente debían estar involucrados también.

Hatcher se le quedó mirando estupefacto, mientras ella seguía explicando.

—Comienzas a comprender la magnitud de esto, ¿verdad? El laboratorista quizás trabaja para Araujo. Estaba en una pose artística cuando tú llegaste. Si no hubieras reaccionado, algo adicional habría hecho. Lo importante era que interactuaras con la escena. Para ellos hubiera sido suficiente con que gritaras o le pusieras una mano encima. Un buen actor sabe improvisar.

—Me parece un poco traído por los cabellos.

—No si lo analizas con calma. ¿Cómo explicas que Araujo apareciera justo en ese momento? ¿Estaba en la sala cuando llegaste?

—No, no estaba.

—¿Ves? Atacaste al laboratorista, que por cierto fue una maniobra muy tonta de tu parte, pero que te voy a perdonar por esta vez.

—Gracias —y arrugó los labios al decirlo.

—Segundos después —siguió ella, ignorándolo—, con el hombre tirado en el piso y su supuesta prima arrodillada a su lado, aparece Araujo como un ángel justiciero. ¿De dónde crees que salió? ¿De la nada? Qué va, mi amor. Esa resbalosa serpiente te estaba esperando oculto en alguna parte.

Hatcher comenzó a sentir que le dolía la cabeza.

—¿Y Hobt? —preguntó, mirando al cielo raso.

—¡El cierre del telón! Araujo sabía, porque tú se lo dijiste, lo mucho que querías sacar todo a la luz. Cualquiera con dos dedos de frente sabría que no resistirías la tentación de proclamar, delante de todos, tu verdad.

—Eso no concuerda. Araujo siempre quiso evitar todo tipo de publicidad al respecto.

—Tal vez antes, cuando él no tenía el control. Pero recuerda que estabas en *su* escenario, con un libreto que él escribió y que se sabía de memoria. Además, en ese instante, creías que Hobt estaba de tu lado. Su aparición, refutando lo que afirmaste ante Araujo con tanta vehemencia, sirvió no solo para hacerte ver como un loco ante todo el mundo, sino que destruyó cualquier posibilidad de que te presten atención a partir de ese momento. Cualquier mención que hagas de un asesino a partir de ahora se acompañará de risas y bromas a costa tuya. No te extrañe que uno de los psiquiatras del hospital se acerque a hablar contigo.

Sacudió su cabeza, incrédulo. Daisy tenía el futuro garantizado como detective privada si algún día decidía dejar su puesto en el banco.

—De verdad que son un par de vampiros —musitó, mirando al vacío.

—¿Cómo?

—Vampiros. Tú sabes, como Drácula.

—Sé lo que son, lo que no comprendo es qué tienen que ver con esto.

—Nada. Recordaba la historia de un viejo.

—Hace un tiempo —escuchó la voz de Quintero decir en lo profundo de su memoria—cuando trabajaba en el hospital, me tocó llevar un cadáver a la morgue. Fue un 15 de septiembre, hace tres años. Lo recuerdo bien porque fue dos días después de cumplir los 60 años. De cualquier forma, recuerdo llevar la camilla con el cuerpo. Eran como las dos de la madrugada y me sentía cansado, con sueño y con ganas de irme a la casa. Toqué el timbre una vez y casi de inmediato me abrió Nerio… Nelio… Eso es. Nelio. Bien, me ayudó con la camilla, pusimos el cuerpo en una de las refrigeradoras y me fui de allí, para ver si recuperaba el sueño perdido.

—No veo nada extraño.

—Déjame terminar. La enfermera de la sala donde murió la persona me había pedido que en el camino de regreso pasara por el laboratorio y dejara unas solicitudes para los exámenes de sangre que debían tomarse en la mañana. Para que no se me olvidara, los puse con el resto de los papales del cadáver y en mi cansancio se me olvidó retirarlos. Regresé, refunfuñando todo el camino de vuelta. Llegué a la puerta y toqué el timbre. Tuve que presionarlo cinco veces hasta que por fin me abrió Nelio. Apenas se asomó. Me preguntó qué pasaba, con un tono de voz bastante airado. Le expliqué lo que necesitaba. Sin decir palabra me hizo un gesto para que esperara y cerró la puerta.

—Sigo sin…

—Ya voy, tranquilo. Lo que pasó fue que no la cerró bien. En verdad, yo no pensaba que pasara algo extraño, pero no pude resistir la tentación de mirar. Lo que vi me dejó sin habla. Tenía el cadáver fuera de la refrigeradora, sobre una camilla, sin la sábana. En una mesa cercana vi tres gradillas llenas de tubos de vidrio, casi todos repletos de sangre. Nada de eso estaba allí antes.

Cuando iba a empujar la puerta él salió y me dio las solicitudes de laboratorio y volvió a cerrar. Me quedé pasmado un buen rato antes de irme.

—¿Cómo que te fuiste? Debiste denunciarlo.

—Lo hice. Por la mañana busqué al doctor Hobt. Le dije lo que te acabo de contar.

—¿Y bien? ¿Qué dijo?

—Nada. Que era por el cansancio, que estaba alucinando, que Nelio era un fiel empleado ¡Basura! Yo sé lo que vi, pero también sé cuándo callarme la boca. Si Hobt protegía a Nelio era porque estaba de acuerdo con él. Y en lo que a mí se refiere, Araujo también.

—¿Por qué Araujo?

—*Por nada en particular, pero Araujo fue quien nombró a Hobt como Jefe de Patología. Eso debe significar algo.*

—¿Te sientes bien?

Demoró un poco en reaccionar y darse cuenta de que dormitaba, mientras Daisy lo observaba, pasándole la mano por la cabeza.

—De maravilla— afirmó, colocando su mano golpeada sobre la de Daisy.

***

Mantovani apagó todas las luces de la casa. La única fuente de iluminación, destellos ondulantes matizados de vítreos contrastes, provenían de la lámpara que colgaba del techo del cubo mágico que era su pecera.

Colocó una silla a pocos metros del luminoso espectáculo y se sentó en las sombras. Apenas distinguía sus propias manos con la ayuda de la pálida luz, pero eso carecía de importancia. Sus ojos estaban fijos en el movimiento de los peces. Era un grupo nuevo, pero igual de fascinante.

Las hojuelas depositadas en la fluida superficie descendían con pesadez; eran copos marrones que se balanceaban en suave caída. Dos *gouramis* relacionaban la presencia de su amo con los alimentos y desde su llegada al cuarto se movían. Incesantes, de un lado a otro. Al sentir las partículas se lanzaron como proyectiles contra su objetivo, en una competencia de glotonería que ninguno de los dos quería perder. Un *pez ángel*, mucho más paciente y austero, se movió con elegantes desplazamientos de sus aletas en pos de las partículas cercanas, sin preocuparse de perseguir las que se le escapaban. Dos *lionheads goldfish* jugueteaban cerca del fondo, interesados en el alimento que se quedaba atrapado allí.

Él se identificaba con el pez ángel. Los *gouramis* eran muy intranquilos. Hiperactivos en su opinión. Si fuera uno, empezaría a pensar en la posibilidad de adquirir un desfibrilador cardíaco portátil para llevarlo a todas partes, por seguridad.

Los peces dorados eran un poco más inteligentes. No andaban desperdiciando energía sin necesidad. Se colocaban en una posición estratégica y esperaban a que el alimento les llegara del cielo. Esto, sin embargo, tampoco iba con su personalidad. Al igual que lo desesperaba el apuro de unos, lo exasperaba la pasividad de los otros.

En eso era diferente el pez ángel. Era elegante, jamás parecía desesperarse y nunca se quedaba sin conseguir lo que requería para subsistir. Iba a lo que iba. Sin aspavientos ni excusas. De haber contado con una mayor contextura, habría sido un formidable depredador.

Por lo general, el simple hecho de observar el movimiento de los peces era suficiente para relajarlo y ayudarlo a encontrar el estado de paz mental en que siempre procuraba mantenerse. Esa noche no lo lograba, y al parecer no lo conseguiría.

Se sentía un gourami en pleno frenesí. Hatcher era el alimento.

La sola idea de saber que él sospechaba de la existencia de un asesino, de *su* existencia, era suficiente para sacarlo de control. Quería mirarlo y decirle que él era a quien buscaba con tanto afán, pero sabía que eso era imposible.

No obstante, su deber era hacer algo por él. Después de todo, se lo merecía por haber sido el único en darse cuenta. Lo mínimo que podía hacer por él era confirmarle que no estaba loco.

Se moría por saber qué diría Hatcher al enterarse de que tenía razón. ¿Cuál sería su reacción? ¿Qué haría cuando fuera retado a detener la próxima muerte? ¿Aceptaría? ¿Pensaría que era una broma de mal gusto? La anticipación era suficiente como para mantener sus niveles de adrenalina al máximo.

A pesar de todo, un detalle seguía molestándolo. Opacando su dicha.

¿Qué pintaba el laboratorista en todo esto?

CAPÍTULO 25

El frío nocturno calaba en sus huesos como agujas incandescentes. Un gélido viento los circundaba y envolvía. Daisy, acostumbrada a los caprichosos cambios meteorológicos de las noches de octubre, se apretó el abrigo que llevaba sobre los hombros con una mano, mientras con la otra buscó la de su esposo, que se abría y cerraba buscando entrar en calor.

No llevaba la férula de yeso desde esa tarde, pues consideraba que no la necesitaba. Ella sabía que era mentira, pero no iba a discutir con su ego.

Al final de la vereda de baldosas de arcilla, que a Daisy le recordaron el camino amarillo de la ciudad de Oz, excepto que estas eran de un intenso color rojo, estaba parado uno de los amigos de la infancia de su esposo y a quien debían su intempestiva salida esa noche, a pesar de las inclemencias del tiempo.

David Levin debía tener unos cuarenta años, pero la demanda de fuerza que su línea de trabajo le exigía, lo mantenía en una excelente condición física. Los músculos de los hombros y brazos se abultaban por debajo del suéter negro que llevaba puesto. Tenía el cabello corto y su rostro carecía de arrugas. Estaba observándolos desde la distancia.

David y Diego crecieron juntos en el barrio, un área de viejos edificios de madera, lotes baldíos y pozas de agua estancada que le daban el aspecto de una zona de guerra después de una incursión nocturna. Cada día que pasaba se podía considerar una verdadera hazaña, pero lograron hacerlo a lo largo de los 16 años que vivieron allí. Luego, gracias a sus notas escolares, Diego ingresó a la Facultad de Medicina mediante una beca estatal. David, por su parte, se decidió por lo militar. A pesar de haberse separado, ambos siguieron en contacto toda la vida.

David nació en el lugar equivocado, en la época equivocada. La milicia y él fueron creados el uno para el otro, pero tuvo la mala fortuna de nacer en un país bajo una dictadura militar. Su ascenso fue vertiginoso y en poco tiempo ocupó una posición importante en los círculos del poder. Fue adentrándose en ellos y se fue haciéndose claro

ante sus ojos que las cosas no eran como esperaba. Los días de los grandes genios estrategas ya era historia.

La decadencia del sistema fue erosionándolo hasta que no pudo continuar y pidió su retiro voluntario. Después de muchos problemas de tipo personal logró encaminarse otra vez en el mundo y con el dinero que tenía ahorrado abrió el Servicio de Seguridad Ojo de Halcón, mejor conocido como SESOH. Diego esperaba que su amigo tuviera las herramientas necesarias para manejar el problema que tenía entre manos.

—¡Diego! —dijo con alegría, abrazándolo de manera efusiva.

Daisy no pudo evitar sonreír al ver esa mole de hombre alegrarse como un niño al ver a su amigo de infancia. Ella tampoco pudo escaparse de la ola de afecto y poco después se vio atrapada en el abrazo acaparador de David, quien la consideraba como la hermana que nunca tuvo.

—Daisy. Te ves tan hermosa, como siempre.

—Lo mismo digo.

—No te hagas la graciosa, pequeña. Estas comenzando a adquirir los malos hábitos de Diego y eso no es bueno. No, nada bueno.

Miró a Hatcher con picardía, pero la expresión cambió, al presentir que algo andaba mal.

—¿Qué ocurre, Diego?

—Nada que no se pueda arreglar. Eso espero, al menos.

Entraron a la casa y se sentaron en los cómodos sofás que adornaban la sala. Hatcher se llevó las manos al rostro y cerró los ojos, cansado.

David no habló. Miró a su amigo unos segundos y luego a Daisy, esperando que alguno de los dos se decidiera a empezar.

—Necesito tu ayuda —dijo el médico, sin abrir los ojos.

Poco a poco fue contando su relato, desde la muerte de la señora Calvet hasta el episodio con el laboratorista y con Araujo. No omitió detalles.

Al principio, David no entendió de qué le estaban hablando. A medida que los detalles se iban develando, comenzó a procesarlos y una idea general empezó a formarse. Para cuando iba por la mitad de la historia David, fue al bar para servirse tres dedos de tequila José Cuervo, y se tomó el trago con lentitud a medida que el relato llegaba a su final.

—Y tuvo el coraje de insinuar que debía agradecerle — terminó de decir, apretando el puño.

—Bueno —dijo David colocando el vaso vacío sobre la pulida superficie del bar—, fue sabio de tu parte el controlar tus instintos asesinos. No hubieras conseguido otra cosa que ensuciar tu traje, y *eso* sí hubiera sido una lástima.

Hatcher lo miró con alivió. El sarcástico comentario le indicó que David aceptaba su historia sin mayores problemas y era evidente que Araujo y Hobt no le caían mejor que a él.

—¿Por qué iba a desconfiar? —le preguntó como si leyera sus pensamientos—. Eres una persona educada, centrada y mi amigo. No tienes razón alguna para inventar toda esta locura y mucho menos para venir a contármela a esta hora, a menos que de verdad necesitaras mi ayuda.

—No tienes idea de la alegría que me da escucharte decir eso. Por un momento llegué a pensar que creerías que todo era fruto de mi imaginación.

—Todavía no estoy seguro de eso, pero si todo lo que me dijiste es verdad…

—¡Y lo es!

—Calma. Es obvio que hay demasiadas discrepancias como para achacárselas a la casualidad.

David se puso de pie, volteó dos vasos de vidrio que tenía colocados en una bandeja circular y, destapando una hielera, dejó caer varios de los transparentes cubos en su interior. Caminó al otro lado del bar y desde alguna secreta cavidad sacó una botella de William Lawson's.

Hatcher aceptó el trago. Daisy, por su parte, lo rechazó.

—Estoy tomando antibióticos. Gripe —explicó, tocándose la garganta.

—Tenía entendido que para eso no se prescribían antibióticos.

—*Ahora todos son expertos* —le dijo su voz. Casi se la pudo imaginar cómo una persona real, mirando al cielo con las manos alzadas en silenciosa plegaria.

—No empieces —advirtió Diego. Aunque trataba de aparentar seriedad, una desviación de la comisura del labio declaraba lo contrario.

—Por alguna razón que desconozco —prosiguió David—Araujo y Hobt están muy interesados en dejar que todo pase desapercibido. ¿Qué

opinas?

—Quizás ellos son los responsables.

—Lo pensé, pero entonces, ¿por qué Hobt se traicionaría contándote la verdad en primer lugar? No, Hobt no sabía el enredo que se iba a formar con esa pequeña teoría suya. De estar involucrado, él hubiera sido la primera persona en negarlo. Ellos están callando, pero no porque sean culpables. Es porque no quieren que se sepa la verdad. El motivo sigue escapándose de mis manos, pero hay una posibilidad.

David hizo una pausa, marcada por una torcida sonrisa; luego continuó:

—Una tercera persona. El verdadero asesino.

—¿Otra persona? —dijo Daisy.

—Así es. Esta partida tiene un jugador secreto. Uno que nadie sabía que existía, hasta ahora.

***

Los frenéticos acordes de la danza final del *Príncipe Igor* reverberaron en el aislado interior del auto. Sus últimas notas se elevaron con la fuerza de un cohete y poco a poco fueron disipándose con las corrientes de aire.

Al caer el silencio, Mantovani abrió los ojos y apagó la radio. Salió del carro y sacó una bata blanca que colgaba de un pequeño gancho colocado sobre el marco de la ventana. La desabotonó y se la colocó con un movimiento rápido, similar al vuelo de la capa de un mosquetero.

El estacionamiento se encontraba a un costado del laboratorio, un edificio de tres pisos donde la cremosa pintura de las paredes mostraba un tono opaco y empezaba a caerse en trozos. Al ir aproximándose a la entrada principal comenzó a distinguir la figura de una persona que se acercaba en dirección contraria. Iba vestido de saco y pantalón negro, con una corbata lisa de rayas grises. El cabello escaseaba en la parte superior de su cabeza. En los puntos donde se distinguía el cuero cabelludo, el reflejo del sol lanzaba destellos capaces de enceguecer a la persona que los mirara con insistencia. Densas cejas poblaban la parte superior de sus órbitas, entremezclando filamentos negros y blancos con una casi infinita variedad de escalas de grises que hacían ver sus cejas como el monitor de una computadora.

El licenciado Wagner, jefe del Laboratorio Central. Las notas

musicales de *Las Danzas del Príncipe Igor*, regresaron a su cabeza al verlo. Su aspecto tosco y casi primitivo, aunado a la marcada calvicie, le daba el aspecto de una autoridad barbárica. Era muy similar a la imagen mental que guardaba del Kan.

La ópera, si su memoria no le fallaba, relataba la historia del cautiverio del príncipe Igor quien, reo de una tribu tártara, es visitado por el Kan, que le promete su libertad con la condición de que cesaran sus ataques contra los *polovetsi.* Por supuesto, Igor rechazó la propuesta y le aseguró que, de dársele la libertad, conseguiría un ejército aún mayor para subyugarlos. Esta respuesta agradó al Kan por su franqueza. Lo nombró su huésped y ordenó una serie de danzas en su honor.

De haber sido él, lo habría colgado de los pulgares para que no fuera impertinente. El problema era que eso no resultaba buen material para una ópera.

Tal vez para un aria.

—Buenos días, licenciado —le dijo al remedo del Kan al tenerlo a su lado.

Por lo general, le dirigía la palabra apenas lo necesario, pero ese día pensaba hacer una excepción. Una pregunta rondaba su cabeza y si alguien podía sacarlo de su duda era el licenciado Wagner.

—Buenas, doctor —sorprendido de que le dirigiera la palabra.

—Disculpe que lo moleste. —Fue directo al grano; por alguna razón presentía que los preámbulos no le servirían—. Estoy intentando localizar a un empleado suyo y quisiera saber si podría decirme dónde encontrarlo. Su apellido es Duval. Roberto, creo que es el nombre.

El licenciado lo miró en silencio. Una pequeña arruga en forma de V apareció por encima del puente de su nariz. Las marcas de su rostro indicaban que era un gesto frecuente, y que le daban el aspecto de un viejo gruñón.

—Nadie trabaja en el laboratorio que se llame así —dijo después de unos pocos segundos de meditación.

—¿Está seguro? Quizás lo conoce por algún apodo. Es de mediana estatura y cabello castaño.

—Estoy seguro. Conozco a cada uno de mis empleados, hasta a los recién nombrados.

—Bien, debe ser un error —admitió satisfecho. Lo extraño hubiese sido que Duval sí estuviera en la planilla del hospital.

CAPÍTULO 26

Hatcher no reconoció a la persona que, acostada sobre su lado derecho, leía una revista de modas. 24 horas antes fue su confrontación con Araujo, y necesitó armarse de todo el valor del que fue capaz para regresar a la Sala de Patología Obstétrica. Sabía que la noticia debía estar en oídos de todo el hospital y que debía ser muy estoico para no perder el control. Lo esperaban miradas subrepticias, comentarios susurrados a sus espaldas o actitudes poco amigables. Lo último que necesitaba en ese momento era iniciar una nueva discusión.

Para ser sincero, ni siquiera estaba seguro de por qué regresó allí. La idea original se entremezclaba ahora con toda una serie de nuevas directrices que fueron apareciendo sin ser solicitadas, a medida que subía la empinada escalera y que, a fin de cuentas, solo sirvieron para confundir su propósito. Para cuando puso pies en la entrada de la sala ya no estaba seguro de nada, excepto que quería ver a la extraña prima del misterioso laboratorista. Tal vez, hasta hablar con ella.

Las dos opciones estaban fuera de su alcance. La cama estaba ocupada por otra persona.

Sintió los ojos de las enfermeras clavarse en su espalda. Nadie fue descortés ni grosero, pero no tardó en percatarse de que lo estaban tratando diferente. Los cambios eran sutiles, pero su sensibilidad se hallaba en su máximo nivel, y los captó.

Entró a la estación de enfermeras y buscó el expediente que le correspondía a la paciente. Las enfermeras que estaban allí lo saludaron sin alzar mucho la voz, manteniéndose alejadas de su persona. Si alguna tenía que pasar a su lado, apresuraba el paso. Debían estar viéndolo como una mina viviente; un ligero roce y ¡bum!

El expediente pertenecía a la nueva paciente. Todas las hojas de la anterior fueron retiradas. De seguro estaban en la oficina de la sala, esperando la firma del médico tratante. Decidió ir a la fuente. David podría averiguar más cosas teniendo un nombre o una dirección.

La secretaria no estaba en su puesto, pero los expedientes sí.

—*Todo lo que quieres al alcance de tu mano.*

El cuarto era pequeño, lo que facilitó el trabajo. En el único escritorio se veían varias columnas de papeles que se elevaban como minúsculas torres de Babel. Hatcher se sentó en una silla y empezó a revisar los expedientes.

Su único punto de referencia era el número de cama y la posible fecha de salida. Fue un trabajo bastante tedioso y engorroso. Casi al final de la tercera pila, encontró lo que buscaba. Una paciente de 26 años, hospitalizada por una amenaza de aborto. Pidió salida voluntaria en la tarde del día de su enfrentamiento con el laboratorista. El número de cama coincidía.

Se llamaba Irene Acevedo.

Alarmas empezaron a resonar en su cabeza. Las amenazas de aborto se manejaban de manera ambulatoria, con reposo y ultrasonidos de control. No se hospitalizaban, a menos que el aborto fuera algo inminente. No había una sola nota de evolución. Las notas de las enfermeras describían una paciente normal, sin sangrado. Pasó las páginas buscando la nota de admisión. Quería saber qué médico la ingresó, pero ese detalle no se encontraba ahí. La hoja del cuarto de urgencias no estaba.

—*O alguien la hizo desaparecer.*

Iba a regresar el expediente a su sitio en la torre cuando recordó algo. Se fue al principio del expediente y buscó las hojas de órdenes. La firma era ininteligible, así que ese era otro callejón sin salida. Leyó cada uno de los renglones hasta el último.

En ninguna parte solicitaban exámenes de laboratorio.

Sintió la cabeza pesada.

***

Hatcher sostenía el expediente de Irene con su mano izquierda. Su codo derecho apoyado sobre la imitación de madera oscura de la superficie del escritorio. Le daba la espalda a la puerta y al panel de vidrio que lo separaba de la oficina principal.

Por su posición no se percató del curioso visitante que lo observaba a través de la transparente muralla. Su vista se enfocó en el expediente. Al percatarse de lo que leía, una sonrisa maligna se dibujó en sus labios.

Mantovani se alejó del vidrio para evitar llamar su atención. Por lo visto, Hatcher estaba tan confundido con respecto al episodio del

laboratorista como él. Quizás hasta más, pues para Hatcher todo formaba parte del mismo acertijo. Sabía que un asesino andaba suelto y era probable que asociara este conocimiento con el pequeño acto montado en su honor. Desconocía, sin embargo, que uno no estaba asociado al otro.

Araujo tenía que estar involucrado de una u otra forma. Contrató a alguien para representar a un laboratorista y así engañar a Hatcher. La pregunta era por qué tomaron su acusación tan a la ligera o cuál era el origen de la vendetta en su contra.

Esos sabían algo que él no.

En su concepto, tres eran los personajes principales en todo ese asunto, que imaginaba como grandes círculos. Hatcher, Araujo y él. Todos conocían a uno de los otros dos, pero no a ambos. En algún punto los tres se mezclaban y formaban un tamaño enredo que no terminaba de tener principio ni fin

A Mantovani le encantaba.

Podía jugar con la mente de ambos. Hatcher, casi seguro, pensaba que Araujo estaba detrás de todo, protegiendo a un psicópata. Éste, por su parte, hacía lo posible para quitárselo de encima y callar sus acusaciones.

Mantovani podía sentarse a la distancia y presenciar el combate, manipulando las piezas a su antojo.

Se disponía salir de la oficina cuando se percató de la revista que descansaba en la mesa de la secretaria. Era una edición reciente del *American Journal of Obstetrics & Gynecology*. Sobre su portada destacaba, tapando algunas de las letras que describían los autores y sus correspondientes artículos, una cintilla de color gris. Allí aparecía el nombre del doctor Diego Hatcher y su apartado postal.

La secretaria no daba muestras de regresar todavía. Hatcher, del otro lado de la pared de vidrio, seguía sumido en el enigma de Irene Acevedo.

—Mejor se daña—pensó con el equivalente mental de una risa.

Extendió la mano y tomó la revista. La dureza de las páginas indicaba que acababa de sacarla de su envoltura. El sonido que despedían las páginas al abrirse era como el suave beso de dos amantes al separarse. En su interior encontró las clásicas laminillas de cartoncillo con el nombre de la revista y las infinitas menciones y comentarios de por qué era la mejor revista del mundo en su género, algo que estaba acostumbrado a leer en un número considerable de

publicaciones.

Sin quitarle la vista a la espalda de Hatcher, metió la mano en un bolsillo que se escondía en la cara interna de su bata, al nivel del corazón, y sacó un sobre largo, color celeste. Le dio la vuelta para asegurarse de que estaba cerrado y lo colocó entre las páginas 90 y 91 de la revista.

Tomó un pañuelo y con cuidado limpió la superficie antes de regresarlo a su envoltura. Caminó hacia la puerta, la abrió con el mayor silencio posible y salió al pasillo. Durante todo ese tiempo Hatcher ni siquiera efectuó un movimiento involuntario.

Una vez afuera se arregló el cuello de la bata, alisó las mangas con las manos y se dirigió hacia los ascensores. Era hora de una buena taza de café.

Imaginó la cara de Hatcher al encontrarse el sobre. Iba a ser de antología.

CAPÍTULO 27

La luz verde comenzó a parpadear. Dejó caer el pie con mayor fuerza sobre el pedal y sintió su cuerpo irse hacia atrás contra el asiento, mientras que el carro aceleraba intentando vencer el pequeño círculo de color.

Liberó la presión sobre el pedal y un suspiro de resignación se escapó de sus labios al ver la luz cambiar a amarilla. Pudo haber presionado un poco, pero estaba seguro de que habría pasado la intersección con luz roja. A pesar de que romper la ley no era un hecho que le quitara el sueño, el policía que estaba parado bajo una palmera al otro lado de la calle, sí.

Un muchacho, tendría unos 15 años, caminaba por en medio de la calle cargando una hielera blanca con tapa azul. En la otra mano llevaba dos latas de soda que, a su manera de ver, debían servir de aviso publicitario de los productos que tenía en el recipiente. Bajó la ventana y lo llamó con un movimiento de la mano. Demoró diez segundos en darse cuenta y mucho menos tiempo en llegar a su lado. Abrió la hielera, escapándose un frío y blanco vapor de su interior que pareció desintegrarse al entrar en contacto con el aire, y sacó una lata de soda que le extendió.

Hobt pagó y cerró el vidrio. En silencio expresó su admiración por el inventor del aire acondicionado. El reflejo del candente sol sobre el vidrio apenas le permitía vislumbrar la luz del semáforo. Bajó el visor que estaba instalado en el techo del auto y sacó un estuche color marrón, de donde extrajo un par de lentes oscuros y se los colocó.

Por fortuna no fue un día demasiado pesado. Dos autopsias y horas frente a la luz de un microscopio eran gajes del oficio. Los casos no esperados, que lo alejaban de su rutina, esos sí agotaban su paciencia. De todos los que caían en esa categoría, que podían abarcar desde una simple muerte por causas naturales hasta un asesinato ritual, los “casos especiales” eran los que más detestaba.

Sus casos especiales.

No por el tipo de paciente o porque estuviera en desacuerdo con el procedimiento, o por otra causa moralista y sin sentido práctico. Simple

y llanamente porque consumían mucho tiempo. Su tiempo.

A esa hora del día ya debía estar en su casa, recostado en un cómodo sillón viendo televisión. En lugar de eso estaba en la mitad de la ciudad, atrapado en el tráfico bajo un sol tan caliente que estaba viendo doble. Todo gracias al pequeño desliz que tuvo con el doctor Hatcher... ¡maldita fuera la hora en que decidió acudir a pedirle ayuda!

Resultó un descuido considerable de su parte. Lo que inició como un pequeño viento se transformó en el transcurso de unos pocos días en un verdadero huracán que amenazaba con arrastrarlos a todos al vacío si no se cuidaban.

Apagar todo no era una opción. Demasiado dinero en juego.

Tenía que aprender a ser optimista. A tener una visión más positiva de la vida. Por ejemplo, los casos especiales tenían su lado bueno. No generaban mucho papeleo.

La luz cambió a verde. Pisó el acelerador a fondo y el auto comenzó a adquirir velocidad a medida que avanzaba por la carretera.

A pocos metros detrás de él iba un auto. Un Nissan Sentra blanco.

En su interior, David también se tomaba una soda. Esperó un poco a que el otro auto avanzara y luego lo siguió, con un auto de por medio.

***

—Y entonces, ¿cómo se siente señora Marionetta? —preguntó Mantovani golpeando la metálica cubierta de su expediente con la punta de su Montblanc.

—Mucho mejor, gracias —dijo acomodándose en la cama.

Ella llevaba puesto un camisón rojo con pequeños lazos rosados en frente. A su lado, sobre una mesita, tenía un par de anteojos de lectura y un grueso libro de cubierta dura que identificó como la Biblia.

—No ha tenido fiebre, y los exámenes de laboratorio están dentro de límites normales —comentó él, pasando las páginas del expediente —, pero como ya le expliqué, el bebé no está listo para salir. Tenemos que seguir esperando. Falta menos.

La señora Marionetta intentó sonreír, en vano. Su rostro era pálido y sus labios se veían resecos. La vio pasarse la lengua con movimientos rápidos.

Mantovani lo estaba disfrutando; de haber dependido de él, hubiera seguido presionando. Sin embargo, debía ser precavido. No podía

dejarse llevar por sus emociones y cometer así una indiscreción, teniendo a varios de sus pacientes como testigos.

Paciencia. Pronto.

—Tranquila —dijo con tono paternal—. Sé que estar hospitalizada es tedioso. Es necesario. En unas cuantas semanas será mamá. ¿No cree que todos estos inconvenientes valen la pena?

La señora Marionetta clavó sus ojos en la protuberancia que sobresalía de su cuerpo. Deslizó los dedos por encima de ella, en una delicada caricia.

—Tiene razón, doctor.

Claro que la tengo. Toda esta espera me será pagada con intereses. Los inconvenientes valdrán la pena. Claro, debes esperar tu turno. Primero Amelia. Después tú. Lo primero es lo primero.

El médico sonrió y salió del cuarto.

CAPÍTULO 28

—¿Qué demonios estás haciendo? —murmuró David entre dientes.

Los vidrios ahumados del Mercedes Benz S-600 no le permitían ver con claridad el interior, pero por las sombras pudo percibir que Hobt tomaba con calma de su lata de soda estacionado bajo la sombra de un árbol de mango. Al imaginarse el fresco líquido, comenzó a sentir la garganta reseca y un intenso deseo de irse a su casa.

Giró su muñeca y vio la esfera del reloj. Hobt llevaba unos veinte minutos estacionado, con las ventanas arriba y el carro encendido. A su alrededor podían verse unos cuantos restaurantes, una imprenta y varias residencias privadas. Nada que pudiera, a su parecer, explicar qué hacía allí, lo cual no le extrañó considerando que toda la historia de su amigo sonaba demasiado fantástica para su gusto. Asesinatos, intriga, la participación de las altas esferas del hospital en lo que parecía un claro encubrimiento de un criminal suelto por sus pasillos.

Lo curioso es que no lo ponía en duda. Los hechos encajaban demasiado bien para ser solo una coincidencia. El problema era probarlo.

Necesitaba evidencia. Tenía una visión limitada, casi tubular, del problema. A su alrededor se extendía un mar de caos y era en ese vasto espacio sin olas donde se escondía la clave que buscaba.

Tenía a varios de sus empleados recogiendo información sobre él y Araujo, con órdenes de ser tan discretos y minuciosos como fuera posible. Quería hasta el último detalle, por insignificante que pudiera parecer, incluyendo cualquier conexión que pudiera existir con la familia Calvet o Ellis.

Irene Acevedo era punto muerto. Una sencilla revisión de rutina comprobó que la dirección y teléfono que diera en las oficinas de admisión del hospital eran falsos. Igual su nombre, pues la verdadera Irene Acevedo, con ese número de cédula, era la orgullosa dueña de un certificado de defunción.

Solo quedaba el trabajo de vigilancia y decidió hacerse cargo en persona. Pudo haber seguido a Araujo, pero por lo que Hatcher le

contó, Hobt era más propenso a cometer errores. Eso lo convertía en el candidato de elección.

David miró su reloj con impotencia. El desgraciado llevaba media hora sin moverse. Tremenda elección.

Su atención se desvió de forma casi natural a su espejo retrovisor, al distinguir una muy bien formada figura femenina que se acercaba. Llevaba un suéter gris oscuro. El rostro quedaba fuera de su campo de visión. Podía moverse un poco para ampliarlo, pero corría el riesgo de hacerse demasiado evidente y podían verlo. Valía la pena dejar correr su imaginación.

La mujer pasó a su lado en rápido trote. Por detrás se veía mejor que de frente. No pudo verle el rostro. Llevaba el cabello recogido en la nuca, acariciando su blanco cuello.

Y él, encerrado en el interior de un auto perdiendo el tiempo.

Cuando la joven pasó al lado del Mercedes, la puerta del lado del pasajero se abrió. Ella, disminuyó la velocidad y entró sin vacilar.

David sintió como si una mano le apretara el pecho. Sin perder tiempo encendió la cámara filmadora que tenía al lado. Dentro del Mercedes no lograba distinguir quién era quién ni lo que estaban haciendo. Le pareció que una de las sombras le daba a la otra un paquete, pero no estaba seguro.

Pasaron cuatro minutos. La puerta volvió a abrirse y la joven se bajó del auto regresando por donde vino. Su indumentaria incluía un aditamento nuevo. Una cartera-cinturón amarrada por encima de la cadera. A la videocámara no se le escapó detalle, incluyendo el rostro en todo su esplendor.

Esperó a que se hubiera alejado lo suficiente y encendió el auto. Hobt carecía ya de interés para él y siempre que quisiera podía encontrarlo. A la corredora no.

Arrancó el auto y salió a la calle. Dio la vuelta en U, con el propósito de seguirla. Su interés duró cinco segundos, que fue lo que demoró en ver al policía que, parado en la acera, le hacía señales para que se detuviera.

Frustrado, la vio perderse en la lejanía, mientras un policía pasado de peso se acercaba libreta en mano para multarlo por hacer un giro ilegal.

***

Mantovani estaba corriendo muchos riesgos. Más de los que alguna vez tomara, pero eran necesarios. Tenía que sacarse a Amelia de su cabeza de una forma u otra.

Tenía todo calculado a la milésima de segundo. Estudió la casa de la familia Luciani y sus rutinas en diferentes momentos del día. Tenía una sola oportunidad. Una bola dorada colocada en sus manos, no en virtud de un capricho del destino, sino por una particularidad geométrica y estructural en el diseño de la residencia.

La vereda principal que unía la casa con la entrada y, por consiguiente, con la pesada verja de hierro que la custodiaba cual cancerbero inanimado, describía un sinuoso recorrido en todo su trayecto. Existía un único momento en el cual un carro, subiendo hacia la casa, no podía ver dicha puerta. El fenómeno duraba unos diez segundos, que coincidían con el cierre automático de la puerta.

El sol y la luna se disputaban el dominio del cielo en un combate de reflejos verdes y amarillos. La oscuridad comenzaba a tomar el control del campo de batalla para cuando el carro de la señora Luciani, con sus luces encendidas, se detuvo ante el férreo umbral de la puerta automática.

La negra hilera de barras y curvas empezó a moverse hacia la izquierda. Mantovani esperó hasta que el Lexus empezara a correr de nuevo para bajarse del suyo y acercarse a la entrada.

Todavía lograba distinguir el carro subiendo por el sendero cuando la verja empezó a cerrarse. Se paró junto a la pared y, justo en el momento en que la blanca figura se perdía detrás de un grupo de pinos, se lanzó por el estrecho resquicio que le dejaba la puerta. Casi detrás de él escuchó el choque del metal y el electrónico zumbido del seguro al activarse.

Estaba vestido de negro de pies a cabeza, con guantes de igual color. Amparado por la noche y el follaje de los árboles, avanzó con la mayor cautela posible, procurando no hacer ruido. En cuestión de minutos pudo distinguir con claridad la cabeza del cisne de la fuente elevarse por encima de los arbustos que lo rodeaban.

Amelia ya estaba dentro de la casa. Dos pequeños faroles alumbraban la entrada principal. El interior permanecía a oscuras, con excepción de una tenue luz que apenas se escapaba por las ventanas de un cuarto de la planta baja y la proveniente de una ventana del primer piso, casi encima de su cabeza. Se imaginó que ese debía ser su dormitorio y un fuerte deseo de escalar hasta esa ventana lo embargó. Observaría a su Amelia como siempre lo hiciera, muchos años antes,

siendo joven. Cuando la vida tenía sentido para él.

Antes del incidente del anillo.

El recuerdo empezó a diseminarse por su cerebro con la letalidad de un veneno y lo que antes era una grata memoria se transmutó en una obsesión asesina. Empezó a hiperventilar y apretó los labios con tanta fuerza que sintió el cálido sabor de la sangre en su boca al mordérselos.

Cerró los ojos y se obligó a buscar momentos agradables. Calvet... Ellis... Alfaro… Nombres ligados a rostros con el poder de un sedante hipnótico. Poco a poco recuperó su respiración y se disipó la sombra del deseo. La necesidad de encargarse de Amelia con sus propias manos desapareció. Eran arrebatos irracionales como ese los que podían costarle la libertad y la vida.

Salió de los arbustos y se acercó al Lexus. Consultó su reloj. El esposo llegaría en diez minutos.

Tiempo de sobra.

CAPÍTULO 29

—¿La reconoces? — preguntó David.

Sobre el televisor descansaba la videocámara. Una luz roja brillaba en un costado. Cerca de esta, un par de cables negros salían y se conectaban al televisor en la parte de atrás.

En la pantalla vibraba una imagen congelada. Un Mercedes Benz negro y una mujer bajándose de su interior. El rostro no se distinguía con mucha nitidez, pero Hatcher no tuvo problemas en identificarla.

Daisy no sabía de quién se trataba. Tenía una cara casi triangular, con el cabello recogido en la parte superior de su cabeza. Su largo cuello y su piel blanca resaltaban por encima del gris de su suéter y la negra capota del auto. Sus facciones no eran tan llamativas, por lo que la expresión de su esposo solo podía indicar una cosa.

—¿Irene Acevedo? —preguntó ella.

A su lado, Hatcher movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Bueno —dijo David apagando la videocámara y luego el televisor —, eso confirma lo que ya sabíamos. Lo que te pasó fue una mascarada muy bien planeada con el único propósito de desacreditarte. La pregunta es, ¿por qué?

—Creo que eso es obvio —dijo Hatcher caminando a grandes pasos por la habitación—. Están cubriendo su maldita reputación y dejando suelto a un asesino.

—Te equivocas —dijo Daisy acomodándose de medio lado en el sillón para poder mirarlo.

Llevaba puesta una minifalda negra que se estiró sobre sus muslos con el movimiento. David, por pura amistad, procuraba no prestarle atención. Su lado animal estaba teniendo serios problemas en controlarse.

Hatcher no se percató, impávido como se encontraba. El comentario tuvo el efecto de una bofetada en su ya maltratada existencia.

—¿Cómo? ¿Después de todo lo que ha pasado piensas que el asesino es invento mío?

—No, no, no —aseveró ella, levantándose para alivio y frustración de David—. Estoy convencida de que, por lo menos, la muerte de la señora Ellis no fue tan natural como se quiso hacer ver. Antes hubiera aceptado, sin dudarlo un segundo, que todas sus maniobras de encubrimiento eran un intento desesperado para tapar las huellas de una mano criminal, ajena o propia. Ahora, no estoy segura.

Se quedó mirando de soslayo a la videocámara.

—Hazme el favor de explicarte, ¿quieres?

—No es algo que pueda precisar —exclamó exaltada—, pero míralo así. Tenemos un posible asesino suelto, con quién sabe cuántos crímenes en su cuenta y de los cuales solo tenemos sospecha de dos.

—¿Sospechas? —comenzó a decir Hatcher, hasta que Daisy lo congeló con la mirada.

—Sí Diego —manifestó ella—. Sospechas. De esos dos estamos casi seguros en uno de ellos. De cualquier forma, Hobt te informa a ti y tú a Araujo. Aquí comienza a sonar la música de la "Dimensión Desconocida". En vez de preocuparse por siquiera investigar el asunto, moviliza toda una maquinaria con el único fin de callarte y enterrarlo todo en el olvido. No solo no te presta atención, sino que procede a convencer, sobornar o chantajear al jefe del Servicio de Patología; amenaza de forma directa a un médico funcionario y llega a montar una calumnia actuada para que nadie te escuche después. Araujo no es tonto. Cualquier persona con dos dedos de frente conoce las consecuencias de ese tipo de actos. Si su verdadero deseo era proteger al hospital de un escándalo, mejor le hubiera resultado resolver el asunto o dar la impresión de estar interesado. Como buen político te pudo prometer dedicarle todo su tiempo hasta resolver el asunto y luego dejar que el tiempo se encargara del resto. No, *mon cher*, Araujo tiene otros intereses que requieren silencio absoluto.

—¿Estás sugiriendo que Araujo no quiere ningún tipo de investigación por qué teme se descubra algo que él no quiera que se sepa?

—Tienes que considerar la posibilidad —añadió Daisy—y si es cierto te garantizo que no es cuestión de unas cuantas monedas. Tiene que ser grande.

—¿Qué tan grande? —preguntó Hatcher, quien ya estaba cansado de pensar. Su esposa parecía tener mejores ideas que él y pensaba escucharlas.

—Lo suficiente como para requerir la participación del doctor Hobt.

Estamos hablando de uno de los mejores patólogos del país. Lo único que podría llevarlo a arriesgar todo lo que tiene es la posibilidad de incrementar su capital de riqueza, fama o gloria y eso es algo que no se consigue con cualquier fraudecito. Además, recuerda a la tal Irene. Ese acto no fue algo montado de apuro o improvisado. Tanto ella como el laboratorista sabían lo que estaban haciendo. Hablamos de profesionales y dudo que Araujo quisiera a otros extraños en sus asuntos. Me atrevo a poner ambas manos en el fuego de que esos dos ya trabajaba para él desde un principio y de que Hobt está involucrado de forma voluntaria en todo el asunto.

—Tal vez. Sin embargo, pienso que falta algo.

—Cada uno tiene derecho a su propia opinión.

David tosió un poco para llamar la atención.

—En primer lugar, Daisy, acuérdame cuando todo esto acabe, contratarte tiempo completo en mi planilla. Daría lo que fuera por tener a alguien con tu cerebro trabajando para mí.

Daisy sonrió e hizo una pequeña venia. Fue el movimiento más gracioso y elegante que David viera en su vida. Diego era una persona afortunada y él un miserable por pensar lo que estaba pensando.

—En segundo lugar —continuó, deseando que se volviera a sentar —, estoy de acuerdo contigo en todo, excepto en una cosa.

Daisy levantó la ceja derecha.

—No creo que Hobt y Araujo estén involucrados en algo grande.

—¿No? —expresó Daisy.

—No. Están involucrados en algo *muy grande*.

Diego lo miró y se apoyó contra la pared. Conocía a su amigo y sabía que les tenía preparada una sorpresa, pero a su propia manera les daría esa información. Lo hacía desde que eran unos infantes y seguía haciéndolo a pesar de saber cuánto le molestaba.

O, mejor dicho, por eso.

—Ya sácatelo de tu sistema y cuéntanos. ¿Qué averiguaste?

David sacó una libreta de su bolsillo y la abrió en la primera página. A lo lejos se podía distinguir llena de una letra pequeña y menuda.

—Comencemos con lo menos espectacular —dijo calzándose un par de lentes sacados de un estuche en su bolsillo—. Augusto Araujo. 56 años. Signo Leo, para los que creen en esas cosas. Facultad de Medicina. Graduado con honores. Internado en el Hospital San Marcos. Especializado como Gastroenterólogo en los Estados Unidos. Casado y

con dos hijos. Dos períodos consecutivos como Director Médico del San Marcos, eso suma un total de ocho años, creo. ¿Cómo lleva tanto tiempo siendo Director?

—Eso te lo puedo responder con facilidad. Política e influencias.

—¿No estás satanizando de forma exagerada a Araujo? ¿No puede ser que sea un buen director?

—¡Oh, claro! No tiene que ver que Araujo sea una persona importante, adinerada, y con suficientes influencias para postularse a Emperador.

—Tal vez —dijo Daisy—, pero eso no lo convierte en criminal.

David tosió. En sus labios bailaba una enigmática sonrisa.

—Encontraste algo, ¿verdad? —preguntó Hatcher.

David no dijo palabra. Se levantó y caminó hacia una mesa donde se veía un sobre de papel manila. Lo tomó y lo lanzó con un movimiento giratorio. El sobre dio varias vueltas en el aire antes de ser atrapado por su amigo.

En su interior venían dos fotos. Una de frente y otra de perfil. La persona que aparecía en las fotos sostenía en las manos una cinta plástica azul con números en blanco.

Irene Acevedo

—Me quedé la mitad de la tarde sin nada que hacer —dijo David metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón—después de que ese maldito guardia de tránsito me detuvo y ella se me escapó. Eso me dio tiempo de pensar. Después de mucho masticar el asunto decidí que sería una buena idea confirmar si tenía antecedentes penales. En vista de eso renové viejas amistades y me acerqué a unos conocidos que conservo en la policía. Les enseñé el video y en menos de una hora conseguí esas fotos.

—¿Quién es ella? —preguntó Hatcher golpeando una foto contra la otra.

—Su verdadero nombre es Bélgica Carrasco. 31 años. De nacionalidad panameña. Según mis fuentes, una mala semilla desde su tierna infancia. Tuvo su primer encuentro con la ley a la temprana edad de 13 años y a partir de allí fue de mal en peor. Su prontuario policivo incluye cargos de prostitución, posesión de drogas y robo.

—Toda una joya.

—Así es, un diamante. Como el *Hope*. De cualquier forma, su último delito fue hace dos años. Intentó venderle unos cigarrillos de

marihuana a un pasante que, para su mala suerte, resultó ser policía. En vista de su pobre respuesta a la rehabilitación y que, en sí, el delito no era muy severo, las autoridades decidieron no tirar su bello trasero en una celda y la obligaron a internarse en el PRADE.

—¿Qué es eso? ¿Un partido político?

—No. Nada de eso. Son las siglas del Programa de Apoyo al Detenido. Seamos sinceros. Nuestras cárceles distan mucho de ser un modelo de perfección. La mayoría de los criminales salen peores. Hace cuatro años, un psicólogo sugirió la idea de rehabilitar a los criminales rodeándolos de pensamientos positivos y emprendedores. Surgió el PRADE, al principio como un plan piloto para cuatro delincuentes reincidentes. Se les llevó a una finca en las montañas y por seis meses permanecieron allí, bajo la supervisión directa del psicólogo y un equipo de custodios. Al principio intentaron escaparse varias veces.

—¿Y qué pasó?

—Lo increíble. Después de las primeras semanas su conducta general empezó a cambiar. No hubo otros intentos de escape, se les notó receptivos, obedientes. A los seis meses eran prisioneros modelos. Regresaron a sus prisiones donde no volvieron a dar problemas. Candidatos para regresar a la sociedad.

—¿Lo estaban?

—Eso parece. Después de la terapia, ninguno de ellos ha vuelto a pisar una cárcel de nuevo. Entre ellos está tu amiga Irene/Bélgica.

—¿Cómo? —preguntó Hatcher molesto—. Acabamos de…

—Espera. Lo que ella te hizo no es un delito. A lo sumo, una broma de mal gusto. En segundo lugar, sabemos que dio una información falsa en la recepción del hospital, pero no podemos probarlo. En tercer lugar, tengo una sospecha. Quiero probar una de las leyes de Murphy.

—¿Murphy? Lo que nos hacía falta —dijo Hatcher con un suspiro.

Hacía muchos años un profesor de secundaria les mostró el mundo de las famosas leyes de Murphy y, desde entonces, eran una especie de broma entre ellos. Una broma con muchas aplicaciones prácticas.

Se levantó sin decir palabra y caminó hacia el bar. En su superficie se veía otro sobre de papel manila, de menores dimensiones. Lo tomó y se lo extendió a Diego. Luego tomó una botella de ron y vació una pequeña cantidad en un vaso.

—¿Cuántos de estos sobres tienes por la casa? —preguntó Hatcher, mientras extraía varias fotos de su interior.

Eran fotos frontales y de perfil de varias personas. Ningún rostro le llamó la atención, así que las pasó con rapidez. La sexta fue como una descarga eléctrica en su mano.

—¡Dios bendito! —murmuró entre dientes.

—Es el laboratorista, ¿verdad?

Hatcher asintió en silencio y le pasó la foto a su esposa.

—Ya lo decía Murphy —dijo David arrugando el ceño y tomando un sorbo de su vaso—. Si hay algo que parece demasiado perfecto, debe haber algo podrido en el fondo. Desde el primer momento el PRADE me pareció un poco raro. Después del experimento inicial han tenido seis *graduaciones*. Igual de efectivas. De las 25 personas que han sido forzados a entrar en el PRADE, cuyas fotos acabo de mostrarte, ninguno ha vuelto a cometer un crimen. Todos han buscado trabajo, se han reincorporado a la sociedad y su rendimiento se puede considerar de bueno a excelente.

—No comprendo —dijo Daisy mirando la foto.

—Solo hay dos formas de conseguir esa tasa de efectividad. O el PRADE de verdad funciona, en cuyo caso le donaré la mayor parte de mis ahorros, o todo es un gran fiasco. Mi opinión se inclina en favor de la segunda opción.

—Te estás contradiciendo y me estás enredando —dijo Hatcher, poniendo las fotos y el sobre a un lado—. Acabas de decirme que ninguno…

—Que ninguno de los 25 ha vuelto a la cárcel. Sí, lo sé. Permíteme decirlo de otra forma. Ninguno ha vuelto a ser *atrapado*. Espero estar equivocado, pero comienzo a tener la impresión de que en el PRADE no solo les están dando charlas de pensamiento positivo. Pienso que alguien se está dedicando a educarlos, a disciplinarlos, a colocarlos bajo sus alas. El fin que persiguen es lo que se me escapa.

—¿Qué? ¿Crimen 101? ¿Y nadie se ha dado cuenta? Creo que estás exagerando un poco.

—Por el contrario. Me estoy quedando corto. Como siempre, regresemos al ejemplo de tu amiga Irene.

—Deja de llamarla mi amiga.

—Tu enemiga, pues —dijo David sonriendo—. Según tengo entendido Irene... o Bélgica, como prefieras llamarla, pasaba más tiempo en la cárcel que fuera de ella. Siempre la atrapaban por estupideces y no parecía aprender de sus errores. Era, en pocas palabras, muy torpe. Pasan los años y después de pasar por el PRADE,

la encontramos de artista principal en tu sala. Es obvio que no actuaba sola y el hecho de que el laboratorista, cuyo nombre por cierto es Octavio Herrera, también fuera exalumno del PRADE y de una promoción diferente, solo sirve para confirmar mis sospechas: alguien les está enseñando a ser mejores criminales y los están usando.

—Si fuera cierto —dijo Diego en tono de cansancio—¿qué tiene que ver eso con Araujo o Hobt?

—Excelente pregunta, para la cual carezco de una respuesta. —Se levantó de su silla y miró su reloj—. Pienso averiguarlo. Ahora, tengo que irme. Suficientes dudas por una noche.

Apuró el resto del trago y colocó el vaso sobre la mesa.

—Tienen bastante material para consultar con la almohada y yo, por mi parte, no tengo otra cosa que ofrecerles.

—Puedo preguntar ¿qué piensas hacer ahora?

—Para mañana tengo planeado realizar una vigilancia muy cercana del doctor Araujo. Me le voy a pegar como papel higiénico al trasero y veré a donde me lleva. Hoy—dijo acomodándose el cuello de la camisa para prolongar el efecto dramático—tengo una cita con el médico.

—No me digas que te pegué la gripe —dijo Daisy preocupada—. Me quedan antibióticos para cinco días, por si los necesitas.

—*Te lo dije* —dijo su voz con resignación—*todos son unos expertos.*

—No te preocupes —dijo David cerrando la puerta al salir—. No estoy enfermo. Me voy a reunir con el psicólogo. El fundador del PRADE. Un tal Santos. No recuerdo el nombre. Me imaginé que si alguien sabe lo que ocurre en esas clases es él y si intenta mentirme, también lo sabré.

—Ten cuidado —dijo Daisy al despedirse. Le dio un pequeño beso en la mejilla antes de dirigirse al auto.

Por alguna razón sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

CAPÍTULO 30

Mantovani se acostó y se cubrió con la sábana hasta el cuello. Dio la vuelta para quedar de medio lado y poder ver la luminosa pantalla de su reloj despertador. Las notas de *Carmina Burana* de Carl Orff fueron seleccionadas para traerlo de vuelta del mundo de los sueños, a las cinco de la mañana. Amelia salía de su casa a las seis y él pensaba estar allí para verla irse.

Al amanecer Amelia saldría de su vida para siempre. De una vez por todas.

Se obligó a cerrar los párpados con la esperanza de que el sueño le llegara pronto, pero la oscuridad que lo envolvió comenzó a jugarle bromas. Imágenes de Amelia se formaron en su mente, desapareciendo con un destello luminoso. Sonidos y voces empezaron a susurrar palabras desde recónditos rincones. Olores y aromas ya pasados se hicieron evidentes.

Los recuerdos se sucedieron con mayor rapidez. Pronto sintió que giraban como un dínamo en el vacío e infinito espacio que se extendía ante él, dejando tras de sí una estela de múltiples colores cual corriente de estrellas.

Un hombre empezó a predominar sobre las demás sombras e imágenes. Alto, desgarbado, de unos 23 años. Sus ojos tenían un brillo intenso. Sus labios silbaban una melodía poco conocida, mientras sus pies lo llevaban por una calle solitaria. En su corazón era feliz, tal vez por primera vez en la vida, y la sensación le encantaba.

Era un mes de abril. El cielo, libre de nubes, era de un celeste uniforme. El aire cargaba la esencia de cientos de flores. Sus sentidos no se percataban de estos hechos, pues su espíritu flotaba en sus propios pensamientos. Armado de valor le pidió matrimonio a quien fuera su novia durante cinco años. Ella aceptó sin vacilar.

Amelia.

Todavía era estudiante de Medicina, pero estaba a punto de graduarse. Tenía garantizados dos años de salario trabajando para el Estado como médico interno, por lo que el aspecto financiero no le

preocupaba demasiado. Además, contaba con tres grandes armas a su favor: el dinero heredado de sus padres, su confianza y seguridad en que triunfaría en la vida y el firme deseo de, contra viento y marea, hacer lo que fuera necesario para darle a su querida y futura esposa lo que se merecía.

Un nuevo destello cambió la escena. Recordaba con claridad el lugar. Una joyería que descubrió, oculta en un oscuro rincón de un centro comercial. Se vio en su interior, mientras estudiaba un pequeño objeto que sostenía entre los dedos índice y pulgar, mientras iba rotándolo con lentitud. El objeto era demasiado conocido como para poder olvidarlo.

Un aro dorado brillaba en su mano. En un punto del eterno círculo se elevaban cuatro delicadas hojas y, entre ellas, una piedra roja tallada en varias facetas. En la parte interna del anillo se sentían una serie de irregularidades que, vistas de cerca, se materializaban en la forma de una inscripción.

Por siempre juntos.

Comenzó a sentir que le faltaba el aire. El anillo se tornó un peso excesivo en su mano y empezó a aumentar de tamaño. El solo recuerdo era una sobrecarga emocional para su sistema nervioso. Poco a poco regresó a territorios menos peligrosos, más placenteros.

Otro destello. Luego...

La oscuridad, las luces, el accidente...

***

Santos no sabía qué pensar del visitante.

No era extraño a las entrevistas. A pesar que el PRADE no era un tema del dominio público, su éxito ya era comentado a nivel de todos los círculos legales del país, en particular en los de tipo penal. Era frecuente que se le acercara gente a preguntarle sobre el secreto del controversial programa. Él se esmeraba en responderles.

No siempre decía la verdad, pero qué más daba. En realidad, no importaba.

El señor Levin, al menos eso decía la tarjeta de presentación, era diferente. Una especie de investigador privado interesado en uno de sus pupilos.

El principal problema que tenía era que bien podría estarle diciendo la verdad. El señor Levin, según logró entender, trabajaba en esos

momentos para ciertos intereses particulares que le solicitaron que indagara todo lo posible sobre un tal Iván Villanueva.

La carrera criminal del señor Villanueva era bastante prolija hasta su momento de ingresar al PRADE. Después se convirtió en un modelo ciudadano. Su desempeño casi excepcional en la compañía que lo contrató al salir del programa lo hacía merecedor a un ascenso después de casi dos años de trabajo, pero eran muchas las dudas suscitadas por el personal ejecutivo acerca de qué tanta libertad o poder se le debía dar a alguien con sus antecedentes, por muy bien reformado que pareciera comportarse. Allí entraba el señor Levin.

Iván fue uno de los cuatro primeros. Uno de los elegidos para entrar a formar parte de la familia. Su dicha y gloria. Era capaz de cumplir su parte del trato lo bastante bien como para merecerse un ascenso, así que esa parte podía ser cierta.

Entonces, si era así, ¿por qué parecía estar más interesado en el PRADE que en Iván?

—No es que sea curioso —dijo David, entrecruzando las manos sobre su regazo—, pero saber cómo funciona su programa puede ayudar a mis empleadores a determinar qué tan confiable es el señor Villanueva.

—Le garantizo que es confiable. Ninguno de nuestros *alumnos* ha vuelto a cometer un crimen al salir de las aulas.

—Hasta ahora. Sin embargo, no apostaría mi vida. No me gustaría estar en el pellejo del que tomara ese riesgo. Un buen día podrían recibir una postal del señor Villanueva desde alguna paradisíaca isla de las Bahamas. Me lo imagino sentado al lado de la playa, con una piña colada en la mano y millones de dólares robados.

—Eso no sucederá —lo detuvo Santos.

El recién llegado comenzaba a irritarlo. No estaba acostumbrado a que la gente pusiera en duda al PRADE.

David, por su parte, no sabía qué pensar del extraño psicólogo. Al parecer se tragó su historia. Escogió el nombre de Iván Villanueva al azar, influenciado en cierto sentido por ser uno de los miembros del PRADE que tenía el mejor trabajo, pero igual le hubiera servido cualquiera de los otros. Su único fin era tener una excusa para hablar con el licenciado Santos.

Su oficina era un recordatorio para todos los que se sentaban en ella del inmenso universo de conocimientos que residían en esa cabeza. La habitación mantenía un marcado parecido con el sótano de un viejo

museo o un ático abandonado. Poca iluminación, alta humedad, un viejo perchero de madera abandonado en una esquina, con una bata de médico y un estetoscopio colgando, decenas de diplomas enmarcados en madera y metal guindados sobre las paredes; cientos de revistas y libros de Medicina, Psicología y Criminología atestando los anaqueles, cuyos únicos adornos eran lívidos bustos entre los que solo pudo reconocer el de Sigmund Freud. El resto era parte de un grupo tan desconocido para él como si pertenecieran a una apartada tribu amazónica.

Siendo una persona con sus cimientos enclavados en la ciencia, ¿por qué se veía tan renuente a hacer mención alguna del PRADE? Debería estar orgulloso del adelanto gigantesco en el campo de la Psicología. En cambio, se portaba como si el tema fuera una maldición que valía mejor no mencionar. ¿A qué se debía todo el misterio?

—El PRADE —dijo Santos después de un prolongado silencio—es un concepto demasiado complejo como para explicarlo en unas pocas palabras. Involucra aspectos de la naturaleza humana, el comportamiento criminal, la familia y la sociedad. No sabría por dónde comenzar.

—Puede hacer el intento —dijo David estirando los pies en una clara señal de que no pensaba irse tan rápido—. Confío en usted.

Santos le clavó una mirada furiosa. Apoyó la espalda contra el respaldar de su silla y suspiró.

—Durante años he sido fiel creyente de que el comportamiento criminal no es innato en la mayoría de los que deciden romper la ley. En esos pocos el PRADE no tiene beneficio alguno y ni siquiera son considerados. Sin embargo, en la gran mayoría la etiología es multifactorial. Elementos tan dispares que a veces pasan desapercibidos. A ellos va dirigido el PRADE.

—Mencionó que a veces rechaza personas para su programa. ¿En qué basa esa decisión?

—Yo no escojo a los candidatos. El Estado los asigna y yo los evaluó. Todos deben pasar por una rigurosa entrevista y contestar unos cuantos test diseñados por mí. Con base en los resultados determino los candidatos que podrían beneficiarse y, en el plazo de uno a dos meses, esas personas son enviadas a mi finca en las montañas. Los resultados hablan por sí solos.

—Es cierto. Tengo que decir que son impresionantes. Eso me recuerda otra pregunta. Su finca en las montañas. ¿Alguien lo ayuda?

—La comida es suministrada por el Estado. En cuanto al personal, les salgo barato. Soy el único involucrado en el programa de modo directo. Durante seis meses somos ellos y yo.

—Y un batallón de guardias y custodios.

—Es cierto —dijo Santos con una extraña sonrisa—, pero después de la primera semana nadie intenta escapar. A veces tengo problemas al final de los seis meses. Muchos no quieren regresar.

—¿En serio?

—Como lo oye. Hablamos de personas a las que nunca se les prestó atención. De las que nadie se preocupó en toda su vida. Para ellos, el PRADE es la respuesta a sus íntimas plegarias.

Esa parte era una mentira, pero le gustó como sonaba. Debía recordarla para futuras entrevistas.

—Es sorprendente. Felicidades. Ahora, hablemos del programa. No comprendo su mecánica de trabajo.

—Lo que yo no comprendo —dijo Santos—y no me malentienda, es ¿qué tiene que ver el PRADE con el curso de su investigación?

—Muchas cosas. Como ya le decía...

Santos aparentó prestarle atención, pero no lo escuchaba en realidad. La decisión ya estaba tomada. No pensaba darle un gramo de información adicional al señor Levin. Él podía parecer lo que decía ser, pero su boca lo traicionaba.

En primer lugar, sabía demasiado. Era cierto que esa información no era difícil de encontrar, pero por algún motivo no lo terminaba de convencer.

En segundo lugar, estaba su persistente interés en el PRADE. Aceptaba que un buen investigador lo hubiera estado, pero siempre dirigido a Iván. En cambio, desde el inicio de la entrevista, no volvió a mencionarlo. Iván no le importaba. Levin perseguía otra cosa.

Tenía que averiguar qué.

—A pesar de que quiero ayudarlo, no puedo entrar en detalles acerca del PRADE. Es un programa en desarrollo y cualquier indiscreción podría ser perjudicial para todo el proyecto. Le conté todo lo que sé acerca de Iván. Hasta ahí puedo llegar. Además —miró su reloj—tengo una cita con mi familia para ir al cine y no me gusta hacerlos esperar. Jamás les he fallado y no pienso comenzar ahora.

—No se preocupe —contestó David levantándose—. Entiendo y le estoy muy agradecido por su ayuda. Mis jefes estarán complacidos con

los resultados y dormirán mejor esta noche.

Ya tenía lo que buscaba. Santos estaba involucrado hasta el cuello y le mentía con descaro. Podía hablar con mucha propiedad, pero las apariencias lo traicionaban.

No logró verlo bien hasta el momento en que miró su reloj, lo que le brindó una panorámica de primera línea. Llevaba alrededor de su muñeca un Rolex de oro-acero. En su mano derecha ostentaba un anillo que debía costar, por lo menos, igual que el reloj. No conocía mucho de esas cosas, pero estaba seguro de que ambos no se podían comprar con un salario de psicólogo. Santos, por lo que pudo averiguar, provenía de una familia acaudalada, pero su padre murió con considerables deudas, las que tuvieron que ser pagadas por su hijo.

Los números no cuadraban.

Al levantarse, a David le llamó la atención la bata y el estetoscopio que colgaban atrás. Le estrechó la mano y salió con esa imagen grabada.

Santos no era médico. Era licenciado en Psicología. ¿Para qué necesitaba una bata y un estetoscopio?

Al principio pensó que estaba siendo demasiado puntilloso. Bien podía usarlo para aparentar, para evitar ensuciarse o porque examinaba a las personas que se iban a atender con él, sin ser médico titulado.

Su opinión cambió al ver el logo que destacaba en la parte superior de la manga derecha de su bata.

El logo del Hospital San Marcos

CAPÍTULO 31

Hatcher tomó el grupo de revistas colocadas sobre la mesa y las depositó sobre su regazo. A su lado, dándole la espalda, Daisy emitió un pequeño quejido y se acomodó mejor en el colchón. Ya casi no tosía. La sentía un poco distraída, pero culpó al cansancio del cambio en su estado de ánimo.

Sus largos cabellos le cubrían el rostro. Puso una mano sobre la cadera y se inclinó para darle un beso. Daisy sonrió, pero permaneció con los ojos cerrados.

—De lado, su cadera parece una barriga... ¿qué dirías?... ¿28 semanas?

Se pasó la mano por el cabello y sacudió la cabeza, como si el movimiento pudiera desprender la sensación que lo embargó.

Remordimiento.

—No fue mi culpa— dijo en voz apenas audible.

Como no esperaba respuesta a sus palabras, alejó los recuerdos que luchaban por romper las barreras erigidas desde hacía dos años. Por fin se fueron disipando hasta convertirse en una sombra. Olvidando el asunto, soltó un suspiro de alivio y regresó a sus revistas.

Tenía por costumbre, desde sus días de estudiante, leer todas las noches antes de irse a dormir, sin importar que tan agotado estuviera o que tan temprano tuviera que pararse en la mañana. Con el tiempo se convirtió en un hábito y ya le era imposible conciliar el sueño sin pasear sus ojos por las páginas de un libro o revista.

Por otra parte, pensó tomando el *American Journal of Obstetrics & Gynecology*, eso era justo lo que necesitaba para olvidarse por unas horas de Araujo, de Hobt, del asesino y todo el ejército de personas que manipulaban su vida desde el anonimato.

Se acomodó los lentes con un dedo. Sin abrir la revista leyó los títulos de los diferentes artículos que aparecían escritos en la portada. Se detuvo en uno que le llamó la atención y separó una página al azar con la intención de buscarla. Al abrirse resaltó entre la blancura de sus páginas un sobre.

Hatcher lo tomó extrañado y le dio vueltas. Era de un color celeste

que variaba del tono claro al oscuro, dándole el aspecto de una plancha de mármol sumergida bajo transparentes aguas. No traía dirección ni remitente. Nada que indicara su origen.

Abrió el cajón de su mesa de noche y sacó una navaja negra del Ejército Suizo y rasgó el borde del sobre. En su interior halló dos hojas, ambas del color del sobre, pero una mayor que la otra. Desdobló la de mayor tamaño.

Sus ojos devoraron cada renglón y a medida que se pasaban las palabras aumentaba una sensación de frialdad en su corazón. Para cuando iba llegando al final ya estaba sentado y con la mano apretando la sábana.

Buenos días Doctor Hatcher:

Primero que nada, quisiera disculparme por tener que recurrir a estos medios para comunicarme con usted. Por razones que espero comprenderá, tiene que ser de esta manera.

Permítame presentarme. Soy al que usted se refirió como un asesino.

Toda relación debe iniciarse con la verdad, así que aclaremos algo. Considero un poco injusto que me coloque en esa categoría. Cuando un soldado mata a su enemigo en el campo de batalla no se le llama asesino, sino héroe de guerra. Al verdugo que toma la vida del condenado no se le recrimina, sino que se le paga por el servicio prestado. No soy tan diferente a ellos. Lo que para unos es un delito, para otros es un acto de misericordia. Todo depende del cristal con que se mire.

Sin embargo, reconozco que cada uno tiene derecho a su opinión.

Debo decir que estoy sorprendido. Llevo quince años haciendo este trabajo y esta es la primera vez que en todo ese tiempo alguien se da cuenta de que existo. En cierta forma me alegro. Mi línea de trabajo exigía un completo silencio sobre mis actividades.

No tengo control sobre las fuerzas que me impulsan, así que le saco el mayor provecho posible a la situación. Soy un científico, pero de ser atrapado, las leyes del hombre no me tratarían mejor que al simple ladrón que mata a su víctima por unas míseras monedas. Creo que tiene que ver con eso de Igualdad para Todos o algo parecido.

Ahora será diferente. Tengo alguien con quien discutir mi trabajo. No un cualquiera de la calle. Un colega. Alguien que fue educado bajo similares principios científicos y éticos. Alguien que, tal vez, en algún punto oscuro y apartado de su alma sepa apreciar lo que hago.

Eso no ocurrirá de inmediato. Soy consciente de que tomará años, pero puedo esperar. Tengo todo el tiempo del mundo.

Estoy seguro de que se muere por saber quién soy. Por ponerme las manos encima y detenerme. En su mente, lo más seguro, ya se ha imaginado formas imaginativas y dolorosas de castigarme por lo que considera crímenes sin sentido.

Si es así, entonces nos parecemos más de lo que usted piensa.

Quién sabe. Soy mayor que usted. Podría designarlo para continuar mi cruzada una vez los años no me lo permitan. No crea que se podrá liberar de esa obligación. Nadie se puede negar a la búsqueda de la verdad.

Por el momento, le tengo una proposición que no podrá rechazar. Una especie de competencia. Algo que encenderá una chispa de esperanza en su corazón, pero a la cual le recomendaría no aferrarse demasiado.

Soy bueno en lo que hago.

Estamos a principios de octubre. En algún momento, desde el instante en que lea esta carta hasta fin del mes, enviaré a un paciente de la Sala de Patología Obstétrica a escuchar la música de las esferas en los juzgados celestiales. ¿Cuándo? Eso es parte de su trabajo.

Tendremos nuestra propia Batalla de Zamora. De usted dependerá quién gane.

Moros o cristianos.

La elección ya fue hecha. La víctima está acostada en su cama. Una reina de Saba postrada en un trono semi ortopédico, envuelta en lino y algodón sin saber que le quedan pocos días de vida en la Tierra.

Por si no se ha dado cuenta todavía, averiguar quién es también es parte de su trabajo.

Divertido, ¿no es verdad?

El reloj comienza a moverse a partir de este momento. En mis palabras están todas las pistas que necesita.

La clave para salvar la vida de un ser humano está en lo que no he dicho.

Solo siga la música, con tal de que sea la adecuada.

Buena suerte y feliz cacería.

FAUSTO

Hatcher dejó caer la hoja sobre la cama y enseguida miró alrededor del cuarto, esperando ver salir de alguna esquina al demente que se

hacía llamar Fausto.

Estaba solo en el cuarto con Daisy.

Temblando, se acordó de la pequeña hoja que también estaba en el sobre y que tenía depositada sobre sus piernas. Cuando terminó de leerla el miedo desapareció. Fue reemplazado por una sensación de absoluta incertidumbre.

Cerró los ojos y se acostó en la cama. Necesitaba pensar en cada detalle de todo ese asunto y para eso requería descansar. En la mañana le contaría a David y a Daisy. Quizás ellos tendrían mejores ideas, así que de nada le servía preocuparse en ese momento.

Pero estaba seguro de que no podría conciliar el sueño.

Tercera parte

Ira

Todos ven lo que tú aparentas;
pocos advierten lo que eres.

Nicolás Maquiavelo.
El Príncipe. Capítulo XVIII.

Somos más sinceros cuando estamos iracundos
que cuando estamos tranquilos.

Cicerón.

CAPÍTULO 32

Amelia continuaba apareciendo en sus sueños.

La marea de fuego que se diseminó por el fondo de la cañada comenzó a tocar con sus lenguas flameantes los árboles cercanos. El humo comenzó a elevarse por encima de las copas. Nubes grises y negras que ocultaban la etérea ignición de los troncos y ramas.

El fuego comenzó a presentar una conducta autónoma y se saltaba unos árboles, dejándolos verdes y fragantes, mientras otros se envolvían en una bola amarilla y naranja. Mantovani veía todo esto desde el borde de la carretera y su pulso empezó a acelerarse.

Las llamas formaban un rostro. La cara de Amelia bailaba al compás del incendio y sus ojos parecían perforarlo. Se dejó caer de rodillas sobre el asfalto. Sintió las manos húmedas y las levantó. Las tenía manchadas de sangre y en la palma de su mano brillaba un pequeño aro dorado.

Dejó caer el aro, pero antes de golpear el piso un destello cegó su vista.

Su mano estaba limpia otra vez, sin rastros del anillo. Estaba sentado en una silla de bambú que miraba al mar desde un balcón. Las olas golpeaban la orilla en un suave ronroneo a lo lejos. Unas pocas parejas caminaban por las calientes arenas, mientras otras se tendían al abrazo de los bronceadores rayos del sol.

Miró a su izquierda. Amelia sostenía su mano entre las suyas. En uno de sus dedos brillaba un anillo. Sus ojos estaban perdidos en el horizonte. Una sonrisa marcaba sus labios.

—¿Qué esperas? —la escuchó decir sin mirarlo—. Ve a buscarlo.

Se levantó sin poder evitarlo. Estaba viviendo un sueño que era demasiado real y que recordaba demasiado bien. Era su primer aniversario de bodas y ella no le quería decir cuál era su regalo. Él debía buscarlo.

—Está en la cocina —fue todo lo que le dijo su esposa.

Buscó en cada rincón y alacena. Después de varios minutos encontró la caja dentro del horno. Era de mediano tamaño y estaba envuelta en

papel de regalo a imitación de nubes.

Cómo la amaba.

Se vio abriendo el regalo con uno de los cuchillos de la cocina. Quitó el papel con cuidado y lo puso sobre una mesa. Su madre le enseñó a guardarlos y a reciclarlos, para usarlos en otros regalos. A tantos años de su muerte seguía haciéndolo.

La caja era de cartulina blanca. La abrió y sacó de su interior un peluche. Era un oso panda con grandes ojos vestido con un esmoquin. En el cuello portaba un lacito rojo y entre las manos llevaba una carta.

Colocó el osito en la mesa y abrió la carta. Su contenido fue como un disparo directo a la cara y sintió sus músculos faciales contraerse.

Por siempre juntos... los tres.

Arriba del mensaje, el dibujo de dos personas. Un hombre y una mujer. Entre los dos, agarrado de sus manos, un pequeño bebé con un pañal que le quedaba grande. Por encima de ellos volaba una graciosa cigüeña.

El estruendoso llamado del timbre de su reloj despertador lo sacó de su sueño. Se levantó, sobresaltado en la absoluta oscuridad de su habitación. De un manotazo apagó el reloj y se quedó quieto en el silencio circundante.

Sus ropas estaban empapadas de sudor a pesar de tener el aire acondicionado al máximo. Se sentía agotado, pero el recuerdo de Amelia le dio ese impulso extra que necesitaba para seguir avanzando. Se quitó la sábana y se levantó de la cama. Rojos números digitales brillaban en la pantalla del reloj.

5:15 a.m.

Se quitó toda la ropa de dormir y caminó desnudo hacia el baño. Abrió al máximo la pluma del agua caliente y se zambulló debajo de la cascada térmica que caía de la ducha. Poco a poco sus pensamientos se aclararon y se agudizaron sus sentidos. La pesadez desapareció.

El filo estaba allí de nuevo.

Apagó la ducha y se secó los pies en una pequeña alfombra. El frío aire del cuarto lo mordió con todas sus fuerzas, pero eso no le importó. Caminó hasta el componente y lo encendió. Colocó un disco compacto y subió el volumen. Las notas de la obertura *Der Fliegende Holländer,* de Richard Wagner, ocuparon la habitación en pocos segundos.

Eran las 5:25. Tenía los diez minutos que duraba la obertura para vestirse. Luego se subiría al auto y manejaría rumbo a la casa de la

señora Luciani.

A las seis sería libre.

***

Danibeth Luciani apagó la radio y, luego de tomar de apuro el último sorbo de café que quedaba en su taza, la depositó con cuidado sobre su correspondiente plato. En la sala su esposo veía las noticias matutinas en uno de los canales locales. Ese día no comenzaba a trabajar hasta las nueve de la mañana, así que no tenía apuro. Se levantó temprano por simple hábito.

Tomó el maletín que tenía colocado sobre una silla cercana y las llaves del carro que colgaban de un pequeño gancho en la pared. Se acercó a su esposo y se agachó para darle un beso en la frente, pero la sorprendió un movimiento súbito. Levantó el brazo sin avisar y la tomó por la cintura. Perdió el equilibrio y cayó sentada sobre las piernas de él.

Sin soltarla se acercó a sus labios y se pegó a ellos varios segundos. Luego, renuente, se separó y la miró a los ojos.

—¿Te he dicho el día de hoy que estás hermosa? —dijo casi susurrándole.

—No, pero nunca es tarde para hacerlo — contestó Danibeth con una sonrisa—. Sin embargo, debes tener un poco de cuidado de la forma en que me lo dices. Podrías romperme el traje o una media en uno de esos actos impulsivos tuyos y entonces tendrías serios problemas conmigo.

—Eso no pasará. Tengo el toque de un bailarín de ballet en todo lo que se refiere a ti. Además —dijo mirándola de arriba abajo—, es difícil mantener mis manos alejadas de ti.

—No seas payaso —dijo en un juguetón intento de zafarse de sus manos.

Entonces ella lo abrazó y se quedó en silencio, junto a él.

—No desesperes —dijo con una pícara sonrisa—. Regresaré temprano hoy. Será mejor que estés bien descansado, pues vas a necesitar todas tus energías.

—Promesas, promesas —dijo el hombre, pasándole la mano por la pierna.

Danibeth se rio y caminó rumbo a la entrada. El sol apenas estaba

saliendo y el aire se sentía saturado de humedad. Las hojas de los árboles se veían impregnadas de minúsculas gotas de rocío, que caían como pequeñas lágrimas con la ayuda del viento.

Sus tacones altos resonaron como pequeños tambores sobre el piso de cemento. El maletín se balanceaba a su lado.

Abrió el carro y colocó el maletín en el asiento trasero. Luego entró y cerró la puerta. Tomó el llavero, una pequeña hoja de trébol dorada con su nombre grabado, y le dio vueltas hasta encontrar la llave que buscaba. La colocó en el encendido y la giró.

***

Mantovani estaba estacionado a varios metros de distancia, en una acera aledaña que le permitía ver hacia el estacionamiento de los Luciani. Tenía puesto el aire a toda potencia, pero sentía el rostro caliente y sudoroso. La radio resonaba con las notas de *Capriccio Italien* de Tchaikovski. Eran las seis y diez y Amelia no salía.

De su cuello colgaba un collar que casi siempre mantenía oculto debajo de su camisa. Lo sostenía con una mano, cual plegaria silenciosa para que todo saliera bien.

Como si sus oraciones hubieran sido escuchadas, la puerta de la casa se abrió y se asomó la figura femenina de Amelia en el umbral.

Llevaba una falda negra larga y un saco deportivo. Su cabello bajaba por su espalda, suelto. En una mano, un maletín. En la otra, las llaves del Lexus.

Apretó el collar al observar los primeros pasos de Amelia rumbo al auto.

La vio abrir la puerta y meter el maletín primero. Luego ella se perdió en el interior.

Solo pasaron unos segundos, pero a Mantovani le pareció una eternidad. Las luces traseras del auto se encendieron apenas un instante. Luego desaparecieron en medio de una majestuosa columna de fuego que se elevó hacia las nubes. Pedazos de metal, plástico y vidrio salieron despedidos en todas direcciones y se estrellaron contra las ramas de los árboles cercanos y las ventanas de la casa.

El sonido de la explosión debió ser formidable, pero Mantovani no lo escuchó con claridad, encerrado como estaba. Le pareció como el resonar de un trueno entre las grietas de una montaña, que iba desapareciendo poco a poco, dejando detrás de sí una vibración

silenciosa que perturbaba el aire y dejaba una huella permanente sobre todas las cosas.

Se quedó en silencio, contemplando las llamas. La puerta de la casa volvió a abrirse y un hombre, envuelto en una bata chocolate, salió descalzo al estacionamiento. Sus pasos eran lentos e inseguros. A pocos metros de la masa fundida de metal que fuera un bello Lexus se dejó caer al piso y levantó la cara al cielo.

A Mantovani le pareció que estaba gritando, pero no estaba seguro y, eso ya no tenía importancia. Él consiguió lo que quería.

Abrió la mano. En ella tenía un pequeño anillo con una piedra roja, que colgaba del collar que tenía en el cuello. La piedra, desde el momento en que vio a la señora Luciani por primera vez en el restaurante, se convirtió en una pesada carga. Parecía latir sobre su pecho y después, poco antes de la explosión, en su mano, irradiaba un calor casi viviente.

Ahora no era sino un adorno. Una baratija. Todo signo de vida desapareció con el elemento fuego.

Se colocó el collar de nuevo debajo de la camisa y subió el volumen del radio. Era hora de ir a trabajar. De empezar los preparativos necesarios para la fiesta de despedida de la señora Marionetta.

CAPÍTULO 33

—Entonces, ¿qué piensas?

David leía concentrado la nota de Fausto, mientras mordía con distracción una tortilla de maíz. A su lado, un vaso de leche a medio llenar le servía para mojarla cada cierto tiempo.

Daisy, sentada en otra de las sillas del comedor, miraba por la ventana al sol que apenas se asomaba por encima del techo de las casas. Esperaba que David terminara para ver a qué conclusión llegaba en todo ese asunto. En lo que a ella se refería, no le agradaba en absoluto. Hasta hacía pocas horas mantenía la remota esperanza de que todo lo ocurrido tuviera otra explicación.

La carta encontrada por Diego cambiaba por completo su perspectiva. Lo hacía muy cercano. Personal.

—No me agrada— dijo David enarbolando un pedazo de tortilla— pero, por lo menos, nos confirma que sí hay un asesino suelto. Uno que, por cierto, no está muy bien de la cabeza.

—¿Por lo menos? —dijo Diego con el ceño fruncido—. Esta es la prueba que esperábamos. Digo que la llevemos a la policía.

—Y te pondrás en ridículo —dijo David. Se tragó el último pedazo de la tortilla y continuó—. No existe otra prueba que sustente tu acusación. La señora Calvet no sabemos si de verdad fue asesinada. La señora Ellis fue cremada. El único informe del caso rechaza toda posibilidad de mano criminal, está firmada por Hobt y, para terminar, hay dos o tres decenas de personas que piensan que sufres de episodios psicóticos o que cultivas tu propia plantación de *Cannabis*. Junta todo eso y te darás cuenta de que esa carta no tiene el menor valor. Y el asesino lo sabe. Por eso se atrevió a escribirla. Lo primero que va a pensar la policía es que la escribiste para probar tus locuras alucinatorias.

—Están ustedes de testigos —dijo no muy seguro.

—Menos todavía. No podemos atestiguar, bajo juramento, que esa carta no sea un invento tuyo. Un abogado promedio nos haría pedazos en un interrogatorio directo.

—Entonces —resopló Hatcher tomando la carta—, ¿qué podemos hacer?

—Lo único que se me ocurre es intentar resolver ese misterio —dijo David señalando al pedazo de papel—. Es nuestra oportunidad de detenerlo. El problema es que no sé cómo. No le veo ni pies ni cabeza.

—En ese sentido tengo algunas ideas —dijo Daisy empujando su silla hasta sentarse al lado de Diego y quedando en frente de David. Se sonrojó al darse cuenta de que la estaba mirando, pero su atención se dirigió de inmediato a la carta.

—En primer lugar, él nos dice en qué sala está la víctima.

—Lo que nos limita a unas 100 personas, sin contar algunos bebés.

—Tranquilo. El punto importante es este —dijo ella, apuntando con el dedo una parte del texto—. Aquí dice que *la elección ya está hecha*. Eso quiere decir que en el momento de escribirte esa carta ya sabía a quién quería. Eso elimina a todas las pacientes hospitalizadas después de las 3:00 p.m. de ayer, que fue la hora en que te fuiste del Hospital. La carta tuvo que esconderla en la revista mucho antes.

—Eso reduce el número, sí, pero no creo que mucho.

—Luego elimina todas aquellas pacientes hospitalizadas por causas que no las retengan mucho tiempo.

—No creo comprenderte.

—No soy médico —explicó la mujer alzando los hombros—. Tendrás que revisar y usar tu propio criterio, pero mi idea es que, sea quien sea la elegida, deberá permanecer en la sala por varios días.

—Quizás tengas razón —concedió David, chasqueando los dedos—. El asesino te dio de plazo hasta fin de mes. Son quince días y no creo que su plan sea actuar ya. Para él todo esto es una competencia. Te dará unos días para estar seguro de que leíste su nota y te prepares. Luego, cuando menos lo esperes, actuará. Si el razonamiento es adecuado, entonces...

—La víctima tiene que estar hospitalizada por una patología que la obligue a permanecer en la sala por lo menos hasta dentro de un par de días.

—Exacto —dijo Daisy levantando las cejas.

—Me sentaré en la tarde a revisar expediente por expediente y sacaré una lista de las posibles candidatas. Sin embargo, serán varias. No somos suficientes para vigilarlas a todas las 24 horas del día.

—Allí es donde comienzan los problemas —dijo su esposa

quitándole la carta—. He leído esa nota varias veces y no se me ocurre a qué pistas se refiere.

—La carta —dijo Diego—ya nos da información. Nos orienta sobre la personalidad de este individuo. Para comenzar, ¿por qué se hace llamar *Fausto*?

—¿No fue el médico que le vendió su alma al diablo? — intervino Daisy con una casi imperceptible inclinación de la cabeza.

—Después de leer la carta —dijo Diego cerrando los ojos—, no pude volver a dormir, así que busqué información en Internet. Por cierto — esta vez le habló directo a su esposa—, recuérdame cuando atrapemos a este desgraciado darle las gracias. Aprendí tantas cosas nuevas que me siento como un niño en la escuela.

—Por eso estabas despierto —murmuró Daisy, con alivio y comprensión evidente en su voz.

Le puso la mano en el muslo y le sonrió.

—*Piensa que te paraste de la cama para no estar con ella* —le dijo su voz con asombro—. *Creo que ya se volvió obvia tu actitud.*

—*Yo no tengo ninguna actitud.*

—*Cierto, es una fijación.*

Su voz tenía razón. Era una obsesión. No podía olvidar su embarazo.

—*Ni el accidente* —le recordó su voz—. *No olvides el accidente, ni a Massiel.*

—¿Diego? — lo llamó su esposa.

Estaba tan concentrado en el pasado que no se dio cuenta de que le estaban hablando. David y Daisy lo miraban con curiosidad y preocupación.

—Disculpen —sacudió la cabeza para ocultar el rubor que se extendía hasta sus orejas—. Estoy algo cansado, eso es todo. En fin, Fausto. Creo que el asesino se identifica con él.

—Por favor, explícate —dijo David con curiosidad.

—Fausto, o el doctor Johann Georg Faust, vivió en el siglo XV y XVI.

—¿Dos siglos?

—No, amigo. Nació en 1480 y murió en 1540. Fue algo así como un mago y alquimista.

—Alquimista… científico —intervino Daisy—. El que escribió esta carta se considera un investigador.

—¿Qué se supone que investiga? ¿Cómo asesinar embarazadas?

—Quién sabe —siguió ella—. ¿Encontraste alguna otra cosa sobre Fausto?

—Seguro. Varías óperas, musicales y obras de teatro basadas en la obra de un escritor alemán de apellido Goethe. En esta, Fausto es un alquimista en búsqueda de la verdadera esencia de la vida. Frustrado por las limitaciones de su conocimiento, llama la atención de Mefistófeles.

—Y le vende su alma por el conocimiento que necesita —remató Daisy—. Al final, el diablo se lleva su alma, ¿cierto?

—No en la obra de Goethe. En esta, Dios interviene al final y protege el alma de Fausto.

—Con el perdón de Goethe, prefiero la otra versión —sentenció David, levantándose para buscar refrigerios—. Por lo menos, así espero que termine nuestra historia.

—Yo también, pero no hemos avanzado mucho. El asesino es un científico y se cree Fausto. Eso no reduce mucho el número de sospechosos.

—Hay otra forma de reducirla —dijo David colocando un plato con trozos de queso gouda y aceitunas verdes en la mesa—. Él nos dice que lleva quince años haciendo "su trabajo". ¿Cuántos médicos llevan tanto tiempo en el hospital?

—Eso puedo averiguarlo —afirmó Diego sin mucha emoción—, pero no sé si será suficiente.

—Yo tampoco —dijo David mordiendo un pedazo de queso—. Es todo lo que tenemos por el momento.

Nadie habló por algunos segundos, todos tratando de ver una arista no estudiada del problema. Hasta que Daisy, quien sostenía la carta, la colocó sobre su regazo y dijo, los ojos en el techo: —¿Por qué Zamora?

—Mmmm… —David casi se atraganta con la aceituna que tenía en la boca—. No te entiendo.

—En la carta, Fausto le dice a Diego que tendrán su propia *Batalla de Zamora.* A mí me gusta leer y nunca he escuchado de esa batalla. ¿Por qué no Trafalgar o Lepanto? ¿Qué importancia particular tiene esa batalla?

—Eso también lo busqué —habló Diego tomando el último pedazo de queso—. Zamora es una ciudad española, cerca de la frontera con Portugal. Al principio fue un asentamiento moro, pero cambiaba mucho

de dueño a través de los años. Algunas veces los cristianos, otras los árabes.

—Hay que reconocer que hiciste tu tarea —aceptó David con una media sonrisa—. Sigo sin entender por qué usó ese ejemplo en particular.

—¿Quién sabe? —la voz de Daisy sonaba desesperada—. Tal vez necesitaba Zamora para hacer referencia a los 'moros y cristianos'. La víctima bien puede ser una cocinera cubana... qué se yo.

—Creo que nos estamos ahogando en un vaso de agua —señaló Diego—. Por lo menos tenemos algo para guiarnos cuando saque la lista de posibles candidatas. Entonces trataremos de nuevo. Con algo de suerte una de las pacientes es de apellido Zamora.

Daisy sonrió, pero tachando para sus adentros esa improbable opción.

Se levantó de la silla. Tomó el plato y los vasos de la mesa y los llevó a la cocina.—Diego tiene razón —oyeron a Daisy decir a lo lejos —. Podríamos pasarnos horas pensando en posibles conexiones o juegos de palabras y jamás llegar a la solución. La verdad es que no sabemos qué estamos buscando.

David se acomodó en la silla y asintió.

—En eso no te voy a llevar la contraria. Este Fausto es un psicópata muy peculiar. No puedo empezar a comprender por qué Araujo protege a esta bomba de tiempo ambulante.

Diego movió su cabeza de un lado a otro y sacó un pequeño trozo de papel del bolsillo de su camisa. Él también podía hacerse el dramático cuando quería.

—No estoy tan seguro que Araujo lo esté protegiendo. Creo que ni sabe de su existencia.

—¿Qué es eso? —David lo miró, intrigado.

—Este mensaje también estaba dentro del sobre de Fausto.

—¿Cómo? —se oyeron al unísono David y Daisy—. ¿Por qué no lo dijiste? ¡Puede que tengas la solución de todo esto en la mano!

—No. Si soy sincero, hubiera preferido no haberlo encontrado. Mi vida sería mucho más tranquila.

Lanzó el papel a la mano de David. Daisy se paró a su lado para leer la nota al mismo tiempo.

P.D. No quisiera entrometerme en asuntos que no tienen que ver conmigo, pero siento que es mi obligación preguntarle: ¿Sabía que el

laboratorista no existe?

—Dios del Santo Verbo— murmuró Daisy con asombro— ¡Sabe del laboratorista! ¡Sabe que te engañaron!

La nota seguía.

¿Conoce a alguien que conduzca un Citröen Xantia Prestige verde olivo, matrícula 051604?

Si su respuesta es negativa, no tiene importancia.

Si es positiva, encontró al laboratorista que no existe.

Lo vi subirse a ese carro.

—¿Daisy? —preguntó la voz de Diego. El tono fue lo que llamó su atención.

Ella guardaba silencio. Su mirada estaba fija en el aire, enfocada en el vacío dejado por la carta al moverse David. Su rostro, sin expresión alguna, parecía congelado en el tiempo, con excepción del casi imperceptible movimiento de un músculo en su sien.

—Daisy —repitió Diego con mayor energía para hacerla reaccionar.

La mujer volteó los ojos hacía su esposo y, parpadeando con fuerza, pareció despertar de un profundo sueño.

—Creo que me va a dar una jaqueca. ¿Cómo sabe todo eso?

Los dos hombres se miraron sin saber qué pensar de lo ocurrido.

—No tengo la menor idea —señaló Diego.

Ella parecía la misma de siempre, así que no tenía sentido seguirle dando vueltas al asunto. Sin embargo, iba a vigilarla muy de cerca a partir de ese momento

—Fausto no trabaja para Araujo. Si así fuera no nos estuviera dando toda esta información.

—Entonces, ¿por qué demonios lo encubre?

—La única explicación es que tenías razón. Araujo está protegiendo algo no a alguien. Una investigación policial es lo último que quiere.

—Entonces debe saber que son ciertas tus acusaciones. Hobt debe haberle comentado de los resultados de la autopsia. Por más que hayan hecho para ocultar la verdad, ellos la conocen mejor que nadie. Y si yo fuera un criminal, intentando ocultar una operación ilegal, lo último que permitiría es un agente libre cometiendo sus propios crímenes y llamando la atención. Tomaría medidas al respecto.

—Tal vez —dijo Diego—, pero la carta sigue. Dale la vuelta a la hoja.

David la viró. En la otra cara aparecía un mensaje final.

Otra cosa. ¿Sabían que no soy el único asesino en el área? Hay otro y, debo decirlo, es tan bueno como yo.

Tal vez en alguna ocasión nos reunamos y hagamos una competencia. ¿Qué le parece? ¿Podrá con dos, si no puede ni siquiera con uno?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Daisy—. ¿Hay otro asesino?

—Lo que pienso —opinó Diego guardándose el papel en el bolsillo —. Es que este Fausto quiere jugar conmigo y ponerme en una cacería de brujas, cuando no hay otro aparte de él. No pienso dejarme atrapar en sus redes. Se detuvo al ver la expresión de David. Sus ojos miraban, abiertos como dos antenas parabólicas, una pequeña libreta que sacó de su bolsillo mientras ellos hablaban.

—¿Qué pasa?

—Sé quién conduce ese carro.

—¿Qué carro? ¿El Citröen?

David lo miró, aspirando hondo antes de responderle.

—Santos.

—¿Santos? —farfulló la mujer—. ¿El psicólogo? ¿El que inventó la locura esa del PRADE?

—Correcto. Antes de ir a hablar con él lo mandé a investigar. Eso incluyó sus bienes y finanzas.

Un pesado silencio cayó en la habitación hasta que Diego tomó la palabra:

—Eso confirma que Santos trabaja para Araujo y, por tanto, que el PRADE no es una escuela de filosofía ni nada que se le parezca. La pregunta es ¿cuál es la conexión?

—No me agradan mucho las implicaciones de este descubrimiento. Nunca estuve seguro de que Santos estuviera implicado. Irene y Octavio podían ser miembros del PRADE, pero igual, podían estar trabajando por su cuenta para Araujo. Hay mil formas de encontrar mano de obra criminal si se sabe dónde buscarla. Vi ciertas cosas raras en la conducta de Santos, pero después pensé que podían deberse a que quería proteger su reputación y la fama de cero fallas de su programa. La bata y el estetoscopio podían tener otra explicación.

—Me parece que querías absolverlo antes de ajusticiarlo— dijo Daisy.

—En cierta forma tienes razón. Fui a su oficina con la idea de que

era culpable y que todo el PRADE era un fiasco. Cuando lo conocí seguí sintiendo algo raro, pero esa misma voz me decía que él no era culpable y no hay nada que arruine más una investigación que los prejuicios, ya sean positivos o negativos. En fin, me dejé llevar por mis nuevas impresiones y dejé de darle importancia al papel que podía estar jugando Santos. Ahora todo cambia. Si vio, y no tengo razón para dudarlo, al laboratorista subirse al carro de Santos, eso quiere decir que él está involucrado y que mis sospechas originales eran ciertas. Santos está usando el PRADE como excusa para conseguir mano de obra barata y Araujo es su mejor cliente.

—No comprendo por qué te molesta tanto.

—Me molesta porque ahora sé más cosas de Santos y ninguna de ellas se ve muy bien en las actuales circunstancias.

—¿De qué estás hablando?

—Santos —dijo leyendo de la misma libreta—tiene 50 años de edad y es psicólogo clínico. Ha trabajado para las autoridades de diferentes centros correccionales. Su reputación y el hecho de ser hijo de uno de los políticos de mayor relevancia en su época, le abrieron muchas puertas desde su infancia y facilitaron la puesta en marcha sin mayores problemas de su programa. Lo que mucha gente no sabe es que Santos heredó hace dos años una compañía farmacéutica.

—¿Una qué? —preguntó Diego sorprendido. Estaba preparado para todo, excepto para eso.

—Una compañía farmacéutica —repitió David—. Eso es lo que me molesta. No me agrada la idea de que Santos sea dueño de una y que, a la vez, trabaje para Araujo, quien es director médico de un hospital. Hay algo en esa combinación que me llena de escalofríos. *Mollaris* fue fundada por su padre y un grupo de empresarios amigos suyos hacia principios de 1980. No era un emporio, como lo son la gran mayoría de estas empresas, pero rendía suficientes ingresos como para considerarse un buen negocio. Se dedicaban a la distribución y venta exclusiva de medicamentos genéricos, pero con ciertas miras hacia la investigación farmacológica. Eso fue hasta hace cinco años, cuando todo se vino abajo y la compañía casi se declara en bancarrota.

—¿Qué pasó? —preguntó Daisy.

—No lo tengo muy claro. No conozco cómo funciona el proceso, así que espero que Diego me aclare algunas dudas. Parece ser que uno de sus investigadores principales diseñó una droga que casi los volvió locos de la alegría. La bautizaron con el nombre de Calmol y se

lanzaron en una frenética búsqueda de fondos para desarrollarla. Antes de seguir, ¿sabes qué significan la frase *ensayos clínicos*?

—Son las pruebas en humanos. Todas las drogas deben pasar por el mismo proceso. Estudios en tubos de ensayo, muestras de tejido y en algunos casos en animales o simulaciones por computadora. Cuando son suficientes para garantizar su eficacia y seguridad, se pide aprobación para iniciar las pruebas en seres humanos. Pueden pasar años antes de que la droga sea certificada para su comercialización.

—Pues, al parecer el Calmol llegó hasta la fase I de ensayos clínicos. ¿Qué significa eso en español?

—No soy experto en el tema, pero sé que son tres fases. En la primera, la droga se da a un pequeño número de personas, de 20 a cien, y se evalúan los efectos adversos. Eso ayuda a verificar que la dosis a usar conserve su efectividad sin mayores complicaciones a la salud. También se efectúan estudios para ver cómo se metaboliza la droga, en qué órganos, si se produce algún metabolito y cómo se eliminan. ¿Qué hacía el Calmol?

—Era un potente analgésico.

—Entre tantas medicinas para quitar el dolor —dijo Daisy—. ¿Qué la hacía tan especial?

—El investigador garantizaba que por su estructura química y afinidad con ciertos receptores podía abolir casi en un 80% los dolores del parto.

—¡Auch! —exclamó Diego pasándose la mano por el cabello—. Eso lo explica. ¿Te imaginas la demanda que tendría esa droga en el mercado mundial?

—Bueno, el Calmol jamás pasó de la fase I. Todos los estudios hechos en tejidos y animales no indicaron problema alguno, pero al usarla en humanos resultó ser demasiado tóxica.

—¿Qué pasaba?

—Según averigüé, producía cambios hepáticos severos, similares a una cirrosis. Aquí lo escribí, el término que usaron fue “hepatotóxico”.

—Correcto, envenenaba al hígado.

—El estudio se detuvo en el acto. *Mollaris* y sus inversionistas perdieron millones de dólares en el proyecto y la compañía se fue al piso. En esas condiciones fue que Santos heredó la compañía.

—¿Cómo que la heredó? ¿Qué pasó con su padre y los otros accionistas?

—Su padre era el accionista principal y tenía casi control absoluto en la toma de decisiones. El señor Santos era un jugador y apostador empedernido, con muchísimas deudas. Es probable que pensara que su droga milagrosa lo sacaría del pozo en que estaba metido. Su fracaso lo deprimió al grado que un buen día lo encontraron en su oficina con un agujero en la sien y un revólver en la mano.

—¡Oh, Dios! —Daisy se llevó la mano a la boca.

—Creo que fue por eso que tenía la tendencia de mirar a Santos con buenos ojos. Evitó, con escasa experiencia en el área y todavía de luto, que *Mollaris* quebrara y la dejó en condiciones de seguir trabajando igual que antes. Tengo entendido que adoraba a su padre y toda la experiencia fue un fuerte golpe para él, pero se repuso como los grandes. Ya saben que *Mollaris* anda bien hoy. Tiene varios fármacos en evaluación por la FDA, todas en alguna de las tres fases de ensayos clínicos y con excelentes resultados hasta el momento. Me resulta difícil pensar que alguien con el potencial de sacar una compañía de las ruinas con solo su fuerza de carácter y su cerebro, sea un criminal.

—Y, sin embargo, lo es —afirmó Diego—. Mi pregunta es ¿cuál puede ser el interés de Araujo en un psicólogo, una compañía farmacéutica, un grupo de criminales que sirven para actores y un asesino loco? ¡No tiene sentido!

David se levantó.

—Por el momento tal vez no, pero la encontraremos. Cada uno de nosotros tiene una asignación. Daisy —y le entregó las dos notas de Fausto—quiero que pienses en esto. Confío en tu poder imaginativo y sé que, si hay alguien capaz de resolver este rompecabezas, eres tú. Diego, ve a trabajar y revisa los expedientes de la sala. Busca las víctimas potenciales de acuerdo con los criterios que sacamos y haz memoria de todos los detalles que puedas de la muerte de la señora Calvet y Ellis. Siempre cabe la posibilidad de que hayas presenciado algo que no supiste valorar en ese momento. Ahora, tienes un punto de vista diferente.

David sacó un llavero de su bolsillo.

—Yo, seguiré a Araujo. Quiero ver qué hace en su tiempo libre.

CAPÍTULO 34

Ibeth abrió la puerta de su casa y lanzó la cartera en una silla cercana. Se quitó los zapatos en el umbral y con el talón descalzo empujó la puerta hacia atrás. El sonido de la cerradura al caer en posición fue una celestial melodía en sus oídos.

Estaba agotada. No tanto por el trabajo sino por el horario. Odiaba el turno de once de la noche a siete de la mañana. La tanda del trasnochador, como le decían unos. El turno del cementerio, le decían otros. Todos términos muy coloridos para referirse a ocho horas de pesado trabajo. Incompatibles con su ciclo circadiano.

Para colmo de males sentía la cabeza pesada y las náuseas no se le quitaban del todo. Un reloj de pared, a imitación de una raqueta de tenis, marcaba las 7:45 am. Con razón tenía hambre.

No se preocupó en recoger los zapatos, que brillaban como dos copos de nieve sobre la alfombra azul marino que cubría el suelo. Caminó hasta la cocina y encendió el televisor, que tenía montado sobre una pequeña repisa frente a la mesa del comedor. Abrió la tapa de su fiel cafetera, una vieja *Toshiba* que le regaló su tío al ser admitida a la Facultad de Enfermería, y llenó el reservorio con su marca favorita.

—Por encima de cualquier otra cosa —le dijo su tío al entregarle el regalo—, te servirá para sobrellevar las largas noches que te esperan.

Cuán acertado fue. Cómo lo extrañaba.

Tomó el control remoto del televisor y sintonizó las noticias matutinas. Aún no se encendía la luz verde en su cafetera, pero el aroma ya se sentía en el aire.

Sus padres nunca estuvieron de acuerdo en que se fuera a la ciudad a estudiar. Lo consideraban una pérdida de tiempo. Su lugar estaba junto a sus hermanos, trabajando el campo. Por fortuna para ella, su tío Esteban logró convencerlos. Jamás supo por qué razón, de todos sus sobrinos y sobrinas, la eligieron a ella para sacarla de un destino de ignorancia y pobreza. Jamás se atrevió a preguntarle y la respuesta murió con el cáncer de próstata que le quitó la vida. Poco antes de morir le confesó que se iba siendo feliz. Lo recordaba sentado en la

primera fila de su ceremonia de graduación, aplaudiendo orgulloso. Eso era todo lo que ella quería. Hacerlo feliz.

Sus padres murieron antes. Su madre, dando a luz a su noveno hijo. Su padre, de un sangrado digestivo relacionado con su ingesta de seco durante toda la vida. Sus hermanos andaban desperdigados a los cuatro vientos, cada uno buscando su propio destino. Con ese entorno familiar, no eran de extrañar todos sus problemas emocionales.

—*Eso no es justo* —pensó apagando la cafetera—. *Ellos no tienen la culpa de tus errores. Tu solita caíste en brazos de Alexis.*

Alexis. El típico chico malo que vivía en la casa de al lado y que no la dejó ni a luz ni a sombra desde el primer momento en que la vio. Cuando su tío murió, Alexis estuvo allí. Gracias a su apoyo y confianza fue que sacó la energía necesaria para salir adelante. Sin importar que eran tan compatibles como la salsa de tomate y el helado, tenía que aceptar que fue un pivote importante en su vida. Al César lo que es del César.

Fue una relación tormentosa, con altas y bajas. Un buen día. Alexis se fue a trabajar fuera del país y todo acabó.

Llenó su taza hasta el borde, una pieza de porcelana con el diseño de un león, y se sentó en una silla. La pantalla del televisor mostraba la vista aérea de una casa. En el fondo se veía lo que parecía una gigantesca fogata.

Se quedó mirando el león. Fue el primer regalo de Alexis, la primera señal de que tenía un serio problema. Después de casi cinco años de haber salido de su vida, seguía tomando el café en la misma taza. Su taza.

Tal vez Alexis no era el único con problemas.

Amaba a Carlo. De eso no le cabía duda. Aunque nunca habían tocado el tema, sabía que se iban a casar un día y que iban a ser muy felices. Sin embargo, a pesar de todos los buenos momentos, de todo el cariño que se profesaban, de tener tantas cosas en común, bastó que viera a Alexis una vez más para caer en sus manos como una tonta.

Algunos vicios eran muy difíciles de dejar.

Alexis regresó cinco meses atrás, licenciado en farmacia de una universidad norteamericana. Le tomó algo de tiempo encontrarla. Cuando lo hizo, quedaron de encontrarse, para recordar los viejos tiempos. Ella aceptó. Sabía desde un principio lo que iba a pasar. Que no se iba a poder resistir si él hacía el mínimo acercamiento.

No pudo evitarlo. Pasaron juntos esa misma noche. A la mañana

siguiente, la culpa pudo más y le confesó que tenía un novio y pensaba casarse.

Alexis reaccionó tal y como lo esperaba. Sonrió y le lanzó un beso.

Era como una droga. Sabía que la estaba destruyendo y no podía alejarse de él. Se seguían viendo de vez en cuando, aprovechando los días que *el otro*, como le decía Alexis, estaba de turno.

Necesitaba tiempo para analizar. Para tomar una decisión.

Las náuseas empezaban a preocuparla.

Tomó un poco de café para despejarse y levantó el control remoto con la intención de cambiar de canal, pero su dedo se congeló sobre el botón. Subió el volumen, sin poder creer lo que estaba viendo.

Desde la pantalla la miraba la joven del restaurante. La voz del locutor, un eco grave por encima de la inmóvil foto.

—La señora Luciani murió de manera instantánea al estallar su auto. La policía no ha dado mayores detalles hasta el momento, pero una fuente oficial, que no quiso ser identificada, asegura que se sospecha de una mano criminal. El esposo, el arquitecto Raúl Luciani, fue llevado a prestar declaraciones…

Ibeth se llevó la mano a la boca, en un vano intento de detener las ganas de vomitar.

***

Araujo colocó su auto en el estacionamiento asignado, justo a la entrada de la Dirección Médica, y apagó el motor. Se quitó el cinturón de seguridad y se dio la vuelta para tomar unos papeles colocados en el asiento trasero. Al hacer esto lanzó una rápida mirada.

El otro auto se había detenido debajo de un árbol a varios metros.

Los años no habían reducido su paranoia. Vivía pendiente de cualquier situación que pudiera sugerir un súbito interés de las fuerzas del orden en su pequeña operación. Aunque consideraba que brindaba un servicio a la comunidad, sabía que donde él veía factores atenuantes, otros verían un crimen.

Su rutina diaria incluía revisar cada auto estacionado frente a su casa. Repetía el movimiento al llegar al trabajo. Tanto a la ida como a la vuelta.

Esa mañana, por primera vez, vio algo que llamó su atención. Conocía los carros de sus vecinos y el Nissan Sentra del otro lado de la

calle no era uno. El temor empeoró al percatarse que un hombre estudiaba su casa con mucho detenimiento desde las sombras del interior del vehículo.

No cambió su ruta diaria. Tampoco le quitó los ojos de encima en todo el camino. Era una figura pública conocida y su puesto podía tentar a elementos criminales. Tenía que saber si su vida corría peligro o, lo que sería peor, si su operación había caído en el radar de la policía. Lo dudaba, mas no era imposible.

Empezó a preguntarse si Hatcher no tendría que ver con todo. Después de todo, era el único factor fuera de lo habitual en los últimos años. Según Santos, lo tenía bajo control, pero no estaba en ese puesto por confiado. Si el hombre que lo seguía era resultado directo de la intervención de Hatcher, representaba un problema mayor de lo que imaginaba.

Se bajó del auto y colocó los papeles en el techo, mientras se arreglaba la bata. Luego los recogió y entró al hospital.

Tomó el ascensor y se dirigió a su oficina. Tras avisarle a su secretaria que no quería ser molestado, se encerró con llave. Tenía mucho en qué pensar.

Deslizó el primer cajón de un archivero de metal color gris que tenía colocado en una esquina y sacó un grupo de cartapacios. Se puso a revisarlos hasta encontrar el que le interesaba. Regresó los demás a su posición original y se llevó el seleccionado a su escritorio.

Antes de leerlo, se inclinó hasta alcanzar el teléfono y marcó un número que se sabía de memoria. Mientras esperaba que entrara la llamada, abrió un cajón del escritorio y sacó un par de binoculares.

—Santos —dijo una voz después del tercer timbre.

—Araujo. Tenemos un problema.

—Para ti todo es un problema. Dime qué necesitas ahora.

—Creo que el perfume que me vendiste me dio alergia.

Se hizo un silencio profundo al otro lado de la línea, el cual hubiera disfrutado mucho de estar en otras circunstancias. Le encantaba callarle la boca a Santos.

—¿Estás seguro? —preguntó, cambiando el tono.

—Saliendo de mi casa me dio el primer brote. Hoy, de nuevo. Justo aquí al llegar al hospital —al decir esto tenía los binoculares enfocados en el carro estacionado.

—No te preocupes. Llamaré al que me lo vendió para que nos

regrese el dinero. ¿Tienes el número de la factura?

—Seguro.

Le tomó un poco enfocar la calcomanía colocada sobre el parabrisas. Cuando logró distinguir los números de la matrícula, se los dictó a Santos. Del otro lado le llegó una especie de gruñido y la llamada se cerró.

Regresó a su escritorio y se sentó. Tenía trabajo que hacer. Levantó el cartapacio que había dejado sobre el escritorio y se puso a estudiarlo con detenimiento. No comprendía cómo pudo ser tan ciego.

En la primera página, una foto en blanco y negro del doctor Carlo Mantovani.

CAPÍTULO 35

Azul. No un tono leve o siquiera fuerte, sino muy intenso. Para que no le quedara la menor duda.

Ibeth tiró la plaquita de plástico en el tinaco, que desapareció entre las bolas de papel higiénico y otros materiales de procedencia desconocida.

Primero fue la aparición de Alexis, una tormenta que vino a sacudir su perfecta, estable y feliz existencia. Luego, su incapacidad de poder escaparse de su poderosa presencia para retomar el curso de su vida. Ahora, un color auguraba mayores problemas en su destino.

El color del embarazo, empaquetado en una cajita que requería una muestra de orina y no ser daltónico.

El siguiente paso a tomar sí requería un poco de planeación, pero le faltaba una pieza clave.

¿Quién era el padre?

Podía ser cualquiera de los dos. Llevaba dos años y meses cuidándose con anticonceptivos, pero hasta el mejor de los métodos tiene su porcentaje de error. A ella le tocó ser una de las afortunadas. Justo a ella, que nunca le pegó a un número de la lotería, le correspondió encontrarse con un espermatozoide solitario y aventurero con ínfulas de carismático.

Ya era muy tarde para lamentaciones. Tenía un problema que resolver y sus opciones se reducían a dos. ¿A quién debía mentirle y a quién decirle la verdad?

Claro, no acerca del embarazo. En pocas semanas ya le sería imposible ocultarlo y pronto estaría llevando ropa holgada. Lo que debía decidir era si decirle la verdad a su novio o mentirle y hacerle creer que era su hijo.

Después de todo, tenía 50% de probabilidades de que sí lo fuera.

La misma prueba una semana antes y la respuesta habría caído de su peso. Alexis era una pasión atrayente, pero ya. Algo pasajero. Sabía que su vida necesitaba rumbo y eso no lo proporcionaba una simple atracción animal. Su futuro era Carlo. Fin de la discusión.

Eso, claro está, fue antes de ver en televisión la foto de la señora Danibeth Luciani.

No sabía que pensar. La idea de que Carlo pudiera estar involucrado en la muerte de la joven era una aberración. Él era incapaz de hacer daño. Un hombre con alma de querubín.

Sin embargo, no se podía olvidar de la mirada que le dirigió esa noche.

Odio. Puro odio.

¿Y si estaba equivocada? ¿Y si no era tal como se lo imaginaba, sino que detrás de su apacible apariencia se escondía un monstruo asesino? ¿Alguien capaz de matar a otro ser humano?

Se sacudió las preguntas de su cabeza como si espantara moscas. Estaba delirando. Su amorcito era incapaz de eso. Debía haber una explicación y todo lo que tenía que hacer era preguntarle.

El timbre del teléfono la sobresaltó. Lo dejó sonar una segunda y una tercera vez. A la cuarta se levantó y lo tomó.

—Hola —escuchó la voz de Alexis—. ¿Qué hay de nuevo?

Ibeth no le contestó enseguida. Tomó una decisión y cerró los ojos, como si la oscuridad la amparará de cualquier problema que pudiera darse después.

—Creo que debes saber algo.

***

Santos apagó su computadora y dejó escapar un silbido entrecortado al acomodarse en su silla. Con los pies se empujó para alejarse de la mesa. La silla se deslizó sobre sus ruedas y quedó a una buena distancia de la posición original. Sus ojos seguían fijos en el monitor de la computadora, oscuro y sin vida, pero atrayente.

A Araujo no le iba a gustar lo que averiguó.

Podía moverse por los mapas electrónicos de las redes de información con bastante efectividad y los contactos que tenía con la policía, gracias al PRADE, ampliaban su horizonte. Contaba con mucha libertad por las implicaciones de su trabajo y su efectividad era recompensada con toda la laxitud posible en cuanto a la posibilidad de acceder a información privilegiada. Lo que no se le permitía, lo tomaba, y punto. Nadie sabía lo fácil que era conseguir la información apropiada si se tenían los recursos. El dinero era el mejor de todos.

Por una considerable suma, por ejemplo, disponía de una puerta discreta por la cual entrar en los sistemas del Departamento de Tránsito. El programa de localización de vehículos era bastante primitivo, pero eficiente. Al introducir los números de la licencia apuntada por Araujo y presionar *enter*, desaparecieron todos los caracteres de la pantalla y esta adquirió una coloración azul. Pocos segundos después reapareció una extensa cuadrícula con datos en algunos espacios. Así se pudo enterar, entre otras cosas, que la placa pertenecía al señor David Levin. Y para constatarlo, la foto de su licencia de conducir destacaba al margen derecho.

Santos sintió lo que podía calificar como una descarga eléctrica en lo profundo de su conciencia. El misterioso investigador aparecía de nuevo y en circunstancias bastante diferentes.

Las implicaciones eran funestas. Si el tal Levin estaba siguiendo a Araujo después de hablar con él, quería decir que conocía la conexión entre ellos. Iván fue tan solo una excusa. Desde el principio, tal y como lo sospechaba, su único interés fue el PRADE.

Cómo llegó a esa conclusión, no lo sabía. El por qué, tampoco. El qué hacer, evidente.

Tenía que reunirse con Araujo para ponerlo al día. Después le diría que hacer. Su empleador no tenía las agallas para tomar ese tipo de decisiones. Para eso lo tenían a él.

La etapa de las ilusiones y los pases de magia estaba agotada. Tenían por delante una mina y las minas no se hacen desaparecer.

Para desactivarlas hay que hacerlas explotar.

Sacó una libreta de su bolsillo y buscó una lista de nombres. Después de leerlos varias veces se decidió por uno en particular. Era un poco melodramático, pero a la vez justo.

Casi poético.

CAPÍTULO 36

Números.

De pequeño siempre le gustaron las matemáticas. Por encima del álgebra y la geometría, le encantaba la aritmética. Resolver problemas, cálculos mentales o cualquier otra actividad que involucrara números. Era tal su afición que sus padres llegaron a pensar que se convertiría en un físico nuclear, si lograba conservar su cordura hasta la mayoría de edad.

Con la escuela vinieron nuevos conocimientos y las ciencias del cuerpo humano ganaron su atracción. El rumbo de su vida cambió desde ese momento. Sin embargo, ya entrado en años, con las plateadas huellas de la vejez comenzando a aparecer en sus sienes, los números seguían ejerciendo en él su increíble fascinación.

Y lo que era mejor, todavía parecían estar a su favor.

En ese momento la Sala de Patología Obstétrica tenía 83 pacientes. *Fausto,* y no podía creer que lo estuviera llamando así, siempre atacó embarazadas, pero eso no le daba garantías. Le molestaba que pudiera estar saltando a conclusiones apresuradas. ¿Qué tal si su patrón de selección no incluía solo a pacientes embarazadas, sino que se guiaba por otros parámetros? Grupo etario, raza, religión o, inclusive, color de vello púbico. No lo sabía y eso lo sacaba de juicio.

—*¿De verdad importa?* —preguntó su voz con curiosidad.

Tenía razón. No podía dejarse intimidar por lo que desconocía.

—*Así me gusta. Al mal tiempo buena cara. Eres un experto en eso.*

—*¡Quieres dejarme tranquilo!* —casi gritó—. *Estoy tratando de concentrarme. La vida de alguien está en juego.*

—*Y gracias a eso no has vuelto a recordar a Massiel* —dijo su voz divertida—. *Te deja pensando.*

Hatcher se quedó mirando al vacío al darse cuenta de una simple realidad que hasta ese momento negó aceptar. El único motivo por el cual no podía olvidar el pasado era porque no cesaba de recordárselo.

Autoflagelación, por lo que pudo evitar.

Autocastigo, por las decisiones tomadas.

Autocompasión, por las consecuencias de sus actos.

No podía cambiar el pasado, pero podía aceptarlo. Seguir adelante. Vivir.

Olvidar que Daisy fue el gatillo que desencadenó toda la cadena de eventos que llevaron a ese 14 de noviembre que por todos los medios trataba de olvidar, sin éxito.

De tener que tomar esas decisiones de nuevo, ¿serían diferentes?

—*Habrías hecho lo mismo* —comentó su voz, casi con cariño.

—*No. No me hubiera subido en el carro de Massiel ese día.*

La voz guardó silencio. Un aura de paz lo envolvió y pudo concentrarse en el problema que tenía por delante.

Fausto era un asesino muy selecto.

Sólo embarazadas.

De las ochenta y tres pacientes descartó todas las que no estaban embarazadas. Abortos, hipertensiones posparto, cesáreas. Eso le dejó un total de treinta y cinco pacientes.

Eliminó las que entraron después de las 3:00 pm del día anterior.

Catorce.

Revisó los expedientes. La mayoría entró por causas que garantizaban su estadía por varios días, pero unas pocas dejarían de estar embarazadas demasiado pronto. Dos estaban programadas para cesárea, una tenía orden de pasar a sala de parto y otra pidió salida voluntaria, pues tenía cuatro hijos y no tenía quién se los cuidara.

Eso dejaba diez.

Diez posibilidades.

¿Cuál?

No podía reducir la lista más que eso. Tendría que trabajar con esas limitaciones. Apuntó los nombres en una libreta, así como el diagnóstico de ingreso y otros datos pertinentes. Luego salió de la sala.

La gente seguía mirándolo con recelo y la sensación de ser observado le molestaba.

Desde su posición, a través de una lámina de vidrio que lo separaba del cuarto contiguo, podía ver la puerta del cuarto donde murió la señora Calvet. Ahora estaba desocupado, pero sentía su presencia como una sombra sobre su hombro. Ni siquiera la pudo acompañar en sus últimas horas o hacer un intento, por vano que fuera, de salvarle la

vida.

—*Olvida el pasado.*

Suspiró. Cerró los ojos y trató de vaciar su cabeza de recuerdos, sin mucho éxito. Las imágenes de ese día volvieron a presentarse como las escenas de un viejo filme. Su llegada a la sala, la sensación de tristeza que flotaba en el aire, la máscara de marfil que era el rostro de la señora Calvet, su cuerpo cubierto con la mortuoria sábana, la tristeza palpable en el personal.

El flujo de memorias se detuvo de repente. Algo no estuvo bien ese día y ahora se le presentaba el video sin editar, en cámara lenta. En ese momento no le prestó cuidado o quizás pasó inadvertido para su conciencia. Sin embargo, sus ojos lo vieron y el estímulo visual se almacenó como tal, debajo de cientos de otros recuerdos.

Abrió la puerta y entró. La cama estaba vacía. El colchón, de un color marrón con diseños en blanco y crema, permanecía al descubierto sobre la cama mecánica.

Se paró al lado para permitir que el ambiente circundante lo ayudara a recordar los detalles. Otros objetos en el cuarto ese día. Un biombo de color gris que separaba el cuerpo de la señora Calvet del resto de la sala, privacidad representada por un pedazo de tela ante su muerte. Un atril con una venoclisis colgando, el cuerpo cubierto con una sábana blanca.

Recordaba haber llegado y escuchado de boca de la doctora Palm la noticia de la intempestiva muerte de su paciente. Se vio caminando por el pasillo hasta pararse donde estaba en ese preciso momento. Pasó por detrás del biombo y tocó sus dedos y le dijo que lo sentía.

Recordó haberse secado una lágrima. Salió y respiró hondo. La doctora Palm estaba cerca, hablando con uno de los residentes. El doctor Mantovani…

Entonces, como una revelación religiosa, un relámpago de luz que rasgó la oscuridad, recordó.

El doctor Mantovani escribía en uno de los expedientes, que en su momento imaginó era el de la señora Calvet. Fue una fracción de segundos. Guardó la pluma en su bolsillo y cerró el expediente. Lo dejó en su lugar y se dio la vuelta.

En sus labios tenía una sonrisa.

No comprendía cómo no lo consideró extraño en ese momento, pero era algo comprensible. Acababa de recibir un fuerte golpe y las sensaciones se ven comprometidas cuando se refiere a la muerte de una

persona conocida. Sin duda era algo fuera de lo esperado. Que debió llamar su atención. Todo el personal de la sala estaba triste y los menos afectados se notaban serios. Nadie se recuperaba tan fácil de la muerte de una paciente y él esbozaba una sonrisa.

¿Podría ser que Mantovani fuera Fausto?

David le recomendó que recordara los detalles de cada una de las muertes, por si quedaban detalles que pudiera haber pasado por alto. En el caso de la señora Calvet tuvo razón.

Necesitaba hacer memoria. Debía concentrarse ahora en la muerte de la señora Ellis. En particular, en Mantovani durante esas horas en la Unidad de Cuidados Intensivos.

Cuando pisó el primer escalón, volvió a ver la escena de la puerta del ascensor abriéndose y el cuerpo de la señora Evangélica entrando sobre una camilla. Durante todo ese tiempo la conducta del doctor Mantovani fue excelente. Sus esfuerzos por salvar la vida de la mujer fueron casi heroicos y en ningún momento dejó de trabajar dentro del equipo. Sus conclusiones fueron lógicas y sus recomendaciones acertadas.

Comenzó a pensar que estaba equivocado. Era probable que lo que vio como una sonrisa fuera en verdad otra cosa. Una mueca de dolor. Como la que vio en el rostro de la hermana de la señora Ellis al recordarla.

¿Cuál era su nombre? ¿Isis? No, Iris.

Mantovani estuvo allí con él, dándoles la mala noticia a los familiares. Recordaba su ofrecimiento, pero él no lo dejó. Era su obligación. Su deber.

Iris era una máscara de alegría y dolor. La primera por los buenos recuerdos. La última por la amarga realidad.

Quizás lo mismo le ocurrió al doctor Mantovani.

Ya estaba parado al lado de su carro. No recordaba cuánto tiempo llevaba allí, con la llave en la mano. Abrió la puerta. Lo último que necesitaba en ese momento era que la gente pensara que estaba teniendo crisis de ausencia.

Una corriente de aire proveniente del mar lo envolvió. Dejó que el aire entrara en sus pulmones y lo dejó escapar con lentitud.

Hacía tiempo que no iba al parque ni veía al señor Quintero. Echaba de menos la helada agua de pipa que le servía y el mar golpeando su rostro desde todos los puntos cardinales. Levantó la vista. Las ramas de los árboles gruñían al ser empujadas por el ímpetu de los vientos. Unas

pocas hojas caían y otras permanecían, testarudas, en su posición. Los pájaros saltaban de rama en rama, buscando pequeños insectos con qué alimentarse. Una solitaria mariposa, inmóvil sobre el tronco del árbol, parecía descansar con placidez.

La vida era hermosa. Fausto no pertenecía a un mundo como este.

Metió un pie en el interior del carro y, de repente, no pudo seguir. Algo, en lo profundo de su cerebro luchaba por hacerse escuchar.

Volvió a levantar la vista.

La mariposa.

Sus alas eran de un color violeta en la parte inferior, mientras que una serie de rayas transversales formaban la parte superior.

La imaginó en pequeño, sobre una llama. Sobre un cuerpo, en un brazo.

El tatuaje de la difunta señora Ellis.

Mari, como le dijo su hermana. Mari, por mariposa.

Sin quitarle la vista de encima a la criatura empezó a recordar su reunión con los familiares. El dolor, la tristeza, la firme resolución de la madre por saber la verdad, la rebelión de su hermana, la pregunta de Mantovani.

La pregunta.

—Disculpe. ¿Se refería a la señora Evangélica cuando utilizó el apodo de Mari?

Iris le explicó acerca de la fascinación de su hermana por las mariposas. Fue después de esa pregunta que su rostro tomó una expresión de dulce dolor.

No. Estaba equivocado. Mantovani dijo algo antes.

—Eso explica el tatuaje.

Iris asintiendo. Luego, la expresión de dolor.

¿Cómo sabía acerca del tatuaje?

Él vio el tatuaje al momento de la admisión y de nuevo al tomarle el pulso en el ascensor. Recordaba la mancha de sangre extendiéndose por la sábana desde la vena de la muñeca, ominosa señal de un trastorno de la coagulación extendiéndose por su sangre.

La enfermera de la Unidad de Cuidados Intensivos recibió a Evangélica y, viendo la sangre, colocó un esparadrapo sobre la vena. Recordaba la mariposa desapareciendo bajo la cinta.

Mucho después de eso fue que llegó Mantovani, con Palm y Martel.

Para entonces, la mariposa estaba sepultada e invisible al ojo humano.

Solo quedaba una explicación para que Mantovani conociera del curioso tatuaje. Debió verlo al inyectar el líquido amniótico en la vena de Evangélica. Cuando era visible. Era la única explicación.

Y Mantovani, en su carácter de jefe, tendría más de quince años de laborar en el hospital.

El viento arreció y unas pocas hojas cayeron. Una tocó a la frágil mariposa, que emprendió el vuelo. Sus alas se desplegaron en un destello violeta y se perdió de su vista, detrás de un muro.

Quizás era cierto lo que decían los místicos. Que uno al morir resucitaba, ya fuera como otro ser humano, un animal o un insecto. Inclusive, si uno lo quería mucho, como una mariposa.

Un ruido lo hizo percatarse de la llegada de otro auto. Un Jaguar X16, su carrocería rojo vino brillando con la luz del sol, entraba en los estacionamientos.

***

Cuando Araujo salió del hospital, al mediodía, el auto que lo inquietaba seguía allí.

Colocó las manos sobre el timón y miró su reloj. Si le entendió bien a Santos en la breve llamada que le hizo como respuesta a sus aprensiones, todo debía estar en marcha.

—*No vuelvas a ponerte el perfume. Vete para tu casa* —fueron sus palabras—. *El muchacho se encargará de todo.*

El auto empezó a retroceder en el estacionamiento y luego giró las llantas en dirección de la salida. Puso primera y el auto avanzó con firmeza, pasando a pocos metros del auto del investigador, sin prestarle mayor atención de la necesaria. La idea era que pensara que seguía siendo invisible. Que se sintiera seguro. Que lo siguiera.

Aceleró un poco y llegó a la salida del hospital. A lo lejos vio que el otro auto empezaba a moverse.

Perfecto.

Iba a una velocidad apropiada. No muy rápido, para que no lo fuera a perder, ni muy lento, para que no se pusiera suspicaz. Se detenía en las bocacalles y ponía la direccional. Después de unas pocas vueltas sin propósito, llegó al lugar que deseaba. Giró a la derecha en una calle de una sola vía. Al final, casi saliendo a la avenida principal, se veía un

edificio en construcción.

***

David vio el carro dar la vuelta y perderse detrás del camión de una floristería que se hallaba estacionado en toda la esquina.

—¿A dónde demonios te diriges? —murmuró pisando con suavidad el acelerador.

Giró en la esquina y se acercó al auto de Araujo. Si salía a la avenida principal, podría perderlo en el tráfico. Era una salida sin semáforo, así que dependía por completo de sus reflejos. Toda la atención de Araujo estaría puesta en la maniobra. A pesar de la cercanía, confiaba en poder mantener el anonimato.

Se colocó casi detrás de él y esperó a que se lanzara.

Ambos autos estaban parados al lado del edificio en construcción. Un tercer auto se detuvo a varios metros, dejando un amplio espacio de por medio.

Santos estudiaba la escena desde el interior de un camión. El logo y nombre de una floristería local adornaba su costado.

En su mano llevaba un teléfono celular. Marcó un número y esperó respuesta.

—Diga —escuchó a una voz decir.

—Adelante —y cerró.

Lo que sucedió después era un espectáculo solo para sus ojos.

Una viga colgaba sobre la acera al lado de ambos carros y a varios metros de altura. Un fuerte cable de acero lo sostenía en su lugar desde el brazo de una grúa que se encontraba en el techo. De forma casi imperceptible, el brazo empezó a moverse hasta que la viga quedó suspendida sobre ambos carros.

Siendo la hora del almuerzo, nadie vigilaba lo que ocurría dentro del edificio.

Santos levantó el teléfono y llamó a Araujo al interior de su auto.

—¿Sí?

—Ahora.

El auto de Araujo se lanzó por delante de un todo terreno que se acercaba en ese momento. Su parrilla frontal estuvo a unos milímetros de su defensa, pero ni siquiera llegaron a rozarse. Aceleró y se perdió

en su propia vía.

—¡Qué diablos! —dijo David poniendo el cambio y pisando el acelerador.

El cable de acero se soltó.

La viga, bajo efecto de las fuerzas de gravedad, se precipitó al vacío.

El auto de David avanzó unos dos centímetros antes de que la pesada viga le cayera sobre el techo.

Iván Villanueva, quien después de salir del PRADE consiguió trabajo en una compañía constructora, desapareció usando la misma ruta por la que entró al edificio. Nadie lo vio entrar y nadie lo vería salir. Era su día libre, por lo que su presencia de ser notada no resaltaría demasiado.

Santos esperó que el auto ardiera o siquiera botara un poco de humo. No fue así. Se convirtió en una plancha de metal, vidrio y plástico.

Como un inmenso emparedado de carne. Cruda y sangrienta, como a él le gustaba.

Santos no pudo evitar sonreír. Era hora de ir almorzar y se regalaría un buen filete. Con trabajos como ese nunca iba a bajar de peso.

CAPÍTULO 37

Hatcher cerró la puerta del auto.

Mantovani encontró estacionamiento debajo de una palmera. El motor seguía prendido, con él en su interior. Le pareció que tenía los ojos cerrados, como si estuviera meditando.

Sin darse cuenta empezó a caminar en su dirección.

Mantovani. La señora Calvet. La señora Ellis.

Sintió la sangre fluir en torrentes hacia su cara. Llevaba las manos cerradas en un puño a ambos lados del cuerpo. La ira empezaba a cegarlo.

Logró controlarse a pocos pasos del carro. Debía estar seguro. Después de todo, podía estar equivocado. No sería la primera vez.

Una pequeña nube de condensación en una esquina de la ventana indicaba que debía tener puesto el aire acondicionado a capacidad máxima. Del interior del auto se escapaban las notas musicales de una pieza clásica. No sabía mucho de eso, pero le pareció que era la Quinta Sinfonía de Beethoven.

¿O era de Mozart? No importaba. Mucho menos si la persona que lo oía era Mantovani.

Se colocó a unos metros del carro.

—Fausto.

Lo dijo en un tono de voz fuerte. No demasiado, para que no pareciera un grito, pero lo suficiente como para que lo escuchara. Una palabra tirada al aire, sin el menor significado para la persona que no supiera a qué se refería. Si no era Fausto no lo miraría.

Mantovani abrió los ojos y lo miró.

Su mirada era firme. No parpadeó ni empezó a temblar. No salió huyendo ni lo atacó como ocurría en las películas.

Solo lo miró unos segundos. Luego sonrió y volvió a cerrar los ojos. La sonrisa. La misma que viera en sus labios ese día. Burlona. Prepotente.

Psicótica.

Iba a decirle algo, pero se detuvo. Mantovani levantó la mano indicando que hiciera silencio. Obedeció no porque siguiera sus órdenes, sino porque no podía creer lo que estaba viendo.

Cuando la sinfonía llegó a su final y el silencio se hizo a su alrededor, entonces abrió los ojos. Apagó el motor del auto y salió.

—Detesto ser interrumpido cuando escuchó una pieza —le dijo con un tono de cansancio—. Le agradezco que me haya dejado terminar de escucharla en paz.

—No me agradezca nada, miserable gusano —Hatcher no se sentía capaz de controlarse por mucho tiempo—. Mis gracias las recibiré cuando lo vea detrás de las rejas, de marido de un algún sádico que lo haga sufrir.

—Veo que tenía razón —murmuró Mantovani con la misma sonrisa —. Sí se imaginó varias formas de castigarme. Nos parecemos entonces, después de todo.

Hatcher no se percató de hacer sonido alguno. Le pareció que un rugido salía de lo profundo de su garganta antes de lanzarse sobre Mantovani con las manos extendidas.

Mantovani no se movió hasta que estuvo cerca. Luego giró en su posición sin mover los pies y lo tomó por la muñeca. Con un movimiento de la mano utilizó su propio impulso y lo lanzó sobre el auto.

El choque le hizo perder el equilibrio y tuvo que agarrarse para no caer al piso. Cuando se disponía a darse la vuelta sintió un objeto cilíndrico apoyarse sobre su costado. Nunca antes fue amenazado por un arma de fuego ni sabía lo que se sentía, pero no estaba dispuesto a averiguarlo a las malas.

—Como espero que se haya dado cuenta, me puedo defender mejor de lo que usted cree, y en aquellos casos en que no me conviene pelear, tengo la ayuda de una amiga mía.

Esta última frase la dijo haciendo un poco de presión sobre su costado.

—Me encargaré de que vaya a la cárcel.

—Oh, estoy seguro que hará todo lo posible, pero no creo que tenga éxito. Soy bueno en lo que hago. Además, su única posibilidad es resolver mi acertijo.

—Sé que usted es Fausto. Lo aceptó. Puedo ir con esa información a la policía.

—Fausto. No quería ser melodramático. En las películas los asesinos siempre tienen nombres crípticos, aterradores. Consideré esto al escribir la carta y me vi tentado a firmar con mi nombre, pero eso hubiera sido facilitarle las cosas. Al final me decidí por Fausto. Tengo mis motivos, créame. En cuanto a su supuesta evidencia, dígame... ¿de verdad cree que alguien va a hacerle caso? En primer lugar, yo jamás he aceptado que sea Fausto y, en segundo lugar, es su palabra contra la mía, y debo recordarle que su palabra, en estos momentos, vale su peso en basura. No tiene pruebas. Su única oportunidad ya se la di. Aprovéchela.

Hatcher no lo dijo en voz alta, pero se dio cuenta de que el otro decía la verdad. Debía vencerlo en su propio juego. Humillarlo en su terreno.

Mantovani se alejó. Se dio la vuelta y lo miró a los ojos. Esperaba encontrar en ellos la respuesta a muchas preguntas, pero no pudo. Eran vacíos, como los ojos de un tiburón.

—¿Por qué, Mantovani? ¿Por qué? —fue todo lo que pudo preguntarle.

Mantovani no respondió. Se quedó en silencio y luego sonrió con malicia.

—No todo tiene una razón en esta vida —dijo, sacando la mano del bolsillo y tirándole un objeto.

Hatcher lo apañó en el aire. Era un tubo de PVC de unos 10 centímetros, pulido en uno de los extremos. Sobre la ropa, en un momento de duda, bien podía pasar por el cañón de un arma.

—No todo es lo que parece —dijo sonriendo.

Luego le dio la espalda y caminó hacia el hospital.

***

Hatcher se quedó viendo cómo se alejaba Mantovani sin poder mover un músculo. Cuando desapareció, succionado por las sombras del hospital, sintió que las manos le empezaban a temblar. Las apretó para controlar el movimiento y recordó el tubo de PVC que tenía en una de ellas. La tiró con rabia al piso y la pateó.

Engañado, humillado y derrotado. Una batalla ganada por Mantovani.

No la última. No la definitiva.

Apenas comenzó a reponerse, regresó al carro. Se encerró en su interior por unos minutos, dejando que su organismo alcanzara la calma. Luego puso reversa y aceleró.

Al levantar la vista hacia el espejo retrovisor, tuvo que mover el pie y dejarlo caer sobre el freno. Por la lustrosa pantalla de plata pudo ver la parte delantera de un van que se metía en la misma calle en el momento en que él salía.

Estaba nervioso por su encuentro con Mantovani. No quería discutir y una pelea era muy mala idea. Puso otro cambio y se volvió a estacionar donde estaba. El van pasó por detrás de él y se detuvo en un espacio libre cercano.

Miró hacia el van sin poder evitarlo, con la clásica actitud del que es cortado por otro auto durante la hora pico y deja de mirar la carretera tan solo para poder verle la cara al miserable que se cree dueño de la pista.

Era de un color blanco hueso. El conductor se bajó y empezó, con la ayuda de su acompañante, a bajar varias cajas de su interior. Los nombres en las cajas correspondían al de varios medicamentos usados en el hospital.

Eso no llamó su atención. Hacia la parte central del van se distinguía un peculiar logo. Una botella de base ancha y cuello delgado, de esas que abundan en los laboratorios de química, servía de centro a un átomo. A su alrededor parecía girar un electrón de color rojo, con una letra M grabada en su superficie. Dentro del frasco, la figura de un hombre envuelto en hebras de ADN. Debajo de este diseño destacaban grandes letras en cursiva con el nombre de la compañía.

Mollaris.

Le dolía la cabeza. Eso era algo que no se esperaba.

Mollaris era propiedad de Santos. Ahora resultaba que la bendita compañía era también una de las proveedoras de medicamentos del hospital. ¿Qué quería decir eso? ¿Esa era parte del negocio que se tenían entre manos?

Tenía que pensar como criminal y no lo era. En lo que a él se refería, ninguna cantidad de dinero era suficiente como para justificar la muerte premeditada de otro ser humano o el encubrimiento de un asesino.

No obstante, los grandes jefes del hospital parecían tener su propia visión del tema.

Un nuevo elemento se agregaba a la ya gigantesca ensalada. ¿Cuál

era el papel que podía tener *Mollaris* dentro del esquema de Araujo?

Los dos hombres alzaron varias cajas. Cerraron la puerta del van y empezaron a caminar hacia el Hospital. Hatcher vio todos sus movimientos y estaba seguro de que la puerta del van no estaba cerrada con llave. Solo ajustada.

Tenía que saber la verdad. Era su única oportunidad.

Salió del carro cuando vio que los dos hombres se perdían de su vista. Caminó hasta el van, miró alrededor suyo para asegurarse de que nadie lo observaba y probó la cerradura de la puerta.

Giró con facilidad. La puerta se abrió con un chasquido.

No sabía con cuanto tiempo contaba. Sacó una de las cajas. No le importaba cual o de qué. Volvió a cerrar y regresó al carro con la caja entre las manos.

Puso la caja en el asiento a su lado. Era de cartulina, con el logo de *Mollaris* en la tapa y los lados. Letras negras escritas con un marcador resaltaban en la blancura del material.

Según la anotación, la caja debía contener un antibiótico conocido como eritromicina. Buena elección para tratar infecciones producidas por estreptococos gram positivos.

Encendió el auto y salió del estacionamiento. En pocos minutos estaba parado debajo de una palmera en el parque, lejos de las curiosas miradas de los hombres de *Mollaris,* que podían tornarse muy violentos si descubrían que les faltaba una de sus preciadas cajas.

Sacó su navaja y cortó la tapa de la caja. No sabía qué esperaba encontrar. ¿Drogas ilegales, tal vez? ¿Armas? ¿Explosivos? ¿Obras de arte robadas?

El interior de la caja estaba lleno de píldoras de color blanco, colocadas en delgadas láminas de plástico transparente en número de 20. Sobre la superficie de una hoja de papel aluminio que cubría cada lámina se veía el logo de *Mollaris* y el nombre del medicamento.

Eritromicina.

Dejó escapar un suspiro. Las cajas contenían lo que decían tener. Medicamentos.

No sabía qué lo llevó a pensar que podía haber algo más. Que Santos fuera dueño de la compañía y trabajara para Araujo no quería decir que por eso debía existir una operación ilegal entre ellos. Podía ser un proveedor legal, dentro de los diferentes trabajos que hacía para Araujo.

Sin embargo, las coincidencias eran demasiado abrumadoras como para achacárselas a la suerte y, como diría Mantovani, no todo es lo que parece.

Si no puedes ganarle a tu enemigo, al menos aprende a hacerle caso.

Tomó uno de los paquetes de pastillas y lo guardó en el bolsillo. Tendría que hacer una pequeña visita antes de regresar a su casa.

***

Se sentía extraña.

No era una sensación del todo física. No era localizable, como el dolor que emanaba de una cortada, si bien lo sentía con inusitada fuerza en cada fibra de su ser.

En los tres años que llevaba como gerente del banco, tenía solo cuatro días de ausencia, todos con justificación médica. Cuando tuvo su aborto, su doctor le dijo que tenía derecho a siete días de incapacidad, pero ella no podía quedarse en casa todo ese tiempo. La soledad la agobiaba.

Se incapacitó por cuatro días al perder a su hijo. Cuatro días que usó para cuidar a Diego, que aún no salía de peligro.

Dos días en la Unidad de Cuidados Intensivos. Los demás en una sala de cirugía. Viendo a Diego mejor, regresó a trabajar.

La vida continúa. O eso dicen.

Hoy, por primera vez desde ese mes de noviembre, pidió un permiso personal a su jefe y no fue a trabajar. Las náuseas la molestaban.

Sentada en la cama, esperó el minuto reglamentario. Atribuyó la molesta sensación a la espera, pero en el fondo sabía que era otra cosa.

La alarma sonó. Cerró los ojos y, respirando hondo, fue al baño.

Azul.

Su pulso se aceleró y se tuvo que sentar en el piso. Se pasó la mano por la barriga, gesto que sabía era inútil en ese momento, pero así lo hizo.

Estaba embarazada.

Después de tanto esperar. De tantos intentos fallidos, otra oportunidad tocaba a sus puertas.

—Gracias —dijo en voz alta, una plegaria con todo el amor que sentía en ese instante.

Se levantó del piso. Caminó hasta la cama y se recostó. El sonido del teléfono rompió el silencio del cuarto.

Daisy se estiró para tomar el auricular. Esperaba que fuera Diego, para darle la noticia.

—¿Habla la señora Hatcher? —dijo la grave voz de un hombre como respuesta al saludo inicial de Daisy. Al confirmar su identidad, el retumbo vocal continuó—. ¿Conoce usted al señor David Levin?

—Por supuesto. Es amigo de la familia. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Edwin Lemos. Temo que…

Mucho después de que finalizara la llamada, Daisy seguía apretando el teléfono sobre su regazo. Las lágrimas que se deslizaban por su rostro, cayendo con lentitud casi independientes de las fuerzas de gravedad, mojaban la tela de su falda.

Tantas cosas en tan poco tiempo. El asesino, las acusaciones, los problemas, el embarazo y David. Sentía el pecho apretado y no pudo detener las lágrimas. Quería llorar hasta secar toda la tristeza. Quería gritar, pelear, saltar.

No podía siquiera moverse.

Una nube en el exterior debía estar tapando el sol. La oscuridad aumentó en la habitación y las sombras comenzaron a trazar líneas en varias tonalidades de grises.

Con el auricular sobre sus muslos, se quedó ensimismada viendo como las sombras parecían confluir en una particular esquina del cuarto. Desde su ángulo de visión, casi parecían formar la figura de un hombre.

Sin ningún sonido de aviso, la sombra extendió sus brazos y saltó sobre Daisy, quien apenas pudo gritar.

CAPÍTULO 38

Algo estaba mal.

El cielo, de un color gris oscuro, amenazaba tormenta desde hacía horas y el aire parecía cargado de electricidad.

Nunca creyó en presentimientos ni en profecías, pero la sensación de algo ominoso y terrible lo invadió al poner la mano en el pomo de la puerta. No sabía ubicar la causa, si en el silencio reinante en el interior de la casa o en alguna cualidad negativa no palpable, pero perceptible, que emanaba de puntos geofísicos alrededor suyo.

Fuera cual fuera la causa, no podía pasarla por alto.

Al abrir la puerta, se congeló en su sitio. Un llanto apagado se escuchaba por encima del bullicio proveniente de la calle.

Entró corriendo, guiado por el suave sollozar como un faro. La casa estaba en penumbras, pero ni siquiera consideró que pudiera estar en peligro.

Algo le pasaba a su esposa.

—¿Daisy? —gritó al llegar a la puerta de la habitación.

Le respondió un sollozo gutural que parecía venir del piso detrás de la cama.

Saltó por encima de la cama. La encontró tirada en el piso, en posición fetal. Tenía las rodillas agarradas y se balanceaba con suavidad, como si tratara de arrullarse a sí misma.

—¿Qué te pasa? —preguntó, aterrado.

Ella no le contestó. Se quedó en el piso. Sollozando, balanceándose. La abrazó, como si eso pudiera protegerla de algún enemigo desconocido. Le habló con suavidad, como viera al doctor Shelton hacer con Cora Rogieri. Poco a poco, la mujer dejó de sollozar, pero se mantuvo en ese lento balanceo, ya casi imperceptible.

No tenía idea de qué pudo haberle pasado, pero necesitaba ayuda. A su mente vino el nombre de una sola persona. Sacó su celular del bolsillo y marcó un número, sin soltar ni por un momento a su esposa.

***

—Le apliqué un sedante —dijo Rimsky saliendo de la habitación—. Ahora duerme tranquila.

Diego no cesaba de caminar de un lado a otro. Sus zapatos debían haber hecho un surco irregular en la alfombra.

—¿Qué le pasó? —se atrevió por fin a preguntar—. ¿Qué tiene Daisy?

Rimsky lo miró en silencio por unos segundos, para luego decir:

—Ni idea.

—¿Ni idea? —exclamó Diego sorprendido—. Se supone que eres un genio. Cómo puedes…

—Soy genio. No adivino.

—Debes tener una idea, por lo menos.

—¿Quieres mi mejor suposición? —dijo sentándose en un sofá—. Por supuesto, recuerda que soy pediatra.

—Tú y yo sabemos que primero estudiaste Neurología y que, al no sentirte cómodo con el tipo de pacientes, te decidiste por la Pediatría. Siempre lo consideré una locura, pero te respeto por eso. Fue una de las razones por las que te llamé. Lo que le pasó a Daisy ocurre en el campo del cerebro. Además, sabemos que eres una fuente de sabiduría. Los conocimientos te fluyen por los poros. No comprendo como tu columna soporta el peso de tu cerebro.

—Está bien. Entendí. Mira, no mentía cuando te dije que no sabía qué le ocurrió a tu esposa. Hay mil y una causas de alteraciones del estado mental. Sin embargo, antes de caer bajo efecto del medicamento, dijo un nombre: “David”. ¿Te suena?

—Seguro. Es un amigo de la infancia. No entiendo por qué diría su nombre, pero puedo averiguarlo.

Sacó su celular del bolsillo y marcó el número de David.

Nadie contestó.

Otros dos intentos dieron igual resultado. Comenzó a presentir que el constante sonar del teléfono sin respuesta tenía que ver con el estado de salud de su esposa. Después de cuatro intentos desistió. Guardó el teléfono en su bolsillo y negó con la cabeza ante la mirada de Rimsky.

—Bueno —y comenzó a levantarse—, mi paciente duerme. Voy a llamar a una ambulancia.

—No —lo detuvo Diego—. Yo la vigilaré.

Rimsky pareció querer protestar. Diego volvió a silenciarlo con un gesto.

—Si al despertar consideró que algo no está bien, yo llamaré a la ambulancia. Hasta entonces, prefiero encargarme yo.

—Eres un buen esposo, Diego Hatcher.

Sintió un nudo en la garganta al ver el plácido rostro de su amigo. Armándose de valor y sin darse tiempo a recapacitar dijo:

—¿Puedo decirte algo antes de que te vayas?

Rimsky relajó los músculos y se dejó caer en el sofá. Su rostro parecía calmado. Su mirada, compasiva.

—Massiel— dijo Hatcher.

Rimsky no dijo palabra. Diego esperaba ver su expresión cambiar por una de ira o, al menos, decepción. Lo que menos esperaba era verlo sonreír.

—Tus palabras me explican mucho. Reafirmo lo que dije: eres un buen esposo, pero un muy tonto ser humano.

Su expresión debió reflejar tanto asombro que Rimsky no pudo evitar reír con fuerza.

—Cierra la boca, Diego. Te vas a desarticular la mandíbula.

—Rimsky —escuchó su voz quebrarse—. Soy responsable de la muerte de Massiel y un cobarde. Nunca traje el tema a colación y como tú tampoco lo hacías, asumí que así lo preferías. Es una muy pobre excusa para no pedirte perdón desde el principio.

—Disculpas te debo yo —dijo Rimsky y por primera vez sus ojos se humedecieron—. Pensé que sabías. Que alguien te explicó. Yo tampoco mencioné el tema. Era más cómodo dejar que otros temas llenaran el silencio. Creo que somos una partida de cobardes.

—¿De qué estás hablando?

—Massiel no murió en el accidente. Bueno, sí lo hizo, pero no fue tu culpa. Ella se suicidó.

CAPÍTULO 39

—Hola. —No olvidaba que así comenzó la llamada.

—¿Diego? —dijo una voz. La pregunta sobraba. ¿Quién iba a ser si no él? Era su celular.

Su voz habría disfrutado la oportunidad, pero en ese momento no existía.

—Habla Massiel —recordó haber escuchado. Sintió su corazón saltarse un latido a la mención del nombre.

Sus ojos se dirigieron de forma automática a la izquierda. Detrás de unas mesas arregladas para formar una línea ondulada, cubiertas con un mantel verde pastel y varias bandejas de madera oscura llenas de viandas de todo tipo, se veía la entrada a los baños del restaurante.

Daisy acababa de desaparecer por una de esas puertas.

—Massiel —dijo bajando la voz y ocultando el auricular con la mano—. Te dije que no me llamaras. Estoy ocupado.

—Yo te veo muy solito. Tu amiguita debe demorarse algunos minutos. ¿No me puedes dar unos segundos? ¿Por los viejos tiempos?

Bajó el teléfono y miró a su alrededor. Rostros variados gesticulaban o masticaban. Ojos negros, verdes. Con lentes gruesos, delgados o sin ellos. Dientes perfectos, blancos, amarillentos, torcidos.

Cerca de la puerta la localizó. Cabello chocolate caoba, ojos marrones claros. Mentón angulado. Un rostro salpicado con pequeñas pecas que, en algún momento, le parecieron muy sensuales.

Ya no más. Nada como unos celos patológicos para destruir cualquier semejanza de cariño o afecto.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Antes eras muy dulce. ¿Se te pegaron las malas mañas de la zorra esa?

—Rompimos hace siete meses. Estoy con ella desde hace cinco. Técnicamente, la zorra eres tú.

Sabía que era un golpe bajo, pero estaba hastiado. Llevaba meses sintiéndose acosado. Llamadas pérdidas, e-mails con insultos y

amenazas, pero nunca en persona. Estuvo tentado a conseguir una orden de restricción, pero al final desistió. No quería problemas.

Y ahora estaba a segundos de una crisis nuclear. Era la primera vez que la veía desde el día en que decidió sacarla de su vida y ya no sabía qué esperar. La voz al otro lado del teléfono no contestó y por su expresión, supo que estaba al borde de un ataque. Los conocía y no quería uno ahora.

—Massiel —dijo con calma, una furia contenida en el fondo—. Vete. Si he de demandarte por acoso lo haré. ¿Quieres eso?

La línea mantuvo el silencio acústico, para luego ser reemplazada por la voz de Massiel. No sonaba molesta. Era un tono suave, agradable.

Seductor.

—Muy bien. No pienso arruinarte la velada con la zo... con tu acompañante, pero con una condición.

Aceptar era peligroso. Massiel sabía ser calculadora y fría. Sin embargo, era mejor tenerla a la vista. Vigilada. Cualquiera otra opción sería peligrosa.

—Dime.

Debía apurarse. Daisy saldría en cualquier momento y no quería tener que explicarle a la mujer que amaba que era acosado por una ex novia con tendencia a tirar cosas.

Tirar y no fallar. Nunca.

—Termina de cenar. Yo me iré de aquí y te esperaré en nuestro parque. Cuando termines tu velada inventa alguna excusa y búscame allí. Es algo importante.

Cualquier otra respuesta no afirmativa hubiera sido riesgosa. No tenía tiempo para debatir lo mala que era la idea.

—Está bien. En una hora. En el parque. —Obvió usar la palabra “nuestro”. Ya nada era de ellos. Ni siquiera los recuerdos.

—Muy bien, guapo —coqueteó, melosa—. Una hora. No llegues tarde.

Cerró el teléfono y lo guardó en su cartera. Sin mirar para atrás se levantó, dejó un billete en la mesa como propina y salió del restaurante.

—¿Te pasa algo? —preguntó Daisy al regresar minutos después.

Para Diego, el mundo se congeló en el segundo en que Massiel se levantó. Llevaba un pantalón negro y una holgada blusa celeste. Por

debajo de la blusa se distinguía con claridad el aumento de volumen abdominal asociado con un embarazo.

De ocho meses, sin dudas.

***

Diego recordó que usó la excusa de tener que ir a ver a una paciente, para dejar a Daisy en su casa. Lo que empezó como un excelente día, estaba convirtiéndose en una pesadilla.

Iba a ser padre. ¿Cómo una misma frase podía tener significados tan diferentes?

Esa era la noticia que le dio Daisy por la mañana. Era lo que estaban celebrando esa noche.

No estaban casados, pero eso no importaba. Le venían dando vueltas al asunto en los últimos días. Daisy era, sin lugar a dudas, su alma gemela. Compartían cosas en común y aquellas en que diferían, solo servían para unirlos con mayor fuerza. Cada uno trataba de aprender del otro.

Nunca antes fue tan feliz. Estaba seguro de querer pasar el resto de sus días con ella. El embarazo no fue un imprevisto. Fue un presagio.

Todo iba bien, hasta que contestó esa llamada.

Ahora, mientras esperaba en el parque donde solía ir con Massiel, tomó el firme propósito de resolver ese asunto de una vez por todas.

—Hola, guapo —escuchó una voz a su izquierda.

Iba tan absorto en sus pensamientos que no vio el carro que, a velocidad mínima, lo seguía. Era un CRV gris del año, con vidrios ahumados. La ventana baja permitía ver a la conductora.

Massiel.

Llevaba la misma ropa. Al acercarse a la ventana abierta pudo ver el embarazo en todo su esplendor.

—Entra. Demos unas vueltas y hablemos de negocios.

Él hubiera preferido no subir, pero no le quedaba alternativa. Además, era mejor que sentarse en una banca del parque a la vista de todo el que pasara. Miró de forma involuntaria a ambos lados de la calle, buscando una salida milagrosa. Dando un suspiro de resignación dio un par de pasos, abrió la puerta y entró al carro. Se colocó el cinturón de seguridad y al mirar a su izquierda, la mejilla de Massiel a pocos centímetros de sus labios.

Diego no entregó el esperado beso de saludo. Se apoyó sobre el asiento y guardó silencio.

Esperó.

Massiel regresó a su posición detrás del timón, sus ojos brillando como dos carbones encendidos. Su rostro era una máscara dura que no transmitía emoción alguna.

—La seriedad no te queda —dijo Massiel poniéndose su cinturón—. Me gustabas más antes.

—¿De qué querías hablar?

Massiel se pasó la mano por el abdomen. Lo miró con picardía y aceleró. El carro se proyectó como una bala entre los autos estacionados a ambos lados de la calle. Diego se aferró al borde de la silla por instinto.

—¿Es mío? —preguntó al reducirse los latidos de su corazón. Al instante supo que esa pregunta fue un gran error.

Su rostro tomó un rictus de furia y sus ojos se entrecerraron, formando dos líneas rectas.

—¡Claro que es tuyo! Eres el único hombre en mi vida. ¿Qué? Piensas que soy una zorra como la chiquillita esa.

—Era —dijo él, procurando hablar con suavidad, mientras miraba a los carros que pasaban a su lado como motas de luz.

—¿Qué cosa? —dijo Massiel sin entender.

—Era. Era el único hombre en tu vida. Tiempo pasado.

—Hasta ahora —dijo tomando una curva bastante cerrada.

El espejo de un auto pasó a milímetros del suyo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, sin querer escuchar la respuesta.

Massiel lo observó con la incredulidad reflejada en sus facciones.

—Es obvio, Diego. Tenemos que casarnos.

—Ni lo sueñes —dijo Diego al recuperar el habla. La simple propuesta, si bien no la esperaba, lo agarró fuera de base—. Si es mi hijo —e hizo énfasis en el "*si*"—entonces cumpliré con mis responsabilidades. No les faltara dinero.

—¡¿Dinero?! —con el grito, esquivó el auto en frente de ella. La aguja del velocímetro marcaba 120 kilómetros por hora—. ¡Yo no quiero dinero! ¡Quiero un esposo! Quiero un padre para mi hijo. ¡Para nuestro hijo!

Siguió acelerando. Diego sentía que estaba firmando su sentencia de

muerte al discutir con Massiel, pero algo se estaba rebelando en su interior.

Era feliz con Daisy. No iba a firmar un contrato con el diablo tan solo por las apariencias.

—No me puedes obligar a casarme contigo y no lo haré —dijo aferrándose a la puerta—. Lo reconoceré y nunca le faltara casa o alimento, pero hasta allí llegan mis responsabilidades.

—¡No puedes hacerme eso! —dijo histérica, al borde del llanto. Su voz era aguda, casi quejumbrosa—. ¡Solo te quiero a ti!

Vio su propia imagen con una pistola en la sien, pero no se doblegó

—No te amo y me voy a casar con Daisy.

Esa decisión la tomó en ese instante, inconsulta. Se iba a casar con ella. Su hijo, y consideraba suyo al hijo con Daisy, no con Massiel, crecería siendo amado en el seno de la familia que iba a formar.

Ella no respondió. Su perfil adquirió un matiz aguileño. Un ave de presa enfocada en un solo blanco.

La aguja de la velocidad alcanzaba el tope. La avenida a esa hora estaba bastante tranquila, pero no por eso se sentía más tranquilo. Iban demasiado rápido.

—Detente, Massiel. Me quiero bajar.

—Las cosas no son tan simples. No le puedes dar órdenes al destino. ¡Estaremos juntos, quieras o no!

Cada vez que recordaba esos instantes, su voz guardaba silencio y reía por lo bajo.

Encerrado en un espacio reducido, separado del exterior por láminas de metal incapaces de brindarle protección alguna, viajando a más de 140 kilómetros por hora y con una loca psicótica al volante, no calibró el peso de sus palabras hasta después de que salieron de su boca.

—¡Sobre mi cadáver!

Ella no contestó de vuelta. Solo se aferró al volante, pisó hasta el fondo el acelerador al máximo y enfiló el CRV hacia un poste de luz.

—Eso tiene solución. ¡Si no eres mío, no serás de nadie! —esas fueron las últimas palabras de la mujer, y las dijo riendo como un villano sacado de una película de terror.

La frase era un *cliché* tan obvio que Diego pensó responderle como se merecía. No tuvo tiempo. Dos segundos después el carro se estrelló.

***

De lo que pasó después no guardaba recuerdos claros. Eran fragmentos de luz y color sin forma definida. Luces blancas, oscilantes. Rostros sin nombre gritando cerca. Luego, la oscuridad absoluta.

—Recobré el conocimiento siete días después —decía Diego con el rostro entre las manos. Sentado en una silla, hombros caídos, parecía la imagen del agotamiento—. No sé qué pasó después. Serrano... ¿conoces a Serrano?

—¿El intensivista? Seguro.

—Serrano fue compañero de la Facultad. Me cuentan que cuando le dijeron lo ocurrido se fue para el hospital, sin estar de turno, y tomó mi caso. Le debo la vida.

—Entonces—dijo Rimsky—, no sabes qué pasó con Massiel.

—En verdad, no. Cuando salí del coma la policía fue a hablar conmigo. Me informaron que la conductora murió de forma instantánea. No vi el sentido de informar lo ocurrido. Ella estaba muerta y yo, a pesar de mi visita a UCI, estaba vivo y con esperanzas en el futuro. Pensé en ti, en tu familia y, bueno, le conté a la policía que fue un accidente. No me preguntaron si era el padre del niño, lo cual me extrañó, pero para mí fue mejor. No tenía ganas de dar muchas explicaciones.

—Diego, yo no sabía. Si hubiera sabido, te habría dicho.

Alistó sus pensamientos para recibir una revelación.

—*Y lo más probable es que no te va a gustar* —dijo su voz con seriedad.

—¿De qué hablas? —se atrevió a preguntar.

—Que llevas dos años viviendo y recordando una mentira. No sabía lo que pasó ese día y te confirmé que Massiel se suicidó. ¿Cómo crees que lo sé?

Diego alzó los hombros.

—*El signo universal de que no tienes idea* —comentó la voz.

—Después del entierro —dijo Rimsky—, fui a recoger sus cosas. Tenía una llave de su apartamento y fui en la tarde. Cuando abrí la puerta, todas sus cosas estaban embaladas en cajas, marcadas y ordenadas según su tamaño. Parecía el apartamento de alguien que pensaba mudarse. En la mesa de la sala encontré un sobre. Iba dirigido a mí.

Rimsky guardó silencio por varios segundos antes de continuar.

—El sobre contenía ocho hojas. Siete eran un listado, numerado y en orden alfabético, del contenido de cada caja. Cada objeto descrito indicaba a quién se debía entregar o regalar a la lectura del documento. En la última hoja me decía lo mucho que me iba a extrañar. Que era —en este punto su voz se quebró—el mejor hermano del mundo. Que la perdonara por lo que iba a hacer, pero que no podía vivir sin ti.

—*¿Massiel era fanática de los clichés?*

—No entiendo —dijo, ignorando su propio comentario.

—En la carta, mi hermana me informaba sobre su decisión de quitarse la vida y llevarte con ella.

—Eso es imposible. Me hizo reunirme con ella para convencerme de que teníamos que casarnos. Pensaba que era la única forma de atraparme.

—Ese es el punto. Ella no estaba embarazada.

—*Disculpa* —dijo su voz con asombro—. ¿Escuchaste? *Acaba de decir…*

—Yo la vi, estaba a mi lado en el auto. ¡Yo vi el embarazo!

—Viste una prótesis que la hacía parecer embarazada. Siento mucho lo que te pasó, pero al menos resolviste uno de los misterios alrededor de la muerte de Massiel. Los paramédicos quitaron la prótesis al tratar de brindarle los primeros auxilios y ella llegó al hospital sin ella. La policía nos preguntó qué era, pero ninguno de nosotros tenía idea. Parecía un domo de plástico suave, pero debajo de una blusa daba la idea de un embarazo de 7 a 8 meses.

Diego se quedó sin habla. Llevaba dos años torturándose. Pensando que era la causa de la muerte de Massiel y su hijo. En menos de media hora descubría que era inocente.

Siendo así, ¿por qué se seguía sintiendo mal?

—*Daisy* —dijo su voz, recordándole la raíz del problema.

—Daisy —murmuró Diego.

Rimsky no preguntó. Sabía que, si Diego quería confesarle algo, lo haría en su momento. Después de unos segundos siguió diciendo

—Cuando desperté del coma, Daisy fue la primera persona a la que vi. Estaba dormida, con la cabeza apoyada en mi antebrazo. Como si quisiera sentirme cerca, pero sin molestarme. Recuerdo verla y en ese preciso instante supe que estaba vivo. Que por un milagro sobreviví al accidente. Le di gracias a Dios por la oportunidad. Que si me dejaba

salir de esa cumpliría mi promesa de casarme con ella.

Los tres primeros días se limitó a cuidarme. Al cuarto, me contó del aborto.

—No sabía que…

—Nada que hacer. Me imagino que el estrés de verme en coma. No sé. Perdió el embarazo. Puede ser que igual iba a ocurrir. Esa misma tarde o tres días después, ya no lo sabremos. Se mantuvo a mi lado. La policía debió informarle lo ocurrido. Sabía que estaba en el carro de Massiel al momento del accidente. Sabía que era una ex novia. Debió darse cuenta de que le mentí al decirle que iba a ver a una paciente. Cualquiera otra me hubiera dejado pudriéndome en esa cama, pero Daisy no. Ella se quedó. Después de que yo desperté, no mencionó el tema. Me cuidó como si nada hubiera pasado.Lloramos, no me apena decirlo. Queríamos ese embarazo. A pesar de eso decidimos casarnos. Vendrían otras oportunidades. Otros hijos.

Daisy superó el episodio, yo no. Me sentía culpable. No dejaba de pensar que mis palabras fueron la causa de la decisión de Massiel esa noche. Que por mi culpa ella se quitó la vida. Que dos niños murieron por mi culpa.

—Tanto estrés no es bueno —se atrevió a decir Rimsky.

—Cierto, pero no pude evitarlo. A pesar de habernos casado, la sombra de lo ocurrido ese día seguía acechándome. Era como si Massiel me hubiera lanzado una maldición con sus últimas palabras. Me casé con mi sombra y con mi culpa.

—*Y, a pesar de todo, sigue contigo. Si eso no es amor* —su voz confirmaba una verdad que ya sabía desde la primera vez que entabló esos diálogos consigo mismo, cuatro días después de abrir los ojos en UCI.

—El daño que hizo mi hermana fue mayor que lo que imaginé.

Rimsky se alisó el pliegue del pantalón al ponerse de pie. Moviendo el dedo como para marcar la importancia de sus palabras afirmó:

—No podemos cambiar lo que pasó, pero no por eso tenemos que aceptar nuestra suerte.

Estas últimas palabras las dijo mirando a la puerta del cuarto donde descansaba Daisy. Poniendo su mano en el hombro de Diego le dio un suave apretón y se despidió diciendo:

—Si cuando despierta notas algo raro en ella, llama a la ambulancia y después a mí. Si no tienes que hacerlo, igual quiero verla mañana para algunos exámenes. Seguimos sin saber qué le pasó, recuerda.

Diego acompañó a Rimsky a la puerta. Ambos se sentían livianos, como si un peso enorme hubiera sido removido de sus corazones. Estaban, por primera vez en dos años, en paz.

—Déjala descansar hasta que se despierte— le dijo Rimsky.

—Solo espero que sea ella cuando lo haga.

Rimsky se apretó el abrigo que llevaba sobre los hombros. La noche descendía deprisa y un frío húmedo flotaba en el aire.

—No seas negativo. Mañana será un nuevo día.

Rimsky se alejó, ambas manos en los bolsillos de su pantalón.

—*Clichés* —dijo su voz al verlo irse—. *Corre en la familia. Debe ser genético.*

***

Cuando Daisy abrió los ojos, lo primero que vio fue a su esposo.

La luz del sol apenas se asomaba por las persianas azul oscuro. El blanco resplandor de una lámpara de mesa, a su izquierda, completaba la iluminación de cuarto.

En un sillón dormía Diego. Tenía la misma ropa con la que se había ido a trabajar el día anterior. Su cuello, en un ligero ángulo, dejaba que la cabeza se apoyara en su antebrazo.

Solía molestarlo, cuando recién casados, que hasta dormido carecía de sentido del humor. Diego se reía, como para llevarle la contraria, pero al voltearse, cuando pensaba que no veía, la sonrisa desaparecía y las sombras se posaban en su lugar.

Ahora, por primera vez en mucho tiempo, no parecía perturbado por algo. No sonreía, pero su rostro se notaba relajado. Ya no parecía trazado con las rectas líneas de una regla, sino por las suaves manos de un niño.

Esa cara hacía juego con el hombre con quien se casó.

Sus pensamientos seguían siendo confusos y sus movimientos lentos. Trató de apoyarse en la mesa al lado de su cama y, sin querer empujó el teléfono. Con el estrépito, su esposo se levantó de un salto y clavó sus ojos en los de ella.

Se tiró al piso y, arrodillado, tomó sus manos. Con delicadeza y ternura.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

—Un poco cansada, pero sí, estoy bien. Creo... ¿qué me pasó?

—¿No recuerdas nada?

Daisy negó con la cabeza, así que Diego le contó como la encontró y las recomendaciones de Rimsky.

Ella escuchó sus palabras, pero era como si le estuvieran contando una película. Cerró los ojos y se concentró en lo ocurrido. ¿Por qué no fue a trabajar?

Las náuseas, los mareos. Ella hizo algo esa mañana... ¿qué fue?

Se levantó de la cama y con ayuda de Diego fue al baño. Si bien no tenía secretos para él, no llegaba al extremo de necesitarlo para sus funciones fisiológicas. Se aprestaba a cerrar la puerta del baño cuando vio la cesta llena de papeles y la pequeña barra de plástico con la línea azul.

Una serie de imágenes llenaron su cabeza. Se vio sentada en el piso, dando gracias, la barra en su mano.

—Estoy embarazada — dijo, dándose la vuelta. Los ojos de Diego se abrieron en toda su capacidad. Su rostro reflejaba dudas.

—¿Cómo?

Podía ver el temor plasmado en la cara de su esposo como una segunda piel. No sabía que pensar. Se agachó y tomó la barra entre los dedos. Se la extendió diciendo:

—Es cierto. No estoy alucinando.

Con mano temblorosa, él tomó el objeto brindado. Lo miró unos segundos, sus dedos recorriendo la superficie como si quisiera confirmar que no era una ilusión.

—Es cierto. En serio... ¿estás embarazada?

Estás últimas palabras las dijo en otro tono. Quizás musical. O tal vez se oyó así por la ausencia de miedo y duda.

Mirándola de arriba abajo, y con una sonrisa que dividía su cabeza en dos hemisferios la abrazó con fuerza. La cubrió de besos mientras alisaba su cabello con la mano. Ella, entre risas, lo alejó con la mano diciéndole:

—Soy de verdad, no lo olvides.

—No podría olvidarlo, aunque quisiera —susurró, feliz—. Un hijo.

—O hija —le recordó en tono recriminatorio—. Recuerda: 50/50.

Él se rio y la volvió a abrazar. Daisy apoyó la cabeza sobre su hombro. Una sensación de paz la envolvió, una sonrisa en los labios. Su

mirada recorrió la habitación en penumbras. En una esquina las sombras parecían adquirir mayor profundidad. Y en cierto ángulo crecían en densidad.

Daisy dejó escapar un grito, cortado por su propia mano saltando a la boca. Diego se dio la vuelta, esperando ver un intruso.

La habitación estaba vacía.

—¿Qué? —preguntó Diego, mirando de un lado a otro.

—Ayer, en esa esquina —dijo señalando con el índice—vi una figura. Sus brazos se alzaron y se lanzó sobre mí.

Él desvió su mirada en la dirección señalada y de vuelta a ella.

—¿Una figura? ¿Quieres decir, un hombre oculto?

—No era un hombre. Podía verlo, pero ni siquiera estoy segura de que fuera humano.

Diego estaba perplejo. Lo que su esposa decía no tenía sentido.

—No te entiendo. ¿No era humano?

—Estaba hecho de oscuridad. De sombras.

Como buen médico que era, Diego Hatcher era un mal paciente y un pésimo familiar de paciente. Su cerebro, los engranajes girando a mil por hora, sopesaban toda la gama de posibilidades diagnósticas.

Estaba asustado. Pocas enfermedades podían producir los síntomas de su esposa.

Pérdida de la memoria, pérdida del conocimiento, conductas extrañas, alucinaciones.

Su cerebro se enfocó en la peor de todas.

Un tumor cerebral.

CAPÍTULO 40

—Todos los resultados salieron normales— dijo Rimsky leyendo una placa de color negro. Abstractas figuras en la escala de grises representaban diferentes secciones del cerebro de Daisy.

—Entonces —dijo Diego sin querer esperanzarse, para luego recibir un golpe fulminante—¿No hay tumor? ¿No es un cáncer?

Rimsky bajó la placa y los miró a los dos.

—La única prueba que no salió tan bien fue la de función renal. Hay una leve elevación de la creatinina, pero nada exagerado por el momento. Sugeriría darle seguimiento con nuevos exámenes de laboratorio en un par de días y decidimos según el resultado, ¿te parece?

—¿Seguro?

—Hicimos en los últimos dos días todos los exámenes necesarios y posibles, considerando la existencia de Dieguito.

—Hombres —dijo ella mirando al cielo—. En este momento parece niña, ¿cierto?

La pregunta iba dirigida a su esposo. Este se sonrió y asintió.

—Bueno, de cualquier forma, e independiente del sexo del porotito, todos los demás exámenes realizados salieron negativos. Incluso la resonancia magnética salió bien. No hay de qué preocuparse.

Diego parecía satisfecho, pero su esposa siguió empujando.

—Entonces, ¿qué me pasó? ¿O se supone que el hombre de sombras era de verdad?

—Esa alucinación va para mi lista de cosas raras. Te inmortalizaré en mis memorias.

—Ni se te ocurra. No quiero pasar a la inmortalidad como una loca.

—No estás loca, tranquila. En respuesta a tu pregunta, me imagino que tuviste un episodio conversivo.

—Un episodio con... ¿quieres decir un ataque de histeria?

Ahora ella no estaba preocupada. Estaba molesta.

—Eso no es malo —dijo Rimsky.

Su tono era suave y calmado. A Diego le recordó algo, pero no podía precisar qué. Él siguió diciendo:

—Es más frecuente de lo que piensas. Además, fuiste expuesta a muchos gatillos. La gripe que acababas de pasar, el embarazo y la llamada anunciando la muerte de su amigo eran razones más que suficientes.

La sola mención de David provocó que Daisy le apretara la mano. La miró y, como era de esperar, una película de lágrimas cubría su córnea. Él sintió un nudo en la garganta, mientras Rimsky continuaba hablando, ajeno a la reacción que sus palabras habían provocado.

Cuando Daisy le contó de la misteriosa figura de sombras, su temor a un cáncer fue tal que llamó a Rimsky para sacar una cita urgente. Ella estaba igual de asustada, pero al verlo tomar el teléfono la embargó una extraña sensación de pérdida y dolor. No pudo precisar el motivo hasta que vio a Diego darle vueltas en el dedo a su anillo de bodas.

Entonces recordó.

—¿Diego?

Las palabras parecían filtradas por un muro de algodón. Miró a Rimsky, quien lo estudiaba con curiosidad, reaccionando en el acto.

—Disculpa. Estaba pensando.

—No hay problema. Entiendo.

Sintió la mano de Daisy sobre la suya. Sonreía, pero una lágrima brillaba en sus pestañas. Diego apretó sus dedos

—¿A ustedes les dan un curso de vocalización? —le preguntó a su colega para cambiar de tema. Prefería no pensar en su amigo. Por lo menos no en ese momento.

Rimsky no le respondió. Su expresión indicaba qué no sabía de qué estaba hablando.

—Es la segunda vez que escucho ese tono. Pausado, calmado. El tono, me imagino, que se usa para calmar a una bestia salvaje. Yo lo usé con Daisy cuando me la encontré ese día.

—Disculpa —dijo Daisy con seriedad— ¿me estás diciendo *bestia salvaje?*

—*Estás en problemas* —dijo su voz.

Diego giró la cabeza, una disculpa lista a salir de su boca. El rostro de Daisy era serio, pero la comisura de sus labios se levantaba en una tenue sonrisa.

—*La verdad te hará libre.*

—Graciosa —dijo a lo bajo, ignorando a su voz— y, por si acaso, no pienso que seas un animal salvaje.

Ella no le contestó. Solo le hizo un guiño.

—Déjame salvar tu pellejo —dijo Rimsky cruzando los brazos —. No, no tomamos clases de vocalización y no pertenezco a ningún grupo coral. ¿A quién le escuchaste el tono?

—¿Conoces a Shelton? ¿El psiquiatra?

—Sé quién es, pero no lo conozco en persona. Suelta, conozco esa mirada. ¿Qué pasó?

Diego les contó el incidente con Cora Rogieri, agregando detalles adicionales dignos de una obra de teatro. Para cuando terminó, bien podían estar en un café disfrutando de una reunión entre amigos. Siguieron hablando de lo ocurrido y luego de unas recomendaciones finales salieron del consultorio.

Por el camino, Diego decidió que tenía que hablar con Becket. Relatar la historia de Cora le dejó la sensación de que estaba pasando algo importante por alto.

***

Encontró a Becket en la sala, leyendo un artículo.

—Dos veces en un mes —dijo Becket con una amplia sonrisa—. ¿No me digas que te estás volviendo sociable?

—*Ahora todo el mundo se cree comediante.*

—¿Qué haces? —preguntó Diego.

—Revisaba un artículo sobre el uso del cisplatino para el manejo del linfoma de Hodgkin.

—Mmmm. Lectura ligera.

—*Estoy rodeado de comediantes —dijo su voz—y es contagioso.*

—Si eres capaz de suspender tan interesante lectura —propuso—te invito a un café.

Becket lo miró con verdadero asombro. Dejo caer la revista en la mesa, recogió su celular y se levantó.

—Y una rosquilla — dijo pasando a su lado.

—¿Qué?

—Me imagino que hay un propósito oculto detrás de tu invitación.

Un café no es suficiente. Quiero también una rosquilla con queso crema.

Diego no pudo evitar reírse. Lo empujó con suavidad, diciéndole

—Vamos. Te compraré tu rosquilla y tu café.

***

Mantovani creía en muchas cosas.

Creía en la mente y en su indoblegable control sobre el destino de los hombres. Era un arma poderosa, poco comprendida y menos estudiada. Capaz de convertir al pobre en millonario y al rico en mendigo, al cobarde en héroe y al valiente en desertor. Podía crear un mundo de fantasía, lleno de unicornios, hadas y duendes, con la misma facilidad con la que podía materializar un destierro en el séptimo infierno. Podía destruir una vida y podía crearla. Un don de gran peligrosidad otorgado a los mortales.

Creía que en el vasto Universo existía un orden que regía sobre cada partícula, viviente o inanimada, y que los coordinaba de acuerdo con principios físicos, químicos y biológicos de aplicación cósmica. Muchos de ellos se mantenían desconocidos, pero no por eso dejaban de ser ciertos y evidentes.

Eso no lo volvía crédulo. Así como creía en la habilidad para convertir sonidos individuales en música o colores variados en majestuosas pinturas, otros conceptos los rechazaba de plano. Uno era la idea del cielo o el infierno.

No siempre fue así. Hubo una época, hacía muchos años, cuando esa creencia, esa ciega fe que era el único legado de sus padres, era lo más importante. Lo controlaba. Lo dirigía como a una pobre marioneta en los escenarios que eran su vida.

Con la muerte de sus padres, sin tener a nadie encima recordándole sus errores y tirándole a la cara los preceptos que debía cumplir, el legado comenzó a desvanecerse. A desaparecer. Después de la muerte de Amelia, perdió todo valor. Ya no tenía elección sobre su destino. Estaba condenado o no. Sería sumergido en el baño de sangre de los violentos, un paraje tenebroso reservado a los asesinos según la *Divina Comedia* de Dante, o se convertiría en nada. Una brizna en el viento.

Materia orgánica que serviría para alimentar a miles de organismos unicelulares, cientos de invertebrados y unos pocos rastreadores nocturnos. Con el correr de los días pasaría a ser polvo y eso sería todo

lo que quedaría de su ilustre existencia.

Lo mismo pasaría con Amelia. Pronto regresaría a ser un olvidado recuerdo sepultado en las arenas neurológicas de su cerebro.

Tan pronto dejara de ser la noticia del momento.

Cada reportaje y editorial giraba en torno a ella. Vio su rostro tantas veces en las últimas horas como nunca antes en su vida. No era de extrañar que no pudiera olvidarla.

El noticiero que veía en ese momento, narrado por una bella reportera de largos cabellos negros y ojos de igual color, aseguraba que, a pesar de no contar con pistas sobre el brutal homicidio, la policía y todos sus operativos investigaban el caso. Se esperaba, en el transcurso de los próximos días, dar con el paradero de los culpables.

Movió la cabeza, decepcionado. Algunas personas no aprendían a mantener la boca cerrada y a no hacer promesas que no iban a poder cumplir.

La noticia terminó y fue reemplazada por una toma de los estudios centrales del canal. En ella otra joven, no tan bonita como la anterior, pero igual de elegante, anunció que pasaban a comerciales.

La propaganda lo agarró por sorpresa.

Un osito de peluche, con grandes orejas redondas, caminaba por una cama, al lado de un bebé, promocionando una marca de pañales.

El osito y el bebé. Curioso.

Recordó haber pensado que la tarjeta no tenía ningún sentido. No podía tenerlo. Le dio vueltas y vueltas en su mano, buscando una nota o frase que se le hubiera escapado al principio y que le diera otra idea. Cualquiera.

Por siempre juntos... los tres.

Necesitaba una explicación por ilógica, irracional o improbable que pareciera. Lo evidente era imposible.

¿Y si no?

Salió de la cocina con el pequeño oso abrazado a un lado y la tarjeta en su otra mano. Su rostro era la máscara de la alegría, pero ya. Una máscara.

En su interior surgía una sensación que no le era extraña. Las interminables letanías y advertencias de su madre sobre el temor a Dios y el destino final de los pecadores fueron una causa frecuente. La indiferencia de su padre y su maldito conformismo, otra. Sin embargo, jamás con esa avasalladora, terrible y poderosa intensidad. La sentía

crecer dentro de sí, en su cabeza, como la bíblica plaga de langostas, devorando cada pedazo de su cerebro hasta que todo se convertía en una sola masa verde grisácea de patas, alas y mandíbulas batientes con un solo propósito. Una intención.

Ira.

Sentía sus pisadas subir por las piernas como una potente vibración que saltaba de articulación en articulación. Sentía la energía estática acumularse en sus manos, como si en cualquier momento tuviera el poder de liberarlas con la centelleante fuerza de un relámpago proveniente de las manos de Zeus.

El mundo perdía forma y color para él. Todo se convirtió en una mancha borrosa que adquiría asombrosa claridad en un solo punto.

Amelia.

—¿Es esto lo que yo creo que es? —preguntó Mantovani parándose a su lado con el osito y la nota. Le dio a su voz un tono particular de alegría contenida, que debía haberle merecido una nominación al Oscar.

Amelia levantó la vista. En sus labios danzaba una sonrisa.

Se paró de la silla y le quitó el peluche de las manos. Lo colocó con suavidad en el sitio donde poco antes estuvo sentada y, sin decir palabra, lo abrazó con cariño.

—Por supuesto, *Papá*.

Mantovani quería separarse de sus brazos, pero no podía. La amaba como nunca creyó poder hacerlo y estaba haciendo todo lo posible por controlarse. Por no desesperar.

Por perdonarla.

Le fue imposible. La ira ya no era una simple sensación. Era un cáncer que crecía y lo consumía a velocidad sorprendente. Ya era tarde para extirparlo, si es que en algún momento pudo hacerlo.

La ira era ya una obsesión.

Comenzó a abrazarla con fuerza.

—Suave, me estás lastimando —dijo Amelia al sentir la presión. Esta no cedió, sino que aumentó.

Amelia forcejeó un poco al principio y luego, usando toda su energía, logró soltarse. Con las manos empujó el cuerpo del hombre.

—¿Qué te pasa? —preguntó, molesta.

Por un momento pensó que iba a decirle otra cosa. No lo hizo. Sus ojos se clavaron en él y su rostro perdió la alegría de hacía unos

segundos. No se quería imaginar cómo se veía en ese instante, pero si lo que sentía se mostraba en su cara, entonces debía parecer la mismísima imagen del demonio.

Amelia debió darse cuenta que algo pasaba. Dio unos pasos atrás alejándose de él. Su rostro no era de alegría, tristeza o preocupación. Era una expresión demasiado conocida, pero que en ese particular caso le llenó de una extraña satisfacción.

Miedo. Amelia estaba aterrorizada por lo que veía.

Sus pensamientos eran una nube. Quería poner sus manos alrededor del cuello de Amelia y apretar hasta que ya no entrara aire en su cuerpo. Hasta que su rosada piel adquiriera el marmóreo tinte de la muerte. Amelia percibió el peligro en algún nivel primitivo de su cerebro y su instinto de supervivencia debía estarle gritando que saliera huyendo.

Siguió caminando hacia atrás, aprisa. Por no quitarle la vista, no se percató de la silla que tenía detrás. Sus pies tropezaron con el mueble; intentó darse la vuelta, pero el movimiento solo sirvió para enredarla y se fue de espaldas. Su cabeza chocó contra el borde del desayunador, la base construida en granito oscuro. En el preciso instante del contacto, sus funciones vitales cesaron.

El cuerpo chocó contra el piso, inmóvil una vez liberado de las fuerzas de aceleración. Se agachó y la empujó un poco. La llamó por su nombre varias veces. La pellizcó. Buscó su muñeca y le palpó el pulso. Nada.

Algo dentro de él se hizo cargo de la situación. Caminó al teléfono y llamó al hospital. Desde el principio supo que no tenía por qué preocuparse. En primer lugar, fue un accidente, por mucho que lo hubiera propiciado. En segundo lugar, las circunstancias no iban con un crimen pasional, si bien era eso. Se acababa de enterar que iba a ser padre. El osito y la nota eran pruebas suficientes. No había historia de violencia. Nunca habían peleado. Para el exterior, una feliz pareja.

Muerte accidental. Caso cerrado.

Sin embargo, a pesar de verla muerta, se sentía insatisfecho. La obsesión seguía mordiendo sus entrañas como un perro pegado a un hueso, limpiando los últimos jirones de carne. La muerte de Amelia no fue suficiente. No sentía que se hubiera hecho justicia.

Ya encontraría la manera de liberar esa tensión.

Como siempre, la suerte le sonrió. Unos días después conoció a la señora Alfaro. Una bella morena atrapada en el interior de un auto.

Descubrir que estaba embarazada fue toda la señal que necesitó. Ese algo que se hizo cargo de ayudarlo a salir airoso de la muerte de su esposa, tomó control cuando empujó el auto al vacío.

Apagó el televisor, tomó unas llaves que colgaban de la pared y se encaminó hacia su propio rincón en el paraíso.

Su pequeño zoológico.

***

—Entonces, ¿cómo está la rosquilla?

—Mmmm —trató de decir Becket, el queso crema pegado al paladar.

—Ese es un espectáculo que no necesito ver —dijo Diego volteando el rostro.

Becket masticó otras tres veces, tragó y, limpiándose los labios con una servilleta, dijo:

—Adoro esta basura. Puedo sentir las placas de ateromas formándose en mis arterias mientras disfruto. Pregúntame si me importa.

—¿Por qué será que las cosas buenas de la vida son ilegales, son un pecado o engordan?

Becket recogió la basura y la tiró en el tinaco. Se volvió a sentar y comenzaron a conversar tópicos variados. Hablaron un poco de medicina y Diego le contó de la muerte de su amigo. Becket lo llegó a ver un par de veces en la Facultad cuando eran estudiantes.

—Es una lástima que encontrara la muerte así. ¿Se llegó a casar?

—Una vez, pero no duró mucho. No volvió a intentarlo. No sé si eso es mejor o peor. No tiene familia, así que su círculo de conocidos se reducía a sus empleados en la agencia de seguridad y nosotros. Será un velorio muy solitario.

—¿Quién se está haciendo cargo del entierro?

—Daisy y yo. Déjame decirte algo. Estamos en el negocio equivocado. Morirse es más caro que seguir vivo. Deberías ver los precios que nos quieren cobrar las funerarias.

—Lo sé. —Becket sacó la cartera, revisó varios papeles, hasta que encontró lo que buscaba. Tomó una tarjeta y se la extendió.

—Hace un año tuve que ayudar en el entierro de una tía. Esta funeraria se llama Sagrado Viaje. Económicos y de muy buena calidad.

Es la funeraria que recomendamos a los familiares de nuestros pacientes.

Diego miró la tarjeta unos segundos y la guardó, dándole las gracias. Echaría de menos a su amigo toda la vida, pero en ese momento tenía cosas importantes que considerar. Su dolor tendría que esperar a que resolviera las dudas que lo acechaban.

Tomó un sorbo del *moccacino* que tenía en la mano.

—¿Y la señora Rogieri?

Becket no se esperaba esa pregunta. Entrecerró los ojos e inclinó la cabeza.

—Bien... Según el esposo, ha mejorado. La está viendo el doctor Shelton.

—¿Recuerda lo que hizo?

—En un principio no; luego, poco a poco, fue recordando. Creí que le iba a dar otra crisis cuando supo que le disparó a una persona.

—Entonces, ¿todo salió normal? ¿Negativo por cáncer y trastornos orgánicos?

—Así es. Inclusive las pruebas de función renal mejoraron.

—Es cierto —Diego sintió que se acercaba a la revelación ansiada—. Ella fue hospitalizada por ese problema renal, tengo entendido.

—Pues sí. Una nefritis medicamentosa.

Su corazón se aceleró.

—Por el uso de antibióticos, ¿verdad?

—Exacto. Ni me lo recuerdes —resopló Becket—. Después de todo lo que pasó, decidí investigar el caso. Su esposo tuvo toda la culpa.

—¿El residente? ¿Triana?

—Sí, Triana. Lo puse a escribirme un trabajo de investigación de veinte páginas sobre la utilidad, a la luz de la evidencia científica, del uso de antibióticos para el manejo del resfriado común. Fue su idea darle antibióticos a su esposa.

—*¿Te recuerda a alguien?* —dijo su voz.

Diego sintió el color subir al rostro.

—¿No crees que el susto fue castigo suficiente?

—Un factor atenuante, a lo sumo. Si no fuera por lo de su esposa, lo coloco en un cepo a la entrada del hospital.

—Exagerado. Solo fueron antibióticos.

La punta de la nariz de Becket se puso roja, haciendo de él la

versión humana de Rudolph. Por algo debió llevar ese apodo a lo largo de muchos años. Era imposible no darse cuenta cuando estaba molesto.

—Primero, el uso de antibióticos para tratar una gripe es una costumbre arraigada, sí, pero una de las más tontas que me es posible imaginar.

—*¿Te sientes aludido?*

—Segundo, él es residente de Medicina Interna y está optando por una subespecialización en Infectología. Si alguien debía saber de los riesgos asociados a la creación de cepas bacterianas resistentes es él.

—*¿Te sientes pequeño, minúsculo, insignificante? ¿Una partícula de basura en la suela de un viejo zapato? ¿Eh? ¿Eh?*

Seguía molesto, pero bajó la voz.

—Tercero, se gastó los antibióticos de mi sala. Está bien que la amoxicilina no es un antibiótico potente, pero son mis medicamentos.

—Disculpa —Diego lo interrumpió, una luz destellando en su memoria con fuerza. Se le había olvidado por completo ese detalle. Era lo que le molestaba desde un principio— ¿Dijiste amoxicilina?

—Sí. Cuando la esposa desarrolló el cuadro gripal, Triana le llevó amoxicilina. Lo peor era que estaba tomándolas muy seguidas. ¡Cada cuatro horas! A los seis días de tratamiento empezó a sentirse mal y fue al médico. Entonces se diagnosticó el problema renal.

Hizo una pausa como para controlar su furia. Luego prosiguió:

—Nada de esto hubiera pasado en primer lugar si no hubiera estado tomando…

—Antibióticos sin razón— completó él la sentencia.

—*Tal vez con Daisy tampoco.*

Un potente timbre sonó en ese instante. Becket se inclinó para sacar su celular del bolsillo. Leyó el mensaje que le había llegado y se levantó de la mesa.

—Debo irme. Una cetoacidosis diabética me espera.

—Tranquilo. Gracias por la información.

—Otro día me dirás qué querías en verdad. Te costará otra rosquilla.

—Es un trato.

***

Sus animales favoritos, después de los peces, eran los reptiles, y en

particular las serpientes. Para él era un placer verlas deslizarse por la arena con la gracia y fluidez de una ola. Observarlas al acecho de sus presas. Sigilosas, calladas, esperando el momento preciso. Presenciar el súbito ataque, el eléctrico salto en dirección de su víctima, los colmillos brillando por una fracción de segundo antes de enterrarse en la suave piel; el torpe balanceo de la presa al intentar escapar, mientras el veneno desgarraba sus venas.

La caída final y el victorioso depredador reclamando su premio.

Se sentía bien. Era un buen momento para alimentar a sus mascotas.

No les tenía nombre. Consideraba de mal gusto querer humanizar a criaturas que llevaban en la Tierra más tiempo que él y cuyo trabajo superaba en efectividad al de los seres humanos. Sin embargo, no tenía problemas en reconocerlas por sus características físicas, conducta y técnicas de cacería, que eran muy distintas entre sí.

Las diferencias no eran marcadas, pero después de observarlas tantas veces se hacían obvias.

Se acercó a una jaula de mediano tamaño llena de ratas blancas y metió la mano para sacar un ejemplar. No los criaba porque fueran cazadores excepcionales o porque alguno de sus órganos produjera una sustancia interesante, digna de estudio. Las criaba por ser, junto a las ranas, el alimento favorito de sus mascotas.

Su mano se cerró con fuerza sobre el lomo de una de las ratas y la levantó.

Sus mascotas no comían todos los días. Podían pasar dos a tres semanas digiriendo sus alimentos. Todas las semanas siempre encontraba alguna con hambre, puesto que procuraba no darles de comer al mismo tiempo. Esa semana le tocaba a una de sus favoritas.

Una *Bothrops nummifer mexicanus*. Los números corrieron en su cabeza como las casillas de un tragamonedas. Era algo que no podía evitar.

La *Bothrops* era de casi un metro, lo que no era extraño en una serpiente de ese género. Podía producir una cantidad promedio de veneno con propiedades proteolíticas y coagulantes de 120 mg y un máximo de 280 mg. Su dosis letal en ratones era de 14 microgramos por gramo de peso.

Prefería las ratas en lugar de las ranas. Tenía la costumbre de esconderse detrás de una roca antes de atacar y parecía gustarle vigilar de lejos a su presa herida, hasta el momento en que se desplomaba.

Se acercó al bioterio y levantó la tapa con una mano. En el fondo,

descansando al lado de una piedra caliza que él imaginaba que era su comedor, se encontraba la serpiente. Se disponía a soltar la rata cuando un dolor agudo se disparó en la base de su dedo pulgar.

Estaba tan entretenido viendo a la *Bothrops* que se descuidó y la rata logró acomodarse y enterrarle sus filosos dientes.

Mantovani miró a la rata, pero no la soltó en ningún momento. Cerró el bioterio de la *Bothrops* y caminó hacia el centro del cuarto.

Las jaulas, cajas y peceras de todos los animales se distribuían a lo largo de las paredes del cuarto, formando un arco en forma de herradura. La porción no cerrada del arco permitía llegar a la puerta del cuarto y del lado contrario se encontraba su laboratorio y la refrigeradora. El centro de la habitación estaba vacío, con excepción de una sola mesa de caoba. Sobre ella estaba colocada una caja de vidrio vacía con cubierta de metal. Su interior era inmaculado. Sin arena, rocas, adornos o animales.

Dos de las paredes eran de plástico transparente y en ellas estaban montados sendos guantes de goma que se introducían en la caja. Permitían manipular objetos en su interior sin peligro de que se violara su hermético sello. Se usaban en los laboratorios de Microbiología y de Química, cuando se manejaba un organismo o sustancia peligrosa que no se deseaba exponer al aire libre por el peligro de contaminación o daño a terceras personas.

En su caso, tenían otra función muy distinta.

Levantó la pesada tapa y colocó la rata en el piso de vidrio. Luego abrió un cajón de la mesa y sacó un pequeño cilindro rojo de metal que dejó caer dentro. Colocó la tapa en su lugar y la fijó con varias pinzas soldadas al armazón de metal.

La rata se movía inquieta de un lado a otro, empujando de vez en cuando el cilindro. Mantovani se paró en frente de la caja y metió las manos en los guantes. Con cuidado agarró el cilindro y le quitó la tapa. Un débil sonido salió del tubo, similar al que producía el chorro de un aerosol.

El envase era parte de su colección privada de productos químicos conocidos por su alta toxicidad. Tenía fosfamina, piretrinas, organofosforados, carbamatos y bipiridilos. Todos compuestos utilizados como insecticidas, herbicidas y fumigantes, muy difíciles de conseguir si no se conocía a las personas y los lugares apropiados. Ser un químico titulado lo ayudaba bastante en tales menesteres.

El envase estaba marcado con una pequeña calcomanía que decía

Ácido Hidrociánico. Debajo del nombre aparecía dibujado un cráneo humano con dos huesos cruzados. El cilindro contenía un gas formado a partir del ion cianuro y mantenido a presión en su interior. En su forma gaseosa el veneno era absorbido de manera rápida por los pulmones y, en un lugar cerrado como el interior de la caja de plástico, actuaba en cuestión de minutos. El cianuro bloqueaba el transporte de electrones. Esto llevaba a que el oxígeno no se utilizara, se produjera una fulminante disfunción celular y la muerte del afectado llegaba poco después.

La rata empezó a respirar con mayor rapidez. Poco después se tambaleó, vomitó y se desplomó en el piso. Su respirar se hizo dificultoso y lento. Su cuerpo se retorció como si fuera víctima de un episodio convulsivo, hasta que no volvió a moverse.

Causa de la muerte: envenenamiento con cianuro.

Era el castigo para todo aquel que se atrevía a traicionarlo. La rata que lo mordió no merecía siquiera ser alimento para sus mascotas.

Merecía morir como un criminal.

La caja de vidrio en el centro del cuarto era su propia cámara de gas para los traidores. Sacó las manos de los guantes y caminó de nuevo hacia la jaula con ratas. Después curaría la herida que tenía en el dedo. Tenía pendiente alimentar a su pobre *Bothrops*.

***

Esa tarde fue el sepelio de David.

En la sala de cremación, Diego sostenía la mano de Daisy con fuerza, su cabeza descansando en su hombro. Esperaban la entrega de la urna con las cenizas de su amigo. Después la llevarían a la iglesia donde un pequeño nicho en una cripta sería su destino final.

Quería mantener la calma, por ella y por su hijo. Por dentro era una olla de presión.

—*Es mi culpa. Yo lo maté* —pensó.

—*¿No estamos exagerando un poco?* —dijo su voz.

Qué curioso, era la primera vez que su conciencia lo defendía en lugar de atacarlo.

—*Lo maté* —pensó convencido. Se pasó la mano por la cabeza y empezó a frotarse la parte posterior del cuello—. *Si no le hubiera pedido ayuda, seguiría vivo.*

—No tenemos que ver con su muerte. Fue tan solo un accidente.

—Claro, uno muy conveniente. ¿No te parece raro que David haya muerto justo ahora? ¿En estas circunstancias? Las medidas de seguridad en las áreas de construcción son estrictas. Una viga jamás pasaría por encima de una calle transitable sin que se tomaran las medidas necesarias para prevenir un accidente de ese tipo.

—¡¿No puedes vivir sin una culpa en tu conciencia? —dijo su voz con rabia—. *Apenas estás arreglando las cosas con Daisy y ahora ¿quieres asumir una deuda de culpa con alguien a quien no puedes pedirle perdón?*

Tenía razón. Si tomaba por ese camino, la culpa lo corroería como ácido y no habría marcha atrás. Sin perdón ni redención.

Solo culpa.

Respiró hondo y cerró los ojos.

—David —pensó para sus adentros. Podía sentir su voz como un oyente silencioso en lo profundo—. *Fuiste mi mejor amigo y el hermano que nunca tuve. Siento haberte traído aquí, pero no soy culpable de tu muerte. Atraparé al que lo hizo, eso te lo prometo. Te veré en la otra vida y te contaré todos los pormenores. Hasta entonces, viejo amigo*.

—Mucho mejor.

Daisy y Diego permanecieron abrazados, uno buscando apoyo en el otro. Cuando la puerta se abrió y una mujer se acercó a ellos con una caja en mármol blanco, un crucifijo brillando en una de las caras, no pudo más. Ocultó el rostro en el cabello de su esposa y lloró.

Ella lo conocía mejor de lo que esperaba. No trató de consolarlo. No mencionó las sabias palabras de algún olvidado filósofo o de las sagradas escrituras.

Solo lo abrazó.

—¿Mejor? —preguntó al cabo de varios minutos.

Diego levantó el rostro y sonrió. Daisy sostenía en las manos la urna con las cenizas de David.

—Sí, vámonos. Tenemos cosas que hacer.

Daisy fue a hablar con la secretaria para cancelar la cuenta y asegurarse que los demás preparativos estuvieran listos. Diego, por su parte, se puso a dar vueltas por la sala de espera, contemplando algunas de las pinturas que decoraban las paredes. Reconoció dos de artistas nacionales, y si él los conocía debían ser famosos, y otras de desconocidos. Sin importar la mano, todas llamaron su atención.

Considerando lo que costó la cremación y el número de muertos

diarios en el país, comprendía cómo la administración podía darse el lujo de ostentar obras de calidad.

Sintió el cálido aliento de Daisy sobre el cuello.

—¿Estamos listos? —preguntó sin mirarla.

—Todo arreglado.

Salieron del local por una amplia puerta de vidrio y caminaron hacía el carro. El estacionamiento estaba casi vacío, excepto por tres carros y el suyo. En una esquina alejada un asistente con una guayabera celeste se fumaba un cigarrillo.

—*¿Por qué nos resulta familiar?* —preguntó su voz.

Daisy miraba en la misma dirección, sin comprender el súbito interés de Diego en esa persona.

—Daisy —preguntó, sin detener su avance hacia el auto—. ¿Lo reconoces?

—No, pero me parece familiar —ella le seguía el paso, tomada de su brazo, y estas últimas palabras las dijo en un tono de desesperación.

Diego sacó la llave del carro, giró las metálicas piezas buscando la apropiada y al encontrarla la tomó mal y el llavero cayó al piso.

—¡Demonios! —murmuró y se agachó a recogerlas.

Al levantarlas y enderezarse, sus ojos pasaron por encima de un auto que no vio al salir, estacionado a espaldas de Daisy y casi oculto por un muro.

Un auto verde olivo.

Lo que llamó su atención fue la placa frontal. Una lámina blanca rectangular con letras en rojo y azul.

Mollaris.

Sin decir palabra, se acercó al auto. De cerca pudo distinguir mejor la forma y la marca.

Un Citröen Xantia Prestige. Matrícula 051604.

Diego miró por encima de su hombro a la puerta. Esperaba, cual pesadilla, ver en las escaleras a Santos. Para su alivio, los escalones seguían vacíos.

—*Nuestra capacidad de imaginación está mejorando* —dijo su voz—. *A este paso, tenemos garantizado nuestro futuro como videntes en las ferias.*

—Quédate aquí; voy a averiguar algo.

Diego no escuchó las protestas de Daisy. Se encaminó a paso rápido y volvió a entrar en el servicio de cremación. La secretaria levantó la

ceja con curiosidad.

—Disculpe, joven —preguntó, con una amplia sonrisa—. ¿Sabe si el dueño del carro verde que está allá afuera trabaja aquí?

La secretaria no contestó. Parecía estar considerando cual era la mejor forma de responderle.

—Es que mi hermano tiene un carro de la misma marca y lo está vendiendo por piezas —mintió—. Pensaba que al dueño del auto le podría interesar.

El rostro de la secretaria cambió y sus labios volvieron a curvarse. Adoptó una expresión agradable.

—Puede ser —dijo la joven—. Mi jefe adora ese auto, pero siempre se queja de lo caras que pueden ser las piezas.

—Excelente —dijo él, casi conteniendo un salto—. ¿Es de su jefe?

—Sí, el licenciado Santos. Es el dueño de la funeraria y del servicio de cremación. ¿Quiere que lo llame?

—No. Le voy a decir a mi hermano que venga y hable con él.

—Me parece bien. Lo puede localizar aquí de lunes a jueves. Los otros días tiene otras obligaciones.

—Gracias.

Una hipótesis estaba cobrando forma desde el día en que se reunió con Becket para preguntarle de la señora Rogieri. Ahora, cada nueva cosa que descubría parecía reforzar esa hipótesis. Podía sentir las piezas del rompecabezas encajar con facilidad.

Araujo, Hobt, Santos, el Hospital San Marcos, Mollaris. Ahora la funeraria. ¿Cómo fue que escogió a esta en particular?

—Te la recomendó Becket, ¿recuerdas? Por ser económica.

—Y la que usa o recomienda el hospital —completó Diego—. *No puede ser una coincidencia.*

—¿Qué averiguaste? —le preguntó su esposa cuando lo tuvo al lado.

Guardó silencio hasta arrancar. Entonces le relató el descubrimiento.

—Y, además ya sé dónde vimos antes al asistente.

Volvió a verse abriendo un sobre de papel manila y sacando unas fotos, frontales y de perfil.

La quinta foto.

—PRADE. Ese era uno de los alumnos del PRADE.

CAPÍTULO 41

—Araujo —dijo Becket por el celular. Diego lo tenía puesto en altavoz para que Daisy también pudiera escuchar.

—¿Araujo?

La llamada a Becket fue para confirmar su hipótesis. Esperaba esa respuesta, pero aparentó sorpresa.

—El mismísimo jefe. ¿Por qué? ¿Tuviste algún problema con la funeraria?

—No, nada de eso. El servicio fue excelente. Tenías razón. No son baratos, pero comparados con el resto, casi me sentí en un baratillo.

—Te lo dije. Además, tienen una tarifa especial para los familiares de pacientes.

—¿En serio? No vi ningún anuncio o propaganda al respecto.

—Por supuesto que no —Becket soltó una carcajada—. Te imaginas estar hospitalizado y que tu médico te diga: "Por cierto, tenemos una promoción de descuento en una funeraria".

—Sí, me imagino que no es una buena idea.

—Claro que no. Hace unos años, Araujo se me acercó y me dijo que conocía al dueño de una funeraria y que consiguió que, en caso de una muerte en el hospital, los costos de la funeraria se redujeran a la mitad. Me pareció algo tenebroso, pero era un buen trato para los familiares, así que hablamos con las enfermeras de la sala y, cuando se da el caso, una de ellas se encarga de dar la información pertinente. Nos ha funcionado muy bien por el momento.

Cuando cerró la llamada, se volteó para mirar a su esposa.

—¿Qué piensas?

—Los eslabones encajan.

—Falta uno.

Miró su reloj. Eran las 7:00 de la noche.

—Entiendo la conexión Santos-Araujo-Hobt. ¿Dónde entra Fausto?

—En ningún lado. Son dos historias diferentes. Fue pura casualidad

y cuestión de mala suerte.

—*O buena* —dijo su voz—. *Si no fuera por Fausto, seguiríamos en las sombras.*

—¿No se ha dado otra muerte sospechosa? —preguntó Daisy.

—No, gracias al cielo. Todos los días llego a la sala esperando una mala noticia.

Agachó la cabeza, las dos manos en la nuca. Enseguida sintió las manos de Daisy acariciar sus hombros y parte de la tensión cedió. Se sentía cansado.

Al levantar la mirada, ella sonreía.

—¿Qué te parece si le dedicamos unos minutos a tu amigo Fausto Mantovani?

Diego le contó lo de su encuentro con el colega en el estacionamiento. Saber quién era Fausto no ayudaba mucho.

Tenían que averiguar quién era la víctima.

Diego se levantó y fue a buscar un vaso de agua. Al regresar, su esposa estaba delante de la computadora.

La pantalla mostraba la página de Google.

—Creo que debemos seguir intentándolo. En lo particular me sigue llamando la atención la mención de la "Batalla de Zamora".

Escribió las palabras en el buscador. Leyó los enlaces por varios minutos, entrando y saliendo de ellos. Al final, se volteó y miró a su esposo.

—Ni se te ocurra decir "te lo dije".

Diego levantó las palmas de la mano en señal de sumisión, pero murmuró: —Tus palabras, no las mías.

Daisy le tiró un manotazo juguetón.

—También menciona a la Reina de Saba —recordó él y escribió las cuatro letras y presionó "enter".

—¡No borraste mi búsqueda! —exclamó Daisy—. No se trata de buscar por buscar.

Hizo una pausa repentina al ver los enlaces sugeridos por Google y luego preguntó:

—¿Dijiste que le gusta la música clásica?

Y sin esperar respuesta, agregó "clásica" a la palabra anterior

El buscador mostró numerosas entradas relacionadas con piezas de ópera, en particular les llamó la atención la que incluía el nombre de

un compositor francés del siglo XIX.

Charles Gounod.

Varios enlaces lo mencionaban.

Daisy entró en uno de ellos.

—Dios santo —dijo Daisy leyendo línea por línea. La primera parte era un corto resumen de su vida. La segunda, un listado de sus obras.

—Aquí están todas. La Reina de Saba, Tributo a Zamora...

—¡Fausto! —dijeron al unísono.

—Son óperas —susurró ella.

—*En mis palabras están todas las pistas que necesita.*

—Son palabras de la carta: Saba, Zamora, Fausto —describió Daisy.

—Sin embargo, también escribió "*La clave para salvar la vida de un ser humano está en lo que no he dicho"*.

—No dijo el nombre Gounod.

—¿Tienes la lista de pacientes?

Por toda respuesta, él se acercó a una pila de papeles cerca del monitor. Removió un par, tiró varios al piso, hasta quedarse con una hoja.

La lista de las diez pacientes.

—Estoy seguro —dijo, leyendo los nombres—que Gounod no era uno de estos.

—"En lo que no he dicho…" —murmuró Daisy como si se tratara de un mantra—¿Qué no dijo? Sus obras. No mencionó todas las obras, solo algunas.

—Es una idea. A ver, léeme los títulos. Voy a cotejarlos con los nombres de las pacientes. A ver si algo me suena.

—Muy bien... *Cinq Mars*.

Quitó los ojos de la lista y miró a su esposa.

—Bromeas, ¿verdad?

—Todo es posible— dijo ella con seriedad, un brillo travieso en los ojos.

—Sigamos, por favor.

—A ver... *La Paloma.*

—*Sigue bromeando, ¿verdad?*

—No, ese tampoco.

—*Romeo y Julieta.*

—No.

—*Safo.*

—Menos.

—Este luce prometedor: *La Monja Sangrienta.*

Diego lo pensó un poco.

—No me parece su estilo. Los asesinatos de Faus... No, no lo llamaré así. Los asesinatos de Mantovani siempre han sido, como decirlo, a distancia. Nunca se ha ensuciado las manos y, mucho menos, ha habido sangre de por medio. De todas formas, ¿cómo se llama esa monja?

—No dicen el nombre —dijo ella, leyendo de la pantalla—, pero la protagonista femenina se llama Agnes.

—Ninguna Agnes aquí.

—Esta historia me recuerda mucho la trama del "Cadáver de la Novia".

—¿La película de Tim Burton?

—Esa misma.

Diego revisó la lista.

—Cero candidatas de apellido Burton. No, esta no es la clave. Sigue.

Daisy siguió leyendo, mientras Diego comparaba. Después de la última negativa, dijo:

—Estamos fritos. Esa era la última ópera.

Diego miró su lista. Luego agitó la cabeza en sentido de negación.

—No me equivoqué. Estas son las únicas posibles candidatas. Algo se nos escapa.

Se sentó, pasándose la mano por la nuca. Su esposa dejó la computadora y tomó la carta.

—"*Solo siga la música, con tal de que sea la adecuada"* —murmuró—. Solo siga la música... adecuada... música adecuada... ¡Eso es!—exclamó, alzando la voz al final.

—¿Qué es?

—La música no es la correcta. Estábamos buscando entre sus óperas, pero no entre todas sus obras.

Regresó a la pantalla y colocó la lista de nombres por delante. Diego hacía el esfuerzo de levantarse de la silla, cuando escuchó a Daisy decir:

—Creo que la encontré.

—¿De veras? ¿Quién?

—¿Sabías que Gounod compuso el himno papal?

Él se quedó inmóvil, sin comprender. Tomó la lista de nombres.

—Estoy seguro de que no hay ninguna paciente con el apellido del Papa o con un nombre que siquiera se le parezca.

—No, pero sí está la señora Fabiola.

—Sí, Fabiola Marionetta, pero no entiendo.

Daisy giró su silla y miró a Diego a los ojos.

—¿Sabías que Gounod, además del Himno Papal, compuso otra marcha? ¿Una que se usó como el tema de la serie de televisión “Alfred Hitchcock presenta”? Me parece muy apropiado, consideradas las circunstancias.

—¿De qué estás hablando?

Daisy volvió la mirada al monitor y señaló con el dedo una línea.

—Marcha fúnebre para una Marioneta.

CAPÍTULO 42

La lisa cola de la rata era lo único que sobresalía de la boca de la Bothrops.

Mantovani estaba complacido de su actuación. Era la manera perfecta de iniciar la noche. El equivalente emocional de una copa de camarones al ajillo. Un plato diseñado para abrirle el apetito a los demás sabores.

Ahora, por el plato fuerte. La señora Marionetta.

Dio unos pasos hacia el fondo del cuarto y abrió la refrigeradora. Se quedó en silencio viendo el luminoso brillo de los diferentes frascos que tenía en su interior. Siempre afrontaba un problema similar. Lo asaltaba el casi obsesivo deseo de usar alguna de las otras sustancias que tenía almacenadas. Polvos extraídos de fuentes tan variadas como la naturaleza permitía. Medusas, corales, anémonas marinas, peces escorpión, serpientes y arañas. Una colección de la fauna más mortífera alrededor del mundo.

Toda en una caja de un metro y medio de altura.

Sin embargo, sabía que la decisión estaba tomada y que era malo cambiar de opinión a última hora. Creía en sus instintos.

Además, el veneno de la Phyllobates terribilis era tan desconocido para él como la de los otros frascos y debía comenzar por alguna parte. Llevaba meses estudiando sus efectos en animales de laboratorio y sabía lo que decía la literatura de los casos estudiados en otras latitudes, si bien ninguno explicaba con lujo de detalles lo que en verdad sucedía. Y eso era lo que le interesaba.

Sacó el vial de color azul y lo metió en su bolsillo. Luego salió del cuarto y trancó la puerta detrás de él.

Miró su reloj. Era muy temprano. Tendría que conformarse con esperar un poco. Después de todo no tenía apuro.

Hatcher jamás descifraría su enigma antes de la hora clave.

El súbito repicar de un timbre se perdió por detrás de las paredes de la casa. Mantovani se sorprendió un poco, pues no esperaba visitas. Además, Juan no le avisó. Debía ser alguien con acceso al edificio.

Extraño.

Abrió la puerta.

En el umbral de la puerta estaba Ibeth.

***

—Entonces, ¿qué hacemos?

Diego se sentó de nuevo. El nombre de Fabiola Marionetta grabado en su cerebro.

—No podemos quedarnos todas las noches hasta fin de mes haciendo guardia.

—¿Y si le decimos a la misma paciente? —preguntó Daisy.

Sopesó la sugerencia, pero luego la rechazó.

—Funcionaría, tal vez, si ella me conociera. Pero no es así. Si la paciente no me cree, y le pregunta a una enfermera... bueno, ya sabes que va a pasar, con mi fama de loco psicótico.

Tenía una víctima y no sabía cómo protegerla.

—*Siempre son los inocentes los que pagan* —dijo su voz.

Eso era cierto. Por culpa de Massiel sufrieron Rimsky, Daisy y él. Por su culpa, Daisy. Por culpa de Mantovani, la señora Ellis y María, por lo menos. Por culpa de Araujo, Hobt y Santos, quién sabe cuántas personas.

Podía sentir la culpa creciendo. Tratando de desarrollar raíces en su alma. Entrando por el único punto débil en el muro de paz edificado a su alrededor. Su pasado.

Daisy leía otras páginas de Gounod, buscando una pista.

—¿Por qué —preguntó Diego en voz alta, pero sin mirarla—nunca me preguntaste sobre la noche del accidente?

Tan ensimismada estaba en su búsqueda, que la pregunta la tomó por sorpresa. Sus dedos parecieron congelarse en el espacio y su cuello giró con lentitud en su dirección.

—¿A qué te refieres?

—Debiste saber que esa noche te mentí. Sé que la policía habló contigo y, de una forma u otra, supiste que... que... alguien iba conmigo esa noche. Que ese no era mi auto.

—No, era el de tu ex novia.

Su tono de voz era suave. No sonaba molesta, solo sorprendida.

Diego agachó la cabeza. Los ojos cerrados, manos a ambos lados de la cara, codos apoyados en los muslos.

—Quería resolver un problema sin involucrarte. Massiel, mi ex novia, quería…

No pudo seguir. Su voz se quebró.

El silencio que siguió duró un minuto.

El más largo de su vida.

De repente, sin previo aviso, sin sonido, sintió un cálido dedo sobre los labios. Sus párpados se abrieron.

Su esposa lo miraba. Una película húmeda cubría sus ojos. Una sonrisa, sus labios.

—Tontito. Yo siempre supe la verdad de esa noche.

La expresión de Diego debió ser tan cómica que ella no pudo evitar reírse. Después de unos instantes la seriedad regresó a su rostro.

—Te llegué a odiar —dijo bajando la vista—. Cuando me enteré de que ibas acompañada por una mujer. Una ex novia. La que dejaste antes de conocerme, nada menos.

—Debiste pensar lo peor.

—¿Qué eras un maldito perro desgraciado que me pasaba por la parrilla? Sí, lo pensé. Súmale a eso el aborto. Ya te imaginarás.

Diego respiró hondo. Expulsó el aire por la nariz de forma graduada.

—¿Cómo pudiste perdonarme?

—No lo hice. Solo me enteré de la verdad.

—¿Cómo? Yo nunca saqué el valor para decirte.

—Sí. Escondiste la cabeza como un avestruz.

Se puso rojo y no supo qué decir.

—Debo decir, en tu favor, que eres un avestruz muy simpático.

—No me has dicho cómo lo averiguaste —insistió.

—Por suerte para ambos —dijo ella, pensando en lo curiosa que era la vida—, decidí regresar al hospital la noche antes de que despertaras. Después del aborto.

Fue en ese momento cuando más te odié, porque no podía olvidarte o dejar de preocuparme. Fui con el firme propósito de verte una última vez, decirte adiós y, de haber tenido la mala suerte de encontrarte despierto, mandarte a freír espárragos al infierno.

—*Ouch* —dijo su voz—. *No la hagas enojar de nuevo.*

—En fin, cuando llegué, me faltó el valor. Era como cerrar un capítulo de mi vida y no quería. Me senté en una silla y lloré. Hasta que él llegó.

—¿Quién?

—Serrano. Acababa de salir de Cuidados Intensivos y me vio llorando. Debió pensar que me estaba desmoronando, así que se sentó a mi lado y me preguntó: "¿Eres la prometida de Diego?". Lo curioso fue que asentí, sin levantar la vista del piso. Entonces me dijo: "Diego es un tipo fuerte. Saldrá adelante". Yo no le respondí, así que siguió hablando, pero casi para él. "Es una lástima que Massiel estuviera obsesionada con Diego, a pesar de todo." Aquí mi curiosidad me ganó, así que le pregunté qué quería decir con eso de "a pesar de todo". Entonces me contó los problemas que te causaba con sus ataques de celos. Me contó cómo rompiste con ella en una fiesta cuando le arrancó un mechón de cabello a una de las invitadas por mirarte mucho.

—*Por un tiempo tú guardaste ese mechón de cabello.*

—Me hice un llavero con ellos —dijo él con una sonrisa, la culpa bajando a algún profundo rincón de su alma para ser enterrada por siempre.

—Eso me dijo Serrano. Cuando te conocí ya no lo tenías.

—El cabello humano no es un buen material para hacer llaveros que duren. Al menos eso aprendí.

—Para acortar una larga historia, me contó lo que pensaba la policía y sume dos y dos. Llegué a la conclusión de que nunca te hubieras montado por tu voluntad en un carro con ella. Que debías estar tratando de sacarla de tu vida de forma definitiva y que algo salió mal. Entré al cuarto y te vi dormido en ese sueño del cual no sabía si ibas a despertar. Toda la rabia y el odio ya no estaban. Me prometí que si algún día despertabas no te iba a tocar el tema hasta que tú no lo hicieras. Me senté a tu lado, apoyé la cabeza en tu brazo y me dormí. Esa noche saliste del coma.

Diego no habló. Se levantó y se arrodilló a los pies de Daisy. Apoyó los labios en su vientre y lo besó. Luego, en voz clara dijo:

—Bebé, tendrás a la mejor mamá del mundo.

Daisy pasó la mano por su cabello.

—Te tomó dos años tocar el tema. Ese debe ser un record de alguna clase. Cuando sea grande, le voy a contar esa historia. ¿Sabes? Le debemos mucho a Serrano. De no ser por él, tú no estarías vivo y yo seguiría pensando pestes de ti. ¿Qué te parece ponerle su nombre a

nuestro hijo?

—¡Ah, no! Eso sí que no.

—¡Diego Hatcher! No me irás a decir que quieres ponerle tu nombre.

—No, nada de eso. Puedes ponerle cualquier nombre, menos el de Serrano.

—¿Por qué? Hermes no es un nombre feo.

—Él se llama Hermenegildo. Le decimos Hermes para disimular.

La risa femenina llenó la habitación como si fuera el canto de un ave. Él adoraba esa risa, y llevaba años sin escucharla, por su culpa.

—*Nunca más* —pensó—. *Nunca más.*

Acarició con la mano el muslo de su esposa.

—¿Por siempre juntos? —preguntó Diego.

—Hasta que la muerte nos separe —contestó ella, una expresión de alegría pintada en sus facciones.

De repente, su rostro cambió. Sus ojos dejaron de brillar y la sonrisa desapareció. Su mirada se dirigió, por encima de su hombro, a la pantalla de la computadora, donde se veía un acuario de múltiples colores.

—¿Qué pasa?

Ella no respondió. Le apretó la mano y fue hasta el monitor. Movió el ratón, desactivando el protector de pantalla, y presionó un enlace en la página de Gounod.

—Tienes un casillero en el hospital, ¿verdad?

—Sí.

—¿El candado es de combinación?

—Así es.

—¿Cuál es la combinación?

—La idea de un número secreto es…

Daisy se volteó. Con solo verla, él dejó de discutir:

—104.

Daisy sonrió.

—¿104? ¿10 de abril?

—Sí, tu cumpleaños.

—Es bastante tonto, y obvio, pero demuestra mi punto de vista. Mantovani escribió que todas las pistas que necesitamos estaban aquí.

Todas las pistas necesarias para salvar a un ser humano. Todas.

No podemos salvar a la señora Marionetta si no sabemos cuándo atacará, así que Gounod también es parte de esa pista. Debe serlo.

—¿Piensas que la fecha tiene que ver también con Gounod? ¿Qué? ¿Su fecha de cumpleaños?

—No —dijo leyendo la información del sitio web—. Tal vez su fecha de muerte. A ver, aquí está. Falleció el... ¡Dios Santo!

—¿Qué? ¿Qué encontraste?

—Gounod murió en St. Cloud el 17 de octubre de 1893.

—*Un día como hoy en la historia.*

Eran las 11:00 pm.

***

—Hola —se alzó un poco para darle un beso en los labios—. Disculpa que no te haya llamado, pero tengo que hablar contigo con urgencia.

—No te preocupes —dijo Mantovani con suavidad—. Sabes que puedes venir cuantas veces quieras a la hora que quieras.

—Espero que cuando terminemos de hablar, eso todavía sea verdad.

Ibeth no sabía por dónde comenzar. Sentía un barullo en su cabeza, ideas e imágenes sin sentido lógico. Se estaba jugando toda su felicidad, su destino, en una sola carta. Sabía que llevaba las de perder, pero quería creer que en alguna parte un ángel de la guardia velaba por ella, pese a todos sus pecados.

Alexis reaccionó como esperaba. Una parte de ella deseó que Alexis, al enterarse de la noticia, sufriera una transformación. Que pasara de ser un egoísta, egocéntrico, odioso y pedante a una persona buena y cariñosa, capaz de formar una familia. Pero sabía que eso era casi imposible. Alexis tendría que ser otra persona para actuar de esa manera.

No ser él.

Le contó que estaba embarazada y que el niño bien podía ser su hijo. Él se conformó con las estadísticas: también podía ser del otro y que él no pensaba hacerse cargo de paquetes que no le correspondían. Fue un placer verte. No nos llame, nosotros tampoco lo haremos. Ciao.

Tan crudo y sencillo como eso. Otra vez fuera de su vida.

Esa era la primera cosa con sentido común que hacía. Pudo haber insistido que él hijo no era suyo, pero seguir rondando como un águila sobre su presa. No reconocerlo y no dejar que nadie lo hiciera.

Al desaparecer, se evaporaba la sombra que él representaba. Le dejaba una opción.

Mentir.

No le agradaba la idea, pero no le quedaba otra. Decirle la verdad acerca de Alexis, y contarle de su embarazo a la vez, superaba con creces lo que alguien merecía saber de un solo golpe. Y jamás se lo perdonaría.

Lo último que quería era perderlo.

—¡Oh, Dios! No sé cómo decírtelo.

—El principio es un buen comienzo. Trata por allí.

Ibeth sonrió un poco, respiró profundo y se lo dijo.

Mantovani escuchó a su novia de casi tres años decirle lo que a sus oídos era una pesadilla. Las imágenes y recuerdos regresaron al presente. Lo que pensaba era cosa del pasado se volvió una verdad actual.

La historia era un círculo. Siempre se repetía. El anillo, el osito, Amelia, todo estaba regresando.

Por fortuna era un hombre maduro ahora. Tenía la ventaja de quince años de experiencia. Un entrenamiento que nunca pensó usar en el presente escenario.

Aun así, tenía poco tiempo.

Sonrió y abrió los brazos. Ibeth sintió que un gigantesco peso se le quitaba de encima y saltó hacia él. De sus ojos, acuosas crisálidas, emergieron las lágrimas. Se había predispuesto a esperar lo peor. Que la acusara de que ese no era su hijo, que se desentendiera y la dejara sola, que la tachara de tramposa y manipuladora, que pensara que el embarazo era para atraparlo.

En cambio, se portó de acuerdo con lo que cabría esperar de un ángel. Se lo compensaría siendo la mejor madre y esposa del mundo.

Mantovani, abrazado a ella con toda su fuerza, sintió que sus ojos se humedecían. La amaba tanto como podía, pero tenía que encarar la verdad.

Ibeth era otra Amelia.

Todos los buenos momentos, todos los segundos de alegría con Ibeth, estaban siendo destruidos de forma sistemática en su cerebro. Lo

que antes era amor estaba mutando en odio.

Sintió la necesidad crecer dentro de él.

Quitó un mechón de pelo de la frente de Ibeth y depositó un beso sobre ella.

—Por siempre te amaré.

Habló con toda la sinceridad que fue posible en ese momento. Sinceridad que pronto desaparecería. La obsesión tomaría el control.

Y las obsesiones solo tienen una manera de ser satisfechas.

***

La Cherokee tomó la curva a toda velocidad. Las llantas del lado derecho se separaron un mínimo del suelo, mientras que las del lado izquierdo chirriaron con fuerza al quemarse por efecto de la fricción contra el asfalto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Daisy agarrándose con ambas manos de la pequeña asidera montada en el techo, encima de su ventana.

—Es probable que Mantovani piense que no hemos resuelto su acertijo. De ser así, entonces lo último que espera es encontrarnos en la sala cuando él llegue. Y eso es justo lo que haremos.

—Pienso que debemos llamar a la policía.

La personalidad de su esposo en los últimos minutos manifestaba cambios drásticos. Su mirada era dura y filosa como la hoja de un cuchillo. Su cara no mostraba expresión alguna y sus manos se cerraban sobre el timón con demasiada fuerza. Sus nudillos se veían blancos.

—No. No estamos seguros de que nuestra solución sea la correcta. Podemos estar equivocados miles de años luz y lo último que necesito es seguir hundiéndome en el fango. Por otra parte, la policía no sabría si creernos o meternos en una jaula para locos. Sobre todo, no tenemos tiempo.

—¿Estás seguro de que no hay otra razón?

Diego no respondió. Se pasó tres carros y entró de nuevo en su carril.

—No. Podría inventar mil excusas y razones, pero estaría mintiendo. La única razón es que lo quiero atrapar.

—Estamos corriendo un riesgo innecesario. Recuerda que hablamos

de un asesino. Alguien que no tiene respeto por la vida humana. Alguien que ya te desarmó una vez.

—Eso fue —se interrumpió al frenar ante la luz roja de un semáforo —porque me agarró desprevenido y me dejé llevar por mis emociones. No volverá a ocurrir.

Daisy iba a responder, pero prefirió no hacerlo. Sabía que no lo haría cambiar de opinión. Tenía un objetivo y se iba a lanzar a ciegas siguiendo esa directriz, así lo llevara a la ruina y a la autodestrucción.

Era un misil con cabeza nuclear, fuera de control. Nadie sabía lo que iba a pasar.

El sonido de un teléfono resonó en el interior del auto. Daisy se sobresaltó un poco, no así Diego. En letras blancas leyó "Opiela, Jacinto". Activó el altavoz al responder.

Opiela era un viejo amigo suyo que trabajaba en la Universidad de Panamá como profesor de química. Cuando tomó prestadas las pastillas del van de Mollaris, se las llevó para que les hiciera un análisis químico. Tenía la sospecha de que Santos estaba traficando drogas ilícitas y que usaba su compañía farmacéutica como pantalla para movilizar su producto dentro y fuera del hospital, con la cooperación de Araujo. Hobt se encargaba de cubrir las muertes por sobredosis para que nadie se diera cuenta. En el interior del hospital podía encontrar personas dispuestas a comprarle, y eso bien podía ser un negocio redondo.

En un principio le sonó algo forzado, pero se ajustaba demasiado bien con los hechos. Hasta explicaba los episodios psicóticos de Daisy y Cora Rogieri. Intoxicación por error. Todas las piezas encajaban.

Y a pesar de eso, sentía que algo se le escapaba.

—Hola Opi. ¿Conseguiste terminar?

—Seguro. No fue tan difícil.

—¿Entonces?

—Que es un antibiótico, después de todo.

—Por todos los demonios —exclamó Hatcher, golpeando el timón del carro. Su hipótesis se acababa de ir al piso.

—Sin embargo —agregó casi de inmediato—. No es eritromicina.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Estoy seguro de que es un antibiótico. Su estructura química es bastante similar a la Estreptomicina, pero difiere en algunos enlaces y elementos. Tendría que realizar pruebas de cultivos para

determinar su espectro antibacteriano preciso, pero eso tomaría tiempo. Me dijiste que solo querías saber que era.

—No es eritromicina, pero es un antibiótico.

—Correcto. ¿Te sirve de algo?

—Tal vez. Me acabas de dar una pieza extraña. No sé qué significa.

—¿Pieza? ¿De qué estás hablando?

—No importa. Ya te explicaré un día de estos. Gracias.

Cerró el teléfono y se lo pasó a Daisy. Su anterior idea se vino al piso como un castillo de arena al ser abatido por las olas del mar, pero una nueva comenzaba a formarse en su cabeza.

Al cambiar la luz a verde Hatcher aceleró. El carro dobló con fuerza a la derecha en una bocacalle. El motor rugió al someterse al esfuerzo extra, pero fue recuperándose al tomar velocidad.

A lo lejos, las luces del Hospital San Marcos brillaban como un faro.

CAPÍTULO 43

No pensaba dejar que Mantovani saliera vivo. Lo había visto en acción. Era fuerte, ágil, inteligente, y pensaba que él era un pobre petimetre torpe y lento. Esa era su mayor ventaja. El factor sorpresa.

Lo tomó desprevenido y no estaba pensando con claridad cuando se lanzó contra él; dos errores mayúsculos que no pensaba volver a cometer. La próxima vez que se enfrentaran, la historia sería distinta.

Mantovani tenía que pagar. Podía escuchar los gritos reclamando justicia de María Calvet, de Evangélica Ellis y de quién sabe cuántas otras voces sin rostro. Almas en pena que esperaban justicia.

Las dudas que lo asaltaron en el camino habían desaparecido. Estaba planeando matar a otro ser humano, un acto que iba en contra de todos sus principios. Su voz no dejó de recordárselo hasta que detuvo el auto en una calle alejada del hospital. Allí, oculto en las sombras y con Daisy por único testigo, aceptó que ciertos males requerían medidas extremas.

Su muerte no era la de un hombre, sino la de un letal agente infeccioso. No era un asesinato. Era un tratamiento. Un claro ejemplo de medicina preventiva.

—¿Qué hacemos con Araujo? ¿Con Hobt? ¿Los matamos también?

Ese era un problema diferente. Un misterio al cual le faltaban muchas piezas todavía. Sin embargo, la revelación de Opiela ponía todo el asunto bajo una luz diferente. Ciertos elementos que había descartado por no aparentar tener relación, regresaban al primer plano.

Como la historia de los vampiros. Sus pasos resonaron a la par de los recuerdos de Quintero de esa noche.

—Falta todavía lo más extraño. Después de lo que pasó no pude quedarme tranquilo. Es un molesto problema que tengo. Soy demasiado curioso y no saber lo que pasaba me sacaba de quicio. Sucedió por pura casualidad. Estaba descansando una noche cerca de la morgue, oculto detrás de una escalera y fumando un poco para relajarme, cuando escuché el rechinar de una camilla rumbo al cuarto frío. Me levanté un poco para

mirar. La empujaba un viejo empleado con el cual no me llevaba muy bien, así que ni siquiera me inmute en hacerme visible. Una sábana crema, con una peculiar mancha de pintura negra en una esquina, cubría el cuerpo de algún desafortunado aviador.

—¿Aviador?

—Sí. Usted sabe. Que emprendió el vuelo.

Hatcher asintió con la cabeza. Reconocía el negro humor hospitalario que usaba mil términos, algunos de mal gusto, para referirse a eventos sobre los cuales no tenían control.

—Desde mi posición podía ver la entrada de la morgue y cuando llegó la camilla a la puerta salió Nelio. No me pude resistir a averiguar si lo que yo pensaba era cierto. Decidí esperar un poco. Si era cierto que Nelio hacía las autopsias, entonces debía darle tiempo para que la iniciara y poder así atraparlo con las manos en la masa.

Estaba dispuesto a esperar media hora. El cuerpo quedó dentro de la morgue y Nelio con él. El otro empleado, el que me caía mal, se llevó la camilla de regresó. Eso me daba cancha libre para actuar como yo quería.

Consulté mi reloj y me puse a esperar, pero no pasaron ni diez minutos cuando todo comenzó a ponerse muy, pero muy extraño.

Una carroza fúnebre se estacionó al lado de la morgue y se bajó un hombre vestido de negro que caminó hasta la parte de atrás y abrió las puertas donde colocaban los féretros. Nelio salió y le indicó que pasara. El hombre lo siguió y se perdieron dentro del edificio.

Eso ya era bastante raro de por sí. Estuve casi toda la noche en ese lugar y no supe de otro muerto. Además de eso, ¿qué servicio funerario trabaja a las doce de la noche?

Ambos salieron y entre los dos sacaron un ataúd del interior del carro. Lo llevaron dentro de la morgue y a los pocos minutos volvieron a sacarlo. Sus rostros y la tensión en sus músculos indicaban que el ataúd estaba lleno ahora. Lo metieron dentro del auto, cerraron la puerta y el hombre vestido de negro se llevó el carro. Nelio regresó por donde vino y se encerró en la morgue.

Las preguntas se acumulaban en mi cabeza. ¿Qué hacían recogiendo un cuerpo a medianoche? Un cuerpo que, debo agregar, llevaba menos de quince minutos de muerto. La sola firma de papeles de entrega toma más tiempo que eso.

—Eso tiene una explicación —dijo Hatcher en su momento—. Es posible que fueran a buscar el cuerpo de alguien que murió mucho antes que tú te colocaras en tu puesto de vigilancia y, por tanto, era factible que sus deudos

quisieran llevárselo. En cuanto a la hora, es extraño, pero no tanto. Quizás querían llevarlo a enterrar fuera del país y tenían que estar en el aeropuerto temprano en la mañana. ¿Quién sabe?

—Entonces —dijo Quintero mirándolo de frente—, quiero ver cómo me explica lo que pasó después.

Es cierto que no pude hacer lo que tenía planeado al principio, puesto que me llamaron para ir a trabajar. Tomé la decisión de pasar el resto de la noche vigilando esa morgue, siempre que mis labores me lo permitieran.

Como a las dos de la mañana regresé. Se puede imaginar mi sorpresa cuando vi estacionado en el lugar de antes la carroza y al hombre vestido de negro. Sacaban el féretro y lo regresaban a la morgue.

—Estás sobreactuando. No sabes si era el mismo ataúd.

—¡Claro que lo sé! Estaba construido con una madera negra, lustrosa, y llevaba unos adornos en dorado en sus costados y en la tapa. Era el mismo, se lo aseguro.

—No entiendo el problema. Fueron a buscar dos muertos en la misma noche. Hay semanas más animadas que otras.

—No, doctor. Ninguna funeraria usa el mismo cajón dos veces. Una vez se coloca un cuerpo en un ataúd se queda allí. Ese es parte del negocio. No hay lugar para el reciclaje.

Hatcher iba a objetar, pero Quintero no lo dejó.

—Sé que suena a locura, pero es lo que pasó. Alguien murió y terminó en la morgue. En pocos minutos una carroza se lo lleva y lo regresa horas después, como si nada hubiera pasado. Lo que yo me pregunto es, ¿qué pasó en esas dos horas?

Hatcher creyó haber encontrado la respuesta. Nada como el estrés de perseguir a un asesino para clarificar la mente.

—Hubiera preferido que fueran drogas —dijo su voz.

—Yo también.

Las puertas del ascensor se abrieron.

***

Mantovani cerró la puerta del carro y aspiró con fuerza el frío aire marino que, a través de las copas de los árboles y palmeras, llegaba desde la bahía. La luna, oculta en parte detrás de una nube, apenas iluminaba el terreno que pisaba, pero eso no le molestaba. No se consideraba un hombre, sino un animal. Un depredador nocturno.

Una lágrima amenazó con escaparse, pero la contuvo. Ya era muy tarde para eso y los sentimientos de pérdida o tristeza no tenían la menor utilidad. Solo servían para ofuscarlo y amortiguar sus reflejos.

La vida era una ironía perpetua. Las únicas tres mujeres en su vida moldearon su conducta. Sus actos eran el resultado directo de las decisiones tomadas por ellas.

Su madre fue el principio. Amelia, el gatillo. Ibeth, el golpe de gracia.

La traición de su esposa dejó una profunda herida en su ser. Una que trató de llenar con las muertes de sus víctimas. El bálsamo de sus crímenes era pasajero. La emoción generada, efímera.

Ibeth consiguió lo que ninguna antes ni después de Amelia. Se metió en su mente. La necesidad no desapareció, pero Ibeth logró que se sintiera mejor consigo mismo. Lo hizo soñar con un futuro diferente. Considerar más allá de sus propios intereses.

Ya debería haber aprendido la lección. A pesar de su aspecto, su dinero y su arrebatadora personalidad, no tenía suerte con las mujeres. Podía tener de dónde elegir, pero siempre escogía a las mujeres cuervo.

Las que apenas te descuidas te sacan los ojos.

Su madre entraba en esa categoría. A diferencia de Ibeth y de Amelia, hasta conservaba un cierto parecido con las aves de oscuro plumaje. Alta, delgada, de cara afilada y con una lengua tan puntiaguda como el pico de un pájaro. Su cabello era largo, negro y lo cargaba suelto sobre los hombros, sin preocuparse por arreglarlo o peinarlo. Las cosas físicas y materiales no le importaban. Comía y bebía porque era necesario. Pagaba sus cuentas porque así se vivía en este mundo. Un lugar pasajero para expiar culpas que desconocía y poder optar por un lugar en el paraíso.

Estaba seguro de que ella se casó, no por amor, ni siquiera por deseo, sino porque así lo mandaba la Biblia. “Creced y multiplicaos”, era la orden de Dios. Su madre cumplía todas sus órdenes al pie de la letra. En ninguna parte decía que tenía que querer a su familia o, por lo menos, a su hijo.

Ella fue la peor de todas. En un solo arrebato de locura inició la cadena de eventos que provocaron la muerte de Amelia e Ibeth.

Tenía unos trece años y como todo buen adolescente, estaba teniendo problemas en adaptarse a los cambios que ocurrían dentro y fuera de él. Las hormonas, peligrosas sustancias, eran liberadas en su organismo con generosidad extrema por esos días, y su cabeza daba

vueltas.

Su padre, que debía ser la figura guía, estaba demasiado ocupado en conseguir dinero como para atender a su hijo o a su madre. En realidad, era de la opinión que su padre era más feliz fuera de su casa que al lado de su esposa. El desenlace final fue el mismo. No tenía con quién hablar sobre lo que estaba ocurriendo con su cuerpo.

La mayor parte lo aprendió de forma autodidacta. Sus amigos le sirvieron de ejemplo, pero era un muchacho inteligente y por pura experimentación averiguó muchas cosas que, de seguro, su madre hubiera preferido que no descubriera jamás. Encerrada en su mundo, no tenía idea de lo que pasaba con su único hijo. Un error la enfrentó a la realidad.

Fue la mayor estupidez de su vida. Un compañero le prestó una revista pornográfica. Una de esas publicaciones que miraba de lejos, procurando que no se dieran cuenta de lo que estaba haciendo. Esperó a que su madre se acostara a dormir y empezó a revisarla. No recordaba ya cuánto tiempo estuvo en eso, o las fabulosas formas femeninas que fueron sus primeras maestras en el fascinante mundo de las mujeres. La cuestión fue que se quedó dormido con la revista en las manos.

El dolor lo despertó. Agudo e intenso como nunca lo sintiera y que, con todos sus años de vida, no volvió a sentir de nuevo.

El dolor no cedía o amainaba. Se repetía con la misma intensidad a intervalos regulares. Casi lo hizo perder el sentido. Entre las sombras que el dolor producía, pudo ver a su madre parada a su lado. En la mano ondeaba una correa y con la hebilla lo golpeaba sin cesar a diestra y siniestra.

Estaba acostumbrado a los golpes de su madre. A los gritos y maldiciones. A los premonitorios avisos de condena eterna. A las vejaciones y humillaciones, en privado y en público.

Estaba acostumbrado al dolor, tanto físico como mental. A ver lo mismo reflejado en los ojos de su padre, quien no movía un dedo para romper el enlace.

Esa noche, el nivel de sufrimiento superó todas sus pesadillas.

Los golpes no los dirigió a la cara o al pecho. Todos aterrizaron en sus piernas. En la región inguinal, donde estaba el instigador. La fuente de todos los pecados de los hombres. A sus pies, la revista.

Entre las olas de dolor, la escena le recordó algo, pero no fue hasta años después que reconoció la imagen por lo que era. Con la larga

correa en la mano, cual flameante espada, y la revista a sus pies, su madre parecía una versión histérica del Arcángel Gabriel atacando al demonio. Lo más probable es que su madre murió sin ver la similitud, pero de haberlo sabido hubiera estado complacida consigo misma.

Cuando ya pensaba que sus minutos estaban contados, apareció su padre en la puerta. Jamás, en todos sus días de vida, estuvo tan contento de verlo como en ese momento. Su grito de advertencia congeló a su madre y le dio tiempo suficiente de recogerlo y llevarlo a un hospital.

Fue la única vez que su padre lo defendió.

Estuvo hospitalizado varios días. Sus testículos estaban hinchados como dos globos y los moretones llenaban sus piernas como el cuadriculado de una red. Le realizaron cientos de estudios y miles de preguntas. Lo pasaron a ver urólogos, psicólogos, enfermeras y gente que, a la fecha, todavía no sabía quiénes eran.

Con el tiempo sus heridas curaron. Por lo menos las físicas.

Años después, graduado de la Facultad de Medicina y en el primer año de internado, decidió hacerse unos exámenes por su cuenta. Quería estar seguro de que, en un futuro, podría tener hijos. No olvidaba el edema y los moretones de esa noche.

Se hizo un espermograma. Un análisis del semen.

Azoospermia. Ausencia completa de espermatozoides en el semen.

Lo irónico era que, según el urólogo que lo evaluó y completó los estudios, no pudo ser culpa de los golpes de esa noche. Tenía una ausencia congénita de los vasos deferentes. La conexión entre los testículos y el resto del sistema reproductivo.

Sin ellos, era imposible que embarazara a nadie sin ayuda médica. Podía tener relaciones sin ningún problema y la función hormonal de sus testículos estaba intacta, pero no podía tener hijos.

Si no hubiera sido por el salvaje ataque de su madre, no se hubiera preocupado por ese aspecto de su vida. Le molestó en un principio, pero decidió no decirle a su novia y futura esposa. Cuando decidieran tener familia, buscaría ayuda. Mientras, podía vivir sin las presiones de un embarazo no planeado.

Por desgracia para él, hubo un escenario que no consideró.

Cuando vio el osito y la tarjeta, cuando se dio cuenta de que si Amelia estaba embarazada ese no podía ser su hijo, y que lo estaba engañando, lo único que sintió en ese momento fue odio. Su único pensamiento fue matar a Amelia. Sabía por experiencia propia lo

poderosa que podía ser la sensación para alguien que no supiera cómo controlarse.

El tiempo también le dio la razón en eso.

Ahora, Ibeth daba iguales pasos. Quizás, si le hubiera dicho la verdad. Si hubiera aceptado su realidad.

No. Eso era una mentira. Hubiera actuado igual. Las circunstancias no cambiaban. Lo engañó.

La nube se fue y la luna brilló con toda su fuerza. Una pálida luz verde bañaba la superficie de todos los objetos y los hacía ver espectrales. Fantasmales.

Caminó hacia el hospital. No pensaba dejar que el asunto de Ibeth arruinara sus planes. Tenía obligaciones con la señora Marionetta y el doctor Hatcher.

Sin embargo, tampoco podía seguir igual. La desaparición de Ibeth lo pondría en el centro de cualquier investigación. No tenía forma de escapar y no quería. Sentía un agujero en el centro de su ser y eso requería una medida de fuerza. Algo que lo hiciera olvidar su dolor al reemplazarlo con la sensación de poder que lo invadía al tomar la vida de otro.

La muerte de la señora Marionetta no sería suficiente. La necesidad, la obsesión, eran simples sensaciones.

Esta vez quería algo mayor.

Quería venganza.

Venganza contra su madre por años de abandono. Por haber cambiado su vida para siempre.

Venganza contra Amelia e Ibeth por haberlo lastimado. Por engañarlo. Por haberlo hecho creer en algo, para luego dejarlo guindando como una basura sin valor.

Venganza contra las mujeres que sí podían tener hijos. Que tenían la capacidad de amarlos como a él nunca lo quisieron. De darle hijos a otros hombres, como nunca podría tenerlos.

Llevaba puesta su bata blanca de médico. En uno de los bolsillos del lado izquierdo portaba una jeringuilla. En su interior, diez centímetros cúbicos de una solución preparada con el líquido de un frasco color azul.

Regalo para la señora Marionetta.

En la espalda, su mochila de cuero. En su interior, dos cilindros de metal de mediano tamaño. Cada uno con una calcomanía de la

calavera. Ambos con el nombre Ácido Hidrociánico escrito en grandes letras rojas.

Regalo para todas las demás embarazadas de la sala.

CAPÍTULO 44

—Espera. Repíteme eso —dijo Araujo agarrándose al borde de la mesa y con una expresión de más-te-vale-hablar-en-serio.

—Lo que oíste. Nuestro amigo, el señor Levin, conocía al doctor Hatcher. Es probable que trabajara para él. Tomé precauciones y todos mis muchachos tienen una foto del buen doctor. Uno de ellos lo vio en la funeraria. Se llevó las cenizas del difunto y, de paso, trató de averiguar quién era el dueño de un auto. Mi auto.

—Siempre fue una posibilidad —dijo Hobt—. Si me preguntas, lo prefiero a él que a la policía.

—Como siempre, fallas en ver la imagen completa —dijo Araujo molesto—. Hatcher contrató a un detective privado y trató de meterse en nuestra vida. Quién sabe que habrá averiguado. Antes era una molestia. Ahora, es un peligro.

Miró a Santos y le apuntó con el dedo.

—Quiero que hagas el trabajo para el cual te contraté. Resolver problemas. Hatcher es uno mayúsculo. No lo quiero dizque anulado o escondido detrás de una ilusión. ¡Lo quiero fuera de comisión!

—No estoy seguro de que valga el riesgo.

—No me interesa tu opinión. Te dejé manejar el asunto de Hatcher a tu manera y mira ya por dónde vamos. Si saben que trabajas para nosotros, saben del PRADE. Es un milagro que no hayan tirado todo el proyecto al suelo.

—Vamos, no seas llorón —dijo Santos con sequedad—. Sabes bien que en ese aspecto estamos a salvo. El blindaje de toda la operación es perfecto.

—Eso era antes de que apareciera Mantovani —dijo Hobt cruzando los dedos sobre su regazo—. Cuando tuvimos esta idea no considerábamos la posibilidad de que fuera a aparecer un loco desquiciado a complicarnos los planes.

—Eso me recuerda algo —dijo Santos—. ¿Cómo descubrieron que el doctor Hatcher decía la verdad acerca del asesino? ¿Y cómo averiguaron que era el doctor Mantovani?

—Pura lógica —dijo Araujo levantándose—. Cuando Hatcher me contó lo del asesino suelto, lo primero que pensé fue que hablaba de ti. Yo no escojo los casos, así que era posible. Por suerte, Hatcher me dio tiempo de llamar a Hobt y contarle lo que ocurría. A pesar de que él estaba seguro de que ni Calvet ni Ellis formaban parte de los casos seleccionados, le pedí que inventara alguna excusa hasta que resolviéramos el problema. Después de todo podía estar equivocado. Nelio no sabe qué pacientes le van a llegar y siempre es posible que se descuidara y que no se diera cuenta de la existencia de un cuerpo enviado por ti. De ser así lo hubiéramos crucificado. Jamás pensamos en que Hatcher supiera algo que nosotros no. Por supuesto, revisamos todo de nuevo y comprobamos que ninguna de las dos era nuestra.

—Eso dejaba dos posibilidades —interrumpió Hobt—. O Hatcher deliraba o decía la verdad. Yo hice la autopsia de la señora Ellis y sabía que su muerte no era tan simple como parecía. Muchas cosas apuntaban hacia lo intencional.

—Y, claro —dijo Santos, burlón—tenías que decírselo, ¿eh?

—¿Qué demonios querías que hiciera? Soy patólogo. Me gusta lo que hago. Si me llega un caso raro es natural que me interese. Las embolias por líquido amniótico no son frecuentes y con los primeros cortes me di cuenta de que algo se salía de lo común. Los cortes histológicos solo confirmaron mis sospechas y así se lo dije al doctor Hatcher. Sin embargo, la idea de mano criminal se me ocurrió cuando estaba con él. Lo acepto: debí controlar mi emoción un poco.

—¿En serio? — Santos se sentía mejor. La presión dejaba de estar sobre él y debía aprovecharlo—. ¿No se te ocurrió que lo último que necesitamos es llamar la atención? ¿No pensaste que una investigación policial por asesinato era una mala idea?

Hobt no contestó. Sabía que Santos tenía la razón, pero no le iba a dar el gusto de hacérselo saber.

—¿Ya acabaron? —preguntó Araujo con exasperación. Estaba frente a una ventana mirando hacia la bahía—. De ser así, quisiera centrarme en el problema presente. Santos, ¿qué vas a hacer?

—Mi trabajo.

—Eso quería oír. ¿Cuándo?

Santos no contestó. Se desabotonó el saco y sacó su celular del bolsillo de la camisa.

—¿Qué haces? —quiso saber Araujo.

Santos levantó la mano pidiendo silencio. El sonido del teléfono

sonando en la lejanía llenaba su oído. Una voz gruesa contestó.

—Hola —Santos le hablaba con sequedad—. ¿Dónde anda nuestro amigo?

Escuchó en silencio la respuesta, interrumpiendo apenas con monosílabos. Cerró el teléfono con una extraña expresión en su rostro.

—¿Qué fue eso?

Araujo no se sintió cómodo ante la expresión de Santos.

—Igual que a ustedes, me gusta dar seguimiento a mis pacientes. Tengo a Hatcher en observación permanente. Me dicen que está aquí, con su esposa, que dejaron el auto lejos y entraron caminando.

—Eso es extraño — aceptó Araujo—y no me agrada. Su conducta me indica que se trae algo entre manos. Y no me gustan las sorpresas.

—Bien —concluyó Santos, a punto de salir—. Me parece que esta es tan buena oportunidad como cualquier otra. Les haré saber en qué termina.

—¡Espera un segundo! —La voz de Hobt crujió como un látigo—. ¿No estarás pensando en hacerte cargo de él aquí?

—Claro. Si ya está aquí. Así que te recomendaría que fueras a la morgue a preparar todo.

—¿De qué hablas?

—Me encargaré de llevarlo a la morgue. Allá tenemos los medios para arreglar el asunto.

Después de pensarlo unos segundos, Araujo empezó a reír.

—Santos, actúas de manera torcida y letal, pero eres imaginativo.

—Me disculpan, pero considero eso un riesgo innecesario —terció Hobt.

—Mayor riesgo es Mantovani —adujo Santos—. Lo que me hace recordar que no me respondieron sobre el modo en que supieron que era él.

—Bah, cayó como todos los asesinos. Cometió un error —indicó Araujo.

—¿Cuál fue ese error?

—Cuando le inyectó el líquido amniótico a la señora Ellis, una enfermera lo vio por el área. La enfermera era una de las nuestras y me hizo el reporte. Si hubiera sido otra, la historia sería distinta. No estaba segura de quién era el visitante, pero su descripción apuntaba hacia Mantovani.

—Entonces, no es seguro.

—Digamos que es casi seguro— dijo Araujo convencido—. El doctor Zayas tiene instrucciones de que si lo llega a ver nos avise en el acto.

—¿No pensarás detenerlo? —interrogó Santos.

—¿Estás loco? Es nuestro as bajo la manga —Araujo sonreía—. De haberlo planeado así, no nos hubiera salido tan bien.

Su celular empezó a sonar. Lo contestó y tras escuchar por un instante, cerró la llamada.

—¿Quién era? —preguntó Santos. Ahora era a él a quien no le gustaba la expresión del director médico.

—Hablando del rey de Roma. Era Zayas. Mantovani está en el sexto piso.

CAPÍTULO 45

Eran casi las doce de la noche y la sala permanecía en absoluto silencio. Las únicas luces que permanecían encendidas eran las del pasillo de entrada y las de la estación de enfermeras. Las pacientes dormían.

A su salida del ascensor se colocó una mascarilla quirúrgica. En verdad, no le importaba si alguien lo reconocía, pues ninguno de los que estuviera esa noche trabajando podría contar lo ocurrido, pero eso no lo iba a llevar a ser descuidado. Después de todo, jamás usó el gas en un espacio del tamaño de un cuarto y, a pesar de estar seguro que la cantidad que traía era suficiente, no debía pasarse de listo ahora y abusar de su buena estrella.

Como siempre la suerte le sonreía.

Las enfermeras de la sala no se hallaban en sus puestos. Debían estar repartiendo medicamentos en las habitaciones. Todo iba viento en popa.

La sala era como una gigantesca cámara. Una versión de mayor tamaño de su bioterio. El gas se dispersaría con rapidez y en cuestión de minutos empezarían los problemas. Claro, él ya estaría fuera del lugar. Para cuando se dieran cuenta, sería muy tarde. Al salir, trancaría la puerta y cortaría la línea de teléfonos. El solo imaginar la escena le proporcionó una sensación indescriptible, similar a la que solía sentir de niño, la mañana de Navidad, al ver al pie del árbol los regalos. Cien veces más poderosa e intensa.

No pensaba dejar de ser un profesional. Trabajo primero. Placer después.

Debía inyectar el veneno en la señora Marionetta. Fue su promesa al doctor Hatcher y era algo que quería hacer. Tenía que saber si su veneno funcionaba, cómo funcionaba y qué tan rápido. Su espíritu científico le exigía saber la verdad. Además, si pensaba escribir un artículo al respecto, debía estar presente durante el experimento para registrar los datos con la mayor precisión.

Luego de eso tendría todo el tiempo necesario para liberar a los

jinetes del Apocalipsis.

—*Y vi un caballo blanco. Cianuro era su nombre y Mantovani era el jinete que lo montaba* —pensó sonriendo.

Abrió la puerta del cuarto de la señora Marionetta. Entró con sigilo y cerró la puerta con el menor ruido posible.

Su posición era ideal. Estaba acostada sobre su lado derecho y la mano asomaba por fuera de la sábana. Era una imagen en espejo de la difunta señora Ellis, a la que podría saludar en persona pronto.

Ninguna de las enfermeras estaba cerca, pero eso no era importante. El cianuro se haría cargo de ellas también.

La señora Marionetta dormía. Casi le daba vergüenza profanar su sueño para realizar un experimento científico y satisfacer sus banales deseos.

Casi. Eso era lo importante.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la jeringuilla. Le quitó la tapa y presionó el émbolo un poco para sacar unas burbujas de aire. No quería ver arruinado su proyecto si la paciente moría por una embolia en lugar del veneno.

Unas turbias gotas se deslizaron por la lustrosa superficie de la aguja. La acercó al sello de heparina.

Justo en ese momento se encendieron todas las luces de la habitación.

***

Hatcher miraba desde el interior del cuarto de exámenes la sala. Daisy y una de las enfermeras lo acompañaban. Tuvieron serios problemas para convencerla de que no estaban locos, borrachos ni drogados, pero al final lo lograron o, por lo menos, despertaron su curiosidad. No estaba convencida, pero estaba dispuesta a esperar a ver qué pasaba.

Cuando Mantovani se metió en la habitación de la señora Marionetta, Diego salió corriendo, Daisy y la enfermera Palacios, detrás. Llegaron a tiempo de ver la aguja moverse a centímetros del inocente brazo. Diego prendió las luces, congelando la escena.

Mantovani levantó la vista al techo y luego miró alrededor suyo. Sus ojos se clavaron en Hatcher que, parado al lado del interruptor, sonreía complacido. Detrás de ella reconoció a su esposa y a la enfermera.

No gritó o corrió. Asintió, como quien presencia un acto digno de admiración. Levantó la aguja y la volvió a tapar con toda tranquilidad. La señora Marionetta despertó con la descarga luminosa, pero se encontraba desorientada. No obstante, el instinto la hizo esconder la mano debajo de la sábana.

Mantovani guardó la jeringuilla en el bolsillo y se quitó la mochila de la espalda. No la colocó en el piso, sino que siguió cargándola con la mano derecha. El movimiento alarmó a Hatcher. Metió la mano en su cinturón y sacó una Beretta Bantam que compró al saber la identidad del asesino. No pensaba estar desamparado si tenía que defenderse.

Era hora de utilizarla.

Movió su cuerpo de manera que cubrió el de Daisy y levantó ambas manos hasta nivel de la vista, empuñado la Beretta. El oscuro agujero del cañón hacía una línea recta con la frente de Mantovani.

—¡Alto! —gritó Hatcher.

La señora Marionetta, despierta del todo, miraba asombrada la escena sin decir palabra. Otras enfermeras se acercaron y, al ver lo que ocurría, pensaron que era otra crisis demencial del médico. Por suerte, la enfermera Palacios les hizo un ademán, instándolas a quedarse quietas y guardar silencio.

Mantovani dio un paso en su dirección. Después, dos más.

—¡Otro paso y te vuelo la cabeza, miserable!

Apretó el arma y abrió las piernas buscando mejor apoyo.

—No es un arma de juguete y menos un tubo de plástico.

Mantovani sonrió y se detuvo. La distancia parecía la correcta.

—Estoy sorprendido, doctor Hatcher. No esperaba verlo aquí. Me parece que lo subestime.

—Tal vez. La pista de Gounod fue fácil. Un niño de pecho la hubiera descifrado.

Mantovani sabía que era pura mentira. Las oscuras bolsas bajo sus ojos sugerían noches sin dormir. Quería hacerlo enojar para que intentara algo. Quería obligarlo a que lo atacara.

Hatcher quería dispararle. Buscaba una excusa.

—*Oh, bien. Si eso es lo que quiere.*

Sus rodillas se doblaron como si le hubieran partido las piernas en dos. Eso lo sacó de la línea de fuego por unos segundos.

Mientras su cuerpo caía su mano derecha se levantó con fuerza. La mochila cargada con los dos cilindros se elevó como el brazo de una

catapulta y describió un arco que golpeó las manos de Hatcher. La Beretta salió volando por el aire.

Hatcher estaba preparado para algo así. Apenas perdió la pistola se dispuso a contrarrestar la acometida del colega. Logró esquivar el golpe dirigido a su cara y estiró el brazo. Su puño se estrelló contra el cuello de Mantovani. Quedó de rodillas en el piso, un dolor sordo recorriendo toda su mandíbula. Le faltaba el aire.

Hatcher se agachó para recuperar su arma. Si lo lograba, sería su fin. Su única escapatoria era huir.

Con el maletín en la mano se lanzó hacia la puerta del cuarto. Enfiló su hombro como una barrena contra los obstáculos humanos que le impedían el paso. La enfermera Palacios logró quitarse, pero la otra recibió todo el impacto del golpe. Salió despedida hacia un lado y cayó al piso, dejándole la salida abierta. Mantovani alcanzó el pasillo y corrió. Por un instante pensó en abrir uno de los cilindros, pero eso requería tiempo y no lo tenía.

Podía bajar por las escaleras o por el ascensor. La elección en esas circunstancias era obvia. Abrió la puerta de madera de un empujón y subió las escaleras.

En el séptimo piso estaban las salas de pediatría y neonatología. Muchas enfermeras y padres estarían despiertos. No era un buen lugar para esconderse.

Lo que dejaba el octavo piso. El Salón de Operaciones.

Su buena fortuna seguía protegiéndolo. No había cirugías en ese momento. La oscuridad lo envolvió al atravesar el umbral. Avanzó a paso rápido. Varias puertas señalaban los diferentes quirófanos. Una de estas se encontraba abierta y lo que vio en su interior le dio una idea. Recordó un artículo que leyera en una revista hacía mucho tiempo.

Entró y recogió dos frascos. Luego salió y se escondió en otro quirófano. Tal vez su problema fue pensar en pequeño. Eliminar unas cuantas embarazadas podía tener su mérito, pero si esa iba a ser su última noche en el San Marcos, pensaba partir como los grandes.

Con fuegos artificiales.

***

No lo iba a dejar escapar. No ahora.

Se detuvo en la entrada, mirando a todas partes. Al no verlo, corrió

hacia la escalera. Abrió la puerta de madera y se quedó quieto, inmovilizado por la duda. No sabía si subir o bajar, pero el sonido de una puerta que se cerraba en los pisos superiores lo hizo decidirse. Con el arma por delante, subió saltando los escalones de dos en dos.

Abrió la puerta del salón de operaciones y fue recibido por un silencio sepulcral. Caminó por el pasillo, el cañón de la Beretta moviéndose sin cesar, buscando blancos en las sombras. Revisó quirófano por quirófano, con mucho cuidado.

Podía vivir sabiendo que Mantovani se le escapó. No podría vivir si Mantovani lo sorprendía por la espalda.

Dudaba que esa noche fuera a terminar sin la sangre de uno de los dos en el suelo.

***

Cuando lo vio entrar en el salón, supo que era hora de actuar.

Abrió un paquete de gasas y lo bañó en alcohol. Luego, lo metió dentro de la botella y dejó asomar un extremo.

Una molotov quirúrgica.

Se acercó a la máquina de anestesia y abrió varias válvulas. Sabía que la mayoría de los gases anestésicos modernos no eran inflamables, pero no todos. Algunos hasta podían ser explosivos en las circunstancias adecuadas.

Se encargaría de que así fuera.

En la mesa quirúrgica colocó todos los paquetes de gasas y ropa. Puso sobre ellas varias botellas de alcohol y *bethadine*. Abrió una de las botellas de alcohol y la derramó.

Abrió por completo las válvulas de oxígeno de la máquina de anestesia y de la incubadora. Por último, la del óxido nitroso.

El artículo alertaba sobre los peligros de un incendio en el salón de operaciones. Y hablaba acerca de la volatilidad, algunas veces explosiva, de los ambientes ricos en oxígeno. Ahí se detallaba lo que no debía hacerse. Él lo hizo todo al revés.

Hatcher estaba a pocos metros.

En la mochila cargaba un encendedor, para emergencias. Lo sacó y lo mantuvo en una mano. En la otra sostuvo el frasco con la gasa.

Abrió las llaves que quedaban al máximo. Los gases empezaron a salir a raudales.

Se puso las dos manos detrás de la espalda y salió caminando al pasillo.

Hatcher lo vio aparecer. Un espectro saliendo de las tinieblas. Levantó el arma. Sentía que el dedo le pesaba sobre el gatillo, pero algo le impedía dispararle a sangre fría.

—*Qué momento tan oportuno para desarrollar conciencia* —opinó su voz.

—¡Quieto! —dijo Hatcher entre dientes—. No me obligues a dispararte.

—Vamos, Hatcher —dijo Mantovani divertido—. No creo que tenga que obligarte. Me quieres matar desde hace mucho tiempo. Buscas una excusa para aplacar tu pobre conciencia. Que era necesario, que fue en defensa personal, ¿qué se yo? Cualquier cosa que te sirva de justificación.

Tenía las manos en la espalda.

—Es verdad —dijo Hatcher sin bajar el arma—. Hasta hace poco, mi intención era meterte tres balas en medio de los ojos.

—¿Por qué no lo haces?

—Creo que prefiero imaginarte en una celda el resto de tus días. No soy un asesino. No soy tú.

—Te sobrevaloras. Jamás te parecerás a mí. Te falta algo básico que nunca tendrás.

—¿De veras, sabelotodo? A ver, dime, ¿qué necesito? ¿Qué me falta que tú sí tienes?

Mantovani sonrió y presionó el botón del encendedor. Una llama pasó hasta la gasa y se hizo el fuego.

—Estilo —dijo lanzando la botella al interior del quirófano a su izquierda. Mientras el frasco volaba por el aire, Mantovani se lanzó al piso.

Hatcher vio el destello luminoso de la llama y el frasco salir volando. A pesar de no querer quitar la vista de Mantovani no pudo evitar seguir el vuelo del meteorito de vidrio.

—¡Dios bendito! —exclamó antes de que el frasco entrara al cuarto.

CAPÍTULO 46

La explosión resonó por todo el hospital. Las viejas paredes vibraron y se rajaron en varios puntos. Ventanas de vidrio estallaron en añicos, una lluvia de cortantes partículas salió lanzada a la calle y muchas puertas de madera fueron arrancadas de sus bisagras.

El sonido viajó desde su punto de origen hasta donde pudo escucharlo el oído humano. Después de allí los perros y animales salvajes avisaron al mundo con sus aullidos, graznidos y gritos que algo terrible acontecía.

Nubes de humo negro con matices grisáceos escaparon en volutas esponjosas por las ventanas del octavo piso y se elevaron en la noche, acompañados de los reflejos luminosos de las llamas que lamían el cielo raso. El oxígeno era peor que la gasolina. No se consumía. Era un alimento que lo hacía crecer y lo ponía hambriento.

La explosión despertó a todos los pacientes. Vieron el humo salir del octavo piso o lo sintieron al dispersarse por los pasillos y escaleras. Los que no, se enteraron por los gritos de los demás. Las enfermeras y médicos, a pesar de querer salir huyendo, se controlaron y empezaron el desalojo con toda la eficiencia y rapidez posible.

Un dique de brazos y manos tratando de controlar una marejada de seres humanos reducidos a su estado más primitivo. Unos pocos lograron alzarse por encima del miedo y deseo de sobrevivencia. Se armaron de valor y se lanzaron de lleno a prestar su mano. Los pacientes que podían caminar empezaron a salir por las puertas de las salas, atravesando el humo que impedía casi por completo la visibilidad. Se tapaban la boca y nariz con la pieza de ropa que tuvieran a mano. Los ojos les lloraban, toses secas se escuchaban por todas partes. Gritos de terror y desesperación, rasgaban el gris aire que los rodeaba.

Un demonio se hubiera sentido en casa.

En los umbrales del Hades.

***

Hatcher se levantó del piso con un fuerte dolor de cabeza. Un denso humo lo envolvía y le impedía ver a una distancia mayor que el largo de sus brazos. Sus ojos se cerraban solos por efecto de la irritación y el olor del humo entraba en su nariz con inusitada intensidad. Tenía la ropa cubierta de pedazos de vidrio y ceniza. Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se lo colocó sobre la boca y nariz. Le permitía respirar un poco mejor, pero era pobre reemplazo del aire puro.

Se apoyó con sus rodillas y mano para sentarse en el piso. El dolor empeoraba con los cambios de posición, pero se aliviaba un poco si descansaba unos segundos. A su alrededor el piso estaba cubierto de trozos de pared, pintura, plástico, vidrio y metal. Ningún resto humano.

El recuerdo de lo sucedido lo hizo reaccionar con violencia. Lanzó una mirada hacia el último punto donde viere a su némesis, pero nadie llenaba ese lugar. Una pared y parte del techo se desplomaron sobre una de las camillas.

Gateó por el piso hasta recuperar su arma. Con ella se sentía un poco más protegido, pero de nada le serviría si moría asfixiado o carbonizado. Tenía que salir de allí.

Las llamas ya llegaban al techo en el interior del cuarto y empezaban a encender el cielo raso. Unas pocas salían por la puerta y empezaban a consumir las planchas que cubrían su cabeza.

Se levantó y empezó a caminar en dirección de la salida. El humo casi no lo dejaba ver y respirar era una agonía. Se agachó, buscando áreas menos densas, pero seguía sintiéndose muy mal.

De repente, una sombra se dibujó en una de las nubes y empezó a atravesarla. No podía distinguir quién era. La única fuente de luz estaba detrás de la figura y tenía que pasar por el humo para alumbrarla.

Levantó el arma y la apuntó hacia lo que parecía ser su pecho. No se iría sin luchar.

—¡Diego! —gritó Daisy.

Bajó el arma y la guardó en su cinturón. Estaba mareado y no podía ver bien. Daisy se acercó a su lado y lo abrazó. Luego lo tomó del codo y lo arrastró en la dirección por la que llegó. Los gritos de las personas que bajaban por la escalera se escuchaban más allá de la puerta.

***

¿Qué era chiquito, amarillo y peligroso?, solía decir una adivinanza

infantil. Un pollito con ametralladora. O en su defecto, Hatcher con su pequeña Beretta. Mantovani se estaba asfixiando, pero debía soportar un poco más.

Apenas se percató de que Hatcher era sacado del lugar, salió de su escondite en el que logró refugiarse al momento de la explosión. Debía actuar rápido. El incendio pronto se saldría de control.

Su mano tocó un objeto frío. Sus dedos se cerraron sobre una pesada llave de presión tirada en el piso. La reconoció como una de las herramientas empleadas para remover los manómetros de los tanques de oxígeno cuando se les acababa el contenido. La sostuvo un instante y pensó que ahora podría tener un nuevo uso.

La escena guardaba un atractivo especial para él, que sería almacenada en su memoria como un increíble recuerdo que rememoraría en los años por venir con sumo agrado y satisfacción. Conservaría todas estas imágenes en un álbum dedicado por entero a esa noche. Las obtendría de las fotos y recortes de las diferentes ediciones de los periódicos de la mañana siguiente. La causa de la explosión sería calificada como provocada y la muerte del doctor Hatcher y su esposa sería un misterio que daría de qué hablar durante meses. Con suerte, la pareja sería acusada de la explosión.

No temía que la culpa fuera a recaer en él, como resultado de la escena en la sala. Su cara jamás fue visible, dijera Hatcher lo que dijera acerca de su identidad. En un juicio llevaba las de ganar.

Lo que era mejor, cuando acabara con él, abriría los envases de gas. Las pacientes que intentaban escapar del incendio, los médicos que querían ayudar y los bomberos que buscaban apagar el incendio caerían como moscas y su muerte permanecería como un nuevo misterio de una noche que pasaría a la historia nacional como la mayor tragedia de toda la historia.

Si se apuraba y tenía cuidado, hasta podía cambiar lo que pensó era una situación sin escapatoria. Podía buscar a Ibeth y dejarla abandonada en algún rincón oscuro del hospital. Su muerte ni siquiera sería investigada y sería catalogada como una de las tantas víctimas de la tragedia.

Mejor se dañaba.

Se sacó la mochila de la espalda y la amarró alrededor de su mano. No quería correr el riesgo de caerse y que sus preciados envases se perdieran entre las nubes de humo.

Blandió la llave de presión, probando su peso.

***

Diego se dejó llevar por Daisy. Se sentía mareado, pero no sabía si se debía a la onda explosiva o al haber estado respirando humo por tanto tiempo. De cualquier forma, no estaba en condiciones de caminar por sí solo.

Sin embargo, estaba pendiente de todo lo que ocurría a su alrededor. Como el ciego que no puede ver, se apoyó en sus otros sentidos para relacionarse con su medio ambiente. Hacía lo posible por concentrarse en los ruidos que escuchaba.

Detrás de él escuchó unas pisadas.

Mantovani.

Intentó darse la vuelta, pero una ancha mano cayó sobre su omoplato derecho. Lo empujó con fuerza hacia adelante, haciéndolo chocar contra su esposa. Ambos cayeron al piso.

Mientras rodaba, ya cerca de la salida del salón de operaciones, oyó el grito de Daisy. Se llevó la mano a la cintura buscando el arma, pero un fuerte golpe en la muñeca detuvo su movimiento. Un segundo golpe, de contundencia metálica, le sacó el arma de las manos.

Se acostó sobre la espalda e intentó levantarse, pero fue inútil. Mantovani, parado sobre él y armado con un objeto brillante, levantó la mano. Al dejarla caer cerró los ojos de forma instintiva.

El dolor asociado al nuevo golpe fue instantáneo, pero de ínfima duración.

Después, silencio.

***

Daisy sintió el empujón y el cuerpo de Diego le cayó encima. Exhausta como estaba, no lo pudo detener y se fue al piso bajo el peso de su esposo. Cuando volvió a recobrar el sentido, lo vio a su lado, con una enorme herida en la cabeza, de la que manaba un abundante chorro de sangre.

Daisy quiso huir. La puerta de madera que daba a las escaleras estaba a espaldas de Mantovani. A su derecha, casi invisibles tras el humo, se hallaban los ascensores y varios corredores.

Saltó tan rápido como pudo. Mantovani no se esperaba el movimiento y se quedó inmóvil al verla; luego corrió detrás de ella.

La llave en posición de ataque.

Daisy se metió en el humo, sin poder ver a donde iba. Se dio la vuelta y empezó a caminar de espaldas. Quería ver a Mantovani cuando apareciera.

De repente se sintió chocar con algo. Lo reconoció como el pecho de otra persona. El miedo la congeló en su lugar. Entonces vio salir del humo a su atacante.

—¡Araujo! —Mantovani también se detuvo, sorprendido.

Llevaba en alto la llave manchada de sangre, y cerca de él, a unos pasos, se podía ver el cuerpo del doctor Hatcher. No tenía escapatoria.

Excepto una.

—Es una lástima que hayas aparecido ahora. Me caías bien.

El brazo con la llave se alzó otra vez, pero fue detenido por un sonido seco. Brazo y cuerpo se destemplaron. Mantovani cayó al piso.

—Buen golpe —dijo Araujo, agarrando a Daisy y colocándole una mano en la boca.

—Gracias —respondió Santos saliendo de las sombras. En la mano llevaba una cachiporra.

Araujo la empujó rumbo a la puerta. Daisy se resistió, lo que pareció enojarlo. Con la mano libre la lanzó hacia una de las paredes. Antes de que intentara gritar colocó el cañón de una pistola en su cabeza y le dijo:

—Si aprecias en algo la vida, te quedarás callada. Santos, trae a Mantovani.

—Mi esposo —dijo con suavidad Daisy.

El arma se pegó a su frente.

Poco después, apareció Santos con el cuerpo del doctor Mantovani. En la mano tenía amarrada una mochila que Santos no se preocupó en quitarle. ¿Para qué? El hombre estaba inconsciente.

Al poco rato apareció Hobt. Sobre los hombros llevaba el cuerpo de Hatcher. Lo dejó caer al piso.

—Está vivo. Tiene una fea herida en la cabeza, pero vive.

Daisy se agachó y lo abrazó.

—El único que me interesa que siga respirando es Mantovani. ¿Lo está?

—Seguro. Ese golpe no fue gran cosa. Dormirá un rato.

—Perfecto.

Abrió la puerta e inició la marcha al noveno piso.

Hobt levantó el cuerpo de Hatcher y Santos el de Mantovani. Araujo solo le apuntó a Daisy y le indicó que se moviera. Ella obedeció.

Subieron la escalera y entraron por la puerta del noveno piso, mientras de los pisos inferiores llegaban gritos y voces pronunciando palabras que no podían entender.

CAPÍTULO 47

Daisy iba a la vanguardia de la comitiva, seguida muy de cerca por el cañón de la pistola de Araujo. Atravesaron un largo pasillo iluminado por luces rojas de emergencia y luego varias puertas que Araujo le indicó que abriera. Para el tercer giro estaba perdida.

Al final llegaron a una escalera de servicio. Daisy miró al director. Con un movimiento de la pistola le indicó que descendiera. A diferencia de la escalera que usaron primero, ésta estaba vacía.

—Estamos del otro lado del hospital —dijo Araujo, anticipando cualquier plan de huir para pedir ayuda—. Espero que los bomberos controlen el fuego a tiempo, pero de este lado estamos a salvo. Por si acaso, bajemos hasta el quinto piso.

Cuando llegaron, Araujo le indicó la ruta a seguir. Una pesada puerta marcó el final del recorrido. Entraron en una habitación alfombrada y Hobt encendió la luz, dejando caer el cuerpo de Hatcher. Daisy se arrodilló al lado de su esposo, mientras Santos, que había colocado a Mantovani en el piso, cerraba la puerta.

El cuarto, con unas cuantas mesas y sillas, no tenía ventanas. Araujo se acercó a una torre de mediano tamaño en una esquina, conectada a una batería que parpadeaba cada cierto tiempo y presionó un botón en la parte superior. Luces verdes brillaron y Daisy sintió una corriente de aire frío salir de las rendijas frontales.

—Es un aire acondicionado portátil. La batería durará dos horas. Tiempo más que suficiente para que el pandemonio de afuera se calme.

Daisy consideró todas las opciones y se sintió desfallecer. Sus vidas pendían de la estabilidad emocional de las tres personas paradas a la entrada. Diego seguía inmóvil, su respiración era la única señal de vida. No estaba en condiciones de ayudarla. La herida ya no sangraba, lo que asumió era bueno. Empezó a parpadear, lo que era mejor.

Movió la cabeza de un lado a otro y luego intentó moverse, pero se veía que se sentía débil. Dejó de intentarlo.

—¿Dónde estamos? —murmuró.

Sentía la boca seca y pastosa. Le dolía la cabeza.

—En un lugar donde no podrá pedir ayuda, así que ni siquiera lo piense.

Araujo dejó de hablar por un acceso de tos. Tenía los ojos irritados y su voz sonaba ronca.

Diego apoyó una mano en el piso y se sentó. Miró a Hobt y luego a Araujo. Al tercero del grupo no lo conocía, pero no podía ser otro que Santos. El psicólogo del PRADE.

El maligno triunvirato que controlaba su futuro.

—Tenía razón, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a Araujo.

Tragó un poco y continuó:

—Usted, Santos y Hobt trabajaban en conjunto para proteger a Mantovani.

—Como siempre, no tiene la menor idea de lo que habla. Si no hubiera sido por su estúpida y mal controlada perseverancia, nunca hubiésemos sabido que existía.

—¡Mentiras! —Daisy no se pudo seguir controlando y olvidó las reglas de supervivencia—. Yo lo escuché decir que al único que deseaba con vida era a Mantovani.

—Claro que lo queremos con vida, mi querida señora. Es perfecto para nuestra operación.

—¿Operación? —interrogó Hatcher.

—Mejor no sigan preguntando —afirmó Santos, con una sonrisa de satisfacción.

—¿Que quieren de nosotros? ¿Qué piensan hacer? —preguntó Diego.

—Por ahora esperar —dijo Araujo cruzándose de brazos—. Este asunto del incendio es un verdadero problema, pero no pasará a mayores. Hay protocolos muy estrictos de manejo en caso de una alarma de fuego y deben estar activados. El incendio no se extenderá más allá del octavo o noveno piso. Toda la alarma es producida por culpa del humo y nada como eso para espantar a las personas. Con tanta gente rondando por allí no podemos sacarlos. Esperaremos a que los bomberos se encarguen del incendio y desalojen el edificio. Cuando todo esté despejado, saldremos de aquí.

—Una advertencia — dijo Santos—. De ser necesario, puedo apagarles las luces a ambos aquí. No me tienten.

—¿No cree que lo estarán buscando? —preguntó Daisy—. Usted es el Director Médico.

—Después de las tres de la tarde, queda de turno el designado según un horario establecido desde principios del mes. Para mi fortuna, esta semana no soy yo. Mis subalternos están capacitados para manejar esta crisis.

Miró a Mantovani y suspiró cansado. Se dejó caer en una de las sillas.

—Yo tengo otros compromisos.

—¿Por qué, Araujo? —Diego se acomodó al lado de su esposa. Parecía sentirse mejor. Se tocó la herida en la cabeza antes de seguir—. Estamos hablando de un sádico asesino psicópata que está matando embarazadas. Nuestras pacientes, por Dios Santo.

No pudo continuar. Una serie de recuerdos se dispararon en sus circuitos neurológicos cerebrales y lo sumieron en el silencio.

Todo empezó a encajar en su lugar.

Las piezas faltantes. Lo triste era que siempre estuvieron frente a él. Mantovani se las dio en bandeja de plata y no supo verlas a tiempo. Necesitó un golpe en la cabeza y tener su vida en peligro para descubrirlas.

Sentía las piernas de gelatina. Debía mantenerlos hablando y ganar tiempo. Cualquier cosa podía pasar. Araujo podía tener en mente esperar, pero no iba a jugarse la vida de su familia en eso.

—Están matando a las pacientes del hospital —dijo mirando a Santos y luego a Araujo—. ¿Cómo pueden hacerlo? Al menos Mantovani tiene la excusa de estar loco. Ustedes lo hacen por dinero. Usan a sus pacientes como un trapo sucio y luego los desechan y les cobran por el privilegio. ¡Son increíbles!

Santos volteó la cabeza hacia Araujo. Este sonreía complacido.

—Te dije que no lo subestimaras —dijo frotándose las manos como una mantis religiosa—. Es más inteligente de lo que parece.

—¿A qué se refieren? ¿De qué estás hablando? —quiso saber Daisy mirándoles un lado de la cara. Estando a sus espaldas no podía ver sus ojos.

Con ayuda de Daisy, Hatcher logró sentarse en una de las sillas. Daisy se sentó sobre un escritorio a su lado. Araujo no dejó de apuntarles con su arma todo el tiempo.

—Espero que alguno de los presentes me corrija si me equivoco. El doctor Araujo necesita dinero porque desde hace años sueña con modernizar el San Marcos. Quiere remodelarlo, comprar la última

tecnología. Es un sueño hermoso y muy loable, pero no solo de aspiraciones vive el hombre. No hablamos de pocos dólares, ni de una donación privada, o de un teletón. No, son millones y millones de dólares. ¿Cómo voy hasta ahora?

—Caliente —dijo Araujo con suavidad—. Vamos, no me decepcione. Dígame algo que me deslumbre.

—Ya voy a eso —dijo Hatcher moviendo la mano, como si el comentario no tuviera la menor importancia—. No sé cómo entra en esto el licenciado Santos o cómo se conocieron. Si fue en una reunión social, en un club nocturno o en la iglesia, no tiene la menor importancia. Mis poderes de lectura mental los perdí en mi última reencarnación y por lo tanto no sé la respuesta. Sin embargo, creo que Santos viene a suplir la principal necesidad de Araujo. Dinero.

Araujo parecía divertido. Santos, aparentando indiferencia, prestaba atención. Hobt parecía un mar de nervios.

Diego, por voluntad o ensimismado en sus palabras, no les prestaba atención. Seguía enhebrando las cuentas.

—Santos —dijo mirando al interpelado—. Psicólogo de profesión y heredero de una compañía farmacéutica. Creo que es en ese último aspecto que radica el fuerte de su unión.

Santos no se dio por aludido.

—La farmacología es una industria billonaria. Usted lo sabe mejor que nadie. El desarrollo de un solo medicamento puede reportar ganancias suficientes para subvencionar cualquier exótico sueño.

Daisy estaba petrificada. Diego parecía estar dando una conferencia en un simposio. ¿Qué le pasaba? ¿No se daba cuenta de lo precaria que era su situación?

En ese momento captó. Diego no estaba desvariando. Estaba ganando tiempo.

—Qué lamentable —añadió Diego, ya sonriendo, pese a la mirada asesina de Santos—. Usted heredó la compañía en números rojos, casi de manos de sus acreedores. Me imagino que su padre no fue muy buen administrador…

—¡No meta a mi padre en esto! —gritó Santos.

Araujo le recordó la necesidad de guardar silencio con un “shhh” que contenía una escondida amenaza de violencia.

—¿Tiene idea —Santos habló con un tono más apaciguado—de lo traicionera que puede ser la industria farmacéutica? Una simple

noticia, una conclusión mal sustentada, cuesta millones.

—La causa de todos sus males. ¿Cómo se llamaba el medicamento? Cierto. Calmol.

Araujo miró a Santos, la sorpresa pintada en el rostro.

—Calmol —dijo el psicólogo, sintiendo el sabor de cada sílaba—. Hicieron su tarea. ¿O fue el señor Levin? Eso me recuerda. Espero que el entierro fuera de su agrado. ¿Dónde lo enterraron? ¿En una lata de tuna?

Diego sintió la sangre bombear a su cabeza como el chorro de un pozo petrolero recién excavado; quiso saltar y clavarle las manos en el cuello.

Araujo percibió el inicio del movimiento y levantó el arma, el cañón apuntando a su cabeza. La mano de Daisy se cerró con fuerza en su espalda.

—El principal problema —dijo Santos sin dejar la sonrisa, aunque era obvio que habían tocado una fibra sensible—es el inmenso gasto en que se incurre para la investigación. En el desarrollo de una sola droga, desde el momento en que algún científico vislumbra la molécula en su cabeza hasta que llega al mostrador de las principales farmacias, se pueden gastar unos 300 millones de dólares.

Hizo una pausa en la que pareció prestar atención a la marcha de los acontecimientos fuera del recinto, luego continuó:

—Y no todas logran pasar por el riguroso proceso de aprobación. De cada 5000 moléculas creadas, solo una llega a ser aprobada para su uso rutinario en humanos. Con esas probabilidades, es fácil comprender lo que le ocurrió a mi padre. Alguien le vino con una idea que consideró revolucionaria y pusieron todos los recursos de la compañía en su desarrollo.

—Usted es obstetra —dijo Araujo—. Sin duda debe ver las posibilidades. ¡Una píldora capaz de quitar los dolores del parto! Adiós epidural, adiós gritos. Una molécula creada por el hombre capaz de obliterar un principio bíblico. La supremacía del ingenio humano sobre el concepto divino.

—Y funcionaba —dijo Santos, a quien no parecían importarle las implicaciones religiosas del legado de su padre—. Se llegó a usar en cinco pacientes y la tasa de reducción del dolor fue mayor del 90%. ¡Noventa por ciento, demonios!

—Murieron personas. Niños quedaron huérfanos —interrumpió Diego.

Santos lo estudió como si fuera un pequeño insecto.

—¡Debieron seguir! —dijo entre dientes para no gritar. Se podía escuchar el sonido de sirenas en alguna parte—. No fueron suficientes casos como para sacar una conclusión. De las cinco pacientes solo murieron tres. Las otras dos desarrollaron una hepatitis leve, que mejoró por sí sola. Si hubieran continuado el estudio, los resultados pudieron ser diferentes.

Santos apretó los labios. Todos en la habitación sabían lo que ocurrió después. El padre de Santos siguió su nariz y la suerte le jugó una mala pasada.

Hepatotoxicidad.

—¿Cuántas drogas fallan cada año? —le preguntó su voz—. ¿No te parece extraño que abandonaran el Calmol así por así? Una molécula siempre puede ser modificada.

Miró a Santos, a Araujo y de último a Hobt.

—La epidemia de hepatitis —dijo al darse cuenta de la verdad—. Fue por el Calmol. Lo están probando de nuevo.

—Por supuesto —dijo Santos con emoción—. ¡Sabemos que funciona! Eso no tenemos que averiguarlo. Solo hay que pensar en cómo reducir su efecto hepático. La molécula actual afecta en ese sentido al 10% de la población y de forma transitoria en cada uno de los casos. En un par de años *Mollaris* dará al mundo el medicamento más revolucionario que se haya conocido. La aspirina del siglo XXI. Calmol.

—Material para el premio Nobel — dijo Araujo.

—No entiendo —reconoció Daisy mirando a su esposo—. Pensé que el Calmol era para embarazadas. Para aliviar los dolores del parto.

—Ellos ya saben que sirve para eso —dijo Diego—. No necesitan probarla en embarazadas. Todo lo que quieren saber es qué tanto daño hace, sin tener que pagar una demanda o invertir millones para luego descubrir que no se puede usar.

—Pero, están experimentando con seres humanos.

—No estamos experimentando —dijo Araujo—. Estamos cortando las cintas burocráticas. Estamos en pro del progreso.

—Dígaselo a los que han asesinado con sus medicamentos.

—Temo decirte querida —dijo Araujo—que nadie ha muerto por culpa de los medicamentos. Por lo menos, no en mi administración.

—¿De verdad espera que le crea?

—Él tiene razón —dijo Diego. Su voz sonó calmada, pero sus ojos brillaron con el horror de captar otra arista oculta de la verdad.

—¿Cómo puedes defenderlo? —preguntó Daisy mirando a Diego, olvidando por un segundo lo precaria de su situación. Ya casi ni notaba en el fondo el repetitivo sonido de la alarma de incendios y las sirenas de bomberos y policías.

—Cuando se hace un experimento —dijo Diego mirando a su esposa a los ojos—en algún momento hay que sacrificar a los animales de laboratorio. ¿De qué otra forma puedes saber si un fármaco es nocivo para el hígado si no lo cortas y lo examinas bajo la luz de un microscopio?

—Debes estar equivocado —dijo Daisy en un susurro—. Estamos hablando de seres humanos.

—No, mi cielo. Para ellos —dijo Diego señalando con la cabeza a sus custodios—son ratas de laboratorio.

Diego se fijó en Araujo, sin que sus manos dejaran las de su esposa. Debía preguntar. Daisy caería en cuenta tarde o temprano.

—¿La señora Rogieri? ¿Fue resultado de algún medicamento?

Araujo no contestó de inmediato. Parecía considerar qué tanto decir.

—La señora Rogieri presentó una reacción adversa bastante peculiar a uno de nuestros antibióticos de investigación. Yo tengo mis dudas de que sea responsable.

—¿Es teratogénico? —preguntó Diego.

Araujo lo miró con curiosidad. Luego desvió la mirada a Daisy, cuyo rostro palideció ante la mención de la palabra.

Teratogénico. Malformaciones.

—En realidad —dijo Hobt por primera vez desde que entraron al cuarto. Era evidente que se sentía mejor en el lado científico del proyecto—, el antibiótico tomado por la señora Rogieri es un derivado de la ampicilina, con dos cadenas adicionales que aumentan su poder de cobertura contra grampositivos. No debería ser teratogénico, pero nunca se sabe.

Daisy no pareció estar muy complacida con esa explicación.

—Doctor Hatcher —dijo Araujo— ¿Qué le preocupa? Su esposa no estuvo hospitalizada.

Diego no respondió, lo que era una respuesta de por sí.

—Pero tomé antibióticos por mi gripe —aclaró Daisy.

—No puede ser —dijo Araujo moviendo la cabeza—. ¿Doctor, nunca

le enseñaron que no se usan antibióticos en el tratamiento del resfriado? ¿No me diga que hizo lo mismo que Triana?

—*¿Te lo van a seguir restregando toda la vida?*

Hatcher mantuvo el silencio.

—Nada de eso habría pasado de respetar las normas —le dijo Araujo.

Diego agachó la cabeza. Se le estaba acabando el tiempo.

—Entonces — dijo tratando de ganar así fueran minutos—, ¿son muchas las drogas que prueban? El Calmol debe ser el Protocolo 9. ¿Cuántas más?

No pudo terminar la pregunta. Araujo levantó el arma de forma inesperada y colocó el cañón sobre la frente de Diego. Daisy casi soltó un grito, pero logró detenerlo a tiempo.

—¿Cómo sabe del Protocolo 9? ¿Quién se lo dijo?

Diego no respondió. Con pesadez alzó el brazo y, con el dedo índice, señalo a Hobt.

Santos miró al médico con frialdad extrema. Araujo, sin mover el arma un ápice, dijo:

—Explíquese... y procure convencerme.

Diego no tenía razones para mentir. Cuando terminó de decir cómo se enteró del Protocolo 9, Araujo tenía la misma expresión de Santos de un minuto antes.

—¡Tú y tu gran boca! —le dijo a Hobt.

—¿Cómo? ¿Ahora yo tengo la culpa?

Araujo iba a responder, pero Diego se le adelantó. Se la estaba jugando de nuevo, pero debía aprovechar la oportunidad que se le brindaba. Una discusión entre ellos no era mala idea.

—*Divide y vencerás. Bien pensado.*

Sintió aumentar la presión del cañón sobre su frente, pero no se detuvo.

—Si usted no me hubiera mencionado que la muerte de la señora Ellis no fue natural, como se pensaba, yo jamás me hubiera preocupado en presionar el tema y todo habría quedado en secreto. En cambio, usted y unas cuantas historias que escuché me obligaron a continuar.

—¿Que historias? —preguntó Santos con un tono sombrío.

—¡Oh! Tonterías de viejas. Rumores que circulan en la calle acerca de autopsias nocturnas y cuerpos que van y vienen de la morgue en

carrozas fúnebres.

Araujo bajó el arma como si pesara una tonelada, el brazo inmóvil a su costado. Se dio la vuelta y miró a Hobt. Tenía los ojos entrecerrados y pequeños vasos se marcaban en su región temporal.

—¡Demonios, Hobt! —casi gritó, pero luego bajó la voz—. Creí que tú y Nelio llevaban su parte de la operación con cuidado. Resulta que lo único que falta es que vayan y lo publiquen en los diarios y nos hagan muy populares a todos.

—Tranquilo —dijo Hobt colérico, haciéndole frente—. Estoy involucrado en esto tanto como ustedes, o más. Recuerda que sin mí no serían nada en primer lugar, así que empieza a respetar a la mano que te da de comer. Si nos vamos a la letra menuda, de los tres, tú eres el único que la pasa suave.

—¿Suave? ¡Jamás te atrevas a decir eso en mi presencia! ¡Yo soy el cerebro de toda esta operación!

—¡Tremendo cerebro! Tenías deambulando a un asesino por el hospital y no lo sabías. Se nos pudo venir todo abajo y estallar en nuestra cara y tú, bien gracias.

—Eso —dijo calmándose un poco—fue algo accidental e impredecible, pero que puede sernos de suma utilidad si lo sabemos usar bien.

—No estoy seguro de estar de acuerdo contigo en ese punto —dijo Santos metiendo las manos en los bolsillos—. Hemos trabajado bien hasta ahora y no creo que necesitemos más ayuda. Una que, por cierto, será muy difícil de controlar.

—Creo que no me expliqué —dijo Araujo riendo—. Nunca consideré la idea de usar al doctor Mantovani en nuestra operación. Lo quiero usar, pero como válvula de escape.

—¿Cómo?

—Cuando todo esto termine le diremos lo que sabemos de él y las pruebas que tenemos en su contra. Eso lo pondrá bajo nuestro control y, siendo así, podríamos usarlo en algunos trabajos. Sin embargo, su verdadera función será la de actuar como cláusula de protección en caso de que nuestra operación llegue a quedar al descubierto en algún momento. De darse el caso, contamos con pruebas suficientes como para ligarlo con la muerte de, por lo menos, una paciente. Si se llega a realizar la investigación de tan siquiera una sola muerte, resultado de nuestra operación, podemos echarle la culpa de todas a él.

Hobt miró a Santos y luego a Araujo. Se puso las manos en la

cintura y se echó a reír.

—Araujo, retiro todo lo dicho antes. Ese fue un pincelazo de genialidad. Me encanta.

—A mí no —dijo una voz a sus espaldas.

Mantovani estaba arrodillado en el piso.

***

Recobró el conocimiento y se quedó inmóvil. Escuchó el curso de los acontecimientos. En un principio se sintió extraño. El mundo le daba vueltas, pero sabía que estaba de regreso. Las voces, a pocos metros de él, fueron adquiriendo mayor claridad y pasaron de simples murmullos a tomar la esencia de palabras y oraciones.

Así fue enterándose de todo.

Su maletín seguía atado a su muñeca. Por suerte, sus captores no eran muy precavidos. Eso, para ellos, sería un error fatal.

Mientras divagaban por los intrincados y polémicos corredores de la fármaco-economía, él corrió la cremallera de su maletín y removió el pin de seguridad de los dos tanques. Todo lo que le quedaba hacer era presionar una palanca en forma de gatillo, diseño de su propia mano. Una vez activado, no se podía volver a cerrar, y todo el gas contenido a presión saldría liberado con la precisión y fuerza de un géiser diez segundos después.

Metió la mano en el maletín y sacó un cuchillo de caza. El mango era de cuero negro. La hoja de unos 20 centímetros, con un delgado y filoso borde. Lo traía por pura precaución. Ahora sería un instrumento de justicia.

Por lo que estaba escuchando, tenía cuentas que ajustar con Araujo, Hobt y el tal Santos.

Se soltó la correa del maletín de su muñeca y viró la cabeza. Araujo discutía con Hobt y un tercer personaje que los miraba a ambos con una enigmática mueca en el rostro.

Lo reconoció en el acto como el misterioso conductor del Citröen verde. Lo estudió con cuidado. Su espalda, su perfil, su mano, eran también los de otra persona.

El visitante de la señora Molina. Su hermano en la muerte.

No se percataron de que él estaba despierto. Al ir escuchando los planes que Araujo tenía para él, la ira comenzó a crecer en su interior.

Podía perdonar el golpe en la cabeza, pero el ser considerado como un vil chivo expiatorio era uno de los peores insultos que podían hacerle.

La rabia se convirtió en necesidad, pero de una naturaleza muy distinta a la que otras veces sentía.

Las embarazadas despertaban en él rencor y odio; sentimientos fríos y gélidos como la superficie de un tempano.

La venganza era un plato que sabía mejor frío.

Araujo, Hobt y Santos, quienes discutían como majestuosos dioses de un suntuoso Olimpo, hacían que la sangre bullera por sus venas como en una olla a presión.

Comenzó a ver diferentes tonalidades de rojo.

Quería sentir el calor de la sangre fluir de sus cuerpos. Quería hacerlo, por primera vez en su vida, con sus propias manos. Ya estaba bueno de procedimientos limpios y austeros.

Tenía que madurar. Evolucionar.

Sus movimientos fueron rápidos y calculados, tomaron solo segundos. Cuando habló, ya tenía las manos dentro del maletín. Al decir la última sílaba, el gatillo de los cilindros se disparó.

Agarró el maletín con ambas manos. Araujo reaccionó y levantó el arma en su dirección, pero no lo suficiente. Su maletín fue un certero proyectil que desvió el arma, y el disparo. Sintió una quemadura en el antebrazo izquierdo y escuchó la bala hacer impacto en la pared.

Araujo perdió el equilibrio, pero no soltó el arma, aunque tampoco pudo volver a disparar enseguida. Su cuerpo bloqueaba los movimientos de sus otros dos cómplices.

Saltó hacia adelante, agarró a Hatcher y a su esposa por el cuello y los levantó en peso, justo cuando un silbido apagado se escapaba del interior del maletín.

Los empujó hacia la puerta, la abrió y los tiró fuera del cuarto. La puerta se cerró tras de él. Se sentía el olor a humo, pero era menos peligroso que el aire dentro del cuarto.

Voces se escuchaban cerca. Personas preguntando si alguien necesitaba ayuda.

—No es su hora— dijo Mantovani tirándolos al piso.

Sintió golpes desesperados. Intentaban salir, pero él sostenía el picaporte para evitar que lo lograran. Poco a poco, los intentos se hicieron más débiles.

—¿Cuántas semanas de embarazo tiene?

Daisy, que trataba de levantar a Diego, giró sobresaltada. Mantovani la miraba con curiosidad. Ella lo ignoró y alzó a su esposo.

—No se preocupe. Tiene suerte. Tengo otras cosas entre manos.

El picaporte se movió entre sus dedos. Él apretó con más fuerza.

—Si toma por ese pasillo —dijo señalando con la quijada hacia el corredor que se extendía a su derecha—tarde o temprano encontrará ayuda. Yo usted me apuro.

Sin decir otra palabra, abrió la puerta.

***

Avanzaron tan rápido como pudieron. Respiraban sin problemas, pero Daisy tenía una pequeña cortada en la frente que haría juego con la que él tenía en la cabeza.

—*Tremendo momento para buscarle el lado positivo a las cosas.*

El humo no era tan espeso, pero igual se sentía mareado. Se detuvo a descansar, sentándose en el piso. En eso escucharon unas pisadas al final del corredor

—¡Ayuda! —gritó Daisy con la fuerza que pudo, que no era mucha.

Los ecos se acercaron y dos figuras, con máscaras y vestidos de bomberos, se materializaron a su lado.

—¿Qué demonios? ¿Cómo es posible que ustedes estén aquí? —oyó decir a uno de ellos.

—Adentro... —empezó a decir, pero tenía dificultades para hablar.

—No hable amigo — recomendó el bombero levantándolo del piso y poniéndole una máscara de oxígeno a él y a su mujer en el rostro—. Tenemos que sacarlo de aquí.

No insistió. No tenía la fuerza ni el interés.

***

Mantovani aguantó la respiración antes de entrar, cerró la puerta y se dio la vuelta. El maletín seguía abierto. Araujo, con una rodilla y una mano apoyada en el piso, miraba al vacío. La otra mano la tenía sobre el cuello. Hobt y Santos lo vieron entrar y trataron de arrastrarse hacia él, pero era evidente que el ácido hidrociánico hacía estragos en su organismo. Sus movimientos eran lentos e indecisos. Les faltaba

poco para morir.Sin embargo, eso no era lo que él quería.

Metió la mano en su bolsillo y sacó el cuchillo de caza. La hoja relucía bajo las luces fluorescentes.

Empujó a Santos hacia atrás con la mano. No le ofreció la menor resistencia y cayó de espaldas como un muñeco, las manos en el cuello.

Se puso detrás de Hobt y colocó la palma de la mano por arriba de sus ojos, desde atrás, atrayéndolo hacia él. Levantó la hoja del cuchillo y lo apoyó sobre su cuello y con un solo movimiento de izquierda a derecha lo deslizó sobre su piel.

No pudo ver lo que pasaba, pero sintió un líquido caliente salpicar su mano. La quitó y la puso frente a sus ojos. Pequeñas gotas de sangre manchaban su piel y parte de la manga de su bata.

La sensación que lo invadió fue increíble. Ni todos los recuerdos juntos de quince años superaban eso. Un aura de poder emanó de su cuerpo, de sus manos y de la hoja de su cuchillo.

El cuerpo de Hobt cayó al piso con unos pocos estertores, para luego quedarse inmóvil sobre una mancha de sangre que iba aumentando.

La falta de oxígeno estaba haciendo peso, pero debía aguantar la respiración un poco.

Faltaban Santos y Araujo.

***

—La causa del incendio —decía el comentarista de un noticiero frente a la entrada del Hospital San Marcos—no ha sido determinada todavía, pero se sabe que se originó en el área del Salón de Operaciones. El fuego fue controlado y no se extendió fuera del octavo piso; sin embargo, el humo generó una ola de pánico entre los pacientes y el personal médico, quienes fueron desalojados de inmediato. Hasta el momento no se han reportado víctimas fatales.

La lámpara que lo iluminaba se apagó y el comentarista bajó la mano en la que llevaba el micrófono. Unos golpecitos en la espalda lo hicieron mirar atrás.

Una figura masculina, vestida de blanco y con una mochila al hombro, lo miraba interrogante.

—¿Dígame? —preguntó el comentarista con cansancio.

—Su trabajo es decir la verdad. Debe ser más consciente de su responsabilidad y averiguar bien los hechos antes de lanzarlos a la luz

pública.

—Todo lo que he dicho es la verdad. —Su recelo tomó forma defensiva.

—Está equivocado. Sí hubo víctimas fatales en el incendio.

El comentarista tomó su libreta y pasó las páginas. Al llegar a la última levantó la vista.

—Aquí no tengo reportes de muertes. ¿De qué está hablando?

—Ya lo sabrá, pero de ser usted me daría una vuelta por las oficinas del quinto piso del otro edificio.

—¿Quinto piso? ¿Qué hay en el quinto piso?

El extraño visitante no siguió hablando. Se llevó los dedos a la frente en señal de despedida y comenzó a caminar por la calle con toda tranquilidad hasta perderse en las oscuras sombras de la noche.

CAPÍTULO 48

Las olas brillaban con una suave fosforescencia al deslizarse sobre la superficie del océano, llevadas por las alas de los vientos provenientes de la infinita negrura en que se sumía el horizonte.

Diego se pasó la mano por el pelo y rozó los puntos de sutura que cerraban la herida en su cabeza. De médico interno retiró cientos de puntos y siempre les decía a sus pacientes que era un procedimiento indoloro. Por ironía del destino, lo comprobaría en carne propia en pocas horas.

—Déjate eso —dijo Daisy golpeándolo en el brazo con la mano.

—No puedo evitarlo —dijo mirándola con su visión periférica—. Se sienten extraños y me pican. Además, tú también lo haces.

Daisy se llevó los dedos a la frente y tocó el único nudo de nylon celeste que destacaba en su blanca frente. Al darse cuenta de lo que hacía se detuvo y retiró la mano.

—¿Te das cuenta? Es como una droga.

—Entonces —dijo Quintero, terminando de servir el segundo vaso de agua de pipa para Diego esa noche—. Gracias al cielo que mañana entran en el Programa de Desintoxicación. —Le tendió el vaso y luego pasó a servirse uno para él.

—Amén —dijo Diego sorbiendo el claro líquido y mirando las parpadeantes luces de los barcos que navegaban por la bahía a esa hora.

Quintero tapó el envase de metal y se sentó en el muro.

—Bueno —dijo acomodándose lo mejor que pudo—, ya te complací y tienes tu vaso. Ahora, termina de contarme antes que me muera de viejo. ¿Qué pasó?

—Ah, sí. ¿Por dónde iba?

—Ese golpe en la cabeza sí te afectó. Estabas hablando de Maquevelo... o algo así.

—Maquiavelo. Es el nombre con el que lo bautizaron los medios. “El Efecto Maquiavelo”. Debo reconocerlo, suena solemne y tétrico a la

vez. *El fin justifica los medios.*

—No empieces —dijo Daisy torciendo los ojos—. Esa frase no es de Maquiavelo. La escribió Napoleón Bonaparte en la última página de su ejemplar de "El Príncipe". Resume bien el concepto de la obra, pero la frase no es de su autoría.

—Culpa a los medios —dijo Diego sonriendo. Regresó su atención a Quintero, que los miraba con divertida curiosidad—. En fin, Araujo quería remodelar el hospital y pasar a la historia como el padre benefactor del San Marcos. Santos, rescatar la compañía de su padre y probar que el Calmol sí era una buena idea.

—¿Y Hobt?

—Diría que lo mismo que impulsaba a todos en realidad. Dinero. Mucho, mucho dinero. Araujo estaba dispuesto a lo que fuera con tal de poner su idea en funcionamiento. Para nuestra fortuna, por irónico que parezca, apareció Mantovani complicándoles todos sus planes. Salvó más vidas en esas últimas horas que todas las que pudo tomar en su carrera.

Cerró los ojos. Todavía tenía pesadillas de esa noche y en sueños siempre recordaba los ojos sin vida de Araujo mirándolo desde el interior de una bolsa de plástico negro.

La policía encontró los cuerpos en la oficina después que un comentarista de una televisora local les contara acerca de su curioso encuentro con un médico que, para él, no era otro que Mantovani.

El comentarista y dos de los bomberos tuvieron que ser llevados al cuarto de urgencias por ser los primeros en entrar a la escena, sin llevar máscaras de oxígeno.

El jefe de bomberos, que venía detrás de ellos, percibió un olor a almendras amargas. Lo reconoció por lo que era y pidió ayuda. Los tres afectados sobrevivieron al encuentro sin mayores problemas.

Hatcher fue llamado a identificar los cuerpos de la oficina y pudo ver en primer plano la mano del doctor Mantovani.

La autopsia reveló que la muerte de Hobt, Araujo y Santos fue secundaria a un sangrado masivo provocado por la sección de ambas carótidas, no sin mencionar el efecto que tuvo haber estado encerrados en un cuarto saturado del volátil ácido hidrociánico. ¿Qué fue más letal? ¿La asfixia o el degüello? Jamás se sabría.

Y no es que importara en realidad.

Sintió la mano de Daisy atrapar la suya y abrió los ojos. Ella apartó un mechón de pelo de su frente, sonriendo. Se quitó de la cabeza la

imagen de la morgue y continuó.

—Como resultado de todo este barullo tuve varias reuniones con la policía y me hice medio amigo de un detective de homicidios de apellido Chávez, quien investiga el caso. Por lo que pudo contarme, me quedé corto en mis apreciaciones de la operación. No tiene idea de lo grande que era.

—Y de lo sádica —dijo Daisy con un escalofrío—. De solo recordar lo que hacían.

—Dejen de jugar conmigo y díganlo de una vez. ¿En qué consistía la famosa operación?

—En resumidas cuentas, transformaron el San Marcos en un gigantesco proyecto de laboratorio y a todos sus pacientes en conejillos de Indias.

—Sigo sin entender.

—Espera. Ya me explico —Diego se bajó del muro y se limpió las manos con una servilleta mientras hablaba—. Los tres estaban metidos hasta el cuello y se necesitaban entre sí para trabajar sin riesgos.

—Santos era dueño de una compañía farmacéutica —dijo Daisy sin poder quitar la mirada del San Marcos en la lejanía. Por encima de los árboles y otros edificios se podían ver las oscurecidas paredes del octavo y noveno piso—. Si lograba hacerla funcionar y hacerse un nombre, de preferencia internacional, podrían hacerse de suficientes fondos como para remodelar el hospital a largo plazo. El truco estaba en conseguir drogas innovadoras, seguras, efectivas y baratas, para superar a sus competidores.

—¿Cómo conseguir eso? —añadió Diego—. En sus torcidas mentes la solución era sencilla. Usaron a los pacientes del hospital para hacer las pruebas de ensayo clínico.

—¿Ensayo clínico? —dijo Quintero balanceando los pies en el muro como un niño pequeño—. No comprendo.

—Por ejemplo —explicó Diego—, si alguno de sus investigadores tenía la idea de un nuevo analgésico, solo tenía que desarrollar la fórmula química. Luego, Santos tomaba las muestras iniciales y las empaquetaba con el nombre genérico de un analgésico común y conocido. El producto era vendido al hospital, siguiendo los canales legales, ya que Araujo era el encargado de aprobar todo.

—Al final de esta cadena —continuó—los pacientes elegidos la tomaban sin ningún problema. Los médicos y enfermeras pensaban que eran los medicamentos que decía el envase, cuando en realidad estaban

probando drogas experimentales.

—Espera un momento —dijo Quintero interrumpiéndolo con un gesto de la mano—. Trabajé en ese hospital y sé cómo se maneja. No veo cómo pudieron conseguir lo que buscaban. ¿Cómo se aseguraron de quiénes tomaban las drogas? ¿Cómo evaluaban si tenían el efecto que buscaban? ¿Cómo hacían para asegurarse de que la droga no tenía un efecto a largo plazo? Según me contaste, la compañía de Santos casi quiebra por un problema de ese tipo.

—Exacto, y Santos no iba a cometer ese error dos veces. Por eso usó sus influencias y sus conocimientos de psicología para fundar el PRADE.

—Verás —dijo Daisy—, el PRADE era lo que decía ser. Un programa de acondicionamiento. Lo que nunca se dijo era de qué tipo.

—Santos se entrevistaba en persona con los posibles candidatos, criminales que no tenían la mínima posibilidad de rehabilitación y que carecían de los principios básicos de moralidad. Aquellos que parecían ser dóciles o manejables, o dispuestos a cooperar, y que fueran bastante inteligentes, eran escogidos y entrenados por un período de seis meses, en el arte de imitar a la perfección a todo tipo de personal intrahospitalario.

—¿Cómo?

—Lo que oyes —dijo Diego suspirando en el viento—. Si te pones a pensar, no es tan difícil. Ya ha pasado antes. Personas con documentos falsos que se hacen pasar por médicos y que lo consiguen por muchos años no son extrañas en nuestro medio. Tan solo es necesario saber hacer el trabajo, tener unos cuantos conocimientos básicos, no hablar mucho, mantener un bajo perfil y, en caso de cometer un error, no hacerlo una segunda vez.

—Increíble.

—Santos los educaba de forma separada de acuerdo con la función que fueran a cumplir en el hospital. Como sacar sangre, como canalizar venas, como evaluar a un paciente de forma general, como procesar las muestras de laboratorio. Lo que se te ocurra. Al terminar los seis meses estaban acondicionados y listos para actuar. Conseguían trabajos en áreas varias para las cuales tenían cierto conocimiento o aptitud. Sin embargo, en algún momento desaparecían del radar. Cuando salían del anonimato, lo hacían con una nueva identidad y listos para prestar sus servicios en el San Marcos.

—¿Y Araujo los contrataba? Muy conveniente.

—Esa era la idea. Los estudiantes del PRADE entraban a trabajar con documentos falsos que los acreditaban como lo que decían ser, graduados en algún lejano país del globo. Médicos, enfermeras, técnicos de laboratorio. Si metían la pata con mucha frecuencia, siempre se le podía echar la culpa a que se educaron en un lugar diferente. La rutina diaria seguía y ellos cumplían su trabajo en el hospital.

—¿Y las autoridades? ¿No se dieron cuenta?

—¿Por qué? Eran criminales que habían cumplido sus condenas. Delincuentes de poca monta. Si alguien quería darles seguimiento, solo tenían que inventar una historia. La verdad era que nadie estaba demasiado interesado en ellos, con tal de que no regresaran a prisión.

—Entonces —dijo Quintero frotándose la barbilla y pensando en todo lo escuchado—, los del PRADE vigilaban a los pacientes que recibían los medicamentos, actuando como una especie de... ¿qué? ¿Control de Calidad?

—Exacto. Si la droga mostraba que no funcionaba o daba muchos problemas, la descontinuaban y la reemplazaban por la que de verdad debían estar recibiendo. Si funcionaba, la daban con mayor frecuencia y a un mayor número de personas. Los laboratoristas del PRADE sacaban muestras diarias de sangre, lo que jamás llamaba la atención, pues el paciente espera que eso pase. Así evaluaban si se producía alguna alteración hematológica, hepática o renal, y para controlar los niveles séricos del medicamento y determinar sus límites terapéuticos y tóxicos. Con toda esa información, podían entonces lanzarse con mayor seguridad a producir la droga y realizar las pruebas necesarias solicitadas por los entes reguladores para su aprobación.

—Algo así como conocer el caballo ganador antes de iniciar la carrera.

—Podría decirse que sí —intervino Daisy—. Tal vez no parezca gran cosa, pero visto a largo plazo su valor aumenta. En vez de gastar millones de dólares en una investigación que al final podía ser rechazada por una miríada de problemas en la fase de experimentación en humanos, iban y probaban la droga directamente. Eso significaba grandes ahorros y mayores ganancias.

—Como diría Murphy —dijo Diego—, cuando se va hacia la solución de un problema, siempre es bueno saber la respuesta por adelantado.

—A pesar de eso, con todas esas ventajas corrían riesgos —insistió

Daisy—. Quiero decir, no tenían manera de saber si una droga producía un daño interno a largo plazo. Todavía podía pasarles lo que antes.

Al decir esto bajó la cabeza y tembló. Diego se le acercó y la abrazó

Quintero recordó lo que tanto le intrigara en su momento.

—Dios santo, ¿las autopsias?

—De todos los pacientes que tomaban la droga seleccionaban uno, por lo general el que recibió el producto por más tiempo y en mayores dosis, y era sacrificado como una rata de laboratorio. Escogían para esto, casi siempre, a pacientes indigentes o con problemas irreparables, como si estuvieran haciéndoles un favor al sacarlos de su miseria. Santos se encargaba del trabajo sucio. Marcaba el cuerpo de forma que supieran que era un paciente de estudio y se escapaba sin dejar rastro. Cuando el cuerpo llegaba a la morgue tu amigo Nelio hacia la autopsia y sacaba muestras de tejido de todos los órganos. A la mañana siguiente, Hobt los estudiaba y mandaba su informe a Santos.

—¿Y nadie se dio cuenta jamás? Entiendo que pasara si la persona no tenía familiares que reclamaran el cuerpo, pero ¿los que sí? Las cicatrices se verían. ¿Cómo hacían eso?

—Araujo —dijo Daisy como si el nombre fuera una maldición—. Como las muertes eran inesperadas, Hobt siempre les recomendaba a los familiares la necesidad de una autopsia. Si aceptaban, cero problemas y las cicatrices quedaban justificadas. Pero si no, entonces Hobt bajaba la cabeza, les decía que comprendía su decisión y, de paso, les recomendaba que usaran la funeraria de Santos. Inclusive, los médicos de la sala promovían esta conducta. Con los precios que les ofrecían a los familiares todos quedaban satisfechos. En la funeraria preparaban el cuerpo y lo vestían. Los familiares jamás veían las cicatrices de la autopsia y nadie de la funeraria hacía el menor comentario al respecto.

—No me digas. PRADE.

—Exacto. Debí darme cuenta antes, pero nunca se me hubiera ocurrido pensar en toda esa locura. Cuando fui a enfrentarme con Hobt, y Nelio me salió al paso con un cuchillo, tenían un cuerpo colocado en la mesa. Ya se le había practicado la autopsia, pero a su lado vi un reluciente equipo para ese fin.

—¿Qué tiene eso de raro?

—Nada, excepto que, si el cuerpo ya pasó por la autopsia, entonces todo el instrumental debía estar manchado y sucio, no limpio y brillante. Eso me debió haber dado algo en que pensar, pero no lo

recordé hasta mucho después.

Sacó una moneda de su bolsillo y pidió un tercer vaso.

—Suficiente —dijo Daisy arrugando la frente.

—Perdí como diez libras de peso esa noche entre correr, saltar y subir escaleras. Un vasito extra de agua de pipa no me hará daño.

—Déjelo, señora Hatcher —dijo Quintero bajando del muro—. Le hace bien a su salud y comprueba mi teoría.

—¿Qué teoría?

—Nada como un buen vaso de agua de pipa para alegrar la vida.

Diego se echó a reír y se acercó a Quintero, quien ya le tenía servido el vaso. Cuando lo tomó, la expresión del hombre cambió y se puso serio de nuevo.

—Hay algo que no comprendo. ¿Qué pasó entonces la noche en que vi la carroza fúnebre llevarse y traer un cuerpo a la morgue? ¿Se acuerda que le conté esa historia?

—Claro que me acuerdo. Esa parte era la que no podía hacer encajar, si bien lo intenté. Me reuní con el detective Chávez hace poco para aclarar unos detalles de mi declaración de esa noche y le confesé la duda que tenía. Al parecer, los cuerpos que llegaban a la morgue no siempre estaban muertos.

—¿Cómo? Repíteme eso.

—Sé que suena macabro, pero es así. Por cada medicamento existían dos pacientes designados como ratas de laboratorio. A uno lo sacrificaban. Al otro, lo anestesiaban.

—¿Por qué? —preguntó Quintero, seguro de no querer saber la respuesta.

—El sacrificado servía para análisis histológico de los diferentes órganos. El anestesiado, para estudios en vivo y exámenes de sangre.

—¿No podían tomar la sangre aduciendo alguna excusa?

—Podían y lo hacían, pero en gran escala.

—Por ejemplo —agregó Daisy viendo la incertidumbre reflejada en el rostro de Quintero—uno de los casos fue una joven asmática que llegó en crisis. Agarró un resfriado y, en lugar del acetaminofén que creía estar tomando, le daban Calmol.

—Esa es la droga experimental de la que me hablaban, la del parto.

—Exacto— explicó Daisy, recordando la historia de la difunta Carmela Molina Rivera—. A la paciente le dieron de alta, pero en su

casa inició con el cuadro de hepatitis. Los que evaluaban su evolución avisaron y la volvieron a hospitalizar.

—¿Por qué?

—En primer lugar —dijo Diego levantando la mirada al cielo lleno de estrellas— para evitar que fuera a otro médico y se descubriera que su hepatitis no era viral, sino química. En segundo, para confirmar que sí era una hepatitis por el Calmol, y no una casualidad. Tercero, para completar los estudios in vivo.

—Unos cuantos golpes —dijo Daisy—de parte de un atacante anónimo y la oportuna acción de unos buenos samaritanos que la llevaron al San Marcos.

—Déjame adivinar —dijo Quintero—. PRADE.

—Correcto. En fin, la joven fue traída al hospital. Un laboratorista, PRADE también, saca las muestras necesarias para confirmar o descartar el diagnóstico de hepatitis.

Luego, al recibir confirmación de que era una consecuencia del medicamento, la anestesiaron. Una falsa enfermera del PRADE hace una llamada y un falso interno le responde. La declaran muerta y es enviada a la Morgue.

—Donde la recibió tu amigo Nelio —agregó Diego mirando a Quintero—y sacó todas las muestras de sangre necesarias, casi desangrándola en el proceso. Llamó a la funeraria, la recogieron y se la llevaron. En la funeraria la operaban, sacaban muestras de tejidos vivos de lo que les interesaba evaluar después y la regresaban al hospital, con la autopsia realizada.

—Pero, ¿estaba viva?

—Cuando llegaba a la funeraria iba anestesiada. Cuando salía, muerta.

Quintero quedó en silencio unos segundos. Las olas golpeando las rocas un suave murmullo de fondo.

—Demonios. No me volveré a enfermar.

—Somos dos, créeme —afirmó Diego con languidez en su voz.

—Yo no podré evitarlo —intervino Daisy frotándose la barriga.

—Es cierto —dijo Quintero recuperando su perdida alegría—. ¿Ya le hicieron el ultrasonido?

Daisy sonrió y Diego la abrazó.

—Sí. Los dos se ven muy bien.

—Felicidades por partida doble —dijo Quintero—. ¿Qué son?

—Todavía es muy temprano para saber.

—Vayan pensando posibles nombres con tiempo. Nada de inventar a última hora.

—Lo haremos —aceptó Daisy—. Ya tenemos pensado uno en caso de que alguno sea varón.

—David H. Hatcher —dijo Diego con orgullo.

—Bonito nombre, pero ¿qué significa la "H"?

Ambos esposos se miraron y una expresión de complicidad se dibujó en sus rostros. No respondieron a la pregunta.

Diego miró su reloj y lanzó un silbido. No tenía idea de que fuera tan tarde.

—Creo que es hora de irnos —dijo mirando a Daisy, que afirmó con la cabeza—, Mañana tenemos algunas cosas que hacer.

—¡Oh, no! Ustedes no se van hasta que terminen de contarme todo.

—No me queda que contarte —dijo Diego con una sonrisa.

—¿Qué pasó con el PRADE y con toda la organización de Santos y Hobt?

—Por lo que pude sacarle al detective Chávez, todos los miembros del PRADE fueron detenidos y están bajo investigación. La compañía farmacéutica de Santos no ha sido clausurada todavía, pero todos sus documentos están siendo revisados. La funeraria fue cerrada y todos sus documentos están siendo evaluados.

—Dos preguntas para terminar. La primera es ¿cómo supieron todo tan rápido? Hobt, Araujo y Santos están muertos y usted solo sabía algunos detalles. Por más efectivos que fueran en la policía todo lo que me contaron debió tomar meses en averiguarse.

—Eso fue porque existía una cuarta persona enterada de todo lo que sucedía. Los del PRADE solo sabían lo que hacían y, a pesar de tener una idea general, no conocían todos los detalles. Ese no era el caso de Nelio.

—¿Nelio?

—Claro. Trabajaba de cerca con Hobt y era el encargado de recibir los cuerpos de los experimentos. Sabía lo que ocurría en ambas operaciones. Además, era buen amigo de Hobt y este debió contarle todo. Cada vez que llegaba un cuerpo a la morgue, él le revisaba los dedos del pie. Santos los marcaba para que Nelio pudiera identificarlos con facilidad. Un número indicaba el protocolo, que no era otra cosa que el tipo de droga que la persona estuvo recibiendo. Una estrella

indicaba que la persona no estaba muerta, sino anestesiada. De esa forma no tenían que llamar a Nelio cada vez que tenían un encargo. Escuché su nombre durante la discusión que tuvimos la noche del incendio, y luego me recordé de tu historia acerca de los vampiros. Se lo conté a la policía y ellos hablaron con él. Cuando se enteró que su jefe estaba muerto, se desmoronó y confesó todo.

—Nelio. Debí imaginarlo.

—¿Tu segunda pregunta? —consultó Daisy, un poco cansada.

—Ah sí. ¿Qué pasó con Mantovani?

Los esposos se miraron entre sí y luego a Quintero, antes de decir al unísono:

—Ni idea.

—¿Cómo que ni idea? No me vayan a decir que escapó.

—Es lo que parece —dijo Hatcher quien hubiera preferido no tocar el tema—. Para cuando logramos recuperarnos del humo inhalado y de los golpes para contar nuestra historia, Mantovani ya no se hallaba en el hospital. La policía fue a buscarlo a su casa, pero no dio con él. Se llevó sus cosas. Eso sí, encontraron un cuarto oculto lleno de cajas de vidrio con decenas de reptiles, ranas e insectos. Todos muertos, al igual que su novia.

—¿Mató a su novia?

—La encerró en el cuarto después de abrir varios cilindros con el mismo gas que usó esa noche. La muerte fue casi inmediata, pero jamás sabremos por qué lo hizo. Siempre me dio la impresión de que la amaba.

—En realidad —dijo Daisy—hay muchas cosas que nunca llegaremos a saber en relación a todo este negocio. ¿Cómo pudo saber Araujo que Mantovani era el asesino? ¿Por qué Mantovani mataba solo a embarazadas? ¿A cuántas? ¿Recibió ayuda o no? En fin, demasiadas interrogantes. Me imagino que así es mejor. Nos deja algo en qué pensar durante los próximos 30 años.

Daisy y Diego se despidieron de Quintero y empezaron a caminar hacia el carro. A los pocos pasos escucharon la voz de Quintero a sus espaldas.

—Espere, doctor —dijo acercándose a ellos—. Antes de que se vaya creo que deja algo pendiente por hacer.

Extendió la mano y le dio un pequeño paquete envuelto en papel periódico. Al abrirlo encontró en su interior un pedazo de carne cruda.

Daisy no comprendió, pero Diego se limitó a sonreír. Tomó el envoltorio y fue a asomarse por encima del muro en el que estuvieron sentados. Abajo, entre las rocas, caminaban dos gatos. Uno de color blanco con puntos negros por todo el cuerpo. El otro, de mayor tamaño, de color gris con líneas negras marcando su lomo.

Al principio no los reconoció, puesto que eran ya dos felinos jóvenes y robustos. En ese momento el mayor se detuvo. El más pequeño siguió caminando distraído, hasta chocarse con él.

—¿Avalancha y León? —preguntó mirando a Quintero.

—Esos dos han crecido bastante al igual que su apetito. Están esperando su comida.

—Ven, corazón —llamó a su esposa—. Déjame presentarte a unos viejos amigos.

***

—Gracias, doctor Jaén —dijo la joven levantándose con dificultad de su silla—. Cuando nazca le pondremos su nombre.

—Muy agradecido, pero mejor búsquenle uno más bonito o esperen hasta que tenga la mayoría de edad para bautizarlo. Así, podrá cambiárselo apenas salga de la iglesia.

La joven rio de buena gana, pero la musical melodía se distorsionó al final. Se llevó la mano a la barriga y se la frotó varias veces.

—¿Dolores? —preguntó el doctor Jaén.

—Sí. Cada vez son más fuertes y seguidos.

—Esa es la idea. Como es su primer hijo va a demorar un poco todavía, pero si le llega a doler demasiado en algún momento regresa de nuevo, ¿está bien?

—Seguro doctor. Gracias.

La joven salió por la puerta, que se cerró de forma automática detrás de ella. Al sentirse solo en la habitación, inhaló con fuerza y dejó escapar el aire por sus fosas nasales poco a poco. Caminó hacia una puerta lateral, casi oculta por un estante lleno de libros de Medicina, entró al baño y abrió la pluma del agua.Un delgado chorro comenzó a caer, perdiéndose por las tubulares cañerías del desagüe. Metió sus manos y dejó que el líquido se deslizara por su piel como impredecibles riachuelos. Se llevó las manos al rostro y lo humedeció.

Cuando se sintió mejor levantó la vista, viendo su cara en el espejo

montado en la pared del baño.

Sus ojos eran de un suave color miel. Su cabello seguía siendo negro, pero ahora lo llevaba largo. Un frondoso bigote de igual color crecía sobre su labio superior y continuaba en dos líneas verticales que caían hasta su mentón, donde una barba de forma rectangular ocultaba su vieja mandíbula.

No le gustaba del todo tener que dejarse crecer la barba y el bigote, ni llevar el cabello tan largo, pero era una necesidad. Su antiguo rostro era una condena segura si llegaban a descubrir a quien pertenecía.

En seis meses se disiparon las historias que saturaron las pantallas de televisión de frontera a frontera, mencionando su nombre. El incendio del San Marcos, la aparición de una oscura conspiración criminal y el rumor no confirmado de un asesino que vagó por los pasillos de la maternidad fueron suficientes para hacer historia en todos los noticieros, tanto nacionales como internacionales.

A medida que los implicados de la conspiración de Araujo caían en manos de la justicia, la gente iba olvidando al misterioso médico que habiéndole prendido fuego al hospital desapareció sin dejar rastro, dejando como única prueba de su verdadera naturaleza el cuerpo sin vida de su novia en un solitario cuarto, y la de los tres médicos que murieron degollados en una pequeña oficina del hospital.

Para cuando otros tópicos tomaron mayor interés y el San Marcos regresó a ser solo un edificio con muchas historias que contar, el nombre del doctor Mantovani era algo del pasado.

Una moda fuera de estilo.

Por supuesto, seguían buscándolo, pero las probabilidades de que nunca lo lograran eran altas. Las tesis que se manejaban apuntaban a que escapó a otro país, o que, llevado por la culpa, se suicidó en un apartado y oculto lugar, como un basurero o un pantano.

Nadie sabía dónde estaba o cómo se veía y mucha gente, de saberlo, habría pegado el grito al cielo.

Vivía y practicaba la medicina en un pequeño y pacífico pueblo fuera de su país, entre montañas y lagos, pero muy cerca a ciudades pobladas que no lo dejaban sentirse del todo en el exilio. Echaba de menos el tráfico, el ruido de los carros y las comodidades propias de la vida capitalina, pero tendría que conformarse mientras tanto.

Tenía muchas cosas que hacer todavía y ninguna de ellas incluía una celda sin ventanas.

Salió del baño y cerró la puerta. No le quedaban pacientes por el

resto del día, así que podía dedicarse a otras cosas.

Cerró la puerta de su consultorio, ubicado en una pequeña oficina en la planta baja de su nueva casa, y subió las escaleras hasta sus aposentos. Sacó un llavero con un adorno en forma del ojo de Wadjet, trofeo que tomó del bolsillo del doctor Hatcher al sacarlo de la habitación en esa ya lejana noche, y abrió una puerta de madera pintada de color blanco y con un adorno octagonal pintado en rojo y amarillo que decía “No entrar”.

El cuarto estaba cubierto de papel de pared color azul y dentro mantenía varias cajas de vidrio y madera, dispuestas según el contorno del cuarto. En el centro tenía una cámara de gases y al fondo estaba montando su laboratorio. La mayoría de las cajas se hallaban vacías, con excepción de la más cercana a la puerta. En ella, una pequeña *Micrurus alleni vatesi,* mejor conocida como serpiente de coral de Yale, se contorsionaba.

No era como su vieja *Bothrops*, pero era interesante observar a una nueva especie en acción. Tenía muchas cosas que aprender de ella y debía conseguir otros especímenes para completar su bioterio. Por fortuna, no tenía apuro. Tiempo era lo que le sobraba.

Después de alimentar a la coral fue a su cuarto. Allí se encerró y caminó hasta un cajón que tenía bajo llave. Lo abrió y sacó tres álbumes de fotografías.

Los tres fantasmas de la Navidad.

El primero era el recuento de todos sus encuentros pasados. El segundo, una edición de lujo, como solía llamarlo, de todo lo ocurrido la noche del incendio. El tercero, un proyecto especial que estaba montando.

Sabía cómo se sentían los verdaderos depredadores. Probó la sangre y no podía echarse para atrás. Como el león o el oso que, al devorar su primera víctima humana, pierden el respeto por esa especie, Mantovani pasaba por un período de adaptación. No podía regresar a sus antiguos trucos de guantes de seda, buscando no mancharse.

No podía y no quería.

Abrió el último álbum, de color azul oscuro. En su interior conservaba varias fotos de la misma persona. Una jovencita de unos 24 años, de larga cabellera negra, ojos verdes y sensuales labios rosados como los pétalos de una flor.

Estaba casada y con un hijo recién nacido.

Vivía a unas pocas millas de su casa. Dedicaba unos pocos días de

cada semana a seguirla y en cada una de esas ocasiones le tomaba varias fotos sin que ella se diera cuenta.

Era su sombra y su fantasma, tanto por razones profesionales como personales. Era su obligación seguir con lo que inició, pero eso no quería decir que no podía disfrutarlo.

La parte que más le encantaba era el preámbulo.

El acecho antes de la cacería.

Amelia e Ibeth eran recuerdos del pasado. Las heridas infligidas, profundas. Sentía la traicionera y venenosa puñalada de la necesidad en su alma al poner sus ojos en una embarazada, pero después de lo ocurrido algo cambió en su interior. Tenía un mejor control y podía someterla sin mayores problemas antes de que se convirtiera en obsesión.

Podía dirigir su rabia y frustración de forma constructiva y… ¿por qué no?... placentera.

En unos días haría el acercamiento final. La esperaría en el interior de su casa y la atacaría de sorpresa.

Pocos segundos antes de morir sabría quién era él y la miraría fijo a los ojos al írsele escapando la vida de entre sus manos.

Tomó una taza de café preparada desde antes y se llevó el caliente líquido a los labios. A pocos metros su equipo de sonido llenaba la habitación con las notas musicales de *Scheherazade* de Rimsky Korsakov, interpretada por la Orquesta Sinfónica de Londres, mientras él se deleitaba estudiando los bellos rasgos de la joven de los ojos color esmeralda.

OTROS TÍTULOS EDITADOS EN ESTE FORMATO

Colección **“Otros Mundos”**
Trilogía Las Crónicas del Bien y del Mal

Colección **“Siglo XXI”**

Colección **“Sombras Oscuras”**